

*Editorial*

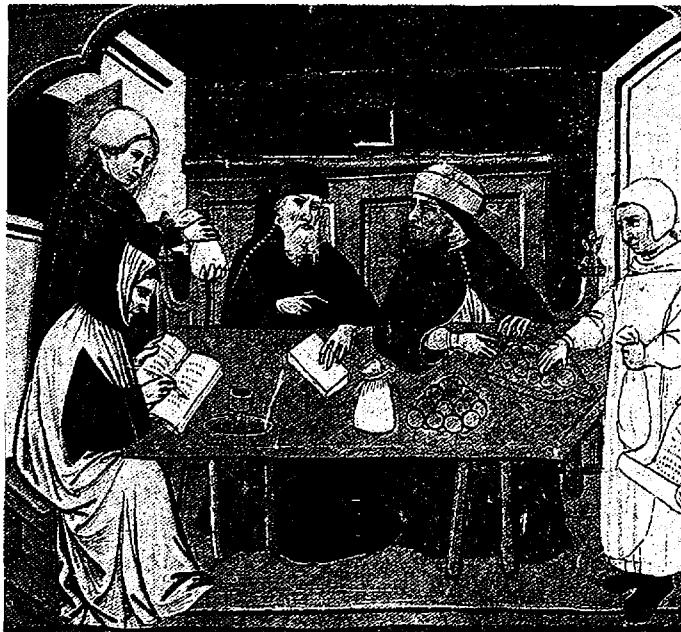
*Crítica*



Carlo M. Cipolla

# ENTRE LA HISTORIA Y LA ECONOMÍA

Introducción a la historia económica



# ENTRE LA HISTORIA Y LA ECONOMÍA



**CRÍTICA/HISTORIA Y TEORÍA**  
Director: JOSEP FONTANA

Título original:

TRA DUE CULTURE. Introduzione alla storia economica

Cubierta: Enric Satué

© 1988: Società editrice il Mulino, Bolonia

© 1991 de la traducción castellana para España y América:  
Editorial Crítica, S.A., Aragó, 385, 08013 Barcelona

ISBN: 84-7423-503-0

Depósito legal: B. 16.839-1991

Impreso en España

1991.—NOVAGRAFIK, Puigcerdà, 127, 08019 Barcelona

*To Ora with love*

## PREFACIO

*Un espectáculo teatral se contempla normalmente desde la platea; y entonces (si las cosas van bien) sólo se ve lo que debe verse y el público está absorto por completo en la peripécia que se desarrolla ante él; el sonido, las luces, los decorados y la acción contribuyen a perfeccionar la escena, a mejorar el espectáculo. Pero también es posible contemplar un espectáculo teatral entre bastidores; y entonces las cosas aparecen de una forma muy diferente. No interesa ya el argumento. Lo que interesa es el montaje y el trabajo entre bastidores. Se ven cordajes y poleas, cables eléctricos, reflectores, decorados y máquinas, actores que acaban de volver de escena con las señales del esfuerzo realizado y el maquillaje corrido por el sudor, otros actores dispuestos a entrar en escena que se dan los últimos retoques y que, visiblemente excitados, componen el gesto exigido por el papel, un ir y venir silencioso de actores, directores de escena y tramoyistas que se susurran frases o se hacen señas incomprendibles, todo ello en medio de una aparente gran confusión.*

*Normalmente la obra del historiador también es seguida por el público desde la «platea», y a ese público se le invita a sumergirse en el hechizo de los hechos históricos que se narran, sin preocuparse en absoluto de todo lo que sucede entre bastidores, es decir, de todo lo que hay detrás de la narración histórica: los materiales que ha recogido el historiador y cómo los ha recogido y recomposto en la interpretación de ese gran rompecabezas (al que Paul Veyne llama une intrigue) que es la historia.*

*Este libro, en cambio, es una invitación al público para que deje la platea y pasee entre bastidores, y observe el trabajo del historiador de la economía mientras prepara el «espectáculo». Las cosas no son tan ordenadas, tan lineales, tan resplandecientes como*

*aparecen cuando se ven desde la platea. Si el lector hace el esfuerzo de no rendirse ante esa primera impresión negativa, creo, o por lo menos espero, que acabará entreviendo la estructura y la lógica internas del espectáculo y pensará que ese esfuerzo ha valido la pena. En efecto, merece la pena ir más allá de las apariencias, lanzar una mirada a un mundo habitualmente oculto por barreras que sólo pueden atravesarse a base de especialización profesional y de haber entrevisto un modo fascinante de investigar y conocer.*

*En concreto, el hecho de ver entre los bastidores de la historia económica da pie a consideraciones peculiares e interesantes. La historia económica es una materia eminentemente interdisciplinar. Ocupa una zona del saber humano que está situada en la encrucijada de otras dos disciplinas: la historia y la economía. La historia económica no puede prescindir de ninguna de ellas. Si cede en uno de esos dos frentes, se desnaturaliza y pierde su propia identidad. El problema consiste en que las dos disciplinas que están en su base, por así decirlo, pertenecen a dos culturas distintas. La historia es y sigue siendo la disciplina humanística por antonomasia. En cambio, la economía se ha distanciado progresivamente de la historia y las ciencias humanas desde los tiempos de Ricardo: aun permaneciendo tan débil como base para la predicción, se aferra obstinadamente a las llamadas ciencias exactas mediante el uso y el abuso de la lógica matemática como instrumento fundamental para el análisis. Como consecuencia, la historia económica se encuentra en la difícil tesitura de tener que mediar entre dos culturas y dos maneras de pensar que, por desgracia, siguen siendo ajenas la una a la otra.*

*La cultura humanística tuvo su origen en la antigua Grecia. La cultura científica, en cambio, apareció en la Europa del siglo XVII y se situó desde sus comienzos en una postura de antítesis polémica y de hostilidad crítica frente a la cultura humanística tradicional. Surgió entonces un áspero conflicto entre «modernos» y «antiguos» (Jones, 1936). Hace ya tiempo que pasó la fase de guerra declarada, pero persiste un dualismo que se ha tratado de resolver, sin éxito. Los problemas metodológicos de la historia económica ofrecen la oportunidad de observar con atención algunos aspectos e implicaciones de la lamentable confrontación que sigue existiendo entre ambas culturas.*

*Este libro tiene dos partes. La primera está compuesta por seis*

*capítulos, incluida una conclusión, y plantea la pregunta de qué es la historia económica y cómo se construye. La segunda parte examina las principales fuentes de la historia económica desde el mundo micénico hasta hoy, enmarcadas en los fenómenos culturales, políticos y económicos que dieron vida a los documentos descritos y que son ilustrados a su vez por éstos. En una primera concepción del libro, todo esto formaba parte del capítulo tercero, que, a causa de ello, resultaba desproporcionadamente largo y, lo que era peor, rompía el hilo lógico que une los capítulos que ahora forman la primera parte. Como, de hecho, constituye una unidad independiente, con su propia lógica, la estructura definitiva del libro lo ha tenido en cuenta. La segunda parte se divide, ahora, en ocho capítulos.*

*En este punto creo que es mi deber dar las gracias a todos aquellos que tan generosamente me han ayudado en la preparación del libro, y en especial a Franco Amatori, Vittore Branca, K. N. Chaudhuri, Luigi De Rosa, Giorgio Doria, Giuseppe Felloni, Emilio Gabba, Gregory Grossman, Keith Hopkins, Takashi Hotta, M. Levy-Leboyer, Massimo Livi Bacci, Jordi Nadal, Antonia Pasi Testa, Vicente Pérez Moreda, Raphael Sealey, Marco Spallanzani, Giovanni Vigo, Dante Zanetti y a mis alumnos D. H. Fado, E. E. Ruddick y D. W. Wirt.*

CARLO MARIA CIPOLLA

**Primera parte**

**HISTORIA ECONÓMICA:  
NATURALEZA Y MÉTODO**

## 1. ¿QUÉ ES LA HISTORIA ECONÓMICA?

La disciplina llamada «historia económica» (*storia economica* en italiano, *histoire économique* en francés, *economic history* en inglés, *Wirtschaftsgeschichte* en alemán, *historia económica* en portugués, *ekonomicheskaja istorija* en ruso, *jinji shi* en chino, *keizai shi* en japonés) es la historia de los hechos y de las vicisitudes económicas a escala individual o empresarial o colectiva. Como tal, se diferencia de la «historia de las teorías», que es la historia de la doctrina económica. Una definición como la que acabamos de proponer necesita una precisión a la vez limitadora y ampliadora. La precisión limitadora consiste en la constatación del hecho de que por historia económica se entiende la historia económica del hombre. Cabe imaginar historias económicas de los hormigueros o de los enjambres de abejas. La naturaleza misma, en su conjunto, tiene una economía cuya historia valdría sin duda la pena que se escribiese. Pero por «historia económica» entendemos habitualmente la historia del hombre, ya sea blanco, amarillo, negro o cobrizo, paleolítico, neolítico o industrial. Esta observación, que a primera vista puede parecer trillada, significa que en el análisis histórico-económico es necesario tener en cuenta las peculiares características fisiológicas y psicológicas del hombre, tanto su racionalidad como su irracionalidad, sus características mentales, sociales y culturales, todo ello a escala individual y colectiva.

Por otra parte, como se ha dicho, la definición de historia económica que hemos propuesto ha de ser considerada también en sentido amplio, es decir, en el sentido de que por ella debe entenderse, y en ella deben incluirse, no sólo la narración de los hechos económicos, sino también la historia de los hombres y de las instituciones, además de las estrechas y a menudo inextricables relacio-

nes entre instituciones y vicisitudes económicas, y entre estas últimas y las vicisitudes sociales, políticas y culturales.

La historia económica es una disciplina relativamente joven. Hay cierta protohistoriografía económica que se remonta al siglo XVII, pero hasta mediados del siglo XIX, y más decididamente aún a principios del XX, no aparece una historiografía económica madura y de reconocida dignidad académica. Cargando las tintas de manera polémica, Henri Hauser escribió que

tradicionalmente, la gran historia pasaba con desdén junto a esos despojos. ¿Interrumpir la narración de empresas brillantes para anotar el precio del grano; sustituir el texto de una arenga elocuente por la historia de la bujía, del azúcar o del café; contar de nuevo la historia de las especias o de los especieros?, ¡nada de eso! Contar la vida del maestro Jourdain, panadero, del maestro Josse, orfebre, y del maestro Dimanche, sastre, del trabajador que hacía bonetes o del aprendiz de albañil, de los comerciantes y del populacho, eso habría significado arruinar la historia.

Entre 1846 y 1856, George Grote, uno de los más ilustres especialistas en Grecia, pudo publicar una monumental *History of Greece* en la que los aspectos económicos y sociales apenas se apuntaban, salvo de manera muy superficial. Hoy, a más de cien años de distancia, eso resultaría inconcebible: hasta en las obras de historia general es frecuente hallar capítulos enteros dedicados a los aspectos económicos y sociales.

Habiéndose afianzado, pues, como hemos dicho, desde mediados del siglo XIX, la disciplina experimentó entre 1930 y 1970 (a pesar del interludio bélico de 1939 a 1945) un desarrollo extraordinario, hasta el punto de que algunas de sus ramas evolucionaron de forma autónoma. Hoy en día existen revistas especializadas (cuadro 1), así como cursos universitarios específicamente dedicados a la historia de la población, a la historia del comercio, a la historia de la agricultura, a la historia de la industria, a la historia de la moneda y de la banca, a la historia de los transportes, a la historia de los negocios (*business history*), a la historia social. La historia de la historia económica durante los tres últimos siglos proporciona un ejemplo fascinante del nacimiento y desarrollo de una nueva rama del saber.

## CUADRO 1

*Revistas de historia social y económica: fechas de comienzo  
y país de publicación*

|   |      |                |
|---|------|----------------|
| <i>Hansische Geschichtsblätter</i>                                  | 1871 | Alemania       |
| <i>Vierteljahrsschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte</i>     | 1903 | Alemania       |
| <i>Revue d'Histoire Économique et Sociale</i>                       | 1908 | Francia        |
| <i>Business History Review</i>                                      | 1926 | Estados Unidos |
| <i>Economic History Review</i>                                      | 1927 | Gran Bretaña   |
| <i>Journal of Economic and Business History</i>                     | 1928 | Estados Unidos |
| <i>Annales d'Histoire Économique et Sociale</i>                     | 1929 | Francia        |
| <i>Rivista di Storia Economica</i>                                  | 1936 | Italia         |
| <i>Journal of Economic History</i>                                  | 1941 | Estados Unidos |
| <i>Past and Present</i>   | 1952 | Gran Bretaña   |
| <i>Scandinavian Economic History Review</i>                         | 1953 | Suecia         |
| <i>Agricultural History Review</i>                                  | 1953 | Estados Unidos |
| <i>Journal of Transport History</i>                                 | 1953 | Gran Bretaña   |
| <i>Kwartalnik Historii Kultury Materiałnej</i>                      | 1953 | Polonia        |
| <i>Economia e Storia</i>  | 1954 | Italia         |
| <i>Australian Economic History Review</i>                           | 1956 | Australia      |
| <i>Afdeling Agrarische Geschiedenis Bijdragen</i>                   | 1956 | Holanda        |
| <i>Journal of the Economic and Social History<br/>of the Orient</i> | 1957 | Holanda        |
| <i>Histoire des Entreprises</i>                                     | 1958 | Francia        |
| <i>Technology and Culture</i>                                       | 1959 | Estados Unidos |
| <i>Comparative Studies in Society and History</i>                   | 1959 | Estados Unidos |
| <i>Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte</i>                           | 1960 | Alemania       |
| <i>Rivista di Storia dell'Agricoltura</i>                           | 1961 | Italia         |
| <i>Indian Economic and Social History Review</i>                    | 1963 | India          |
| <i>Annales de Démographie Historique</i>                            | 1964 | Francia        |
| <i>Explorations in Economic History</i>                             | 1964 | Estados Unidos |
| <i>Journal of Social History</i>                                    | 1967 | Estados Unidos |
| <i>Histoire Sociale</i>   | 1968 | Canadá         |
| <i>Anuario de Historia Económica y Social</i>                       | 1968 | España         |
| <i>Journal of European Economic History</i>                         | 1972 | Italia         |
| <i>Revista de Historia Económica e social</i>                       | 1978 | Portugal       |
| <i>Società e Storia</i>   | 1978 | Italia         |
| <i>Revista de Historia Económica</i>                                | 1983 | España         |
| <i>Boletín de la Asociación de Demografía Histórica</i>             | 1983 | España         |
| <i>Annali di Storia dell'Impresa</i>                                | 1985 | Italia         |

La historia económica y más aún las disciplinas que se han desarrollado en torno a ella son, sin embargo, fruto de fragmentaciones artificiosas de la actividad humana. El *homo oeconomicus*, igual que el *homo faber* o el *homo philosophicus*, es una pura abstracción. La auténtica realidad es el hombre en su complejidad biológica, psicológica, social. De modo similar, la sociedad no actúa a través de compartimentos estancos: actúa como un conjunto mucho más complejo en planos distintos pero inextricablemente interdependientes. En la realidad de las cosas no existe historia económica, de la misma manera que no existe historia política, historia social, historia de la tecnología, ni historia cultural. Existe la historia, sencillamente historia, es decir, la vida en su infinita e inextricable complejidad, magma en flujo constante, poderoso y al mismo tiempo frágil. En virtud de la descripción y el análisis, nos vemos obligados a recurrir a las fragmentaciones de las que hemos hablado. Pero hay que tener siempre presente que esas categorías son producto de simplificaciones colosales, que a veces llegan a los límites del absurdo.

De lo dicho hasta ahora se deduce que el historiador económico que quiera captar por completo los fenómenos que pretende estudiar y describir debe tener en cuenta, aunque se trate de fenómenos estrictamente económicos, las aportaciones de otras disciplinas tales como la historia de la tecnología y de la ciencia, la historia de la medicina, la arqueología, la antropología, la numismática, la historia del derecho, la historia de la filosofía, la de la diplomacia y la militar, la historia de las religiones, la historia del arte y la de la arquitectura. Todas estas disciplinas (que no hemos indicado en orden de importancia) pueden realizar aportaciones considerables a la comprensión de la historia económica y pueden ser consideradas, por tanto, como subsidiarias de la misma. Pero eso supondría una deformación de la perspectiva. Porque, a su vez, la historia económica puede ser considerada entre las disciplinas subsidiarias de cada una de las citadas. Todo depende del punto de vista en el que se sitúa el observador.

En la expresión «historia económica», el término «historia» puede ser fuente de ambigüedad respecto del objeto de la disciplina. El término «historia» tiende a ser relacionado de hecho, en el habla cotidiana, con el interés «por lo antiguo» y alguien podría deducir de ello que la historia económica se ocupa o debería ocupar-

se de acontecimientos económicos ya lejanos en el tiempo. Es necesario corregir esa impresión, porque es errónea. Es cierto que la historia se ocupa del pasado. Pero todos los hechos, como tales hechos, han ocurrido ya, y, por consiguiente, pertenecen al pasado. La diferencia entre pasado y futuro consiste en que mientras el primero está constituido por hechos ocurridos que ya no pueden ser ni anulados ni modificados, el futuro es como un abanico abierto a una gama más o menos amplia de soluciones alternativas. Eso que llamamos presente no es más que el instante fugaz que, en el momento mismo en que es percibido como realidad fáctica, se convierte ya en pasado. La historia, al ocuparse de hechos y no de previsiones, se ocupa por tanto del pasado: de un pasado que puede ser remotísimo o muy cercano, remontarse a los tiempos del paleolítico como a hace sólo unos cuantos días. Precisamente por eso no me parece mal la definición de historia económica que ofrece el *Dictionary of Modern Economics* de Horton, Ripley y Schnapper (1948, p. 106) para quienes «la historia económica es el estudio de los hechos económicos pasados y *presentes* en uno o varios países» (la cursiva es mía).

Naturalmente, hay una gran diferencia entre ocuparse de hechos ocurridos hace cientos o miles de años y ocuparse de los sucedidos sólo unos años o unos meses atrás. El tipo y el volumen de informaciones disponibles son extraordinariamente diferentes. Además, el historiador que estudia hechos lejanos en el tiempo tiene más posibilidades de contemplar esos hechos con una perspectiva histórica que permite tener en cuenta sus consecuencias a largo plazo. Por otra parte, cuanto mayor es el tiempo que separa al historiador de los hechos estudiados, más difícil y problemática resulta la comprensión de las mentalidades y de la cultura de los hombres de entonces.

Existen, pues, sensibles diferencias de método y de preparación entre los historiadores económicos que se ocupan de épocas alejadas de nosotros y los que estudian épocas cercanas. No obstante, la historia económica abarca todo el pasado. Como ha escrito el profesor W. Kula, «concebir la historia económica como ciencia del pasado y la economía como ciencia del presente significa formular un juicio que no resiste la crítica» (1972, p. 78).

Al igual que la historia económica, la economía es una disciplina relativamente joven, que no experimentó un desarrollo importan-

te hasta la segunda mitad del siglo XVIII. También la economía, en su desarrollo, ha acabado subdividiéndose en numerosas ramas que han dado origen a una literatura especializada, a revistas especializadas, a cursos universitarios específicos: así, hoy se habla y se escribe de macroeconomía, de microeconomía, de política económica, de econometría, de economía industrial, de economía del trabajo, de economía de los transportes, de economía monetaria y bancaria, de economía agraria, de economía de la organización sanitaria. En Italia existen también cursos universitarios de economía del turismo. Existe obvia correspondencia entre las ramas de la economía y las de la historia económica. A la macroeconomía corresponde la historia económica general. A la econometría, la cliometría. A la microeconomía, la historia de los negocios. Y así sucesivamente.

Para aclarar las relaciones existentes entre la economía y la historia económica general es útil considerar:

- a) la problemática de las dos disciplinas y la utilización de instrumentos conceptuales de análisis;
- b) el fin al que tienden las dos disciplinas.

Empecemos atendiendo a la problemática y a los instrumentos conceptuales que se utilizan. A todas luces, un estudio dedicado a precisar la fecha de nacimiento de un comerciante no puede ser considerado como un trabajo de historia económica, por el simple hecho de que el personaje central de la investigación haya desempeñado en su vida una actividad mercantil. De modo parecido, no es razonable considerar como obra de historia económica un trabajo dedicado a las desavenencias conyugales de un banquero, a menos que tales desavenencias hayan sido la causa principal de su bancarrota. Para ser considerada con justicia como obra de historia económica, una investigación tiene que abordar una problemática de tipo económico: esto es, expresado sencillamente, una problemática que encaje en las tres preguntas fundamentales de la economía:

- 1) ¿qué producir?
- 2) ¿cómo producirlo?
- 3) ¿cómo distribuir lo producido?

En la práctica, esos tres interrogantes se articulan en una serie de preguntas más específicas, relacionadas con la determinación de los precios, con la asignación de recursos escasos, con las variacio-

nes a corto y largo plazo de la producción, del empleo, de la demanda y su estructura, de la distribución de la riqueza y del beneficio, etc.<sup>1</sup>

Un trabajo que quiera ser calificado de historia económica debe emplear los instrumentos conceptuales, las categorías analíticas y el tipo de lógica acuñados por la teoría económica. A finales del siglo XIX, lo dijo Luigi Cossa cuando escribió que la teoría económica debe «proporcionar a la historia económica los criterios teóricos indispensables para la selección, la coordinación y la valoración de los hechos, de las circunstancias y de las instituciones que constituyen su objeto» (1892, pp. 26-28).

Cabe ceder a la tentación de objetar que los instrumentos conceptuales y los paradigmas elaborados por la ciencia económica contemporánea no son adecuados para la interpretación de realidades distintas, porque están alejadas en el tiempo. Esta objeción es fundamentalmente incorrecta o, como mínimo, debe matizarse y nos referiremos a ella en el capítulo 5. Queda en pie el hecho de que si un determinado análisis de acontecimientos de historia económica no utiliza conceptos, categorías y paradigmas tomados de la teoría económica, no sólo no podrá ser reconocido como obra de historia económica, sino que seguramente producirá resultados muy discutibles. Por otra parte, hay que admitir que el historiador económico puede prescindir tranquilamente de las técnicas más refinadas de la teoría económica. Como ha escrito el profesor T. W. Hutchinson,

el análisis abstracto [del tipo más elaborado] no encuentra aplicación en el mundo real ... La experiencia enseña que el tipo de análisis realmente útil es el de tipo elemental y que modelos más complejos pueden resultar tan desorientadores como útiles en la realidad (1977, p. 93).

Por supuesto, no hay nada que impida que el economista se ocupe y tome ejemplos del pasado y, de igual manera, nada prohíbe al historiador de la economía estudiar hechos económicos contemporáneos. Es más, dentro de ciertas limitaciones, de las que hablaremos más adelante, la historia económica y la economía de-

1. Sin embargo, véanse las puntualizaciones realizadas más adelante, en el capítulo 2.

berían tener en común tanto la problemática como los instrumentos conceptuales y las categorías analíticas. Por tanto, no es extraño que un economista del calibre de A. K. Cairncross escribiera: «Me resulta difícil pensar en los economistas y los historiadores económicos como si fueran animales distintos. Les interesa fundamentalmente lo mismo. El trabajo del economista es explicar cómo funciona la economía; el del historiador económico consiste en explicar cómo funcionaba en el pasado. Pero una cosa tiene relación con la otra». Y, sin embargo, la historia económica y la economía son y siguen siendo dos disciplinas claramente distintas.

El economista suele orientarse hacia el futuro. John Maynard Keynes sosténía que «el economista debe estudiar el presente a la luz del pasado para unos fines que tienen que ver con el futuro». Y John Hicks reiteró que «buena parte del trabajo de los economistas se refiere al futuro, a las previsiones y la planificación» (1979, p. 62). El economista suele interesarse por la determinación de elementos regulares en las relaciones de asociación entre variables económicas consideradas importantes. Para decirlo con términos sencillos, al economista le interesa descubrir «leyes» que le permitan formular previsiones y planes fiables. El economista llega a sus «leyes» y paradigmas a través de análisis fácticos concretos (y, por tanto, pertenecientes a un pasado más o menos próximo), o bien a través de la lógica deductiva formal. Incluso cuando utiliza la lógica abstracta, el economista se apoya en consideraciones y relaciones que, por intuitivas que sean, se derivan sustancialmente de la experiencia. Tiene razón, por tanto, John Hicks, cuando, después de hacer el comentario que hemos citado, siente la necesidad de añadir: «Pero las previsiones serán triviales y las planificaciones inútiles si no están basadas en hechos. Y los hechos de los que disponemos son hechos del pasado, que podrá ser reciente, pero es siempre pasado». A pesar de ello, el economista se mantiene orientado hacia el futuro, y en distinta medida, según su técnica de previsión sea puramente de extrapolación, o de adaptación, o de expectativa racional, su posición implícita sigue siendo siempre la de que el futuro reproducirá de algún modo el pasado.

El historiador, en cambio, se orienta decididamente hacia el pasado y, en consecuencia, no se preocupa por el futuro ni tiene la pretensión de poder condicionarlo. También el historiador puede sentir alguna vez la tentación de insistir sobre ciertas aparentes

analogías e incluso esbozar unas cuantas «leyes». Pero son desviaciones peligrosas. Mientras que el economista utiliza la experiencia pasada para predecir o tratar de condicionar el futuro, el historiador se conforma con observar el pasado para entenderlo en sus propios términos. Como escribió Hempel, «la historia se ocupa de la descripción de acontecimientos concretos del pasado, más que de la búsqueda de leyes generales que puedan regir dichos acontecimientos, en contraste con las ciencias físicas».

La diferencia de orientación entre el economista y el historiador supone dos planteamientos metodológicos distintos. Llevado por el afán de identificar paradigmas operativos, el economista tiende a considerar sólo las variables que parecen mostrar ciertas regularidades en sus relaciones recíprocas y formas de comportamiento previsibles y racionales. Las numerosas variables restantes son desecharadas o pasadas por alto, por considerarlas «exógenas». R. C. O. Matthews y C. H. Feinstein escribieron que

lo que hacen generalmente los economistas es construir un modelo limitado de las leyes que rigen la dinámica de un sistema, teniendo en cuenta sólo algunos aspectos y relegando los demás a la categoría de exógenos ... [Pero] la exogeneidad es un atributo del marco de pensamiento que se ha elegido y no de los factores en cuestión (1982, p. 13).

El número de variables endógenas consideradas por el economista en su modelo puede interpretarse como  $k$ .

El historiador económico no puede realizar la misma operación. Para explicar el funcionamiento y la *performance* de una economía determinada debe tener en cuenta todas las variables, todos los elementos, todos los factores que intervienen.<sup>2</sup> Y no sólo las variables y los factores económicos. El historiador debe incluir en su análisis las instituciones jurídicas, las estructuras sociales, los factores culturales, las instituciones políticas, tanto por el efecto que pudieran surtir esas instituciones y estructuras sobre la *performance* de la economía estudiada como, de igual manera, por las repercusiones que pudiera tener la situación económica sobre las citadas

2. Lo que se afirma en el texto es válido en una primera aproximación. En el capítulo 4 expondremos algunas precisiones al respecto.

estructuras e instituciones. Debe tener en cuenta las circunstancias geográficas y ambientales, las variaciones climáticas, las condiciones biológicas de las poblaciones humanas, así como las de los animales, microbios y virus que conviven con el hombre o lo afligen.

El historiador económico no puede descuidar tampoco todas las demás variables menores y los accidentes, racionales o irracionales, previsibles o imprevisibles, que contribuyen a formar una situación histórica determinada. El dolor de estómago que impidió que un hombre de negocios llevase a buen término cierta operación financiera; un brote imprevisto e imprevisible de epidemia; una declaración de guerra o la acción desquiciada e imprevisible de un fanático caudillo de Oriente Medio que sabotea los suministros petrolíferos: todos estos factores endógenos deben tenerse en cuenta. Es decir, el historiador económico ha de tener presentes todas las variables *n* de una situación histórica dada.<sup>3</sup> Para él, todo forma parte de una realidad compleja y lo que para el economista pueden ser elementos perturbadores, para el historiador son la sal que determina la especificidad peculiar de esa situación histórica dada e irrepetible.<sup>4</sup>

El conjunto de variables *k* por las que se interesa el economista teórico es mucho menor y más homogéneo que el conjunto de variables *n* consideradas por el historiador. El carácter limitado de *k* en comparación con *n* y la rigidez de las correlaciones establecidas dentro de *k* son los factores que colorean de irrealidad y artificio la construcción teórica del economista. Y, por otra parte, la extrema amplitud de *n*, su enorme heterogeneidad y su carácter caótico impiden que el historiador pueda formular leyes y le obligan a reconocer la singularidad de cada situación histórica.

Keynes sostenía que el simple hecho de poner números en lugar de letras para medir las variables o las relaciones entre variables de

3. Ya Karl Bücher tenía clara la diferencia entre el punto de vista del economista y el del historiador a propósito de los acontecimientos accidentales; cuando a finales del siglo pasado escribía: «El historiador de una época no debe olvidar nada importante de lo que haya ocurrido, mientras que el economista puede limitarse a señalar lo que es normal al mismo tiempo que deja tranquilamente a un lado lo que es fortuito» (1893, cap. 3).

4. Como escribió lord Bullock, toda reconstrucción histórica sería incompleta y desorientadora si excluyese «el efecto y el orden cronológico de acontecimientos frecuentemente imprevisibles en su combinación y en sus repercusiones, la interacción de las personalidades, los conflictos de intereses determinados, la mezcla de comportamiento racional e irracional, el elemento del azar» (1977, p. 18).

un modelo teórico bastaba para que ese modelo fuera inutilizable como instrumento conceptual de la teoría. Escribía Keynes:

Pertenece a la naturaleza íntima de un modelo el hecho de que no se introduzcan valores reales en el lugar de las funciones variables. Hacerlo sería inutilizarlo como modelo. Porque en cuanto se hace esto, el modelo pierde su carácter genérico y su valor como modo de pensar (1973, XIV, ii, p. 296).

Dicho de otro modo, el economista se ve limitado por el carácter general de sus paradigmas, de la misma manera que al historiador le limita el carácter ineluctablemente específico de su narrativa.

Todo lo dicho adquiere un significado más claro si se proyecta sobre la distinción que establecen los economistas entre corto plazo (*short run*) y largo plazo (*long run*). La definición de corto plazo que ofrecen los textos de economía es bastante simple y aparentemente precisa: «Corto plazo es el período durante el cual cabe dar por sentado que el capital fijo de la empresa permanece invariable». De modo parecido, a escala macroeconómica, la tónica no varía, puesto que el economista supone que a corto plazo el *stock* de capital varía, pero no hasta el punto de influir sensiblemente sobre el producto bruto, ya sea potencial o de hecho. Bien mirado, se observa que, cuando operan con modelos macroeconómicos, los economistas suponen como datos fijos a corto plazo incluso otros elementos de la realidad histórica, tales como la población, su estructura por edades, el grado de educación y de especialización de la población activa, el nivel tecnológico, las instituciones jurídicas, las estructuras políticas y sociales, las escalas de valores, los sistemas de organización, los gustos, las modas. El problema no es grave, puesto que los elementos citados suelen alterarse sensiblemente sólo en momentos de turbulencia (luchas sociales y políticas, revoluciones científico-tecnológicas, guerras), para remansarse después en cambios relativamente reducidos. Por todo lo cual el modelo simplificador de corto plazo del economista (salvo por lo que se refiere a los citados momentos de turbulencia) mantiene un grado aceptable de verosimilitud.

Los problemas se plantean cuando se pasa del corto plazo al largo. En el largo plazo todo cambia y ni se pueden postular, por un lado, elementos o factores inmutables, ni se pueden eliminar,

por otro, determinadas variables, calificándolas de exógenas. En el largo plazo todo cambia y todo es endógeno. Para el economista, el problema se hace intratable. En los años treinta, Keynes se lo quitaba de encima con una *boutade*: el largo plazo no interesa al economista, porque «a la larga, todos moriremos» (*in the long run we all are dead*). Después de la segunda guerra mundial no fue posible mantener ya esa postura desenfadada. El problema del desarrollo económico a largo plazo se impuso a la atención de todos: políticos, economistas y público en general. Se puso de moda una rama de la economía llamada «teoría del desarrollo», pero fue y sigue siendo un fracaso absoluto. El hecho no es que «a la larga todos moriremos»; el hecho es que a largo plazo cualquier problema se convierte en un problema histórico. Esta conclusión tiene importancia, no sólo desde el punto de vista descriptivo, sino también desde el punto de vista práctico. Significa que, para activar el desarrollo de un país, no bastan el economista y el ingeniero. Lo había entendido muy bien en el decenio de 1940 M. Chiang cuando, a propósito de la industrialización de China, que entonces se auguraba, escribió:

Dado que nosotros, los chinos, fuimos puestos fuera de combate por las balas de los cañones, nos interesamos naturalmente por ellas, pensando que si hubiésemos aprendido a construirlas habríamos podido reaccionar ... Pero la historia actúa por caminos torcidos y curiosos. Estudiando las balas de cañón llegamos a unas invenciones mecánicas que, a su vez, nos orientaron hacia las reformas políticas. Desde las reformas políticas empezamos a entrever las teorías políticas que nos condujeron después a las filosofías de Occidente. Por otra parte, a través de las invenciones mecánicas entrevimos la ciencia, que nos hizo entender el método científico y la actitud mental científica. Paso a paso fuimos conducidos cada vez más lejos de las balas de cañón y, sin embargo, nos acercábamos a ellas cada vez más (1947, p. 4).

El devenir histórico señala otro problema de la teoría económica: su creencia de que la gente tiende a actuar de forma racional. Para la formulación de una teoría lógica y generalizadora, el economista tiene que suponer necesariamente la existencia de fuertes asociaciones de carácter repetitivo entre determinadas variables de base. Pero esta creencia no es realista: la gente raras veces se com-

porta como se espera. Cairncross escribió que «el hombre es un ser variable e inconsecuente y su conducta, como dijo Keynes, no es homogénea a lo largo del tiempo». Por mucho que se empeñe en introducir elementos de probabilidad, el economista trabaja con modelos que se inspiran en lo que Pascal llamaba *l'esprit géométrique*.

El historiador no sólo tiene que habérselas con un número mucho mayor de variables, sino también con elementos no mensurables, irracionales e imprevisibles, y con asociaciones que cambian constantemente entre las variables. No puede hacer suposiciones de conveniencia. Es importante insistir en que la diferencia entre  $n$  y  $(n - k)$  no es de carácter puramente cuantitativo. Si lo fuera, cabría creer ingenuamente que en plena era del ordenador podrían establecerse sistemas de ecuaciones con un número de variables que se aproxime a  $n$  y llevar luego a cabo una masiva «cooptación de las exógenas». De hecho, las cosas son muy diferentes. Mientras que  $k$  representa un conjunto homogéneo y artificial de variables más o menos racionales y previsiblemente relacionadas,  $(n - k)$  es un conjunto caótico de elementos heterogéneos, muchos de los cuales son absolutamente imprevisibles, irremediablemente irracionales y no cuantificables. Por si no fuese bastante, la historia despliega mucha imaginación en un juego que supone la modificación perpetua, de modo imprevisible, de las relaciones de asociación entre las variables de ese conjunto. Para manejar ese conjunto complicadísimo y variable, no basta con el *esprit géométrique*. Es necesario el más maleable, el más sutil y, si se quiere, el menos científico y poco definible *esprit de finesse*.

Pero ¿qué es, en esencia, ese *esprit de finesse*? El propio Pascal, que fue capaz de intuirlo, encontró dificultades para definirlo: tropezía, se repite y recurre a una fraseología vaga, confusa.<sup>5</sup> Sugiero,

5. «En el [esprit géométrique] los principios básicos son palpables, pero alejados de la experiencia común ... En el [esprit de finesse] los principios proceden de la experiencia común y están delante de los ojos de todo el mundo ... sólo hace falta tener buena vista; pero es preciso tenerla buena, porque los principios son tan sutiles y numerosos, que es casi imposible que alguno no escape al observador ...

Lo que hace que a los geométricos les falte sutileza mental es que no ven lo que tienen delante de los ojos y que, estando acostumbrados a los principios exactos y sencillos de la geometría, y no razonan hasta que han inspeccionado bien y ordenado sus principios, se pierden en las cuestiones de sutileza ... [Los principios de sutileza] apenas se ven, se sienten más que verlos y es muy difícil hacer que los

parafraseando a Pascal, que los ingredientes del *esprit de finesse* son una aptitud para percibir la presencia y la importancia de un número infinito de variables, muchas de las cuales no pueden conocerse, medirse ni definirse; una clara percepción de la elevada frecuencia de las asociaciones no lineales y (según la terminología de la física) caóticas; una gran desconfianza ante las relaciones rigurosas de causalidad; y, finalmente, una percepción de la presencia constante de unas condiciones en las que el azar y el caos desempeñan un papel importante. El *esprit de finesse* es, en cierto modo, un sexto sentido que se desarrolla en el historiador de valía gracias a la familiaridad con las fuentes, que le permite ser flexible en sus conclusiones, cauto en sus explicaciones, consciente siempre de la imprecisión inherente e incommensurable de su reconstrucción.

La historia a menudo parece repetirse de varias maneras. Pero, por muy notable que pueda resultar el parecido con lo que ocurrió en otras ocasiones, cada situación histórica es única e irrepetible. Empleando una tosca analogía, la situación histórica es como una persona, que forzosamente se parecerá a otros individuos, pero que, pese a ello, es eternamente única. El hecho fundamental de la irrepetibilidad de la historia confiere un significado especial al dicho tradicional según el cual *historia magistra vitae*. En efecto, existe incompatibilidad entre la afirmación de que la historia se repite y el dicho según el cual «la historia es la maestra de la vida», puesto que si una situación dada se repitiese, quienes perdieron una vez, a la siguiente sacarían ventaja de la experiencia y se comportarían de manera diferente la próxima vez. Debido al cambio de comportamiento, la nueva situación sería diferente de la anterior.

Henry Kissinger escribió una vez que la historia «no es un libro de cocina que ofrezca recetas ya probadas» (1979, p. 54). Esta afirmación es consecuencia natural de la anterior en el sentido de que la historia no se repite. A estas alturas supongo que habrá quien se pregunte para qué sirve estudiar historia. A mi modo de ver, la búsqueda de conocimiento se justifica por sí misma. En el caso concreto de la historia me resulta difícil concebir una sociedad

---

sientan quienes no los perciben por sí mismos. Estos principios son tan sutiles y tan numerosos que hace falta un sentido muy sutil y refinado para percibirllos, y para juzgar correcta y justamente cuándo se perciben, sin que en su mayor parte puedan ofrecer una demostración ordenada, como en geometría». (*Pensamientos*).

civilizada que no se interesase por el estudio de sus propios orígenes. La historia nos dice quiénes somos, de dónde venimos y por qué somos quienes somos. Todo eso me parece elemental. Pero estoy convencido de que algunos pensarían que esa postura es elitista y socialmente injustificable. A estas personas, enfermas de utilitarismo benthamiano o de las actuales ganas de parecer modernas, debería decírseles que el estudio de la historia tiene un significado eminentemente formativo. Como escribió Huizinga, la historia no es sólo una rama del saber, sino también «una forma intelectual de entender el mundo». Además, el estudio de la historia permite contemplar en su auténtica dimensión los problemas actuales que se nos plantean, y, como escribió Richard Lodge en 1894, «proporciona al hombre el único medio de entender bastante bien el presente».

El estudio de la historia supone un ejercicio práctico de comprensión del hombre y su sociedad. Todos nosotros tendemos a ser provincianos, intolerantes y etnocéntricos. Por ende, todos necesitamos realizar constantes esfuerzos por estar informados y ser comprensivos con sistemas de vida, escalas de valores y formas de comportamiento diferentes de los nuestros. Después de todo, esta es la base misma de toda convivencia civilizada, tanto en una sociedad como entre sociedades. El estudio de la historia es esencial a este respecto. Estudiar la historia significa realizar un viaje por el pasado. El hecho de viajar abre los ojos, aporta conocimientos, invita a la apertura mental. Cuanto más largo sea el viaje y más lejanos los países visitados, más fuerte será el desafío a nuestra visión del mundo. Por eso creo que los historiadores que se ocupan de sociedades más alejadas de la nuestra en el tiempo tienen, en igualdad de condiciones, un sentido histórico más sutil y afinado que el de los historiadores de épocas más cercanas a nosotros. Con todo, no creo ni pretendo decir que el estudio de la historia o el hecho de viajar sean suficientes para hacer sabio a un hombre. Si fuese así, los profesores de historia serían todos sabios, lo cual está muy lejos de ser verdad. El hecho de viajar y el de conocer la historia son condiciones necesarias, pero insuficientes, para la comprensión de las vicisitudes humanas.

## 2. LA PROBLEMÁTICA

Toda investigación, si quiere tener un sentido, debe tratar de dar respuesta, aunque sea parcial y provisional (en la ciencia no existen respuestas definitivas), a un problema o a un conjunto de problemas. Lo primero que hay que hacer, pues, cuando se emprende de una investigación o se inicia la elaboración de un texto, es formular el problema (o conjunto de problemas) al que se pretende dar respuesta. La calidad de la respuesta depende mucho de la claridad con que se plantee el problema. Un problema planteado en términos confusos, imprecisos e incluso inadecuados sólo puede dar lugar a respuestas confusas e imprecisas.

En el capítulo 1 se ha argumentado que la historia económica ha de abordar problemas de naturaleza esencialmente económica. Esta afirmación es válida en términos de principio y de aproximación inicial, pero debe ser matizada. No quiere decir, por ejemplo, que el historiador económico deba precipitarse ciegamente sobre los problemas que se abordan en los textos sagrados de la teoría y proceder luego, a escala histórica, a repetir debates que ya celebraron los economistas. Todo eso puede ocurrir, desde luego, pero en la práctica intervienen elementos que dan lugar a un amplio margen de flexibilidad. Por lo tanto, aunque los problemas abordados por el historiador económico sean de carácter económico, pueden presentar notables diferencias respecto a los problemas tratados por el economista. Esto obedece a varias razones diferentes.

En primer lugar, como ya se ha dicho, el economista pretende identificar ciertas relaciones, interacciones o incluso «leyes» válidas para distintas situaciones históricas, mientras que el objetivo del historiador de la economía es describir y reconstruir circunstancias económicas específicas, consideradas en su individualidad y en su especificidad históricas.

En segundo lugar, con el desarrollo de la historia económica como disciplina autónoma, se ha ido conformando una problemática que, aunque sigue siendo esencialmente económica, corresponde a la historia económica.

En tercer lugar, el énfasis que el economista y el historiador económico ponen en determinados fenómenos difiere según el tipo de economía que es objeto de estudio. El historiador económico que se ocupe de la economía de esclavos de la antigüedad clásica o de la economía de las *curtes* altomedieval no se preocupará por las fluctuaciones del nivel de empleo de la misma manera que se interesará por ese fenómeno el economista que estudia las sociedades industriales modernas.

Finalmente, si bien no es imposible que el economista se refiera a economías, estructuras económicas y acontecimientos económicos de un pasado lejano, el interés que predomina en ellos al hacer previsiones y trazar planes para el futuro próximo significa que normalmente investigan el panorama económico contemporáneo. Su curiosidad (es decir, su problemática) refleja la problemática de la cultura y de la sociedad en las que vive. Como consumidor de información, pues, se encuentra más o menos en sintonía con los productores de información económica, puesto que éstos forman parte de la misma cultura y de la misma sociedad que el economista y, por consiguiente, comparten con él las curiosidades y las inquietudes. Esa sintonía —aun siendo imperfecta— entre demanda y oferta de información hace que el economista encuentre normalmente sin gran dificultad el tipo de información que necesita.<sup>1</sup>

1. Ni siquiera entre productores y consumidores de información económica que viven en la misma época y el mismo país la sintonía es siempre perfecta. Los consumidores no siempre conocen suficientemente bien las condiciones y los métodos con que se produce la información. Los productores de información en la esfera pública son burócratas que, por razones de economía presupuestaria o de preparación, no siempre están en condiciones de producir información de la calidad que desean los consumidores, muchos de los cuales pertenecen al ámbito académico. Por lo que se refiere a la información originada en el sector privado, las empresas no siempre tienen interés en revelar detalles que los economistas quisieran conocer para llevar a buen fin sus investigaciones. Por último, a las autoridades gubernamentales puede convenirles ocultar o alterar datos que ciertos grupos de estudiosos quisieran conocer. Por ejemplo, en los Estados Unidos, el presupuesto de la CIA se esconde entre los presupuestos de otros muchos departamentos gubernamentales. En la URSS, los gastos militares se consideraban secretos hasta hace poco. En Alemania, el gobierno nazi publicaba datos que infravaloraban voluntariamente las reservas de oro del país.

El historiador económico trabaja normalmente en una situación muy distinta. Ya se ha argumentado en el capítulo 1 que nada impide que el historiador económico se ocupe de las vicisitudes económicas contemporáneas. De hecho, tanto en Europa como en Norteamérica los historiadores económicos han mostrado recientemente un interés cada vez mayor por los acontecimientos económicos del siglo XX. En este caso, al igual que el economista, a menudo encuentran disponibles los datos documentales que necesitan. Pero la mayoría de las veces el historiador económico se ocupa de sociedades y economías de un pasado lejano. Eso supone inevitablemente una falta de sintonía entre la problemática y la documentación disponible. Ello se debe a que las preguntas del historiador (al igual que las del economista) reflejan y tienen su origen en la cultura y en la sociedad de la que forma parte el historiador, mientras que la documentación que el historiador debe usar responde a las preguntas, las inquietudes y la curiosidad de una cultura, una sociedad y un mundo diferentes. Se produce una falta de sintonía entre consumidores y productores de documentación. Como escribió en otro lugar,

supongamos que quisiéramos saber a cuánto ascendía la población de Reims a principios de nuestro milenio, cuál era la producción agrícola y cuáles los consumos. En vez de ello, los documentos de la época nos informan detalladamente de los milagros que hacía san Cebrián en la región (Cipolla, 1976, p. XIV).

Así pues, forma parte esencial del oficio del historiador mediar entre el subjetivismo de la demanda de información y el subjetivismo de la oferta. Era en esto en lo que debía pensar Paul Veyne cuando escribía que la actividad del historiador es «una lucha contra la óptica impuesta por las fuentes».

El economista, el sociólogo y el antropólogo tienen que librarse la misma batalla cuando se ocupan de sociedades contemporáneas que padecen atraso económico y social. Hacia mediados del siglo pasado, un estudioso inglés se dirigió a un cadi turco para conseguir datos sobre población, comercio, industria y restos arqueológicos de la región administrada por el cadi. Tras una larga espera recibió la siguiente respuesta:

Ilustre amigo y alegría de mi hígado:

Las cosas que me preguntas son difíciles de saber y, además,

completamente inútiles. Aunque he pasado toda mi vida en este lugar, jamás he contado el número de casas ni el de habitantes. Por lo que se refiere a lo que un mercader carga en sus mulos y otro estiba en su nave, son cosas que no tienen nada que ver conmigo. Pero, sobre todo, en cuanto a la historia pasada de esta ciudad, sólo Dios sabe la porquería y la confusión en la que debieron vivir los infieles antes de que llegase la espada del Islam. No sacaríamos ningún provecho de preguntarlo.

¡Oh, alma mía, cordero mío! No investigues las cosas que no te conciernen. Viniste a nosotros. Te recibimos bien. Vuélvete en paz por donde viniste (Layard, 1853, p. 663).

La falta de sintonía entre la problemática originaria del historiador económico y lo que le proporcionan las fuentes es tanto mayor cuanto mayor es la separación cultural existente entre la sociedad a la que pertenece el historiador y la sociedad objeto de su investigación. Tiene cierto sentido aplicar una serie de interrogantes derivados de la teoría monetaria actual al estudio de la historia monetaria del Imperio británico en el siglo XIX. Pero sería imposible hacer lo mismo con el Imperio romano del siglo II: todos los interrogantes quedarían sin respuesta.

En consecuencia, el historiador económico se ve obligado a adaptar sus preguntas a las fuentes de que dispone: dicho de otro modo, debe formular sus interrogantes teniendo en cuenta el período y la cultura que esté estudiando y los datos que se conserven. Al hacerlo así, el historiador económico inevitablemente aleja tanto sus inquietudes de las del economista, que en casos extremos éste no encuentra el menor interés en la investigación del historiador.

Cuando un economista y un historiador económico se unen para investigar la historia económica de una sociedad muy anterior, el choque inevitable se produce al principio, es decir, al plantear la problemática de la investigación. El economista sugiere temas y problemas que al historiador le parecen anacrónicos y antihistóricos, ya que los datos disponibles no permitirán llevar a cabo tal investigación. Por otra parte, puede que los interrogantes que sugiere el historiador económico, y que suponen una mediación que tiene en cuenta la documentación disponible y lo que de ella se puede esperar, le parezcan totalmente desprovistos de importancia económica al economista, que con facilidad podrá llegar a la errónea conclusión de que el historiador económico «no sabe economía».

Recientemente, de modo especial en los Estados Unidos, se ha venido consolidando una escuela de historiadores económicos que, por poseer una formación predominantemente económica y ocuparse sobre todo de la historia económica contemporánea, no se percatan de los problemas que plantean las fuentes disponibles. Preocupados ante todo por el «modelo» teórico que han inventado, y al no encontrar fuentes que corroboren dicho modelo, recurren prontamente a datos sustitutivos (*proxy*), dando por sentado que existen equivalencias que en vez de ello deberían demostrarse.

Para que una investigación llegue a buen puerto es importantísimo que desde el principio identifique claramente el problema que pretende abordar. Esto no quiere decir que el planteamiento inicial del problema deba regir la totalidad de la investigación subsiguiente, ya que a medida que va avanzando pueden surgir —y así ocurre con frecuencia— datos nuevos que revelen las imperfecciones, debilidades o incluso errores puros y simples de los modelos teóricos y las hipótesis de guía con que empezó el investigador. Responder a ello empeñándose en seguir ciegamente un método preconcebido es una prueba de cerrazón mental. Los historiadores deben estar siempre alertas por si se presenta la necesidad de modificar o corregir su modelo inicial. Dicho de otro modo, debe haber un «feed-back» perpetuo entre el planteamiento de problemas y el proceso de recogida de datos. Modificar o replantear los problemas y los modelos con que se trabaja no es señal de volubilidad ni de inconstancia: más bien demuestra que se posee flexibilidad mental y honestidad intelectual. El objetivo de las investigaciones no es deformar los hechos para probar una teoría, sino adaptar la teoría para dar una mejor explicación de los hechos.

### 3. LAS FUENTES

El historiador económico (como, por lo demás, el historiador general y quien cultive cualquier otra rama de la historia) se distingue del novelista por el hecho de que no inventa lo que cuenta, incluso aunque a veces su intuición o su fantasía puedan tentarle para que llene determinadas lagunas con hipótesis más o menos gratuitas. El historiador (económico y no económico) reconstruye el pasado a partir de una documentación a la que debe atenerse según unos criterios rigurosos, de los que hablaremos más adelante. Su capacidad se mide precisamente por el rigor y la inteligencia con que sabe hacer uso de la documentación disponible. El estudiante y el público en general, cuando leen un libro de historia, tienden a centrarse en el hilo del relato, fiándose implícitamente de lo que expone el historiador, y pocas veces se plantean de manera explícita el problema de la calidad del trabajo de documentación que está en la base de la obra estudiada. La torpe costumbre editorial de relegar las notas de referencia al final de cada capítulo o incluso al final del libro (en lugar de ponerlas donde debe ser, es decir, a pie de página) refuerza esa tendencia a la credulidad acrítica. Y, pese a ello, es precisamente la calidad del trabajo de documentación la que determina la mayor o menor validez de la obra histórica.

Langlois y Seignobos escribían en 1898 que «sin documentación no hay historia». Samaran se hacía eco de ello en 1961: «No existe historia sin documentos». En su libro *The Practice of History*, G. R. Elton afirmaba: «Conocimiento de todas las fuentes y valoración crítica competente de las mismas: estos son los dos requisitos básicos de una historiografía digna de consideración» (1967, p. 86). Lucien Febvre escribió que consideraba la historia como «estudio realizado científicamente, y no como ciencia»; esto es, estudio rea-

lizado sobre la base de una documentación recogida con diligencia y valorada e interpretada críticamente. El historiador debe basar siempre su trabajo en datos documentales. Incluso cuando narra acontecimientos que le son contemporáneos, necesita apoyarse en fuentes que complementen, den cuerpo y corroboren sus propias observaciones directas. Al historiador se le puede aplicar la frase puesta por Arthur Conan Doyle en boca de Sherlock Holmes en *The Adventure of the Copper Beeches*: «Datos, datos, datos: sin arcilla no se pueden fabricar ladrillos».

En el trabajo de documentación del historiador se pueden distinguir tres fases:

- 1) recopilación de fuentes documentales;
- 2) análisis crítico de esas fuentes;
- 3) interpretación y utilización de las mismas.

#### RECOPILACIÓN DE FUENTES

La recopilación de fuentes documentales y de los datos contenidos en ellas exige un esfuerzo especial y puede tropezar con graves dificultades. La documentación disponible puede estar llena de lagunas, y ello fundamentalmente a causa de tres tipos de circunstancias: la documentación deseada puede no haber sido producida; si fue producida, puede haber sido destruida voluntariamente; o bien puede haber sido destruida o haberse perdido de manera accidental. Cada uno de esos puntos merece un breve comentario.

La documentación que busca el historiador puede no haber sido producida porque la sociedad de la que se ocupa no sintió la necesidad de responder a los interrogantes que le interesan. Esta circunstancia ha sido ya comentada en el capítulo anterior. Por otra parte, una determinada documentación puede no haber sido producida por motivos más banales. Muchos acuerdos se han adoptado con un simple apretón de manos. Sobre todo en épocas y en sociedades en las que predominaba el analfabetismo, el acuerdo oral era la norma. Aún hoy, en sociedades avanzadas, muchos mensajes, decisiones e instrucciones se dan por teléfono, sin dejar huellas. Y hay otros acuerdos sobre los cuales no se produce ninguna documentación porque son considerados obvios y banales por los contemporáneos.

Incluso cuando sí se produce documentación, ésta puede ser destruida después. Y eso puede ocurrir por que alguien tenga interés en hacerla desaparecer para no dejar huella de los hechos a los que se refiere la documentación. Sin embargo, la destrucción voluntaria de documentos no siempre tiene un origen doloso. Puede ocurrir que la destrucción se produzca porque no se cree que mereza la pena el gasto de conservar el material documental. En 1692, y más decididamente todavía en 1720, el gobierno de la República de Venecia, que era, sin embargo, muy cuidadoso con la conservación de documentos de su propia administración, dio instrucciones al encargado del archivo de la organización sanitaria de la Serenísima para que «separase lo útil de lo inútil» y descartase «lo inútil», para dejar espacio para la nueva documentación que seguía acumulándose (Carbone, 1962, pp. 19-20). Nada garantiza, sin embargo, que el material que el archivero de la época consideró «inútil» y envió a la basura fuese considerado «inútil» también por los historiadores de hoy día.

Por último, como hemos dicho, la documentación producida puede ser destruida también de manera accidental. Los casos clásicos son los de incendios, inundaciones o terremotos que destruyen patrimonios documentales enteros. Dos incendios catastróficos devastaron el Palacio Ducal de Venecia en 1574 y en 1577, destruyendo buena parte de los documentos. Un terremoto devastó Lisboa en 1755 y destruyó el archivo en el que se custodiaba buena parte de los documentos relacionados con las exploraciones y el comercio portugueses en Asia y África durante los siglos XVI y XVII. Cuando se habla de destrucciones accidentales de fuentes documentales hay que incluir también los hechos de guerra, que, sin embargo, constituyen una destrucción no accidental, sino bárbaramente buscada. La historia de la destrucción de la gran biblioteca de Alejandría, en Egipto, durante el *Bellum Alexandrinum* debe ser en realidad una leyenda (Rice Holmes, 1983, III, pp. 487-489; para otros puntos de vista, véase Canfora, 1990). Pero los actos vandálicos realizados por el hombre en el curso de guerras y conflictos son incontables y no exclusivos de una época de barbarie lejana. El 30 de septiembre de 1943, en el pueblo de San Paolo Belsito, un destacamento alemán en retirada prendió fuego, por razones que nunca se han aclaramiento del todo (hay quien dice que a causa de un cerdo que los del pueblo no declararon), a una villa que contenía el precioso material

documental del Archivo Estatal de Nápoles, que había sido trasladado allí para ponerlo a cubierto de los bombardeos que entonces sufría la ciudad. Ardieron cerca de 55.000 pergaminos manuscritos y 35.000 libros, entre ellos los documentos del Ducado de Nápoles, los registros en pergamo que contenían las actas de los soberanos de Anjou entre 1265 y 1434, los registros de actas de los reyes aragoneses, los de algunas magistraturas principales del Estado y de algunos ministerios borbónicos, parte de los archivos de las casas de Borbón y Farnesio. «Pareció en aquella lóbrega mañana —escribió, recordando el episodio, el entonces director del archivo napolitano— que todas las fuentes de la historia del Reino de Nápoles, ocho veces secular, se desvanecían, dejando un vacío irreparable en la ciencia de nuestro pasado» (Filangeri, 1954, p. 99; véase también Filangeri, 1946, pp. 76-81).

En la categoría de pérdidas accidentales se pueden incluir también las continuas dispersiones y desapariciones producidas por descuidos, por incuria y el desgaste del tiempo. Los registros de los cuarenta y tantos notarios de las ferias de Champagne, originariamente conservados en archivos especiales de las propias ferias, fueron dispersados y destruidos no se sabe cómo, cuándo ni por qué, privándonos de una documentación preciosa sobre el mayor centro de intercambios comerciales y financieros del siglo XIII. En abril de 1682, en Londres, los directores de la Compañía de las Indias Orientales declaraban que «libros y papeles antiguos yacen en la mayor confusión en la buhardilla de la India House». En enero de 1717 se apuntaba que uno de los registros relacionados con Surat había sido arrancado de los legajos y que «gran cantidad de papeles de la compañía permanecen amontonados desordenadamente en el almacén». Se constituyó una comisión para organizar los papeles antiguos y proveer una plaza de funcionario que los cuidase, pero todavía en 1720 los directores observaban que «gran número de papeles, libros mayores y registros, sacados en su momento de los locales de la secretaría, de la contaduría y de otras oficinas de la compañía, se amontonan en el almacén que hay al otro lado del jardín, donde yacen en la mayor confusión y se teme que numerosos documentos se hayan destruido» (Foster, 1966, pp. i-ii).

Estas pérdidas no ocurrían solamente siglos atrás. En 1938, M. Moresco y G. P. Bognetti daban la señal de alarma ante el deterioro de una de las más importantes fuentes documentales de la

historia económica de la Europa de los siglos XII y XIII: los cartularios notariales genoveses de aquel período. «Es un tesoro amenazado», escribían los estudiosos.

Dadas las precarias condiciones en que han quedado esas hojas de más de siete siglos de antigüedad, a causa de unas vicisitudes excepcionales y de las repetidas y, sin embargo, necesarias consultas, se comprueba en casi todos los más antiguos [cartularios] una progresiva desescamación y casi desintegración del papel, no ya en los márgenes blancos, sino muchas veces también en el propio texto. Es preciso salvarlos publicándolos (1938, p. 1).

En ese caso concreto, las intervenciones fueron eficaces y positivas. Los cartularios fueron microfilmados y en gran parte publicados y se adoptaron medidas especiales para la conservación y restauración de los originales (cf. *infra*, Segunda parte, capítulo 6). Pero por cada caso de documento salvado se pueden citar cien de documentos abandonados a la destrucción. A propósito del descuido es preciso añadir que en siglos anteriores, en Occidente, la dispersión de documentos públicos se vio facilitada por la pésima costumbre de los miembros de las clases altas que tenían acceso al gobierno de llevarse a sus casas documentos de la administración pública para estudiarlos con mayor detenimiento. A menudo, se olvidaban o no se preocupaban de devolver los documentos al organismo al que pertenecían y donde deberían haber sido conservados.

En muchos casos, los documentos se han conservado por azar y no por una decisión racional. Como veremos más adelante, importantes documentos de comerciantes judíos que operaban durante los siglos X y XI en el norte de África, en el Próximo Oriente y en el océano Índico se han conservado casualmente en un depósito (*geniza*) anejo a la sinagoga de El Cairo sólo porque la tradición judía se opone a la destrucción de escritos. Más curioso es todavía el caso de los papiros de Tebtunis. En el Egipto ptolemaico se veneraba al dios cocodrilo Sobk de diversas maneras y bajo diferentes nombres en numerosas poblaciones. A principios de este siglo, una expedición arqueológica norteamericana realizó excavaciones en Umm el Baragat, la vasta necrópolis ptolemaica. Día tras día sólo encontraban cocodrilos embalsamados que se usaban en el culto al dios Sobk. El 16 de enero de 1900, uno de los excavadores que trabajaban para los arqueólogos norteamericanos, frustrado y

enfurecido por el hecho de no encontrar más que momias de cocodrilos en vez de sarcófagos, golpeó con un pico a uno de los animales. Para sorpresa de todos, se descubrió que, bajo el vendaje exterior de la momia, el cuerpo del cocodrilo estaba envuelto en largas hojas de papiro originalmente utilizadas para anotar contratos, pagos diversos y cosas por el estilo. Una inspección detallada de las momias de los demás cocodrilos permitió recuperar papiros importantes para el estudio de la historia económica y administrativa de la época (Grenfell y otros, 1902, I, pp. v-vii).

De cuanto hemos expuesto hasta aquí se deducen dos circunstancias. Ante todo, que la masa documental que sobrevive a una sociedad determinada es producto de decisiones lógicas pero subjetivas (la cultura de la sociedad en cuestión, y decisiones posteriores acerca de qué documentos debían guardarse) y de eso que Emilio Gabba llama la «casualidad caprichosa» (terremotos, inundaciones, incendios, actos vandálicos, deterioro gradual, creencias religiosas, embalsamamientos de cocodrilos). El historiador ha de ser consciente del variado origen de las lagunas documentales, en la medida en que la falta de una determinada documentación puede ser significativa de su existencia. En segundo lugar, ya sea por voluntad o por la «casualidad caprichosa», la documentación disponible presenta cada vez más lagunas a medida que se estudian épocas más alejadas en el tiempo. En lo que se refiere a la documentación, el historiador económico de las sociedades industriales contemporáneas y el historiador económico de la Alta Edad Media o de la Antigüedad clásica se encuentran en situaciones antitéticas. El primero sufre el problema de tener que elegir entre una documentación ilimitada.<sup>1</sup> El segundo, en cambio, tiene que hacer su trabajo con escasísimos documentos. El historiador económico de la Baja Edad Media y de la Edad Moderna se encuentra en una situación intermedia.

La abundancia relativa de documentación sobre las edades Moderna y Contemporánea del mundo occidental se debe, entre otras

1. Eso no significa que el futuro historiador de las sociedades industriales de hoy vaya a encontrarse desbordado por la abundancia de datos. El historiador del futuro se planteará problemas que hoy no estudiamos ni imaginamos y para los que, en consecuencia, no producimos documentación e información. Además, buena parte de la documentación que producimos está escrita o impresa con tintas y sobre papel que tienen una esperanza de vida muy corta. Sólo cuando pase algún tiempo podremos entrever cómo afectará a este asunto la difusión del ordenador.

cosas, a la creación de archivos, es decir, de depósitos especialmente preparados para la ordenación, conservación y consulta de documentos públicos y privados. En el capítulo 2 de la Segunda parte haremos alusión a las circunstancias que condujeron a la creación, en la segunda mitad del siglo XVIII, del Archivo General de Indias, uno de los mayores de Europa. También merece la pena referirnos a las circunstancias que rodearon la creación de otro archivo famoso: el Public Record Office de Londres.

En 1836 se constituyó una comisión especial de la Cámara de los Comunes con el fin de estudiar la posibilidad de instituir un archivo público (Public Record Office) en Londres. Las colecciones documentales del reino estaban en aquella época dispersas en varios depósitos, ninguno de los cuales estaba preparado para conservarlas. Los depósitos más importantes eran la Torre de Londres, la Chapter House de Westminster y la Rolls House. La humedad y los ratones provocaban constantes pérdidas de documentos. Además, unas eliminaciones voluntarias y abusivas de documentos considerados de escaso valor según unos criterios selectivos muy discutibles depauperaban continuamente el precioso patrimonio archivístico. En 1858 se llevó a cabo la eliminación sistemática de documentos considerados de dudoso interés y entre 1861 y 1865 se destruyeron cerca de cuatrocientas toneladas de documentos del Ministerio de la Guerra y del Almirantazgo.

Cuando se constituyó el Public Record Office las cosas mejoraron, pero todavía en julio de 1911 un estudioso norteamericano, N. S. B. Gras, de Harvard, informaba a la dirección del Archivo de que había descubierto la importante serie de los *Port Books* amontonados de mala manera en una buhardilla del edificio.

Cuantas más lagunas tenga la documentación de que disponga el historiador, más deberá aguzar éste el ingenio. Es el momento de decir que la actividad del historiador se parece a la del detective y debe estudiar las fuentes escritas, por así decirlo, con microscopio, frase por frase, palabra por palabra. Ha hecho falta toda la agudeza de Claude Nicolet para extraer de ciertos vagos pasajes de Tito Livio, Cicerón, César, Dión Casio y Tácito algunas brillantes deducciones sobre el sistema financiero vigente en Roma durante los siglos I a.C. y I d.C. (Nicolet, 1963; 1971). Por lo que se refiere a la Alta Edad Media, los estudiosos tuvieron que hacer gala de una paciencia de santo para extraer de aburridas historias de santos y

milagros la información sobre algún personaje importante que antes de tomar los hábitos monacales había sido mercader, lo cual les permitía sacar conclusiones sobre la existencia de grupos mercantiles y vías comerciales en las épocas y en las zonas estudiadas (Dopsch, 1922; Ganshof, 1933; Pirenne, 1937; Sabbe, 1934).

Pero sobre algunas épocas, como por ejemplo la Antigüedad clásica, las fuentes escritas son tan escasas y parcas que ni siquiera basta la lupa más potente. Y entonces el historiador debe buscar en otra parte. Cuando el detective no encuentra pruebas documentales de la identidad del asesino, utiliza las pistas que le ofrecen las huellas dactilares, colillas, manchas, etcétera. De manera similar, el historiador busca pistas en la lingüística, en la arqueología, en la numismática y la epigrafía. Cualquier información puede resultar útil. Así, las monedas y sobre todo vasijas griegas halladas en los distintos países de la cuenca mediterránea pueden ser utilizadas (con cautela) como elementos para determinar la existencia de vías comerciales y su cronología en la época de la expansión comercial y demográfica griega.<sup>2</sup> Los hallazgos de monedas romanas en la India pueden facilitar elementos para la historia de los intercambios comerciales entre Roma y el subcontinente índico.<sup>3</sup> Los análisis químicos que ponen de manifiesto la presencia de platino en el oro de las monedas romanas de mediados del siglo IV d.C. pueden proporcionar una pista sobre la entrada en funcionamiento de nuevas minas (Callu y Barandon, 1986, p. 572, gráfico 3). En su descripción de las fuentes documentales de la historia antigua, Crawford y sus colegas (1983), dedican 74 páginas a las fuentes escritas, 55 a la epigrafía, 46 a la arqueología y 51 a la numismática.

Por lo demás, el recurso a la arqueología, a la epigrafía, a la numismática, a la lingüística, no es una práctica exclusiva del histo-

2. Cf., por ejemplo, Cook, 1959, pp. 114-123. Sobre las especiales cautelas críticas con las que debemos movernos al utilizar material arqueológico para el estudio de la historia económica griega, cf. Will, 1973.

3. En el extremo meridional de la península de la India aparecieron, en óptimo estado de conservación, monedas imperiales romanas de la época de Augusto (63 a.C.-14 d.C.) y de Tiberio (42 a.C.-34 d.C.), y concretamente de la última emisión de Augusto a la última de Tiberio a lo largo de todo su reinado. Sólo en número limitado se han encontrado en la India denarios romanos de un periodo anterior y denarios y áureos de un periodo posterior. A este respecto, cf. Warmington, 1974, pp. 272 ss., y Crawford, 1980, pp. 207-217.

riador de la Antigüedad. También el historiador de la Edad Media obtiene con frecuencia beneficio de esas disciplinas para llenar alguna laguna documental o corroborar informaciones obtenidas de otras formas. El hecho de que en lengua inglesa algunos animales domésticos, como el buey, el ternero, el cerdo o el cordero, reciban nombres de origen anglosajón cuando están vivos (*ox, calf, pig, ram*) y nombres de origen francés cuando han sido sacrificados (*beef, veal, porc, mutton*) puede aportar más información que muchos documentos escritos sobre las diferencias de nivel de vida entre los invasores normandos (que hablaban francés) y las poblaciones anglosajonas sojuzgadas después de la batalla de Hastings en 1066. De manera similar, la diferencia existente en italiano entre «honorario» y «salario» (*onorario* y *salario*) y en inglés entre *fee* y *wage* dice mucho acerca de la distinta consideración que se dispensaba en la Edad Media al trabajo profesional y al manual. La historia de la moneda medieval no podría hacerse en modo alguno sin la ayuda de elementos que sólo la numismática puede facilitar. La historia de los *lost villages* en Inglaterra y en Alemania después de la depresión demográfica de los siglos XIV y XV se ha beneficiado enormemente de los reconocimientos fotográficos aéreos (lámina 1). También por lo que se refiere a los siglos XVIII y XIX se ha desarrollado una rama del saber histórico llamada arqueología industrial que ha proporcionado útiles instrumentos de confrontación a los historiadores de la revolución industrial.

En síntesis, el historiador, sea cual sea la época de la que se ocupe, tiene que adoptar la costumbre del detective y no dejar al margen ningún campo en la búsqueda de pruebas. Como consecuencia, para el historiador, términos como «documento», «documentación», «fuente documental», acaban adquiriendo un significado muy amplio. En su acepción más estricta, el término «documento» sirve para indicar un «testimonio escrito de un hecho de carácter jurídico, compilado según unas formas determinadas que están destinadas a dar fe y proporcionar valor de prueba» (Paoli, 1942, p. 18). Pero para el historiador, por ejemplo Croce (1938, p. 18), cualquier testimonio, ya sea escrito, oral, arqueológico, numismático o epigráfico, es un «documento». Tomando prestada una elegante frase del jurisconsulto Paulo (*Pandectas XXII, 4,1*) podría decirse que, para el historiador, con el nombre de «documento», «fuente» o «testimonio» ea omnia accipienda sunt, quibus causa instrui potest



LÁMINA 1. Fotografía aérea de un «pueblo perdido» inglés (*lost village*).

(«debe incluirse todo lo que sirva para preparar un juicio»). Como escribió Lucien Febvre:

La historia se hace sin duda con documentos escritos, cuando los hay, pero también con la observación de los paisajes, con el estudio de los ladrillos y de las formas de los campos, con la historia de los eclipses lunares y con arneses de caballerías de tiro, con el análisis de las lanzas de metal realizado por los químicos y con el estudio de las rocas efectuado por los geólogos.<sup>4</sup>

El campo no puede ser más amplio. Y, como sostiene G. R. Elton, «idealmente, el historiador debería contar siempre con todo el material que pueda demostrarse de un modo u otro útil para su investigación» (1967, p. 66).

Al escribir una síntesis de la historia del Imperio romano, Colin M. Wells apuntó:

La relación existente entre el testimonio literario y la documentación arqueológica no es la que hay entre una señora y su criada, como solía decirse. Los datos arqueológicos son una fuente primaria, lo mismo que un texto de Tácito o una inscripción. El historiador debe reconocer que pueden completar la documentación literaria, contradecirla (César afirma que el Rin era una importante línea de demarcación etnográfica y natural existente entre galos y «germanos», pero la arqueología lo desmiente), o incluso proporcionar información sobre asuntos respecto de los cuales el registro histórico permanece mudo por completo (1984, p. 49).

La validez de la documentación numismática, epigráfica o arqueológica no varía, ya se trate de historia antigua, medieval o moderna. Pero el peso relativo de la información derivable de esas disciplinas, comparada con la documentación escrita, disminuye rápidamente con el ocaso del mundo antiguo.

4. La referencia a los arneses de caballerías de tiro alude a los estudios de R. Lefebvre de Noëttes, que, a partir de estudios iconográficos, puso de manifiesto que durante la Alta Edad Media se introdujo una nueva técnica de enganche del caballo que mejoró notablemente su utilización. Cf. también White, 1962, pp. 57 ss. (hay trad. castellana: *Tecnología medieval y cambio social*, Barcelona, 1984). La alusión a las lanzas se refiere a estudios recientes de análisis químico-metalográfico sobre hallazgos de restos de lanzas de los pueblos germánicos invasores, estudios que inducen a pensar que dichos pueblos poseían una técnica metalúrgica avanzada.

Es prácticamente imposible elaborar un inventario completo de las fuentes que interesan a la historia económica. Cuando hace años Armando Saporì publicó su *Saggio sulle fonti della storia economica medievale* (Ensaya sobre las fuentes de la historia económica medieval), enumeró e ilustró solamente las categorías de documentos que se refieren al comercio medieval y, al final del ensayo, comprendiendo que el contenido de la botella era muy inferior a lo prometido en la etiqueta, se sintió obligado a precisar que se había referido sólo «a las fuentes principales», y que «todo fondo archivístico, de cualquier institución, puede contener material de interés para el historiador de la economía» (1955, I, p. 23). Al intento de esbozar un inventario descriptivo de las fuentes de historia económica se oponen, no sólo las dimensiones mastodónticas de la tarea, sino también, sobre todo, la circunstancia de que es posible encontrar referencias a hechos y factores económicos en los documentos más dispares y diversos, desde las cuentas de la criada hasta el periódico diario, desde las memorias de un político, hasta un tratado de paz. A pesar de ello, he intentado ejemplificar los más importantes documentos o series documentales de que puede disponer el historiador económico por lo que se refiere al periodo que va desde el año 1400 a.C. hasta la actualidad. Como queda dicho en el prefacio, el resultado de ese improbo y arriesgado intento está recogido en la segunda parte de este volumen. En ese ensayo encontrará el lector la descripción de algunos de los documentos que el estudiioso de la historia económica europea no puede ignorar en modo alguno, enmarcados en la evolución socioeconómico-cultural de la que esos mismos documentos son expresión.

#### FUENTES PRIMARIAS Y FUENTES SECUNDARIAS

Si un detective quiere cerciorarse de cómo ha ocurrido un accidente automovilístico, seguramente no perderá el tiempo escuchando el resumen de los hechos que haga una persona que no fue testigo presencial de los mismos. El detective tratará de interrogar a las personas que estaban en el lugar cuando se produjo el accidente, y sólo a ellas. Si hay cinco testigos, muy probablemente el detective oirá cinco versiones ligeramente distintas entre sí, porque cada uno ve las cosas desde su propio punto de vista, tanto físico como

psicológico. El detective pondrá cuidado en correlacionar, comparar y sopesar cada uno de esos cinco testimonios y pasará por alto la interpretación de personas ausentes, que sólo saben del accidente lo que han oído decir. Al hacerlo así, el detective aplica una regla fundamentalmente de sentido común, que establece una distinción nítida entre fuentes primarias y fuentes secundarias.

Puesto que muchos de los historiadores del pasado fueron también personas inteligentes y con sentido común, es de suponer que serían conscientes de una regla de ese tipo. Pero cuando los historiadores de la Antigüedad y los cronistas de la Edad Media no encontraban fuentes primarias en las que apoyar la reconstrucción histórica, no le daban demasiadas vueltas al asunto y recurrían a leyendas, tradiciones orales, fuentes secundarias, y lo metían todo en el mismo saco. Como escribió M. I. Finley, «infravaloramos constantemente la habilidad de los antiguos para inventar y su capacidad para creer» (1986, p. 9). Fue en la Europa de finales del siglo XVII cuando se empezó a distinguir sistemáticamente entre fuentes primarias y fuentes secundarias y a establecer normas precisas de conducta que el historiador debería cumplir al usar las diversas fuentes. La obra maestra que inauguró una nueva época historiográfica fue *De re diplomatica*, de Mabillon, publicada en 1681. Como escribió Marc Bloch, «aquel año, 1681, se fundó por fin la crítica de los documentos». Hoy día, como ha escrito Arnaldo Momigliano, «el método histórico se basa en la distinción entre fuentes primarias y fuentes secundarias». Actualmente, hasta el menos experimentado de los historiadores sabe que tiene que remitirse a las fuentes primarias cuando se puede disponer de ellas y que, si no están disponibles, puede intentar el uso de fuentes secundarias, pero siempre con la condición de mantener una gran cautela. A pesar de todo, incluso el campo de las fuentes primarias es —como veremos con más claridad después— un campo minado. Como escribieron Langlois y Seignobos, «no conocemos ni un sólo testigo contemporáneo que nos asegure haber visto a Pisistrato; en cambio, millones de “testigos oculares” juran haber visto al diablo» (1898).

La distinción entre fuentes primarias y fuentes secundarias está clara en la mente de todos los historiadores y debería estarlo también en la de cualquier persona culta. Creo que el ejemplo hipotético del accidente automovilístico que hemos formulado antes, distin-

guiendo entre quienes estuvieron presentes en el accidente y quienes sólo oyeron hablar de él por persona interpuesta, es suficiente para aclarar los dos conceptos. Habría que precisar, sin embargo, a este respecto, que una fuente que en un contexto determinado puede ser definida como secundaria, puede convertirse en primaria en otro. *Mahomet et Charlemagne*, el libro de Henri Pirenne publicado en 1937, es decididamente una fuente secundaria para el estudio de la economía de la Alta Edad Media. Pero para un estudio biográfico sobre la figura y la personalidad de Henri Pirenne, el libro en cuestión es una fuente primaria. Hay que decir también que una fuente dada puede ser al mismo tiempo primaria y secundaria. La *Cronaca* de Giovanni Villani es una fuente primaria por lo que se refiere a los acontecimientos de la Florencia de su tiempo y es una fuente secundaria para todo lo demás.

Las fuentes descritas en la segunda parte de este volumen son casi todas fuentes primarias. Las fuentes secundarias aparecen en la bibliografía, al final del libro. Entre las fuentes primarias escritas disponibles para el historiador económico hay que distinguir: 1) las fuentes narrativas y en forma de crónica; y 2) las fuentes documentales.

Ya hemos dicho que el historiador profesional es aquel que, cuando es posible, se remite por norma a las fuentes primarias. El historiador que se remite sólo a fuentes secundarias es comparable al cirujano que sólo ha leído libros de cirugía y que nunca se ha acercado a una mesa de operaciones ni ha manejado jamás un bisturí. Pero hoy vivimos unos tiempos extraños. Hace unos años, Momigliano escribía: «una bibliografía puede tener los mismos efectos que una droga perniciosa y estimular el vicio: el vicio de leer estudios modernos en vez de documentos originales cuando estudiamos el pasado, es decir, de historia» (1974, reimpr. 1987, p. 15). La gran cantidad de libros publicados en los últimos cincuenta años ha estimulado o impuesto la lectura de un número creciente de estudios modernos, reduciendo con ello el tiempo disponible para la lectura de fuentes. Especialmente en los Estados Unidos, la creciente preocupación por el planteamiento de modelos teóricos de interpretación y por la metodología estadística ha redundado en perjuicio del estudio de las fuentes primarias de la historia económica. La invasión de la historia económica por parte de sociólogos y antropólogos ha favorecido también el estudio de la bibliografía en perjuicio

de las fuentes primarias. Todo esto ha tenido consecuencias perniciosas. No se trata sólo del hecho de que, al recurrir a fuentes de segunda mano, el estudioso corre el riesgo de reproducir errores de lectura o de interpretación en los que puede haber incurrido el autor de la fuente secundaria. Hay mucho más. Como veremos en el capítulo 5, cualquier reconstrucción histórica sufre en diversos grados el defecto de la simplicación, la generalización y la subjetividad. Quien, para escribir sobre historia económica, confía sólo en las fuentes secundarias inevitablemente añade sus propias simplificaciones, generalizaciones y subjetividad a las de la fuente secundaria. Por lo general, de ahí surge un producto reconocible a primera vista por el experto y en el que predominan las generalizaciones abstractas de escasa profundidad, los esquemas rígidos y al mismo tiempo simplistas, en el que falta el matiz de las infinitas excepciones individuales que caracterizan con sus variadas gradaciones al mundo real.

Volviendo al caso hipotético que planteábamos antes, el del detective encargado de reconstruir la forma en que se ha producido un accidente automovilístico, es evidente que éste albergará sentimientos de sospecha y de escepticismo frente a las declaraciones de personas que no estuvieron presentes en la escena. De manera análoga, el historiador debe emplear una cautela especial cuando, obligado por la ausencia de fuentes primarias, tenga que utilizar fuentes secundarias. Es preciso añadir, sin embargo, a este respecto, que el hecho de utilizar fuentes primarias no exime al historiador de su obligación constante de mantenerse siempre en posición de alerta. Porque también las fuentes primarias pueden mentir; y no sólo las de carácter narrativo, sino también las de naturaleza documental.

## 4. LA CRÍTICA DE LAS FUENTES

Las ciencias deben sus espectaculares éxitos a una metodología basada esencialmente en la atención rigurosa a tres procesos:

- 1) la formulación de una teoría estructurada lógicamente;
- 2) la recogida de datos cuyo grado de fiabilidad se mide a través de una precisa determinación estadística de sus márgenes de error;
- 3) la verificación de la teoría por medio de datos cuya fiabilidad ha sido ya establecida.

En las disciplinas históricas y en la economía, esa triple preocupación no ha sido nunca adoptada por completo. Han permanecido cojas y, curiosamente, han permanecido cojas en varias vertientes distintas.

La posibilidad de verse desviados por informaciones falsas o de ser acusados de hacer una crónica falsa de los acontecimientos ha obsesionado a los historiadores desde los más lejanos orígenes de la actividad historiográfica. Cuando Tucídides escribió su historia de la guerra del Peloponeso tuvo que precisar que «mi narración se basa en lo que yo mismo he visto y en las crónicas de otros, después de una atenta búsqueda tendente a conseguir la mayor precisión». Cicerón insistía en que el historiador tiene la obligación «primero, de no decir jamás nada que no sea verdad; segundo, de no suprimir ninguna verdad; y, tercero, de evitar que caiga sobre él la sospecha de parcialidad o malicia en sus propios escritos». El historiador árabe Ibn Jaldún (segunda mitad del siglo XIV) escribió:

Lo falso se insinúa en las historias ... Uno de los motivos es la parcialidad que induce a propagar determinadas opiniones e ideas. Otra causa de narraciones mentirosas es la confianza ciega en quien

las refiere: quienes transmiten noticias deberían ser sometidos al mismo tipo de investigación que aplican los jueces a los testigos. La tercera causa de error es la incomprendión sobre los fines: muchos narradores no saben a qué objetivo tendían las acciones que han visto u oído contar; narran las cosas según sus propias impresiones y conjeturas y caen en la falsedad. Cuarta: se equivocan debido a una excesiva confianza en sí mismos, o una fe exagerada en las propias fuentes.

Durante siglos, estas nobles preocupaciones y otras similares no surtieron ningún efecto perceptible en la práctica historiográfica. Lo que faltaba era método. Hasta finales del siglo XVII en Europa no se sentaron las bases para la formulación de una metodología sistemática, que fue llevada a término a lo largo del siglo XIX. Esta metodología, basada en la distinción entre fuentes primarias y fuentes secundarias, en la reconstrucción filológica del texto arquetípico mediante el estudio de genealogías de manuscritos y en los tests de concordancia o de compatibilidad entre fuentes distintas, recibió el nombre de «crítica de las fuentes». Es una metodología rigurosa que ha justificado el uso del adjetivo «científico» aplicado al estudio de la historia en nuestros días.

El aspecto metodológico en el que los historiadores han quedado cojos es el de la teoría. Como veremos más adelante, los historiadores se han preocupado muy pocas veces de explicar, no sólo frente a los demás, sino también para sí mismos, la teoría a partir de la cual recomponían los datos básicos recogidos y de verificar la consistencia lógica. En este aspecto, por decirlo así, los historiadores se han fiado en general del simple «sentido común».

Los economistas han cojeado metodológicamente en otra vertiente. Desde Ricardo en adelante (exceptuando la escuela histórica alemana del siglo XIX), se han mostrado cada vez más atentos a la coherencia lógica, la simplificación y la elegancia formal de sus modelos, al mismo tiempo que se comportaban de forma irreflexiva al recoger y usar los datos. Normalmente aceptan datos que estén de acuerdo con la teoría propuesta, sin preocuparse de determinar el modo y la manera en que han sido producidos tales datos; sin comprobar rigurosamente su fiabilidad y sin asegurarse de que todos los datos disponibles y de probada fiabilidad están de acuerdo con la teoría propuesta. De hecho, en lo que se refiere a esto último, los economistas rechazan con frecuencia los datos que no

coinciden con sus teorías, al tiempo que acogen los favorables (aunque no se haya demostrado adecuadamente su fiabilidad). Imponen así a la realidad la camisa de fuerza de su teoría, en lugar de adaptar su teoría a la realidad. Como escribió J. K. Galbraith, la actitud de la mayoría de los economistas teóricos acaba «perjudicando los esfuerzos por recoger información y ... estimulando el desprecio de la realidad que resulte incómoda».

Los historiadores económicos que comparten su metodología con el historiador y el economista son propensos a padecer de una u otra deficiencia. Los historiadores económicos de formación predominantemente histórica suelen estar fuertes en la crítica de las fuentes y débiles en el planteamiento teórico. Los de formación principalmente económica están por lo general fuertes en el planteamiento teórico y débiles en la crítica de las fuentes. La tarea básica de una buena historia económica debería consistir en combinar los aspectos positivos de ambos planteamientos, empezando por la crítica de las fuentes.

La crítica de las fuentes supone básicamente cuatro procesos:

- 1) el descifrado de textos;
- 2) la interpretación de su substancia o contenido;
- 3) la confirmación de su autenticidad; y
- 4) la determinación de su veracidad.

Los cuatro procesos dependen forzosamente unos de otros.

Descifrar un documento contemporáneo no suele plantear problemas, a menos que se trate de un documento en clave. Pero las cosas son muy diferentes por lo que se refiere a la época clásica, a la Edad Media o a la Edad Moderna. Las tablillas de Cnosos no pudieron ser leídas, hasta después de que Michael Ventris descifrarse en 1952 la escritura que los arqueólogos llaman Lineal B (cf. Segunda parte, cap. 1). Dado que no ha existido un Michel Ventris de la escritura Lineal A, las tablillas escritas en esa lengua retienen todavía sus secretos.

Por lo que se refiere a la Edad Media y a los primeros siglos de la Moderna, existe una dificultad con la que el historiador de la economía tropieza frecuentemente y que consiste en los símbolos utilizados en las fuentes para indicar las unidades monetarias o de peso. En la Florencia del siglo xvi, cada amanuense tenía su propia forma de escribir los símbolos correspondientes a las unidades mo-

netarias llamadas «sueldos», «florines», «escudos» y «ducados». Debido a ello, hasta el más experto paleógrafo se equivoca a veces. Y lo mismo puede decirse acerca de unidades de peso como «marco», «libra», «onzas», «escrúpulo» o «grano». Al preparar una edición de la *Cronaca* que G. de' Ricci, el mercader y hombre de letras florentino, escribió en el siglo XVI, Giuliana Saporì, paleógrafa de primera también, confundió el signo de la libra por el de la onza, y con ello hizo que algunos aspectos del sistema monetario de Florencia resultaran totalmente incomprensibles.<sup>1</sup> Y E. G. Parodi, al preparar una edición crítica de un manuscrito de 1235-1236, creyó que el símbolo de los sueldos correspondía a los florines, con lo cual el precio de un par de zapatos le salió a seis florines de oro, cifra poco verosímil por ser demasiado elevada (1887, p. 195).

#### FUENTES «VERDADERAS» Y FUENTES «FALSAS»

En una democracia sana, al individuo debe considerársele inocente mientras no se demuestre lo contrario. Siendo así, la relación entre el historiador y sus fuentes no es ciertamente de inspiración democrática. Jacques Le Goff lleva posiblemente las cosas al extremo cuando sostiene que «cualquier documento es una mentira», pero está establecido que el historiador no debe suponer nunca que su fuente sea inocente, tiene que sospechar siempre de ella y estar dispuesto a abrir, al menor signo de contradicción, lo que Foucault llamaba «el proceso al documento».

Como vimos en el capítulo 3, una de las primeras normas de conducta para el historiador es desconfiar de manera muy especial de las fuentes secundarias y remitirse, siempre que sea posible, a las fuentes primarias. El uso de fuentes primarias elimina ciertos tipos de información tergiversada, pero no agota la obligación que tiene el historiador de vigilar constante y desconfiadamente. Dicho de forma sencilla, una fuente primaria, puede ser alguna de las siguientes cosas:

- 1) una fuente falsa con un contenido falso;
- 2) una fuente falsa con un contenido verídico;

1. Cipolla, 1987, p. 131. Al no haber tenido la posibilidad de consultar el manuscrito original, no puedo decir si el error es imputable efectivamente a Saporì o si fue cometido por quien produjo el manuscrito.

- 3) una fuente genuina con un contenido falso;
- 4) una fuente genuina con un contenido verídico.

Un ejemplo de fuente falsa con contenido falso nos lo proporciona la llamada Donación Constantiniana, por la que en 313 d.C. el emperador Constantino el Grande supuestamente donó al papa Silvestre la ciudad de Roma, legitimando así el poder temporal del obispo de Roma y su supremacía sobre los demás obispos de la Iglesia católica. La falsedad del documento fue demostrada por Lorenzo Valla (1406-1457) hacia mediados del siglo xv con argumentos filológicos incontestables.<sup>2</sup>

Otro documento falso con contenido falso es una escritura del 13 de octubre del 874, atribuido al emperador Luis II y extendido a favor del monasterio benedictino de San Clemente di Cesauria, en los Abruzos. La fama de esta falsificación no es comparable con la de la Donación Constantiniana, pero merece la pena recordarla por sus implicaciones para la historia de la tecnología. La falsificación fue obra de monjes benedictinos, probablemente del siglo XIII, que, como era frecuente en aquella época, querían que la propiedad de las posesiones de su monasterio pareciese más antigua (y, por tanto, más noble y más legítima). Mediante el documento en cuestión, el emperador confirma de nuevo al monasterio la posesión de cortes, castillos y siervos, junto con «molendinis, acquarum decursibus, piscationibus, valcatoriis, silvis, rupibus, domibus» (la cursiva es mía). Las *valcaturae* eran los batanes (es decir, máquinas especialmente preparadas para el tratamiento del paño), importante innovación tecnológica de la Edad Media. Si el documento fuese auténtico, habría que adelantar hasta mediados del siglo IX la aparición de esa máquina en Occidente. El hecho de haber comprobado que el documento es una falsificación permite a los historiadores de la economía y a los de la tecnología persistir en la opinión de que los batanes se inventaron en el siglo X (Malanima, 1988, pp. 49-50).

La idea de un documento falso con un contenido verídico puede parecer particularmente peregrina. Pero imaginemos un documento auténtico que certifique la adquisición de una determinada propiedad por parte de una abadía. Supongamos luego que el citado documento se pierde o destruye. En tal caso, los monjes medievales

2. Para el texto de la Donación, cf. Mirbt, 1924. Para la refutación de Valla, cf. Valla, 1928; y Giannantonio, 1972.

podrían elaborar un nuevo documento que reprodujese lo esencial del primero. El segundo documento sería falso en la medida en que pretendiera ser el original, pero su contenido sería verídico. El lector interesado por la fascinante historia de las falsificaciones de documentos encontrará ejemplos en abundancia en los seis volúmenes de *Fälschungen im Mittelalter* (Falsificaciones en la Edad Media), publicado en Hannover en 1988.

Los casos de documentos genuinos con contenido falso son innumerables. A lo largo de la Edad Media, la condena de la usura (préstamo con interés) por parte de la Iglesia multiplicó al máximo las falsificaciones de ese tipo. Por ejemplo, el 19 de mayo de 1223 fue otorgada en Siena un acta notarial por la que Ugolino y Ranieri, cuchilleros, declaraban que recibían en préstamo de Bonaventura di Piero ocho liras de Siena, que los dos se comprometían a devolver en las siguientes calendas de noviembre. El documento no hace alusión a interés alguno, pero el historiador, adiestrado por numerosos casos análogos, sospecha que la suma efectivamente prestada sería inferior a las ocho liras y que la suma que había que devolver representaba el capital más el interés (López y Raymond, 1955, p. 160). Otra costumbre bastante común en la Edad Media e incluso en el Renacimiento consistía en camuflar préstamos con interés bajo la apariencia de contratos de cambio. Estos contratos resultan, por tanto, sospechosos. El 12 de febrero de 1190, en Génova, Riccuomo y Egidio de Uxel declaraban recibir de Rufo y Bernardo una suma de dinero por la cual se comprometían a pagar a los citados banqueros 69 liras en dinero de Pavía a la Cuaresma siguiente. Desde el punto de vista formal, el documento es auténtico, pero por lo que se refiere al fondo resulta difícil decir si se trataba efectivamente de un contrato de cambio o de un préstamo camuflado, en el que la tasa de interés se ocultaba entre los pliegues de la tasa de cambio (López y Raymond, 1955, p. 164).

Hay una categoría importante de documentos genuinos con un contenido que no responde a la verdad: las declaraciones de renta o riqueza que individuos y compañías presentan al fisco. De hecho, numerosos balances de situación contienen cifras que ocultan la realidad en vez de reflejarla. Pero no es el sector privado el único que produce documentos genuinos con un contenido fraudulento. En el período de entreguerras mundiales, por ejemplo, el gobierno

nazi publicaba estadísticas oficiales de las que se deducían unas reservas de oro inferiores a las que tenía el banco central alemán (Morgenstern, 1965, p. 20).

La cuarta categoría a que hemos aludido antes es la de las fuentes auténticas con un contenido verídico. El comentario que se puede hacer sobre esta categoría lleva muy lejos y, sustancialmente, conduce a poner de manifiesto la tosquedad del citado esquema, basado en la doble oposición entre autenticidad y falsedad del documento y falsedad y autenticidad del contenido. Identificar una fuente auténtica puede ser relativamente sencillo: el análisis de los materiales con que se escribió, de la letra, de la expresión lingüística y de los sellos, puede llevar directamente a un veredicto favorable. Y según la norma dictada por H. Bresslau, un documento es formalmente falso «cuando quiere parecer lo que no es» (1889-1931, I, p. 7). Si el documento no es falso, evidentemente es genuino.

Cuando se trata de valorar el contenido, las cosas son mucho más complejas. A este respecto hay que hacer dos precisiones preliminares. Ante todo, para una correcta interpretación histórica es preciso establecer una distinción nítida entre la fuente que contiene información deliberadamente falsificada y la que contiene información incorrecta, pero no intencionadamente. En segundo lugar, la línea que separa la verdad de la falsedad raras veces es tan clara en la práctica como en la teoría. «La verdad —escribió Oscar Wilde en *La importancia de llamarse Ernesto*— nunca es pura y pocas veces es sencilla». Entre lo absolutamente verdadero y lo absolutamente falso hay una gama amplísima de medias verdades, de medias mentiras, de verdades deformadas, de silencios desorientadores, de informaciones incompletas y de errores manifiestos.

Existen documentos verídicos que, sin embargo, presentan la realidad de una manera tal que consiguen ser desorientadores. Otros quieren ser verídicos, pero por razones «técnicas» proporcionan información incorrecta, o las estadísticas que dan se encuentran involuntariamente viciadas por amplios márgenes de error. Existe, dicho de otro modo, todo un abanico extremadamente variado y complejo de casos. A continuación presentamos sólo algunos ejemplos característicos.

Muchos documentos de los siglos VIII, IX o X registran deudas (por adquisición de bienes, por empréstitos o por otras razones)

cuyo pago se prevé mediante una determinada suma de dinero. El historiador económico que se fiase de tales documentos para deducir de ellos la existencia de una economía basada en el intercambio monetario caería en una trampa. Pero estos documentos son engañosos. Las deudas se calculan empleando unidades monetarias, pero, precisamente porque la economía de mercado apenas existía y el sistema monetario era primitivo, quedaba sobreentendido que el pago podía efectuarse con cualquier tipo de bienes que el acreedor aceptara: *merce placibile*, como dice un documento de la época. Así, por ejemplo, Marc Bloch cita un documento francés de 1107 en el que se estipula una deuda de 20 *sous*. Pero por un documento posterior se sabe que la deuda fue saldada con un caballo. Si el segundo documento se hubiese perdido, el historiador podría verse inducido a considerar esas transacciones, no como un caso de permuta (como lo fue de hecho), sino como una transacción monetaria (Block, 1954, p. 31; otros ejemplos en Cipolla, 1956, pp. 4-6). El documento de 1107 no contiene nada falso, pero, al ocultar una condición que para los hombres de la época era algo corriente, puede desoriar por completo al historiador no suficientemente prudente.

Mientras que hay documentos que dicen demasiado poco, otros dicen lo suficiente como para delatarse. En la Segunda parte, capítulo 1, hablaremos de ese extraordinario documento de comienzos del siglo XI conocido por los historiadores con el nombre de *Instituta Regalia et Ministeria Camere Regis Lomgwardorum*, que contiene una descripción sumaria pero preciosa de la administración regia concentrada en el *palatium* real de Pavía. Después de haber enumerado y descrito los derechos y tributos satisfechos por mercaderes y gremios de oficios a la Cámara Regia, con evidente entusiasmo por la materia tratada, el autor del texto lanza una invectiva:

Gisulfo estaba al frente de la Cámara Regia y era un hombre noble y rico en la época del rey Hugo y de su hijo Lotario, en la época del rey Berengario II y en la época del emperador Otón I y ostentó su cargo con gran honor. Muerto el emperador Otón, el cargo de maestro de Cámara fue ostentado aún por el propio Gisulfo y después por su hijo Aijraldo, que desempeñó el cargo honorablemente como su padre, tanto bajo el emperador Otón II como bajo el emperador Otón III. Muerto Aijraldo, el cargo habría debi-

do pasar a su hijo Agisulfo. Pero entonces apareció aquel diablo personificado llamado Juan el Griego, auténtico apóstata, obispo de Piacenza y hereje, que era consejero de la emperatriz griega y de su hijo Otón III, todavía adolescente. El rey cedió todos los poderes al tal Juan el Griego y éste concentró todos los poderes en sus propias manos y llevó consigo a dos siervos de la emperatriz griega, uno de ellos llamado Sicco y el otro Nano, a los que cedió todos los poderes (citado en Brühl y Violante, 1983, p. 85).

El autor del texto sostiene una tesis: la administración imperial regia permaneció debidamente centralizada mientras estuvo guiada por las manos expertas de Gisulfo y de su hijo Aijraldo, pero con la llegada de aquel «diablo personificado», el apóstata y hereje Juan el Griego y de sus dos aduladores Sicco y Nano, empezó la enajenación y la dispersión de los derechos reales, usurpados poco a poco por potentados locales. Se trata del conocido proceso de desintegración del poder central, al que por un lado minan las crecientes fuerzas centrífugas del feudalismo y, por el otro, las primeras exigencias de autonomía que formulan las ciudades. El autor del documento —que probablemente fue el propio Agisulfo, desplazado por Juan el Griego, o algún familiar cercano— traza un cuadro de grandes contrastes: colma de elogios el antiguo y eficaz sistema centralizado, y desprecia los cambios que llevó a cabo el griego diabólico. El sentido partidista del texto es muy evidente y el historiador no tiene dificultad para demostrar, con la ayuda de otras fuentes, que el desmoronamiento de la administración central había comenzado antes de la llegada de Juan el Griego (Solmi, 1932). El documento es, sin embargo, un testimonio precioso del funcionamiento de la administración real en la Italia septentrional antes de la erosión del poder central.

Entre otros documentos que se delatan a sí mismos están los que contienen elementos evidentes de propaganda. La ley por la que Enrique VIII abolió los monasterios en Inglaterra y confiscó sus propiedades contiene el siguiente preámbulo:

Puesto que en las pequeñas y grandes abadías, en los prioratos y en los demás conventos de monjes, de canónigos y de monjas en los que la congregación de tales personas religiosas es de menos de doce personas se practica cotidianamente una forma de vivir viciosa, carnal y abominable, por la que quien administra esas casas religiosas

expolia, destruye, agota y dilapida por completo las propias iglesias, los monasterios, los prioratos, las fábricas, las granjas, las propiedades de la tierra, así como los ornamentos de las iglesias, sus bienes y sus animales con gran disgusto de Dios Omnipotente e infamia del rey y del reino si tal costumbre no fuese corregida (Estatutos del Reino 27 Enrique VIII, c. 28).

Es probable que esa acusación contuviese algo de verdad. Sin embargo, los historiadores, conscientes de las estrecheces financieras en que se encontraba el monarca inglés entonces, forzosamente pensarán que sus quejas eran muy exageradas, especialmente al recordar que sólo en el condado de Yorkshire entre 1536 y 1545, la disolución de los monasterios reportó al monarca un beneficio de casi 30.000 libras esterlinas.

Este caso subraya la advertencia de Cantor y Schneider: no sólo las fuentes secundarias, sino también las fuentes primarias «reflejan opiniones y juicios de valor y el historiador que quiera hacer uso de una fuente primaria para documentar lo que afirma debe ser consciente de las distorsiones que en la propia fuente son influencia de las opiniones» (1967, p. 33). A esta recomendación conviene añadir la regla, expuesta por Finley, según la cual cuando se afronta «cualquier documento, lo primero que hay que preguntar es por qué razón o propósito se escribió el documento» (1982, p. 701).

#### ERRORES DE TRANSCRIPCIÓN

Antes de la invención de la imprenta de tipos móviles (mediados del siglo xv) los textos eran reproducidos a mano por copistas. Pocos documentos originales se han conservado hasta nuestros días: en la mayoría de los casos, sólo nos han llegado copias. Los filólogos han ideado técnicas muy complejas y bastante seguras para determinar la «genealogía» de los manuscritos y reconstruir un texto tan parecido al original como fuera posible. Cuando el texto se reconstruye de esa forma, al resultado se le suele llamar «edición crítica». La genealogía de los manuscritos de las *Instituta Regalia et Ministeria Camere Regis Lombardorum*, de la que hemos hablado antes (y que es una genealogía bastante sencilla), ha sido reconstruida del modo siguiente (Brühl y Violante, 1983, p. 85):

- A Original del siglo XI, desaparecido
- X Copia del siglo XIV, desaparecida
- H Manuscrito del siglo XIV, titulado *Honorantie civitatis Papie*, en el que se integró el texto de las *Instituta Regalia*
- C Manuscrito de los siglos XVI-XVII, obra de varias manos, que contiene copias de textos diversos, entre ellos el manuscrito *Honorantie Civitatis Papie*

Con frecuencia el único ejemplo que se conserva de un documento es una transcripción que se hizo para los registros oficiales. En estos casos, la genealogía consiste sencillamente en el documento madre que se perdió y una copia de primera generación.

Con el sistema de reproducción manual de textos, cada copia nueva comporta el riesgo de nuevos errores. Es probable que los viejos errores se repitan y agraven cuando el copista no transcribe el documento original, sino una copia. Así pues, es importante saber lo cerca o lejos que una copia está del original. Cuanto más larga sea la línea genealógica entre el original y la copia, mayor será la probabilidad de que el texto del copista esté plagado de errores.

Cuando me encontraba preparando la historia de la moneda milanesa del siglo XV, encontré órdenes de acuñación de *grossoni* de 4 sueldos, *grossi* de 2 sueldos y *sesini* (monedas de 6 denarios), fechadas el 16 de enero de 1456. El documento que tenía ante mí era una copia contemporánea de la orden, hecha después de que el documento original saliera de la cancillería ducal. Aparece en el folio 100 de registro de cartas ducales de los años 1456-1461, conservando en el Archivo Cívico de Milán.

En el pasaje relativo a la ley de los *grossoni* de 4 sueldos, el copista escribió «qui grossoni sint in liga a denariis X granis XVIII hoc est tenentes onzas VII denarios IIII granos XXI argenti pro marcha», («los grossoni deben tener una ley de X escrupulos XVIII granos, es decir, deben contener VII onzas IIII escrupulo XXI granos de plata pura por cada marco-peso [de aleación]»). En el

pasaje existe una contradicción evidente. Una ley de 10 escrúpulos, 19 granos equivale en términos actuales a 889,31 milésimas de plata pura, mientras que decir una ley de 7 onzas, 4 escrúpulos y 21 granos de plata pura por marco-peso equivale a 900,39 milésimas.<sup>3</sup> Los *grossoni* milaneses de 4 sueldos ¿tenían que ser acuñados, pues, con una ley de 899,31 milésimas o con una de 900,39 milésimas? Evidentemente, una de las dos indicaciones está equivocada. La fórmula correcta debe de ser la que aparece en la primera parte de la indicación (10 escrúpulos, 19 granos = 899,31 mil.) ya que esa ley correspondía, en el sistema pesos de la época, a 7 onzas, 4 escrúpulos, 16 granos de plata pura por marco-peso de aleación: con toda probabilidad, el copista, al transcribir en el registro la orden de acuñación original utilizando cifras romanas, escribió «granos XXI» en vez de «granos XVI», es decir, cambió una V por una X.

En el pasaje siguiente, relativo a la aleación de los *grossi* de 2 sueldos, el copista incurrió en otro error parecido al escribir que «sint dicti grossi a denariis XI hoc est tenentes onzias IIII argenti fini pro marcha» («sean dichos grossi de una ley de XI escrúpulos, es decir, deben contener IIII onzas de plata pura por cada marco-peso [de aleación]»). Si un marco-peso de aleación tenía que contener cuatro onzas de plata pura la aleación debía ser «a denariis VI» y no «a denariis XI». Evidentemente, también en este caso el copista del siglo xv cambió la cifra V por la X y escribió XI en vez de VI.

El documento fue publicado en 1893 por Emilio Motta, en una recopilación de *Documenti visconteo-sforzeschi per la storia della zecca di Milano*.<sup>4</sup> Motta era un buen paleógrafo y director del archivo milanés. Al no ser, sin embargo, un «técnico» en cuestiones metrológico-monetarias, no captó los errores del copista del siglo xv y los reprodujo. Peor aún: añadió involuntariamente dos errores propios. En el pasaje relativo a la ley de los *grossi* de 4 sueldos, el texto del siglo xv dice, como hemos apuntado antes, «hoc est tenentes onzas VII denarios IIII granos XXI argenti pro marcha», mien-

3. Para más información sobre el complicado sistema de medición que se usaba entonces en Milán para calcular los porcentajes de aleación de las monedas, véase Cipolla, 1988, p. 17.

4. Publicado en *Rivista Italiana di Numismatica*, VI (1893); VII (1894); VIII (1895).

tras que Motta dice «onzias VIII [en lugar de VII] denarios IIII granos XXI». Se trata, evidentemente, de una errata de imprenta que escapó a la corrección de pruebas, pero que viene a complicar aún más las cosas. Además, en relación con el peso de los *grossi* de 2 sueldos, el texto publicado por Motta señala una acuñación de «CIIII» monedas por marco-peso, mientras que el texto del siglo xv indica «CIII;», es decir, 104 1/2 y no 104.

En 1961, Caterina Santoro, nueva directora del Archivo Municipal de Milán, publicó en edición oficial *I registri delle lettere ducali del periodo sforzesco*. Por lo que se refiere al documento monetario del 16 de enero de 1456, la doctora Santoro debió olvidarse de comprobar el texto original y prefirió fiarse de la publicación de Motta. Por ello, no sólo no descubrió los errores del copista del siglo xv, sino que también reprodujo los de Motta. Diez años después, en el apéndice de un largo artículo que hablaba de la producción de la ceca de Milán durante el período de los Sforza, E. Bernareggi volvió a publicar la misma ordenanza. Por desgracia, tampoco él se remitió a la fuente original y se fió del documento que publicara Motta, con lo que reprodujo todos los errores de éste. Además, añadió un error de cosecha propia (obviamente un error tipográfico): en el pasaje que se refiere a la ley de los *grossi* de 4 sueldos, Bernareggi (1971-1972) dice «ley de XVIII escrupulos» en lugar de «ley de X escrupulos XVIII granos».

He relatado en detalle el caso del documento monetario milanés porque me parece que enseña varias cosas. Ante todo, pone en evidencia el hecho frecuente de los errores que cometían los copistas al transcribir documentos. Además, revela que incluso en las ediciones llamadas críticas de nuestros días pueden introducirse errores debidos a fallos de imprenta, a una lectura incorrecta del documento o a otras causas. Y, por último, demuestra una de las reglas fundamentales de la crítica histórica: que, incluso cuando dos o más fuentes distintas dan la misma versión de un hecho, eso no es prueba de veracidad, porque puede ocurrir muy bien que una fuente reproduzca los errores de otra, como hizo Santoro al confiar en Motta.

### LA INEXACTITUD DE LA ESTADÍSTICA

El historiador general se enfrenta sobre todo a textos narrativos y su crítica se ha perfeccionado por consiguiente a la hora de poner de manifiesto deformaciones causadas por opiniones partidistas, juicios de valor, intereses creados, posiciones políticas e ideológicas. Sus armas en la crítica intrínseca (es decir, de fondo) de las fuentes son el criterio de coherencia y compatibilidad (o, a la inversa, de contradicciones o incompatibilidad) de la fuente y el criterio de concordancia (o, a la inversa, de discordancia o incompatibilidad) entre la fuente estudiada y otras fuentes independientes de la primera.

Suele aceptarse una identidad entre historia económica e historia cuantitativa. Esa convicción carece por completo de fundamento. Existe historia cuantitativa que no es historia económica, y viceversa. Conviene reconocer, sin embargo, que la mayor parte de las fuentes utilizadas por el historiador económico contienen numerosas referencias a variables cuantitativas. El historiador económico tiene que vérselas, pues, con información de tipo cuantitativo y a ese respecto su problema consiste en determinar el margen de error de las magnitudes que le vienen dadas por las fuentes.

En las ciencias exactas el término «error» tiene una precisa significación estadística. Hay «sesgo» (error sistemático) y hay error fortuito. Por regla general, el sesgo no puede detectarse simplemente examinando las mediciones: hay que compararlas con un estándar externo. En cambio, la magnitud probable de un error fortuito puede calcularse con bastante exactitud. En una serie de mediciones repetidas, el estándar de desviación de la serie proporciona un cálculo de la probable magnitud del error fortuito de una sola medición. El cálculo del error estándar proporciona una estimación del probable error fortuito en el promedio de la serie. Por ejemplo, con el fin de calibrar las distintas balanzas que existen en el comercio, el National Bureau of Standards de Washington procede a medir regularmente el peso patrón de 10 gramos que se conserva en el propio Bureau. En 1962 y 1963, Almer y Jones realizaron cien mediciones del mismo peso, teniendo la precaución de emplear siempre la misma balanza de precisión, en la misma sala y manteniendo constantes, en la medida de lo posible, la presión barométrica y la

temperatura y la humedad ambientes. A pesar de todas esas precauciones, las mediciones variaron de una vez a otra. Estos son los resultados de las diez primeras mediciones (pesos en gramos):

|    |          |
|----|----------|
| 1  | 9,999591 |
| 2  | 9,999600 |
| 3  | 9,999594 |
| 4  | 9,999601 |
| 5  | 9,999598 |
| 6  | 9,999594 |
| 7  | 9,999599 |
| 8  | 9,999597 |
| 9  | 9,999599 |
| 10 | 9,999597 |

La media de las cien mediciones resultó ser de 9,999595 gramos. Si en vez de cien mediciones se hubieran realizado mil, la media podría haber sido distinta. Cuanto más elevado es el número de mediciones más se acerca la media al valor exacto del peso, que no pudo ser determinado en 1962-1963 a escala de siete decimales. La desviación estándar de la serie resultó ser de aproximadamente 6 microgramos y nos da el probable error fortuito de una medición sola. El error estándar de la medición media (es decir, la raíz cuadrada del número de mediciones, multiplicado por la desviación estándar) es de aproximadamente 0,6 microgramos. La desviación estándar nos dice que cada medición concreta se aproxima en un valor de alrededor de 6 microgramos. El error estándar nos dice que la media de las cien mediciones se aproxima en un valor de alrededor de 0,6 microgramos.

El historiador no puede llevar a cabo experimentos de este tipo. En el análisis de las series, emplea, pues, el término «error» en un sentido habitualmente mucho más amplio, para indicar de manera genérica la falta de exactitud en los datos. A veces son las propias fuentes las que ponen en guardia al historiador sobre la existencia de errores en los datos. Al transmitir a Viena los datos demográficos correspondientes a Lombardía en 1787-1788 (cuando la provincia era parte del imperio austriaco), los burócratas de Milán advirtieron al ministro Kaunitz de la «falacia de los resultados de las tablas ... la falacia absoluta de las cuentas y de los datos de población ... los equívocos que pueden haberse producido en las

farragosas compilaciones en un registro extraído de más de dos mil notas manejadas por tantas manos» (citado en Cipolla, 1943, p. 50 n.). Todavía en 1978, en un país como los Estados Unidos, donde las estadísticas se siguen con particular atención, el Select Committee on Population de la Cámara de Representantes decía que, a pesar de las estadísticas elaboradas por las publicaciones gubernamentales oficiales, «no conseguimos saber la distribución de los inmigrantes legales en el mercado de trabajo norteamericano; la duración de la estancia en los Estados Unidos de los inmigrantes tanto legales como ilegales, es decir, cuántos vuelven a su país natal y cuántos se quedan aquí; la estructura de sexo y edad de la población ilegal; cuántas personas emigran de los Estados Unidos». Otro informe calculaba que la inmigración ilegal a los Estados Unidos llegaba aproximadamente a más de 500.000 personas al año, que evidentemente no figuran en las estadísticas oficiales sobre emigración e inmigración (U. S. Government Printing Office, 1978).

Con frecuencia, la duda del estudioso sobre las estadísticas históricas disponibles se debe a su sensibilidad frente a la época y la sociedad que estudia. La cultura de las sociedades fundamentalmente agrícolas del pasado favorecía la aproximación. Los números se empleaban la mayoría de las veces, no en su significación precisa, sino para indicar de manera genérica los conceptos de abundancia o escasez. De ahí las frecuentes cuantificaciones desprovistas de fundamento. La gente no conocía con precisión ni siquiera su propia edad y a menudo la expresaba mediante redondeos aproximados (véase fig. 1). Werner Sombart no exageraba al escribir:

El hecho de ser exactos, de actuar de manera que las cuentas cuadren, es un fenómeno moderno. En todas las edades anteriores las cuantificaciones eran siempre sólo approximativas. Quien esté familiarizado con los documentos medievales sabe que, si se comprueba una suma, la mayoría de las veces el resultado es erróneo. Los errores de aritmética eran un hecho corriente ... Todos esos tipos de errores aparecen en la propia contabilidad medieval. Si se estudian los libros de un Tölnér, un Viko von Geldersen, un Wittenborg o un Otto Ruhland, resulta difícil creer que fuesen grandes comerciantes (1915, p. 18).

En Italia, según admitía el mismo jefe de contabilidad de la compañía de los Fugger (cf. *infra*, Segunda parte, capítulo 6), la con-

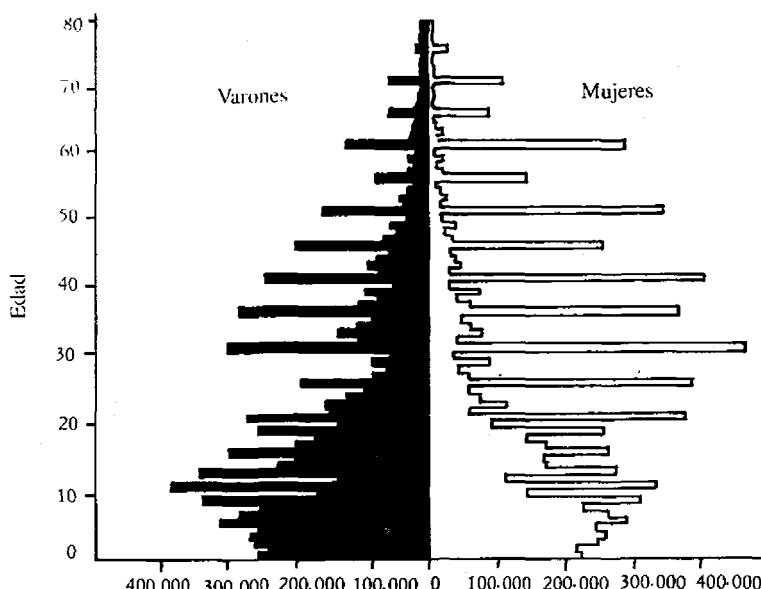


FIGURA 1. Población de Turquía por sexo y por edad en 1945. La estructura anómala de la pirámide, con las barras correspondientes a las edades de 5, 10, 15, 20, 25 años, etc., exageradamente pronunciadas, indica con claridad que la gente no conocía con exactitud su propia edad y daba a los encargados del censo una cifra redondeada.

FUENTE: Organización de las Naciones Unidas, 1955, p. 34.

tabilidad mercantil estaba mucho más desarrollada que en Alemania. En los siglos XIV y XV, cecas de toda Europa recurrián a los toscanos para desempeñar el papel de maestros de ceca, porque los toscanos sabían hacer cuadrar las cuentas. Y, pese a ello, hay que reconocer que en lo que escribía Sombart hay mucho de verdad. En cualquier parte de la Europa anterior al siglo XIX, predominaba la aproximación. En las cuentas administrativas, tanto públicas como privadas, los errores de cálculo eran un hecho corriente. Por cada Villani del siglo XIV, Sanudo del xv o Guicciardini del xvi, que proporcionan datos económicos cuantitativos refrendados por la crítica histórica, existen decenas y decenas de casos en los que las cifras son exageradas en un sentido o en otro de manera demostrable. (Sobre Villani, véase Sapori, 1929, reimpr. 1955; sobre Sanudo, véase Luzzatto, 1929b.)

El uso preciso de la expresión numérica no empezó a difundirse en Europa, más allá del círculo de los comerciantes italianos, de los responsables de las cecas y de los relojeros, hasta finales del siglo XVIII. Pero la costumbre de producir y citar números burdamente imprecisos y fantasiosos se perdió muy lentamente. Ocurrió incluso que por presión de las autoridades se favoreció la producción de estadísticas falseadas. Frente a la masa de estadísticas producidas en Brandeburgo en el siglo XVIII, David Landes se mostró convencido de «que con un monarca como Federico II («el Grande») ... sus burócratas, aun poniendo en ello toda su buena voluntad, no podían responder a sus demandas y en más de una ocasión inventaron los datos antes de tener que admitir la carencia de información» (1972, p. 78). La misma impresión sostuvieron Gilles, Festy y el propio Landes en relación con las estadísticas napoleónicas (véase Woolf, 1984, p. 160; Landes, 1972, p. 62). Personalmente mantengo la misma actitud respecto a buena parte de las cifras publicadas hoy en día por organismos internacionales y ampliamente utilizadas por los economistas en la elaboración de todos los diagramas de dispersión sobre la renta per cápita o la relación capital/producto o la tasa de inversiones en muchos de los llamados «países en vías de desarrollo».

Una cosa es la sospecha y otra muy distinta son las pruebas. El historiador tiene la obligación de ser siempre suspicaz en relación con sus fuentes. Pero si pasa de la sospecha a la acusación, tiene también el deber de probar el fundamento de dicha acusación. A veces puede hacerlo poniendo de manifiesto el carácter absurdo de un informe o las contradicciones de la fuente. Puede considerar una patraña el dato atribuido a Aristóteles, según el cual habría 470.000 esclavos en la isla griega de Egina, poniendo de manifiesto que la citada isla sólo tiene 80 km<sup>2</sup> de superficie. El documento monetario milanés de 1456, del que ya hemos hablado, es un ejemplo de las contradicciones internas que ponen al historiador en guardia.

Otras veces la fiabilidad o no fiabilidad se desprende de la confrontación con otras fuentes o de una combinación de confrontaciones, de consideraciones diversas y de análisis de coherencia interna del documento y del tipo de redondeo de las cifras citadas. La tesis de que en los tiempos de Augusto y Tiberio la balanza de pagos del Imperio romano arrojaba un fuerte déficit con Oriente queda confirmada por las fuentes chinas (véase Warmington, 1974,

p. 274) y por los numerosos hallazgos de monedas romanas en la India (*ibid.*, pp. 278 y ss.; Crawford, 1980, pp. 204-217). Plinio el Viejo (23 d.C.-79 d.C.) sostiene en su *Naturalis Historia* (VI.23,101; XII.18,84) que ese déficit se elevaba a 50.000.000 de sestercios anuales en el comercio con la India y a 100.000.000 de sestercios en el comercio con la India, China y Arabia si se consideran las tres juntas. Los redondeos son tan burdos que hacen pensar que pueda tratarse de cifras derivadas, no de informaciones oficiales, sino de estimaciones más o menos especulativas. E. H. Warmington (1972, p. 276) dudaba de las cifras citadas por Plinio, por considerar que parecen pequeñas si se comparan con los patrimonios de los más ricos de la época: Séneca, 300.000.000 de sestercios; Narciso, 400.000.000 de sestercios; Palas, 300.000.000 de sestercios. La argumentación no resulta demasiado consistente y, por otra parte, las cifras relativas a la solidez de los patrimonios de los tres plutócratas parecen dudosas. En consecuencia, el juicio sobre las cifras de Plinio debe quedar en suspenso.

El edicto en que Diocleciano fijaba los precios de más de un millar de bienes y servicios podría ser la fuente ideal para un estudio sistemático sobre la estructura de los precios en el Imperio romano después de la devastadora presión de más de un siglo de inflación. Por desgracia, no sabemos cómo se llegó a los precios y salarios que impuso el edicto. ¿Son medias de los datos recogidos del mercado o representan valoraciones especulativas de los burocratas? El hecho de que 9 salarios se fijasen en 25 denarios y 16 en 50 parece resultado de un esquemático plan burocrático más que reflejo de la realidad del mercado. También el hecho de que se fijasen los mismos precios y salarios para todas las diversas y distantes zonas del Imperio provoca fuertes dudas sobre el realismo de los precios fijados por el edicto (Duncan Jones, 1982, p. 367). Todas las ordenanzas que fijan precios son sospechosas y el edicto de Diocleciano no es una excepción a esa regla. En este caso concreto las verificaciones son difíciles, dada la escasez y la parquedad de otras fuentes.

Lactancio, en *De mortibus persecutorum* (cap. 7), escribía que a consecuencia del edicto

se derramó mucha sangre, por culpa de la escasez de bienes y de la mala calidad de los productos, y el miedo hizo que desaparecieran

las mercancías del mercado. Por todo ello, se agravó aún más la carestía de la vida hasta que, después de que muriesen muchos, el edicto fue revocado.

Lactancio odiaba a Diocleciano y solía describirlo como una fiera de apariencia humana. La afirmación de que muchos comerciantes fueron eliminados de forma violenta por no haber obedecido el edicto debe ser tomada con la mayor de las cautelas. Pero no resulta difícil creer que el edicto fuese en el fondo un fracaso.

El historiador debe ser especialmente precavido, y con razón, cuando se enfrenta a datos procedentes de documentos de origen fiscal. Y son particularmente sospechosos, por tanto, los presupuestos, las declaraciones de rentas y los registros de fielatos. Al estudiar las fuentes españolas relacionadas con el tráfico entre Sevilla y las Américas en los siglos XVI y XVII (cf. *infra*, Segunda parte, cap. 6), Huguette y Pierre Chaunu han puesto de manifiesto las distintas maneras en que los comerciantes podían defraudar, y de hecho defraudaban, al fisco. Los datos reflejados en los registros de carga y descarga, en y desde las embarcaciones, sufren las consecuencias de ello, puesto que las informaciones disponibles sobre el valor y el volumen del tráfico, tanto de entrada como de salida, están infravaloradas. Y, por otra parte, la naturaleza misma del fraude fiscal hace que sea difícil de calcular y que resulte especialmente arduo cualquier intento de corregir los datos, puesto que «el fraude no fue constante a través del tiempo: creció considerablemente a partir del siglo XVI y varió de un año a otro por distintas razones, siguiendo también el ritmo de la coyuntura» (Chaunu y Chaunu, 1955, I, pp. 88-124). A principios del siglo XVII el contrabando alcanzó niveles muy elevados. Los informes de la época son elocuentes al respecto. J. H. Elliott (1986, p. 156) cita un informe confidencial remitido al Consejo de Estado en 1617 según el cual, cuando las flotas regresaban desde las Indias a Sanlúcar, grandes cantidades de plata que no habían sido registradas en el punto de partida eran descargadas de los galeones como contrabando durante la noche y transbordadas sigilosamente a naves de los países nórdicos fondeadas en los alrededores del puerto. En una carta de julio de 1633, el conde-duque de Olivares afirmaba que la flota arribada a España el día 13 de aquel mes había declarado oficialmente siete millones de pesos (piezas de a ocho) de plata, pero que se sospechaba que debía

de haber a bordo otros tres millones de pesos de contrabando (Elliott, 1986, p. 465). En 1624 un contable de la administración real, Cristóbal de Balbás, demostró, con papeles en la mano, que por lo menos el 85 por 100 de las mercancías transportadas por la flota que había zarpado aquel año de Sevilla rumbo a Portobelo, en Panamá, no había sido declarado y no había pagado impuesto de salida. En último término, el responsable de aquel enorme fraude era el Consulado de Sevilla, la poderosa asociación de comerciantes que tenía el monopolio del comercio con las Indias. La administración real amenazó con llevar a cabo una severa investigación, pero todo quedó acallado mediante el abono, por parte del Consulado, de una multa de 206.000 ducados (Vila Vilar, 1982).

Los registros del Sund, el principal estrecho que une el mar del Norte con el Báltico (cf. *infra*, Segunda parte, cap. 2), forman parte de la misma categoría de documentos sospechosos. Axel Christensen (1934; 1941) ha expresado serias reservas frente a los datos que pueden deducirse de ellos. Y lo mismo ha hecho S. van Brakel (1915). Recientemente, Pierre Jeannin ha vuelto a revisar la vieja cuestión, confrontando entre otras cosas los datos de los registros del Sund con los de los *Pfundzollbücher* del puerto de Könisberg. Según este estudioso francés, los registros eran virtualmente completos. La unidad «embarcación» tiene, sin embargo, un significado vago y ambiguo en un periodo de tiempo plurisecular, puesto que el tonelaje medio de los navíos variaba considerablemente. El problema de determinar el tonelaje medio de las embarcaciones en tránsito en los distintos periodos no tiene fácil solución, sobre todo a causa de las distintas nacionalidades de los mismos. Y más difícil y complicada todavía es la interpretación de los datos sobre la carga de las embarcaciones. Alex Christensen, basándose en el análisis de los impuestos pagados, lanzó la hipótesis de un fraude medio equivalente al 40-50 por 100 del valor de la carga durante todo el periodo 1574-1597. Jeannin, empero, puso de manifiesto elementos que sugieren unas conclusiones menos simplistas. Ante todo, daría la impresión —y la cosa parece lógica— de que el fraude podría variar en relación con el valor de la mercancía transportada. Además, existirían notables variaciones en la intensidad del fraude entre un periodo y otro. Desde 1562 (cuando se estableció el impuesto sobre la carga, además del de la embarcación) hasta finales de los años setenta, el fraude parece haber sido muy moderado; especial-

mente entre 1562 y 1567, cuando el impuesto era mínimo y el esfuerzo del fraude no merecía la pena por los posibles castigos. En la primera mitad de los años ochenta, en cambio, el fraude alcanzó niveles muy elevados. Parece que los capitanes holandeses llegaban a declarar menos de la mitad de la carga. El abuso provocó la correspondiente reacción. En los años 1586-1588 los aduaneros daneses intensificaron los controles. Entre 1590 y 1598, sin embargo, el fraude volvió a cobrar auge y en 1618 las autoridades danesas establecieron de manera regular las visitas de inspección a las embarcaciones y su carga. Desde entonces y hasta 1650 las confrontaciones con los datos relativos a movimientos en los puertos del Báltico confirmarían la validez de los datos de los registros del Sund. Desde 1650 a 1710, la concesión de exenciones a los barcos suecos (fue en este periodo que el lado oriental del Sund se convirtió en territorio sueco) creó nuevos problemas, pero la disminución de registros debida al privilegio sueco no parece haber superado el 5 por 100 de las cargas que transitaron por el estrecho (Jeannin, 1964, esp. pp. 68, 97-102; véase también Nilsson, 1962).

Una cuestión parecidamente complicada es la que se refiere a la fiabilidad de las fuentes inglesas sobre comercio exterior. Como se explica en la Segunda parte de este libro (capítulo 2), sobre el comercio exterior inglés (o, por lo menos, respecto a ciertos períodos, sobre una parte del mismo) se dispone de tres series fundamentales de documentos: los *Exchequer Enrolled Customs Accounts* desde 1275 hasta mediados del siglo XVI, los *Port Books* desde 1565 hasta 1799 y los *Ledgers of the Inspector General of Imports and Exports* desde 1697 hasta 1780. Se trata de fuentes excepcionalmente ricas en información, pero, como todas las de esta clase, plantean también numerosos problemas.

Por lo que se refiere a los *Exchequer Enrolled Customs Accounts* hay que tener presente que tales documentos tuvieron un origen fiscal. Eleonora Carus Wilson escribió que, en el siglo XIV, el margen de error de los datos de los *Customs Accounts* no excede nunca del 8 por 100 y que muy rara vez llegan a tanto (1941, p. 178), pero resulta muy difícil de entender cómo pudo llegar la insigne estudiosa inglesa a una determinación tan precisa.

Para el período 1453-1490 y en relación con el puerto de Hull, afortunadamente se han conservado los *Particular Accounts* que servían para la recopilación de los más sintéticos y sumarios *Exchequer*

*Enrolled Customs Accounts.* En 1986, al preparar la edición de los *Particular Accounts* de Hull, W. R. Childs concluyó que «el juicio definitivo sobre el grado de compleción de las cuentas lleva aparejada una estimación de probabilidades más que de certezas» (1986, p. XVI).

En cuanto a los *Port Books* y a los *Ledgers*, el valor con que se contabilizaban en ellos las mercancías fue al principio el valor de mercado, pero en una fase posterior se fijó arbitrariamente y el resultado fue que las cifras relativas al «valor» de las mercancías importadas y exportadas representan, de hecho, no el valor del comercio, sino un índice de su volumen. Sea como fuere, el problema habitual del contrabando era mucho más grave.

Por lo que se refiere al siglo XVI, N. J. Williams ha sacado a la luz el caso de Francis Shaxton, mercader que ejerció su oficio en la segunda mitad del siglo XVI en el pequeño puerto de (King's) Lynn. Shaxton incurrió en sospechas por parte de las autoridades en 1572. La investigación que se siguió contra él puso de manifiesto, no sólo las grandes evasiones fiscales de Shaxton, sino también las de casi todos los demás mercaderes del lugar. (N. J. Williams, 1911, pp. 387-395). Respecto a los siglos XVII y XVIII, D. Woodward escribió:

Durante la época de los primeros Estuardo el contrabando a gran escala se redujo probablemente a un pequeño grupo de mercancías. El nivel de los impuestos sobre la mayor parte de las mercancías era bajo y probablemente la evasión general de impuestos en los puertos variaba según la honradez y la diligencia de los aduaneros. Pero entre el estallido de la guerra civil y los primeros años del siglo XVIII la situación cambió mucho. La introducción del impuesto indirecto en 1643 incrementó el incentivo para hacer contrabando con ciertas mercancías, pero el mayor estímulo para el contrabando procedió del sustancial aumento de los impuestos durante los años 1690 a 1699. A partir de esa década el contrabando se convirtió en un deporte nacional (1973, pp. 158-159).

R. W. K. Hinton, al preparar la edición de los *Port Books* de Boston del periodo comprendido entre 1601 y 1640, comentó que «los *Port Books* son como los seductores. Poseen un aspecto de confiabilidad que en modo alguno merecen. Es necesario resistir a la tentación de aceptar acríticamente la información comercial que podamos extraer de ellos» (1956, pp. XXXII-XXXIII). B. Dietz, al preparar la edición de los *Port Books* de Londres del periodo

1567-1568, avanzó la hipótesis de que, por vía del contrabando, «los *Port Books* infravaloran las importaciones [de mercancías preciadas] como las especias y la seda, pero ofrecen un cuadro fiable del comercio de mercancías “en masa”, como la madera, la tela para velámenes y el pescado». Y concluía sabiamente que «conviene evitar los extremos de una aceptación acrítica de los datos y de una desconfianza radical en los mismos», pero reconocía que «la discusión sobre el contrabando y sobre su incidencia en el comercio oficial está probablemente destinada a prolongarse hasta el infinito» (1972, pp. XII, XIV).

W. E. Aström, concentrando su atención en un solo año (1685) y en una sola mercancía (el hierro), comparó los datos de los *Port Books* de Londres, Hull y Newcastle con los que aparecían en los registros del Sund y otras fuentes bálticas. El veredicto fue que los datos relativos al número de embarcaciones proporcionados por las distintas fuentes concuerdan en líneas generales, que los problemas surgían en relación con la información sobre la carga, pero que en conjunto los *Port Books* resultan «bastante fiables» (Aström, 1963-1965; 1968). Merece la pena señalar, sin embargo, que el contrabando se practicaba no tanto con las mercancías pesadas y de bajo coste, como el hierro, que pasaban por el Sund, como con mercancías preciadas y de poco volumen, como el té, que hasta 1784 estuvo gravado con un fuerte impuesto de importación. A este respecto resulta muy significativo el importante estudio de W. A. Cole (1958; véase también Nash, 1982).

Como se explica en la segunda parte de este libro, a partir de 1697 existen dos series paralelas de datos sobre las importaciones y exportaciones inglesas: los *Port Books* y los *Ledgers of Imports and Exports*. Diversos estudiosos intentaron confrontar ambas series y el resultado fue proyectar graves dudas sobre los *Ledgers*.<sup>5</sup> C. M. Foust (1986) comparó los datos de los *Ledgers* sobre las importaciones inglesas de ruibarbo ruso con los datos de una fuente rusa sobre las exportaciones de dicha planta desde el puerto ruso de

5. Wilson (1971), comparando la información de los *Port Books* de Hull con la de los *Ledgers*, comprobó que las exportaciones de dos tipos de tejidos de lana desde Hull (según los *Port Books*) superaban en volumen las exportaciones totales de la misma mercancía desde todos los puertos ingleses (según los *Ledgers*) en seis de los siete años en que se realizó la comparación. Woodward (1973, pp. 160-161) llegó a unos resultados similares al comparar los *Ledgers* con los *Port Books* de Bristol.

San Petersburgo. Las dos fuentes concordaban y con ello demostró el ruibarbo sus grandes propiedades vigorizantes en los historiadores que habían visto vacilar su fe bajo los duros golpes asentados por W. A. Cole, R. G. Wilson y D. Woodward. Queda en pie, sin embargo, el hecho de que las seductoras estadísticas sobre el comercio exterior de Inglaterra desde la Edad Media hasta finales del siglo XVIII deben ser utilizadas con mucha cautela porque, como admitió el propio Foust, existe la documentada «sospecha de que, en relación con determinadas mercancías concretas y ciertos períodos, las series nacionales padecen una reducción de registros», debida fundamentalmente al contrabando (1986, p. 552).

En el caso de los puertos del Mediterráneo, los historiadores tienen otra razón para permanecer en guardia: la prohibición de exportar mercancías «estratégicas» a los países musulmanes. Los papas Alejandro III (1159-1181), Nicolás IV (1288-1292) y Bonifacio VIII (1294-1303) promulgaron una serie de bulas que amenazaban con excluir del comercio y excomulgar a los mercaderes que se atreviesen a vender mercancías «estratégicas» a los «enemigos de la cristiandad». Todavía en 1620, en relación con el puerto de Livorno, que disfrutaba de un régimen excepcionalmente liberal para aquellos tiempos, el gran duque de Toscana, en cumplimiento de los tradicionales preceptos papales, decretó:

Que en el comercio y tráfico de Berbería con el embarcadero del puerto de Livorno se vigile especialmente la observancia de las buenas y santas órdenes ... ordenando a todos los negociantes que no se atrevan a enviar directa o indirectamente, con o sin intermediario, ni bajo ninguna demanda ni pretexto, a aquellos lugares mercancías ni bienes prohibidos: armas, hierro, alambre, estafño, acero o cualquier otro metal, pólvora y munición, madera, cáñamo, cuerda ni materiales para hacerla, ni ninguna otra cosa prohibida por las bulas pontificias.

Es fácil imaginar las consecuencias de estas prohibiciones y otras similares. Por ejemplo, el 24 de agosto de 1652, en el barco inglés *The Dolphin*, atracado en el puerto de Livorno, figuran como cargados, según los documentos oficiales del puerto, dos balas y tres fardos de paño florentino, veinticinco barriles de alumbré, dos costales y un saco de pimienta con destino a Trípoli por cuenta de Salomone Ressin; 100 lingotes de plomo con destino a Mesina por cuenta de un tal Felice Pigott, comerciante inglés residente en Livor-

no; cincuenta cajas de pez griega y cincuenta cajas de pez negra con destino a Malta; y estachas nuevas para la flota veneciana en Creta, también por cuenta de Felice Pigott. En la noche del 24 de agosto las autoridades recibieron aviso de que la pez negra y las estachas, dos mercancías que figuraban entre las consideradas como «estratégicas», iban dirigidas, no a Malta ni a Creta, sino a Trípoli, y que Felice Pigott era simplemente un testaferro: el auténtico remitente de la mercancía destinada a los piratas berberiscos asentados en el puerto de Trípoli era otro mercader inglés, un tal George Norlens.

Con todo, no sólo los períodos en que las estadísticas eran toscas o no existían fuerzan al historiador a desconfiar de los datos cuantitativos. A partir de los registros de población de varias provincias belgas, J. Stengers contó un total de 24.717 emigrantes belgas a América del Norte (Canadá y los Estados Unidos) en el periodo 1906-1913. Pero, al examinar los registros de inmigración norteamericanos y canadienses, contó 53.279 (Stengers, 1970, p. 438).<sup>6</sup> R. P. Swierenga, al estudiar las migraciones holandesas en el período 1820-1860, llegó a la conclusión de que «el número de emigrantes holandeses a los Estados Unidos fue superior en un 48 por 100 al que mostraban los registros de emigración holandeses y superior en un 90 por 100 al que constaba en los registros oficiales de inmigración de los Estados Unidos» (1981, pp. 453-454).

Un caso análogo, pero todavía más sensacional, lo descubrió Oskar Morgenstern en relación con las estadísticas sobre el comercio internacional del oro. Comparando las estadísticas francesas sobre las exportaciones de oro a Inglaterra con las estadísticas inglesas sobre las importaciones de oro desde Francia en el periodo 1876-1884, Morgenstern (1965, p. 140) observó las siguientes discrepancias extraordinarias (cifras en millones de francos oro):

|           | Datos franceses<br>sobre exportaciones | Datos ingleses<br>sobre importaciones |
|-----------|--|---------------------------------------|
| 1876-1880 | 41,5                                   | 94,4                                  |
| 1881-1884 | 52,9                                   | 112,2                                 |

6. Véanse también los comentarios del mismo autor (1970, p. 444) sobre los datos estadísticos publicados por el Bureau International du Travail en su *Annuaire Statistique du Travail*, de carácter oficial, a propósito de la ocupación femenina en el Congo belga en los años cincuenta.

Y se trata de oro, no de patatas. Y el oro es una mercancía bien definida, con la que no existen problemas de identificación y clasificación. Según Jean Stengers, «el mal de las estadísticas falseadas está muy extendido ... Los propios estadísticos reconocen los errores de método en la utilización de las estadísticas y denuncian la ligereza con que algunos se creen capaces de recopilar estadísticas sin conocer las reglas del juego» (1970, p. 47), pero no se preocupan suficientemente de denunciar la escasa fiabilidad de muchas estadísticas oficiales. También conviene tener en cuenta que las llamadas «estadísticas oficiales», incluso cuando no se tergiversan brutalmente por fines políticos, se resienten siempre inevitablemente de los efectos del ambiente político y cultural. Hay siempre criterios y juicios de naturaleza muy distinta implícitos en la elección de lo que hay que medir, de la manera de medirlo, de la frecuencia con la que deben efectuarse las mediciones y en la presentación e interpretación de los datos. Creer que se pueden elaborar estadísticas sobre bases y con criterios puramente técnico-científicos es una ilusión piadosa.<sup>7</sup>

A veces el historiador se ve obligado a rechazar de plano los datos que se le proponen y a renunciar a cualquier tipo de análisis cuantitativo. Otras veces está en condiciones de aceptar los datos disponibles de forma parcial o como líneas muy generales. El problema es que el historiador no siempre lleva a cabo esas operaciones de crítica de las fuentes con la diligencia y la objetividad debidas. O peor aún, puede ocurrir que el historiador económico contribuya por sí mismo a la elaboración de estadísticas falseadas. Pero de esto hablaremos en el capítulo 5.

#### INTERPRETACIÓN DEL CONTENIDO

Como vimos antes, descifrar textos, interpretar su contenido, confirmar su autenticidad y cerciorarse de hasta qué punto son dignos de confianza son procesos interdependientes. Es prácticamente imposible realizar una de esas operaciones con independencia de las demás. Aquí, sin embargo, me concentraré en la «interpretación del contenido», para ofrecer ejemplos concretos de lo que se entien-

7. Sobre la inevitable «politización» de las «estadísticas oficiales», véase Alonso y Starr, 1987, pp. 3-4.

de por esa expresión y facilitar asimismo ejemplos de las trampas que están siempre al acecho del historiador.

En el capítulo 1 de la Segunda parte de este volumen, se hace alusión a los censos de Augusto de los años 28 y 8 a.C. y 14 d.C. y se reproducen las cifras que según Augusto arrojaron dichos censos: 4.063.000 *civium Romanorum capita* (literalmente «cabezas de ciudadanos romanos») en el 28 a.C., 4.233.000 en el 8 a.C. y 4.937.000 en el 14 d.C. El texto es claro y el desciframiento del mismo a partir de los hallazgos epigráficos no deja ninguna duda. El problema consiste en interpretar, es decir, en captar, lo que entendía Augusto con la expresión *civium Romanorum capita*. ¿Qué grupos demográficos incluía la expresión «cabezas de ciudadanos romanos»? ¿Todos los ciudadanos romanos, comprendidos las mujeres y los niños, o sólo los hombres aptos para las armas, como era tradicional en los censos romanos de la época republicana? Augusto no citó estas cifras en un documento técnico, sino en el contexto de lo que puede considerarse como su testamento político. Por tanto, no explicó una expresión que suponía que sus contemporáneos conocían. Pero, para los historiadores, la duda permanece. K. J. Beloch, en 1886, era de la opinión de que las cifras totales de Augusto incluían a las mujeres y los niños. En 1924, Tenney Frank se mostró favorable a la hipótesis de que Augusto utilizó la expresión *civium Romanorum capita* en el sentido republicano tradicional de hombres aptos para las armas. Brunt (1971) volvió a la tesis de Beloch, pero sugiriendo que las cifras de Augusto debían incrementarse ligeramente para tener en cuenta a los soldados en armas y para compensar una supuesta deficiencia de registro (aunque sin explicar, por otra parte, cómo llegó a calcular los efectivos militares, ni la citada deficiencia). La diversidad de suposiciones e interpretaciones conduce a unos resultados radicalmente distintos. Mientras para Beloch y Brunt la población de Italia en los años en cuestión rondaba los 5-6 millones de habitantes, según las cifras de Augusto, para Tenney Frank giraba en torno a los 12 millones.

En los primeros años de su reinado (270-275 d.C.), Aureliano decidió llevar a cabo una reforma que sirviese para detener el desastroso proceso de deterioro progresivo que afligía a la moneda romana desde los tiempos de Cómodo (177-192 d.C.). En varios tipos de sus *antoninianos* (incluso en aquellos que reproducen la imagen de su esposa Severina) aparece el signo XX.I (lámina 2). Diocleciano (284-305 d.C.) intentó reformar también, y de manera más enérgi-



LÁMINA 2. Antoniniano con la efigie de Severina, esposa de Aureliano. Atriba, reproducción a tamaño natural, cara y cruz. Sobre la reproducción ampliada de la moneda es visible la inscripción XX.I.

ca, el sistema monetario. El signo XX.I vuelve a aparecer en las monedas de su reinado también, pero no en las que sustituyeron a los *antoninianos* sino en la *follis*, moneda de menos valor. El signo es clarísimo, pero ¿qué significaba? Algunos numismáticos consideran que en las monedas de Aureliano significaba «20 antoninianos = 1 áureo». Sin embargo, el hecho de que el mismo signo aparezca en tiempos de Diocleciano en la *follis*, refuerza la hipótesis formulada por otros numismáticos en el sentido de que indicaba la aleación de la moneda, es decir, «20 partes de cobre y 1 de plata». Pero nadie sabe todavía cuál pueda ser la interpretación correcta que debe darse al signo XX.I.

En los párrafos anteriores hemos hablado de los *Port Books* ingleses de los siglos XVI, XVII y XVIII. Esa fuente proporciona datos e informaciones sobre el tráfico de importaciones y exportaciones que pasaba por los puertos ingleses. J. H. Andrews ha señalado que la palabra *port* (puerto) que aparece en el título de esos documentos, no se refiere necesariamente a un solo lugar, sino que debe interpretarse en su sentido jurídico y administrativo. Es decir, que los puertos menores no se trataban por separado, sino que se incluían en el puerto principal de la región. Así, por ejemplo, el tráfico de los pequeños puertos de Folkestone, Hythe y New Romney se incluye en las cifras correspondientes a los puertos de Sandwich y Faversham, que son mayores. Si no se presta atención, esto puede falsear el cuadro de la situación general (Andrews, 1956, p. 121).

Las estadísticas pueden inducir fácilmente a engaño si al interpretarlas no se presta mucha atención al contexto histórico. En cierta ocasión, un joven historiador económico calculó el porcentaje de muertes violentas entre la población de una ciudad del norte de Italia en el siglo XV y lo comparó con el porcentaje correspondiente a la misma ciudad en nuestros días. Dado que el porcentaje del siglo XV resultaba muy superior al de nuestros días, el joven estudiioso concluyó que la vida era mucho más violenta en el siglo XV que en nuestros días. Es probable que el hecho sea cierto, pero las estadísticas citadas no tienen valor de prueba. Si un individuo se daba un porrazo en la cabeza en el siglo XV con toda seguridad se dejaba el pellejo. Si un individuo se da un porrazo similar en nuestros días es probable que los médicos le salven la vida. Las cifras referentes a muertes violentas no son comparables, ya que no refle-

jan sólo la frecuencia relativa de actos violentos, sino también los cambios habidos en la eficacia de la asistencia médica.

De modo parecido, las tasas de mortalidad entre los pacientes de los hospitales de siglos pasados pueden inducir fácilmente a error al historiador que no esté suficientemente atento a las condiciones en las que funcionaban los hospitales. Como se explica en el capítulo 5 de la Segunda parte de este volumen, los hospitales de la Edad Media y del principio de la Edad Moderna aceptaban habitualmente a pobres que no estaban enfermos, pero que no tenían un jergón donde dormir ni pan con el que quitarse el hambre. Después de dormir una noche y de hacer una comida decente, estas personas básicamente sanas se encontraban mucho mejor. Sin embargo, cuando mejoró la organización de los hospitales y en ellos se acogían solamente, o principalmente, a personas que estuviesen verdaderamente enfermas, las tasas de mortalidad aumentaron. En 1803 el famoso médico Giuseppe Frank, en su crónica de los hospitales de Europa, dijo que, según el doctor Borsieri, con el que había mantenido una larga conversación, «el hospital mejor organizado es aquel en el que la tasa de mortalidad es más elevada. Y se entiende fácilmente la razón. Cuanto mejor dirigido esté un hospital, más atención se pondrá en acoger sólo a enfermos que necesiten realmente asistencia médica». De hecho, hoy día se ha comprobado que en Nueva York los hospitales que disponen de un servicio de ambulancias más eficaz, lo que permite la hospitalización inmediata de personas afectadas por un infarto, tienen una tasa de mortalidad mayor que los hospitales cuyo servicio de ambulancias es deficiente: la razón es que en el segundo caso los enfermos disponen de mucho tiempo para morirse en casa, mientras que en el primer caso mueren en el hospital.

Los ejemplos citados demuestran que la interpretación de una fuente realmente no puede separarse de la valoración de su autenticidad y fiabilidad, aunque en aras de la claridad de exposición y argumentación hemos tenido que distinguir diferentes procesos de investigación y los problemas que los acompañan. En la vida real, los estudiosos no siguen estos procesos de uno en uno, como quien pasa de una habitación a otra. La recogida de fuentes, su valoración y su interpretación, y, de hecho, la reconstrucción final del acontecimiento histórico, que es el objetivo de todas las demás operaciones, se producen, por así decirlo, de forma simultánea en un solo y

amplio frente. Igual que el detective, también el historiador, cuando recoge sus fuentes, las estudia, las valora y las interpreta, formula en su imaginación, uniendo un dato con otro, una hipótesis sobre lo que puede haber ocurrido realmente en la época y en la sociedad que estudia. Después puede que encuentre nuevas fuentes, que lea nuevos documentos y que ello le haga modificar sus juicios anteriores, su anterior interpretación de las fuentes o la reconstrucción histórica que había supuesto con anterioridad. Y así sucesivamente, en un trabajo constante de aproximaciones sucesivas, de revisiones continuas, de *feed-backs* permanentes entre problemas, hipótesis, supuestos, fuentes, interpretaciones e imaginación. La reconstrucción final del acontecimiento histórico surge, por tanto, gradualmente en la mente del estudiioso como una imagen que se va enfocando poco a poco: al principio es borrosa, deformada o incluso invertida; y luego va haciéndose más precisa y mejor definida.

## 5. LA RECONSTRUCCIÓN DEL PASADO

«El historiador trabaja partiendo del supuesto de que es capaz de reconstruir y comprender los hechos del pasado. Si un epistemólogo logra convencerlo de lo contrario, el historiador debe cambiar de oficio» (Momigliano, 1974, reimpr. 1987, p. 14). En una época en que hasta el científico social con menos talento habla elocuentemente de relativismo histórico, de la subjetividad de la reconstrucción histórica y de historicismo, resulta especialmente oportuno que un estudiioso de la categoría de Arnaldo Momigliano afirme que cuando el historiador escribe de historia está convencido, convencidísimo, de que su reconstrucción refleja el auténtico modo «en que sucedieron las cosas». De lo contrario, no es un historiador, sino un maestro de la falsificación. Y un estudioso puede recurrir a la falsificación por miedo al poder, por obtener algún provecho de ello o por el placer perverso de engañar a sus colegas. Si el historiador está convencido de que, a pesar de todos los esfuerzos realizados, su reconstrucción constituye, en el mejor de los casos, una burda e involuntaria deformación de la realidad histórica, debería dejar de escribir y, como sugiere Momigliano, «cambiar de oficio». Naturalmente, el historiador puede ser un ignorante o un cretino, en cuyo caso su convicción de que las cosas ocurrieron realmente como él las relata puede darse por descontada y no merece la pena hablar de ella. El hecho es que, incluso el historiador de valía, incluso el que está dispuesto a prestar atención al discurso relativista del epistemólogo, incluso ese historiador, digo, cuando formula su reconstrucción histórica, está convencido de que ésta refleja fielmente la realidad del pasado.

Para reconstruir el acontecimiento histórico, el historiador debe basarse en datos comprobados y no apartarse de ellos, uniéndolos y

relacionándolos. Puede que el historiador haya vivido los hechos que narra, caso en que es fuente e historiador al mismo tiempo. Pero la mayoría de las veces el historiador extrae sus datos de los documentos que se conservan, que, como hemos visto ya en el capítulo anterior, tiene que examinar y valorar con espíritu crítico. En su reconstrucción, el historiador se ve muy condicionado por el estado de la documentación y éste, como ya vimos en el capítulo 3, depende de numerosas y diferentes circunstancias. Entre ellas se encuentran la cultura (y, por consiguiente, la «curiosidad») de la sociedad que produjo los documentos, el deseo racional e irracional del hombre de conservarlos o destruirlos y los caprichos del azar. El historiador no dispone, pues, de documentación sobre todo lo sucedido. Por lo demás, si cada hecho, sentimiento, pensamiento, malestar, bienestar, perfume, olor, luz u oscuridad hubiesen dejado una huella documental, el globo terráqueo estaría repleto de documentos históricos. La primera cualidad del historiador con talento consiste en advertir el significado de la abundancia, la escasez e incluso de la falta de documentación y saber condicionar de modo inteligente su propia problemática o la situación al tipo de las fuentes disponibles.

Al mismo tiempo que transmiten un mensaje del pasado, las fuentes, ya sean documentales, narrativas o arqueológicas, constituyen una cortina entre el historiador y el pasado. Esa cortina puede ser más o menos deformante, y la primera tarea del historiador consiste en comprobar si existe y evaluar su efecto. Al encontrarse ante los hechos, las opiniones y los juicios que transmiten las fuentes, el historiador debe tomar una decisión. Recoger y meter en un libro, como si de un cajón de sastre se tratase, todos los hechos que nos transmiten las fuentes no sólo no es posible, sino que no es la tarea ni la misión del historiador, del mismo modo que el arqueólogo no debe recoger todas las piedras que encuentre en un yacimiento determinado por la única razón de que también las piedras son antiguas. «Evidentemente, es imposible —escribe Veyne— narrar todos los hechos del pasado y, por consiguiente, es necesario seleccionar» (1971, p. 50). D. Lowenthal ha comentado: «Ninguna crónica histórica puede recuperar la totalidad de los acontecimientos pasados, porque el contenido de éstos es virtualmente infinito. La narrativa histórica más detallada sólo incluye una fracción minúscula incluso del pasado importante... La mayor parte de la informa-

ción acerca del pasado jamás se consignó en los anales y la mayor parte del resto era evanescente» (1985, p. 215).

La selección es responsabilidad del historiador. «No existe —continúa Veyne— una categoría especial de hechos de los que pueda decirse que representen la historia y, por tanto, se impongan a nuestra elección» (1971, p. 50). La importancia histórica de un dato o de un hecho no viene determinada por cualidades intrínsecas al dato o al hecho en cuestión. Mandelbaum sostiene que cualquier hecho llega a ser interesante para el historiador si tiene un «significado social» (1938, pp. 9, 14). Creo que esa afirmación es desorientadora. La relevancia histórica de un hecho o de un dato no depende, como hemos dicho, de sus cualidades intrínsecas, sino de la problemática que se plantea el historiador. Así, por ejemplo, los documentos de la época nos dicen que el otoño de 1630 fue muy caluroso en Toscana. Se trata de una noticia intrascendente para un historiador económico que esté interesado en la política monetaria del gran duque Fernando II. Si, por el contrario, el historiador se ocupa de la fluctuación de la producción vinícola y de los precios agrícolas en la época de Fernando II, esa misma noticia adquiere interés histórico. Todo depende del punto de vista del investigador y de lo que le interese.

En el capítulo 2 nos hemos referido al hecho de que normalmente el historiador parte de una serie de problemas más o menos intuitivamente concebidos y que luego, durante la investigación, mientras estudia las fuentes y descubre material nuevo, modificará sus supuestos iniciales, respondiendo a las exigencias del material documental. Si ocurre así, la elección de los datos y de los hechos llevada a cabo por el historiador se verá influida en consecuencia. Todos los historiadores saben que información que al principio parecía carente de interés puede resultar importante una vez se han replanteado los problemas originales. Después, a causa de este replanteamiento, se ve obligado a retroceder en su búsqueda para recuperar los datos que antes pasó por alto. A la inversa, hechos y datos que parecían importantes se eliminan luego a consecuencia del cambio de las prioridades.

## LA IMPORTANCIA DE LA TEORÍA

«Los hechos —escribió Werner Sombart— son como las perlas, necesitan un hilo que los engarce. Pero si no hay un hilo, una idea unificadora, hasta el trabajo de los mejores investigadores resulta insatisfactorio» (1929, p. 5). La «idea unificadora» es la teoría o, como suele decirse hoy, el «modelo». Y esto es aplicable, no sólo a la historia y a la historia económica, sino a cualquier disciplina. E. Cantore, en su libro *Scientific Man*, escribía acertadamente que «los hechos son estériles en tanto no se valoren a la luz de una teoría» (1972, p. 39). Los datos, por mucho cuidado que se haya puesto en su recogida y observación, sólo adquieren importancia después de reunirlos y ordenarlos de acuerdo con un paradigma teórico. De lo contrario, no son más que átomos a la deriva, solitarios e insignificantes. El siguiente ejemplo es curioso e instructivo.

En los siglos XVI y XVII prevalecía la idea de que el origen de la peste radicaba en unos perniciosos vapores putrefactos llamados miasmas, cuyos átomos se adherían a los vestidos (sobre todo los de lana y de piel) y a la epidermis de las personas, transmitiendo la enfermedad. Para combatir la acción nefasta de esos átomos «pegajosos», primero en Francia y después en Italia, los médicos que durante la epidemia de peste trabajaban en contacto con los enfermos se ponían unos vestidos antipeste, consistentes en unas túnicas largas hasta los tobillos, provistas de capucha y fabricadas con tela encerada, impermeable. La idea era que los átomos de los miasmas no pudieran adherirse a la tela encerada, dada la viscosidad de ésta. El vestido antipeste cumplía, en efecto, una misión muy útil, pero no la que creían sus inventores: protegía muy bien al personal médico de las pulgas que eran los auténticos vectores del bacilo *Yersinia pestis*. Nadie imaginaba entonces que las pulgas tuvieran relación con la epidemia.

En 1657 Génova fue azotada por una epidemia de extraordinaria virulencia que, en pocos meses, eliminó a 55.000 personas entre una población total de 75.000 habitantes. El director del lazareto genovés era el padre fra' Antero Maria da San Bonaventura, que se contagió de la peste, después se curó y vivió en el pozo infernal del lazareto durante meses y meses, y al final de su dramática experiencia escribió un libro de recuerdos sobre *Li Lazareti della Città e*

*Riviere di Genova* (Génova, 1658), obra rebosante de humanidad y buen sentido. A propósito del vestido antipeste, el padre Antero escribió: «En un lazareto, la túnica encerada no tiene más efecto que el de impedir que las pulgas aniden con facilidad». El hecho constatado era absolutamente correcto. El vestido encerado protegía a quien lo llevaba de las picaduras de las pulgas. Pero ¿quién pensaba en relacionar las pulgas con la peste? Debido al predominio de un paradigma teórico erróneo (los miasmas son la causa de la peste) y la consiguiente ausencia de un paradigma teórico correcto (la peste la propagan organismos vivos), se pasó por alto la importancia de esta información. A resultas de ello, la observación del padre Antero, pese a ser correcta e importante, no pasó de simple anécdota. En otras circunstancias habría podido dar la pista de la etiología de la peste siglos antes de lo que de hecho sucedió.

Tradicionalmente, en Europa, y sobre todo en el continente, si se exceptúa la escuela histórica de los economistas alemanes del siglo XIX, los historiadores económicos han estado especialmente flojos en el plano teórico. Así, por ejemplo, Eileen Power, al comentar en la década de 1930 el trabajo de los historiadores económicos medievalistas, escribía: «Los historiadores económicos ... a menudo han abordado su tema sin teoría o con teorías inadecuadas... Esto ha producido muchas colecciones valiosas de hechos y ha profundizado nuestro conocimiento de fenómenos jurídicos, institucionales y políticos, pero no nos ha dado historia económica en el auténtico sentido de la palabra». Y añadía: «La historia económica ha padecido un mal: no saber muy bien qué problemas plantearse» (Power, 1934, pp. 17, 15).

El uso inadecuado de los instrumentos conceptuales de la economía por parte de los historiadores económicos europeos (incluidas figuras de la relevancia de Pirenne, Saporí y Braudel) puede deberse en gran medida a que esos historiadores han tenido una preparación de base histórica o jurídica. Dicho sin ambages, si no han hecho un uso correcto de la teoría económica, es porque no la conocen. Sin embargo, muchos plantean una objeción de carácter metodológico que merece ser tenida en cuenta. Se afirma que aplicar la teoría económica moderna a la interpretación de un contexto histórico radicalmente distinto de nuestro propio periodo es un procedimiento anacrónico y antihistórico que entraña una peligrosa deformación del contexto que se examina.

La primera respuesta a esa argumentación es que todo historiador, consciente o inconscientemente, emplea un paradigma teórico de interpretación —por tosco o desatinado que sea— porque sin él no sabría qué datos recoger. Además, sin teoría, el historiador no podría ordenar los hechos recogidos según un criterio lógico. Como escribió Werner Sombart,

La mayoría de los historiadores... tienen... algún tipo de teoría en el fondo del pensamiento... hasta el historiador más primitivo sería incapaz de escribir historia sin comprender un poco de qué forma los acontecimientos que describe se relacionan unos con otros. Pero la teoría difícilmente podría calificarse de científica; en poco superaba las ideas poco rigurosas de la vida cotidiana. Hay historiadores que creen que, con unas cuantas ideas vagas y ambiguas de este tipo —ideas que son suficientes para la vida cotidiana—, tienen todo lo que necesitan para escribir historia económica. El resultado ha sido exactamente lo que cabía esperar... compilaciones casi sin valor (1929, p. 4).

Cuando el paradigma teórico es adoptado inconscientemente, sugerido por el simple sentido común o la experiencia de la vida cotidiana, resulta en general inadecuado y a menudo francamente desorientador. Además, el hecho de no explicitar el modelo oculta peligrosamente sus posibles deficiencias, tales como su inadecuación, sus contradicciones internas, su carácter totalmente absurdo. Así, la obra clásica de Pirenne *Mahomet et Charlemagne* (1937) se basa en la teoría implícita de que la estructura económica, social y cultural de Europa occidental a comienzos de la Edad Media, junto con sus niveles de consumo, inversión y empleo, estaba en función del comercio con Oriente (o la falta del mismo). Formulado explícitamente, el modelo pireniano de interpretación pone de manifiesto su absurdo simplismo y, en consecuencia, toda su ingeniosa, erudita y brillante construcción acaba derrumbándose cual frágil castillo de naipes.

La idea de que la aplicación explícita de la teoría económica moderna representa un anacronismo ridículo se basa fundamentalmente en el desconocimiento de lo que es la teoría económica, un desconocimiento del que en gran medida son responsables los propios economistas. En el capítulo 1 señalamos que Henry Kissinger comentó que la historia «no es un libro de cocina que ofrezca

recetas ya probadas». Del mismo modo, la teoría económica —a pesar de la forma en que se enseña en la mayoría de las universidades— no es un recetario de teoremas congelados. Keynes sosténía con acierto que «la economía es una rama de la lógica, un modo de pensar. La teoría económica no ofrece un conjunto de conclusiones fijas que puedan ponerse en práctica inmediatamente. Es un método más que una doctrina, un aparato mental, una técnica para pensar» (1973, XIV, ii, p. 296). Alfred Marshall comentó: «La economía no es una serie de verdades concretas, sino un motor para descubrirlas» (1885, p. 25); y T. S. Ashton añadió que la economía «ha dejado de ser una serie de conclusiones y se ha convertido en un aparato del pensamiento: ya no es una doctrina, se ha transformado en un método» (1962, pp. 170, 176). Eli F. Heckscher señaló: «La economía no se ocupa de ningún conjunto determinado de factores externos, sino de un punto de vista dado acerca de todas las actividades humanas» (1953, p. 426).

Los teoremas económicos, impropiamente llamados «teorías», dependen de situaciones históricas específicas: son formulaciones lógicas que responden a las exigencias y aspiraciones de una sociedad concreta en un momento histórico determinado. No es casual que el teorema de la ventaja relativa naciese en la Inglaterra de principios del siglo XIX y no en Portugal; que el teorema de la protección arancelaria a las industrias nacientes surgiese en la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX y no en Inglaterra; o que en el siglo XX el teorema keynesiano de los gastos deficitarios para sostener la demanda y el empleo apareciese durante la crisis de los años treinta y no en los «felices años veinte». Esos teoremas son contingentes, su validez está limitada en el tiempo y en el espacio, mientras que la economía, «como rama de la lógica, modo de pensar» es universal. Por consiguiente, si se aplica a una economía del pasado un teorema anacrónico correspondiente a la economía actual, se comete un obvio error, pero no porque se haga uso de un paradigma teórico al ordenar los datos, sino porque se elige un paradigma equivocado. El problema del historiador económico consiste en saber cuál es la mejor forma de usar esa «rama de la lógica» que es la economía para elaborar un paradigma o modelo teórico e interpretativo que se adecue a la situación histórica específica. Y eso supone: 1) flexibilidad y creatividad mentales, es decir, estar dispuesto a renunciar a los modelos «de moda» y ser capaz de

crear modelos adecuados a la época estudiada; 2) un conocimiento profundo del contexto histórico en el que se inserta el acontecimiento estudiado, es decir, de las estructuras y las instituciones, no sólo económicas, sino también jurídicas, políticas y sociales de la sociedad analizada. Ese contexto socio-cultural más amplio condiciona el sistema económico, su funcionamiento y su capacidad de reacción frente a determinados estímulos.

Aunque todo esto pueda parecer evidente o incluso banal, hay que reconocer que, en realidad, resulta difícil y problemático. Al estudioso, sobre todo al que tiene una formación economicista, le cuesta trabajo sustraerse a la fascinación mágica de los teoremas en boga. Su mente ha sido «moldeada» a partir de ellos. Los ejemplos concretos que tiene ante la vista todos los días son los de la sociedad en la que vive, y le confirman la validez de los modelos usuales. Para poder desempeñar la labor de historiador tiene que olvidar todo lo que ha aprendido con dificultad e imaginar situaciones, condiciones y circunstancias que le son ajenas.

Valga un ejemplo, sencillo pero claro. Recientemente se ha puesto de moda entre los economistas rechazar la hipótesis, en otros tiempos popular, de que en períodos de inflación prolongados los salarios crecen menos rápidamente que los precios. Un economista ilustre ha llegado a afirmar que «un análisis más atento pone de manifiesto que en la mayoría de las inflaciones los salarios no van detrás de los precios». Refiriéndose concretamente a la llamada «revolución de los precios» del siglo XVI, otro economista ponía de relieve que «aunque a corto plazo los salarios pueden ir con retraso en relación con los precios, es difícil imaginar unas condiciones en las que los individuos no consigan reaccionar, durante décadas enteras, contra una tendencia monetaria que destruye sus rentas reales». El escepticismo implícito en la frase que acabamos de citar surge del hecho de que el economista que la ha formulado ve las cosas desde la perspectiva de la sociedad en la que ha crecido, una sociedad en la que las fuerzas del trabajo están suficientemente organizadas como para exigir y obtener ajustes salariales.

Pero no siempre ha sido así. Tal como L. P. Hartley escribió en el prólogo de *The Go-Between*, «El pasado es un país extranjero: allí las cosas se hacen de otra manera». En un documento fechado en 1590 los empleados de la Magistratura de Sanidad Pública de Milán se quejaban de que

estos salarios fueron establecidos por el duque de Milán al fundarse esta Magistratura [mayo de 1534] y desde entonces no han experimentado ningún incremento, de lo que cada uno de los citados ministros se lamenta y se ha quejado muchas veces, puesto que cuando fueron establecidos dichos salarios, los gastos de vivienda, vestido y manutención no suponían ni la cuarta parte de lo que suponen ahora y les parece grave que frente a tan notable aumento de los gastos, la pequeñez del primer salario establecido haya permanecido inmutable (Visconti, 1911, p. 426).

Como se puede observar, en Milán existían en el siglo XVI «individuos» de rango no precisamente humilde que «durante décadas enteras» no consiguieron modificar siquiera un ápice sus salarios nominales ni «reaccionar contra una tendencia monetaria» que reducía sustancialmente sus rentas reales. No es difícil encontrar ejemplos de precios que presentaron una acentuada impermeabilidad durante largos períodos de inflación. El texto de las Doce Tablas de Roma preveía una multa de 25 ases (el as era una moneda de cobre romana) para quien hubiese golpeado a otra persona. Siglos después de la promulgación de las Doce Tablas, la multa seguía siendo de 25 ases, pero debido a la inflación esa suma se había vuelto irrisoria. Y para demostrarlo empíricamente, L. Veratius, que era un ricachón extravagante, andaba por ahí repartiendo bastonazos a diestro y siniestro, seguido de un esclavo que resarcía inmediatamente a las personas golpeadas con los 25 ases previstos en las Doce Tablas (Gelio XX, 1, 12-13).

#### TRAMPAS PARA LOS DESPREVENIDOS

Las deficiencias teóricas y económicas de la historiografía económica tradicional resultaron más evidentes en la Europa continental que en Inglaterra y los Estados Unidos. En estos países, una cultura económica más extendida y la costumbre de utilizar más correctamente los términos económicos (en buena medida acuñados en inglés) hicieron que hasta los historiadores económicos que no tenían una formación económica especial estuviesen con frecuencia en condiciones de elaborar argumentos que, desde el punto de vista de la lógica económica, estaban a cubierto de críticas severas. Y fue en los Estados Unidos donde se produjo la reacción más drástica

contra la forma tradicional de abordar la historia económica. A partir de la década de 1960, un grupo cada vez más nutrido de jóvenes surgidos de los departamentos de economía de las universidades norteamericanas, con una sólida formación económica y estadística, empezó a abordar temas de historia económica de una manera nueva. Empiezan por exponer, normalmente en términos algebraico-geométricos, el modelo teórico de explicación que han construido o adoptado y en comprobar, por tanto, la validez de dicho modelo a partir de un material histórico de carácter básicamente estadístico, sobre todo mediante regresiones. Por desgracia, esta clase de historia económica, que está muy extendida en los Estados Unidos y cuenta con algunos partidarios en Europa, tiene unos cimientos filosóficos y epistemológicos muy poco profundos. Y ocurre algo peor: se ve seriamente afectada por cuatro defectos que acechan siempre al historiador económico, cualquiera que sea la escuela a la que pertenezca. Esos defectos son el simplismo, el razonamiento *a posteriori*, el alegato especial en defensa de una tesis y el subjetivismo. Esas cuatro trampas son una amenaza constante para el historiador económico desprevenido, ya sea norteamericano o europeo, tradicionalista o revolucionario. Vale la pena que las examinemos con mayor detenimiento, una por una.

### *Simplismo*

En 1970, Kenneth E. Boulding escribía que

una descripción de estado es lo que el nombre da a entender: una descripción del estado del sistema en un momento dado. Tal descripción ha de ser abstracta, en el sentido de que sea absolutamente imposible elaborar en cualquier lenguaje una descripción completa de la situación incluso de los sistemas más simples. Un gran escritor descriptivo como James Joyce puede dedicar una novela entera a describir los procesos mentales de una sola persona durante una sola noche: para hacer una cosa así, debe explotar los recursos de la lengua hasta el límite mismo de la ruptura y, con todo, no puede cubrir más que una fracción de la realidad. La descripción de la enorme complejidad de la socioesfera, aunque sea sólo en un instante dado del devenir temporal, exige unas abstracciones en grado extremo (1970, p. 2).

En el capítulo 1 hemos dicho que una de las diferencias entre la metodología del historiador y la del economista consiste en que mientras el segundo limita su atención a un número reducido de variables, el historiador económico debe (o debería) tomar en consideración un número mucho más elevado de variables; tantas, de hecho, como sea posible. La descripción del historiador económico resulta, pues, más completa y realista que la descripción habitualmente paradigmática del economista. Lo cual no es óbice, sin embargo, para que la descripción más detallada de la realidad histórica elaborada por el historiador más pedante y minucioso siga siendo siempre una extremada simplificación de la realidad. La documentación que se conserva proporciona al historiador una información reducida, parcial y más o menos deformada de la realidad. Además, el historiador tiene que optar entre los hechos que se le presentan en función de la problemática que se plantea y del modelo teórico que adopta, ya sea implícito o explícito. El resultado ineludible de las deficiencias documentales y de las múltiples selecciones sucesivas es una drástica simplificación de la situación histórica estudiada. Basta pensar en lo que se enriquece una descripción verbal cuando puede ir acompañada de una fotografía, para darse cuenta de todo lo que falta cuando no hay ninguna foto. Y siempre falta algo. Sabemos que César decidió vadear con sus tropas el Rubicón. Pero no sabemos si cuando tomó esa decisión había hecho bien la digestión o no, si estaba fresco o cansado, si estaba rodeado de perfumes o de malos olores, si tenía calor o frío. Añádase que, debido a las generalizaciones que el historiador se ve obligado a hacer para explicar el mayor número posible de casos, el espacio de que se dispone para cada caso es muy limitado, lo cual entraña la pérdida de contacto directo con la realidad. Cualquier reconstrucción histórica es, pues, una simplificación más o menos drástica de la realidad, lo cual quiere decir que el resultado serán deformaciones, representaciones erróneas y falsificaciones puras y simples. Porque hay diferencias importantes entre una aproximación simplificadora y generalizadora y una realidad muchísimo más compleja que consiste en un vasto abanico de excepciones, variantes, anomalías, rarezas, excentricidades, idiosincrasias y peculiaridades dispersas en lo que un estadístico llamaría una amplísima desviación respecto de la media. El historiador de valía es aquel que, aunque forzado por el carácter mismo de su tarea a facilitar una reconstruc-

ción simplificada de la realidad histórica, consigue transmitir al lector la sensación de que la historia es, con mucho, más compleja y complicada de lo que él la cuenta. En esencia, el sentido histórico es la conciencia de la tremenda complejidad de los asuntos humanos.

De cuanto hemos dicho hasta ahora se deduce que, como señalábamos ya en el capítulo 3, el estudioso debe apoyarse necesariamente en las fuentes primarias, que son las únicas de las que puede derivarse el sentido realista de los casos individuales y de su «dispersión» en torno al caso medio. Los estudiosos que se apoyan en fuentes de segunda, tercera o cuarta mano son necesariamente víctimas de atroces generalizaciones y simplificaciones. Al final, el «traductor del traductor de Homero» produce simplificaciones de simplificaciones. Sin tener idea del número y variedad de excepciones y variantes que son la esencia misma de la historia, pone en pie construcciones viciadas por un simplismo pretencioso, irreal y desorientador.

Estos comentarios pueden aplicarse tanto a la historia económica como a la historia general. Sin embargo, en el caso de la historia económica existe otro factor que desempeña un papel decisivo a favor del simplismo. No faltan en la literatura económica las biografías de empresarios y de ejecutivos. Pero la historia empresarial no ha conseguido fundirse jamás de modo sistemático con la historia económica. Actualmente, esta última no presta atención a los individuos, como si no existiesen. Se habla de unidades de capital, pautas de consumo, recursos naturales, importaciones, exportaciones y tecnologías. Y si se habla de hombres, se habla como si fuesen átomos anónimos que casualmente pertenecen a poblaciones cuyos comportamientos colectivos se estudian por medio de las tasas de natalidad, mortalidad y nupcialidad.

Hace décadas, Joseph Schumpeter llamó la atención sobre el grave defecto que representa la «inhumanidad» de la teoría económica. Trató de introducir el elemento humano poniendo de relieve la figura y la función del empresario. Pero ni siquiera un economista de su envergadura consiguió injertar la esencia insondable, polifacética y cambiante de la actividad empresarial en la estructura de una formulación teórica general.

Paradójicamente, a los historiadores económicos no les ha ido mejor. Incluso la escuela francesa de los *Annales*, pese a toda su retórica sobre *l'homme et la réalité humaine*, de hecho se ocupa fundamentalmente de la dinámica anónima de las estructuras.

*Razonamiento a posteriori*

Eso que llamamos habitualmente «el presente» es una pequeña rebanada de futuro pegada a una pequeña rebanada de pasado y las dimensiones de la rebanada dependen de la persona que use el término. Para el historiador, «el presente» puede ser unos cuantos años o décadas. Para el individuo corriente, unos cuantos días o semanas. Para el agente de bolsa, unos cuantos minutos u horas. El presente es en realidad el instante fugaz en que el futuro se convierte en pasado. Vivimos en el presente, pero, dadas la ligereza y la fugacidad de ese presente, tenemos siempre la mirada puesta en el futuro inmediatísimo, próximo o lejano. Como apuntó Søren Kierkegaard en sus *Diarios* en 1843, «la vida debe entenderse hacia atrás, pero vivirse hacia adelante» (trad. de 1938).

En esencia, la vida es una sucesión ininterrumpida de problemas. Cuando se considera que se ha resuelto un problema, se crean automáticamente las condiciones para que surja otro. En la práctica, las personas se limitan a sustituir un problema por otro. No hay descanso para el hombre. Al afrontar los problemas que se plantean de una ocasión a otra, el individuo, como la sociedad, tiene diversas opciones. A veces o para determinadas personas, el abanico de opciones es restringido. Otras veces para otras personas el abanico de opciones es muy amplio. Y las gradaciones intermedias son prácticamente infinitas. El hecho de disponer de opciones obliga a elegir. Al elegir no siempre se actúa de forma racional. Elegir, ya sea racional o irracionalmente, exige decidir. Tanto los individuos como las sociedades se ven obligados constantemente a tomar decisiones. Si un individuo o una sociedad se refugian en una inercia indolente, eso significa que han decidido no decidir. La decisión —aunque sea la decisión de no decidir— es inevitable.

El futuro es incierto. El grado de incertidumbre varía de un caso a otro y de un momento a otro. Pero la incertidumbre es parte integral del futuro. El hecho de que haya que elegir y decidir en un clima de incertidumbre supone riesgos. Las diversas opciones que se le ofrecen al individuo o a la sociedad y la diversidad de decisiones que pueden tomarse suponen distintos grados de riesgo. Pero hasta el individuo que siente más aversión por el riesgo, a la hora de

tomar una decisión relativa al futuro, aunque la decisión sea la más cautelosa y prudente, no se libra de correr cierto riesgo.

Existe un vínculo vital constante entre el pasado y el futuro. El pasado no muere ni se exorciza jamás. Las decisiones que se tomaron ayer limitan y condicionan lo que elijamos mañana. Pero no hay simetría entre el pasado y el futuro. En ese instante fugaz en que el presente convierte al futuro en pasado, las opciones desaparecen, las decisiones que se han tomado no pueden ser ya modificadas, lo que está hecho no puede deshacerse. Desaparecen la incertidumbre y el riesgo, dando lugar a la apariencia de un proceso determinado por una lógica férrea, incluso cuando en los acontecimientos haya influido mucho el azar o la irracionalidad. *A posteriori* se justifica todo, todo parece lógico, racional e ineluctable. Como escribió Aldo Schiavone, *a posteriori* hasta «la labor sutil del azar se nos aparece bajo la forma inflexible de la necesidad histórica». Hace siglos, Diodoro de Megara afirmó que era un error decir que existen opciones en el futuro. Arguyó que sólo había una opción: la que de hecho se produciría. Pero si los acontecimientos se suceden siguiendo una lógica estricta, tal como parece cuando se mira al pasado, ¿por qué entonces la predicción es tan difícil y, la mayoría de las veces, imposible? Como observaba justamente Hempel, una argumentación que no demuestre que posee capacidad de predicción *a priori*, no puede ser usada *a posteriori* a modo de explicación.

Al historiador le resulta fácil pecar de *aposteriorismo*. Tanto más cuanto que, como dijo H. Stuart Hughes, «sea cual fuere la naturaleza de la historia “tal como sucedió”, las afirmaciones relativas a la historia sólo pueden ser lógicas, ya que, de no serlo, resultarían incomprensibles. Sea cual fuere la realidad última, lo que has averiguado acerca de la historia sólo puedes comunicarlo empleando términos racionales, es decir, términos que sean coherentes y puedan reproducirse, aunque no sean necesariamente rigurosos» (1968, p. 8). La tendencia a reconstruir la historia humana como una concatenación lógica e ineluctable de acontecimientos se ve acentuada por la tendencia a transferir al discurso histórico el concepto científico de causa. Es propio de la naturaleza humana el tratar de averiguar una o más causas de cualquier hecho de cierta relevancia. La pura descripción no satisface. Se busca la «explicación». «Felix qui potuit rerum congescere causas.» («Feliz es quien

puede conocer la causa de las cosas».) Pero, por lo que se refiere a la reconstrucción histórica, el término «causa» debe pronunciarse lo menos posible, y preferiblemente, en voz baja. Y la razón de ello es que en la reconstrucción histórica no es posible comprobar de modo empírico qué habría ocurrido en una secuencia dada de acontecimientos si alguna variable hubiese sido distinta mientras las demás permanecían tal como fueron, porque en historia todo cambia constantemente. Como ha escrito E. Kahler (1968),

sólo raramente el historiador puede decir justificadamente *por qué* ha sucedido algo. En la gran mayoría de los casos, debe limitarse a describir *cómo* han sucedido las cosas, es decir, descubrir las condiciones en que tuvo lugar un acontecimiento. Así, el concepto de causa pierde su significado en un intrincado tejido de condiciones que interactúan y donde la «causa» de todo es todo.

La afirmación de relaciones causales que no pueden ser verificadas en absoluto como tales no es más que otra forma de imponer arbitrariamente *a posteriori* a la realidad una lógica de desarrollo que *a priori* no es evidente en modo alguno.

El historiador (pero también el biólogo y el físico) tiene que denunciar, por su propio bien y por el de los demás, 1) la falacia de la argumentación *post hoc ergo propter hoc* (después de esto, luego por esto) y 2) la falacia de que una correlación entre dos o más variables supone una relación de causalidad. Gran parte de eso que en las reconstrucciones históricas se llaman «causas» lo son exclusivamente a partir de una de esas dos argumentaciones erróneas, o de ambas a la vez, y por consiguiente no son tales causas.

Las reconstrucciones *a posteriori* ocultan, en vez de ilustrar, los procesos de toma de decisiones y resolución de problemas que son la constante de la trayectoria humana. Sabemos que César pasó el Rubicón. Mas para César, el problema consistía en si debía pasarlo o no. Ver las cosas *a posteriori* puede deformar fácilmente nuestro juicio. En abril de 1974 se celebró en Montreal, Canadá, en el Interuniversity Centre for European Studies, una conferencia sobre el tema: «Failed Transitions to Modern Industrial Society: Renaissance Italy and Seventeenth Century Holland». El título de la conferencia reflejaba nuestro conocimiento actual de que después del Renacimiento y del siglo XVII vino la Revolución industrial. De ese

conocimiento *a posteriori* surge la pregunta: «¿Por qué los italianos del Renacimiento y los holandeses del XVII, no llevaron [*failed*] a cabo una revolución industrial *ante litteram*?». Mirándolo bien, sin embargo, la pregunta es absurda. Los italianos del XVI y los holandeses del XVII no buscaban una organización industrial: no sabían siquiera lo que significa industria. Hablar de *failure* supone, a su vez, que aquellas sociedades hubiesen querido darse a sí mismas una organización industrial y no lo consiguieron. De manera similar, frente a los frecuentísimos casos en los que algunos grupos adoptaron con éxito una determinada innovación tecnológica mientras que otros la despreciaron, conviene guardarse muy bien de emitir juicios fáciles, basados en la ventaja del *a posteriori*. Una innovación tecnológica no es más que una opción cuyos beneficios están muy lejos de resultar evidentes. Los primeros automóviles eran más lentos que los caballos. Y por cada innovación tecnológica que tuvo éxito, hubo muchísimas más que fracasaron. *A priori* existe siempre un problema de valoración y de juicio que no es de los más fáciles de resolver. El historiador que, con la ventaja del *a posteriori*, lo atribuyera todo a la astucia o la estupidez no daría en el blanco.

Cuando nos referimos al pasado conviene recordar que los hombres de ese pasado tenían que enfrentarse a opciones y decisiones, mientras que nosotros, aprovechando la perspectiva histórica, estamos en condiciones de valorar los resultados, no sólo a corto plazo, sino también a largo plazo, de aquellas opciones. Los hombres de aquél pasado actuaban desde el punto de vista del *a priori*. Nosotros los juzgamos desde el punto de vista del *a posteriori*. Ellos conocían cosas que nosotros no conocemos. Nosotros conocemos cosas que ellos no conocían; por ejemplo, precisamente, las consecuencias de sus decisiones.

### *Alegato especial en defensa de una tesis*

Los libros que exponen una tesis son mucho más interesantes que los puramente descriptivos. Y tienen también la ventaja de que su contenido quedará más fácilmente impreso en la mente del lector. No hay nada malo en el hecho de que un historiador económico exponga una tesis. Pero con ciertas condiciones. Como escribía

tiempo atrás R. H. Tawney, mientras que los historiadores suelen ser muy severos al criticar las fuentes, no siempre ejercen la misma severidad crítica frente a lo que ellos mismos escriben o defienden. Cuando hay por medio una tesis que defender, puede ocurrir que el estudioso se apasione con esa tesis propia y pierda el necesario espíritu crítico. No es difícil encontrar elementos de apoyo incluso para tesis disparatadas. Empezando por la retórica de las citas. Por muy errónea que pueda ser una tesis, su autor encontrará siempre, en la vastísima bibliografía existente, algún libro o artículo que ofrezca puntos de vista similares al suyo. La cita de textos de segunda y tercera mano que no tienen el menor valor de prueba efectiva es la marca de fábrica de este tipo de camuflajes.

En el terreno concreto de la historia económica hay otros dos procedimientos que se utilizan frecuentemente para dar una apariencia de objetividad científica a tesis más o menos disparatadas. Un error en el que suelen incurrir con frecuencia sobre todo los historiadores económicos de las épocas antigua y medieval consiste en utilizar documentación que se refiere al corto plazo atribuyéndole un valor de largo plazo. Me explico. Si un historiador está interesado en proponer la tesis de que un siglo determinado fue un «siglo de crisis», de «depresión» y cosas por el estilo, no tendrá en general dificultad para localizar documentos que se refieran a fenómenos de estancamiento de los negocios, desempleo, aumento del número de «pobres», «escasez de dinero», etcétera. La mayoría de las veces, sin embargo, esos testimonios se refieren a coyunturas concretas de una duración limitada a varios años y su utilización para demostrar procesos de largo plazo es absolutamente inadecuada. No creo exagerar si digo que la mayoría de las generalizaciones sobre tendencias a largo plazo para las épocas clásica y medieval se basan en la utilización inadecuada de una documentación válida sólo para el corto plazo.

Una forma aún más peligrosa de camuflaje viene dada por el aparato estadístico. Las obras de historia económica suelen contener numerosos cuadros estadísticos. Y ya se sabe que las cifras dan impresión de objetividad y carácter científico. Lo cual no siempre es verdad. Hace años apareció un libro de título significativo: *How to lie with statistics* (Cómo mentir con las estadísticas). Se trata de una obra muy superficial, pero el título es acertado. Las cifras son fáciles de manipular y las «estadísticas» pueden adaptarse a las tesis

más extravagantes, induciendo a engaño al lector no suficientemente cauto o preparado. Admitamos que en la medición histórica es frecuentemente difícil conseguir un grado elevado de precisión. Pero una cosa es admitir un margen razonable de error y otra muy distinta producir o utilizar estadísticas falseadas.

Incluso cuando no existe manipulación intencionada puede que la debilidad intrínseca de una tesis se oculte bajo una cortina de precisión engañosa. En su obra clásica *American Treasure and the Price Revolution in Spain*, Earl J. Hamilton calculó un índice de los salarios nominales en Castilla entre 1501 y 1650, tomando como base 100 la media de los salarios de la década 1571-1580. El índice calculado para el año 1501 resulta igual a 37,51. Los dos decimales dan la impresión de un alto grado de exactitud y fiabilidad. Pero si se miran las cosas más detenidamente se descubre que el índice de los salarios nominales para 1501 en todo el reino de Castilla se basa en sólo tres salarios, uno de los cuales es el de un sacristán, otro es el de una nodriza y el tercero el de un tejedor. En este caso concreto, el autor pone honestamente sus cartas boca arriba en un apéndice en el que el lector detallista y meticuloso puede realizar sus propias comprobaciones y darse cuenta de lo que hay efectivamente detrás de aquel índice de 37,51. Pero no siempre prevalecen la claridad y la transparencia (Hamilton, 1934, p. 271).

También puede ocurrir que incluso cuando una fuente estadística está reconocida como no fiable, sus defectos sean disimulados retóricamente como consecuencia de la necesidad que siente el historiador de utilizar cifras para defender su tesis. Valga el siguiente ejemplo. Las estadísticas agrícolas francesas de 1840 constituyen una de las más ricas recopilaciones de datos del siglo XIX. Sin embargo, ya en sus tiempos se pusieron en duda las cifras de esa obra. Después, Bertrand Gille (1964, pp. 196 y ss.) descubrió documentos que justificaban estas sospechas. Sebastian Charlety, que no necesitaba hacer uso de aquella estadística, escribió en su *La Monarchie de Juilliet* que «se puede utilizar la *Statistique* con precaución cuando en ella aparecen indicadas las fuentes y especificados los métodos de recogida y elaboración, mientras que es prudente no usarlas en absoluto cuando no figuran esas informaciones». A. Armangaud, que tenía necesidad de citar algún dato de aquéllas en su libro *Les populations de l'est d'Aquitain*, reconocía que la *Statistique* presentaba «imperfecciones», pero añadía que «aunque se presta a críticas

de detalle, cabe utilizarla a pesar de todo para trazar las grandes líneas del sistema agrícola». Michel Morineau, a quien las cifras de la *Statistique* le iban al pelo para demostrar una tesis suya sobre el tema *Y a-t-il eu une révolution agricole en France au XVIII siecle?*, admitía que la *Statistique* «no está probablemente exenta de críticas», pero inmediatamente después se lanzó a usarla sin restricciones para apoyar su tesis. (Véase Stengers, 1970, p. 455.)

Una vez un estudioso produce estadísticas falseadas, no existe ya límite alguno para el uso y abuso que de esas estadísticas puedan hacer otros investigadores, si les vienen bien para la demostración de una determinada tesis. La desnuda pobreza de los datos puede ser púdicamente disimulada mediante la retórica de las citas: haciendo referencia a la obra de la que han sido extraídos sin el menor comentario sobre la fiabilidad de tal obra. Así, R. R. Kuczynski, en 1936, estimó en 15 millones el número de esclavos negros trasladados forzosamente a América desde África. Kuczynski extrajo el dato de una obra de Du Bois de 1911, quien a su vez lo había copiado de un trabajo sin pretensión científica alguna de E. Dunbar en 1861. De hecho, nadie sabe cuántas personas fueron trasladadas por la fuerza de África a América. Así también se han hecho circular estimaciones cuantitativas sobre el *stock* de plata en la Antigüedad y en la Edad Media hechas por G. C. Parson en 1972, que son fundamentalmente producto de la fantasía.

Lo más importante que hay que precisar a este respecto es que, habitualmente, los enmascaramientos de datos que hemos venido citando no suelen hacerse de mala fe. Estoy convencidísimo de que en la casi totalidad de los casos se han hecho con la mejor de las voluntades. Lo cierto es que el estudioso, si no realiza un esfuerzo constante de severa autocrítica, al enamorarse de su tesis puede engañarse fácilmente a sí mismo y después engañar a los demás.

Una de las formas de este «vicio de la tesis» es la reconstrucción histórica condicionada por una ideología. Probablemente es cierto que, así como detrás de toda reconstrucción histórica hay siempre una teoría, aunque sea inconsciente e informe, hay igualmente la ideología del historiador, ya sea religiosa, política, económica o social. Dicho de otro modo, la reconstrucción histórica es inseparable de la personalidad y de las convicciones socioculturales del historiador. Pero hay historiadores e historiadoras, y hay ideologías e ideologías. Hay historiadores que saben dominar sus propias con-

vicciones y no permiten que se impongan a su labor histórica. Otros, en cambio, hacen de la reconstrucción histórica el campo de batalla de sus convicciones políticas, religiosas o sociales. Hay ideologías poco obstructivas y otras que causan estragos en la reconstrucción histórica. A lo largo del último siglo las dos ideologías más omnipresentes han sido el nacionalismo y el marxismo.

### *Historicismo y subjetivismo*

«El historicismo —escribió Arnaldo Momigliano— es el reconocimiento de que cada uno de nosotros ve el pasado desde un punto de vista concreto o, por lo menos, condicionado por nuestra posición en la historia ... El historicismo no es una doctrina cómoda porque entraña el riesgo del relativismo. Tiende a minar la confianza del historiador en sí mismo» (1974, reimpr. 1987, pp. 24-25). El historiador que se dedica a un pasado lejano tiene que enfrentarse a culturas distintas de la suya. Pero los problemas que plantea el historiador están condicionados por la cultura a la que pertenece éste. Las categorías mentales y los instrumentos conceptuales que utiliza para reconstruir el pasado son los de su propia época. El lenguaje que emplea para describir el pasado es el contemporáneo y no el de los hombres que constituyen el objeto de su estudio. Como escribió March Bloch, «el historiador piensa inevitablemente en términos de las categorías de su tiempo. Se expresa con el lenguaje de su tiempo y el lenguaje no es un instrumento neutral que no afecte los conceptos y las categorías». Todo lo cual implica graves riesgos de anacronismo y subjetivismo.

Los historiadores (o por lo menos los que merecen esa denominación) son hoy más conscientes que nunca de esos riesgos. A veces llevan la prudencia demasiado lejos. En el prefacio a su óptimo libro sobre *The Emperor in the Roman World*, Fergus Millar declaró:

En la preparación del libro he evitado por completo consultar obras de sociología sobre la realeza y temas relacionados con ella o estudios sobre las instituciones monárquicas en sociedades distintas de la griega y la romana. La razón de esa actitud mía es que si hubiese abordado mi tema armado de conceptos derivados del estu-

dio de otras sociedades, me habría resultado muy difícil alcanzar el objetivo del historiador, que consiste en subordinarse él mismo a la documentación y al mundo conceptual de la sociedad del pasado (1977, p. XII).

Obviamente, se trata de un punto de vista extremado y, a juicio de Keith Hopkins,

insostenible. Es insostenible en un nivel literal porque Millar ha escrito en inglés y no en latín o en griego ... Además, el historiador interpreta un mundo perdido para los lectores modernos utilizando para ello una lengua viva; bien puede ser uno de sus objetivos entrar en el mundo de pensamiento de sus sujetos, tanto los actores como las fuentes... pero también debe relacionar el mundo perdido con las inquietudes contemporáneas, ya sea consciente o inconscientemente (1978, p. 180).

El problema epistemológico que plantea el historicismo resulta especialmente arduo para el historiador económico. La economía como disciplina y como sistema de instrumentos conceptuales y categorías lógicas nació a finales del siglo XVIII. Antes de esa época no existía un cuerpo doctrinal para el análisis del fenómeno económico. Los hombres que vivieron antes de finales del XVIII no tenían idea de una rama del saber llamada economía, aunque ya a finales del siglo III a.C. los griegos empleaban el término «*oikonomia*» para referirse a la administración pública.<sup>1</sup> No es casual que no existan obras de historia económica en el periodo anterior al siglo XVIII. Si escribimos de historia económica lo hacemos inevitablemente proyectando hacia el pasado intereses, curiosidades y concepciones actuales. Aunque un historiador económico compartiera la posición de historicismo extremo de Fergus Millar, no podría adoptar la misma actitud de desdeñoso rechazo de la teorización actual. Si lo hiciese así, se cerraría a sí mismo la posibilidad material de hacer historia económica. Refiriéndose al lenguaje (pero el lenguaje refleja conceptos), Paul Veyne escribió que «el peligro más grave es

1. El término griego *oikonomia* significaba originariamente la administración del grupo familiar (*oikos*), pero ya hacia finales del siglo III a.C., en una estela de mármol encontrada en Olbia, colonia griega de Miletó en el mar Negro, el término *oikonomia* aparece utilizado en el sentido de administración pública. Cf. Ampolo, 1979, pp. 119-130.

el de las palabras que evocan en nuestro espíritu imágenes falsas y pueblan la historia de universales que de hecho no existen» (1971, p. 164). Y sugería que el historiador, en vez de decir que Lucrécio detestaba la religión y Cicerón elogiaba la libertad, dijese que Lucrécio detestaba la *religio* y Cicerón elogiaba la *libertas*. Y ello porque para un romano el término *religio* tenía una connotación distinta de la que tiene para nosotros el término *religión*, y lo mismo puede decirse en relación con el término *libertas*.<sup>2</sup> Pero el historiador económico no puede disponer en modo alguno de soluciones de ese tipo. No existen en el mundo griego, ni en el romano, ni en el medieval ni en el del Renacimiento términos que, ni siquiera con matizaciones sustanciales, puedan sustituir a los que hoy usamos: demanda, oferta, elasticidad, productividad, marginalidad, capital fijo, capital circulante, patrón monetario, moneda corriente. Si el historiador económico no acepta esos términos, se condena a sí mismo al silencio absoluto.

La solución de su problema puede encontrarse en el terreno empírico, prestando atención para evitar los extremos del historicismo y del «presentismo». Cuando Eduard Meyer y los demás historiadores alemanes del xviii, al describir la economía de la antigua Grecia, utilizaban términos como «industria» y «desarrollo capitalista»; cuando todavía hoy otros historiadores hablan del «imperialismo económico» de Atenas, incurran e incurren sin duda alguna en un error de anacronismo. Pero nada hay que sea intolerablemente anacrónico si, según la lógica económica de hoy, el historiador económico elabora un modelo de interpretación para describir y reconstruir una vicisitud económica del pasado, siempre que sea en las condiciones ya especificadas en el capítulo 5, es decir, siempre que el modelo elaborado tenga en cuenta las condiciones particulares y las circunstancias histórico-institucionales-culturales de la época analizada. Como escribí en otra parte, al describir una epidemia de peste o de tifus de un pasado lejano, el estudioso puede optar perfectamente por prescindir de cuanto se sabe hoy sobre la peste o el tifus y concentrarse en lo que pensaba la gente de la época sobre

2. Esta sugerencia sólo es válida para un discurso de expertos. En una obra destinada también al gran público no se puede dar por supuesto que éste conozca la diferencia existente entre el concepto romano de *religio* y nuestro concepto de *religión*, entre el concepto ciceroniano de *libertas* y nuestro concepto de *libertad*.

la naturaleza y los orígenes de las epidemias. De manera alternativa, el estudioso puede preguntarse también por qué y cómo se desarrolló y difundió la epidemia, y entonces las creencias de la época a propósito de la ira divina, la influencia de los astros o el papel desempeñado por los miasmas no son tan importantes como nuestros conocimientos actuales en materia de microbios, ratas y pulgas. No es en modo alguno anacrónico explicar la difusión de la pandemia de peste de 1348 basándose en lo que sabemos hoy sobre el bacilo *Yersinia pestis*, sobre las ratas y las pulgas. Lo anacrónico sería criticar a los hombres de aquella época por no haber organizado el exterminio de las ratas. Y, de manera análoga, no es anacrónico tratar de explicar los fenómenos económicos del pasado utilizando instrumentos conceptuales de la lógica económica de hoy. Lo anacrónico sería tratar de introducir a la fuerza en la realidad económica del pasado un modelo que presuponga un contexto sociopolítico-cultural moderno.

Huelga decir que los datos y los hechos utilizados por el historiador son en cierta forma fruto de una elección subjetiva. El tipo y el volumen de los datos dependen de los recursos materiales de que dispone el historiador. El modelo teórico adoptado para ordenar e interpretar los hechos y los datos es necesariamente subjetivo. Todo esto parece dar a entender que la reconstrucción histórica es una operación intelectual desprovista por completo de objetividad. Pero el problema no es exclusivo de la historiografía: se extiende a todas las ciencias, incluidas las habitualmente llamadas «exactas». Desde mi punto de vista, cierto grado de subjetivismo es inevitable en la reconstrucción histórica, como en cualquier otra clase de análisis científico. Pero, como escribió Geymonat, «en el complicadísimo proceso de las ciencias, no todo lo construimos nosotros, no todo es subjetivo». Están los hechos. Y el investigador honrado va modificando su método inicial para responder a los datos que revelan las fuentes (o los experimentos, en el caso de las ciencias). En cuanto a la selección de hechos y datos sobre los que elaborar la reconstrucción, el investigador no puede actuar de una forma absolutamente arbitraria. Si es honrado consigo mismo y con los demás, no puede arrinconar ni deformar hechos y datos que le ofrecen fuentes consideradas como fiables o aceptables por otros estudiosos. Si esos hechos y datos no coinciden con el modelo teórico adoptado al principio, es el modelo lo que hay que modificar, y no los datos

«rebeldes». La calidad del historiador se mide precisamente con esos parámetros. Un buen trabajo de historia económica, como un buen trabajo de cualquier otra disciplina, es producto, no sólo de la inteligencia, la agudeza y la pericia, sino también de la honradez intelectual.

#### HISTORIA BASADA EN MODELOS ECONÓMICOS

Al empezar la última sección mencionamos la escuela económica norteamericana contemporánea. Considero que la fórmula consistente en centrar la atención sobre el modelo y su verificación no ayuda al historiador a evitar las cuatro trampas que acabamos de comentar. De hecho, ocurre lo contrario.

Como escribió M. Salvati, «el modelo económico redefine la historia con supuestos peligrosamente convenientes, con la hipótesis de un ambiente externo invariable, al mismo tiempo que atribuye a sus agentes propósitos estereotipados y excesivamente generales» (1978, p. 16). En cierto sentido, tiene razón Michael Stanford cuando sostiene que «todo modelo es una falsificación» (1986, p. 5). Convertir el modelo en una especie de fetiche de la investigación, transformando una investigación de lo que realmente ocurrió en un intento de verificar el modelo, es reducir los fines a medios y dar a los medios la categoría de fines.

Los paladines de la historia económica partidaria del modelo permiten con demasiada frecuencia que su entusiasmo por los teoremas y las estadísticas económicos se eleve peligrosamente a costa de investigaciones arduas y prolongadas de los aspectos institucionales, jurídicos, sociales y políticos de un contexto histórico. Ni siquiera el historiador más talentoso llega jamás a saber lo suficiente de los aspectos no económicos de un contexto histórico, y los historiadores esclavos del modelo generalmente son demasiado ignorantes al respecto. Esto se pone plenamente de manifiesto cuando se aventuran en contextos sociopolítico-culturales distintos de los de su propia sociedad. En ese caso resultan fáciles los graves errores de anacronismo.

Y finalmente, pero no por ello menos importante, el interés creado que los estudiosos tienen instintiva e inconscientemente en sus propios modelos puede inducirles fácilmente al vicio del «tesis-

mo», es decir, a querer forzar la realidad histórica para que encaje en el modelo, en vez de admitir la debilidad de éste como instrumento de interpretación de la realidad.

Hay que reconocer que la corriente partidaria del modelo constituye una reacción necesaria frente al método tradicional europeo-continental, que consiste en hacer historia sin la atención debida a las exigencias de una sana teoría subyacente y sin sentir jamás la necesidad de explicitar la teoría adoptada. Sin embargo, el péndulo ha pasado de un extremo al otro. La escuela partidaria del modelo reacciona negativamente ante el hecho de que la explicación histórica no puede tener el mismo «grado de limpieza y precisión que son consecuencia directa de la aplicación de un modelo» (Salvati, 1978, p. 17), pero la pulcritud y la elegancia formales del modelo son engañosas: no son la prueba de su validez, sino de que es una caricatura de la realidad. La historia es demasiado compleja para ser elegante. Y si quieren captarla en toda su complejidad, los «nuevos historiadores económicos» tendrán que abandonar su *esprit géométrique* en favor del *esprit de finesse*, más sutil aunque menos elegante. De hecho, puede que esto suceda antes de lo que se espera. Hay síntomas claros en la historiografía norteamericana de que un número creciente de «modelistas» ya han empezado a abandonar sus posturas más radicales y a prestar mayor atención a las instituciones, los intangibles, las casualidades y las condiciones caóticas. Es posible, pues, que el péndulo oscile hacia el otro extremo, hacia una media más sensata, dentro de poco tiempo.

#### «ALGO MÁS»

La relación hecha hasta aquí, aunque larga, no agota la lista de deficiencias connaturales a cualquier descripción histórico-económica. Además de los diversos «ismos» que hemos recordado, hay un gran vacío, una especie de «agujero negro» en el que todo historiador puede caer. A pesar de cuanto se ha escrito en las últimas décadas sobre economía, historia económica, sociología y antropología, que no ha sido poco, cuando llega el momento de describir la dinámica de las sociedades humanas seguimos condenados a la superficialidad: vemos las puntas de los icebergs, pero nadie sabe hasta qué profundidad llegan. Y la razón es que faltan los datos,

pero sobre todo faltan los instrumentos conceptuales analíticos adecuados. Vemos sociedades creativas que crecen. Vemos sociedades suicidas que declinan. Podemos observar y describir el aspecto exterior de esa creatividad y de ese suicidio, pero seguimos ignorando lo que hay detrás de las apariencias; seguimos ignorando el papel relativo preciso que desempeñan los innumerables factores económicos, culturales, políticos, sociales e ideológicos.

A mediados del siglo XX estuvo de moda considerar la religión como ese «algo» que determina el rendimiento económico de una sociedad. Sociólogos e historiadores anglosajones y alemanes, convencidos de la superioridad económica de sus propias sociedades respecto de las sociedades de religión católica, propusieron la tesis de que las semillas del desarrollo capitalista estaban en las características y las ramificaciones de la ética protestante. Hoy en día, semejante tesis provoca la sonrisa por su presuntuosa y simplona ingenuidad, por su visión eurocéntrica, por la confusión entre correlación y causalidad, por la incapacidad para reconocer que la religión no es más que un aspecto de la vida sociocultural. Pero nuestra capacidad analítica de los procesos profundos de la historia no ha progresado de manera sensible.

Veamos el caso del desarrollo económico. Numerosos estudios realizados sobre las economías europeas y norteamericana del siglo XIX parecen coincidir en que los inconvenientes de la producción habían superado los del capital y de los *inputs* de trabajo. La diferencia, que parece haber sido notable (superior, incluso, a la propia tasa imputada al crecimiento de los *inputs*), obedece obviamente al aumento de la productividad. Los economistas han atribuido este fenómeno a: 1) una división más clara del trabajo; 2) a las economías de escala; 3) a la mejor distribución de los factores de producción; 4) al progreso tecnológico; y 5) a la mejora de la educación y la preparación de la población activa. Pero estas explicaciones son esencialmente gratuitas. Lo cierto es que no lo sabemos.

Joseph Schumpeter (1947), mucho antes de las investigaciones actuales de este fenómeno, había sospechado su existencia y escribía que «sólo en casos muy raros» puede explicarse el desarrollo económico «por factores causales tales como un aumento de la población o un incremento de la oferta de capital». Una economía o una empresa consigue producir «algo más» y ese «algo más» «siempre puede ser entendido *a posteriori*; pero prácticamente nun-

ca puede ser entendido *a priori*, es decir, no puede ser previsto por la intuición lógica de los hechos preexistentes». Schumpeter daba a ese «algo más» el nombre de «reacción creativa de la historia», lo cual equivale a reconocer el carácter fundamentalmente misterioso e inexplicable del fenómeno. Además, si la historia tiene a veces una «reacción creativa» (cualquiera que sea el significado que se desee atribuir a esa expresión), también debe ser capaz de tener una «reacción destructiva», puesto que existen sociedades que decaen y empresas que quiebran. Asimismo, lo que es aplicable a la sociedad en su conjunto y a las empresas lo es también a los individuos. Entre dos personas, A y B, que van a clase de violín durante seis años y con el mismo maestro, puede ocurrir que A llegue a ser un Paganini y que B resulte una mediocridad. Se dirá: «A tenía madera». Pero ¿qué es la «madera»?

Con todas las estadísticas pertinentes y puestas al día, Japón nos brinda un ejemplo obvio y accesible. Se publican montañas de libros y torrentes de artículos que pretenden explicar el éxito extraordinario de Japón. Pero las explicaciones que se ofrecen no van más allá de la «reacción creativa de la historia» de Schumpeter.<sup>3</sup>

El caso es que ni en relación con la Antigüedad clásica, ni con la Edad Media, ni con el Renacimiento ni con la Edad Moderna-contemporánea conseguimos llegar mucho más allá de la descripción de los resultados superficiales. Por lo que se refiere a la época contemporánea, gracias a las estadísticas ahora tenemos datos relativos al «algo más»; pero estos datos no nos dan explicaciones; sólo nos dan una medida aproximada de nuestra ignorancia y de nuestra incapacidad de penetrar en las profundidades de los movimientos de la historia.

#### LA COMUNICACIÓN

Existe, por último, el problema de la comunicación entre el historiador y el lector. Hasta ahora hemos hablado de lo que hace

3. Algunos estudios nos darán gato por liebre usando extravagantes términos pseudocientíficos. Así, para «explicar» el éxito económico de determinados pueblos o grupos sociales frente a otros, un estudioso ha acuñado el término «logro n» y otro el término de «eficiencia x», que en realidad no explican nada y quieren decir, más o menos, «¡No sabemos!».

el historiador en su esfuerzo por reconstruir una realidad determinada del pasado. Pero el historiador no reconstruye el pasado sólo para su propio beneficio. En la inmensa mayoría de los casos trata de comunicar al público sus resultados, mediante conferencias, artículos o libros. Y el problema de esa comunicación es especialmente arduo. Necesariamente, el historiador se comunica con el público por medio de la lengua de su tiempo. Al lector no versado en investigación histórica, la terminología contemporánea tiende inevitablemente a evocarle visiones e imágenes de matiz contemporáneo. Hemos hablado de la advertencia de Veyne contra los términos modernos «religión» y «libertad» como equivalentes de la *religio* y la *libertas* de la época clásica romana. Lo malo es que un historiador que, consciente de ello, empleara los términos latinos en vez de los modernos sólo sería entendido por un grupo reducido de especialistas; la mayoría de los lectores quedarían desconcertados en lugar de ilustrados. Por otra parte, la reconstrucción histórica es siempre una simplificación. Si un historiador se dirige a otro, éste podrá complementar la información fragmentaria que recibe con sus propios conocimientos especializados, llenando así algunos de los «huecos» principales. Pero cuando el historiador se dirige a un público más amplio, la capacidad de éste para rellenar los «huecos» es muy limitada. Sólo conocemos a fondo lo que hemos experimentado nosotros mismos. Explicar las condiciones de vida de un campesino medieval a un estudiante norteamericano es mucho más difícil que explicarlas a un estudiante siciliano. El primero no ha tenido nunca contacto con realidad alguna parecida a la que se le explica, mientras que el siciliano ha tenido ante su vista una determinada realidad que le permite intuir, si hace otro esfuerzo imaginativo, lo que el historiador se esfuerza en describirle. De manera similar, la descripción de los efectos devastadores de la inflación serán más fácilmente entendidos por quien ha vivido la experiencia de una inflación intensa que por alguien que sólo conozca la estabilidad monetaria. Evocar en la conciencia de otro todos los matices que advierte el historiador en su esfuerzo de reconstrucción no es tarea fácil. Las anécdotas, las imágenes de objetos de la época y las ilustraciones gráficas son útiles. El poder evocador de estos procedimientos y otros similares es extraordinario. Pero no bastan.

Las palabras mismas son traidoras. Incluso los términos antiguos pueden ocultar, bajo su aparente inmutabilidad, importantes cam-

bios de significado. El término *mercatores* aparece con frecuencia tanto en documentos del siglo X como en los del siglo XIV. Pero en el primer caso se refiere a *homines duri*, aventureros errantes, individuos cuyas raíces en el mundo feudal señorrial y agrario habían sido cortadas y que ahora vivían en sus márgenes. En el siglo XIV, en cambio, el término sirve para designar una clase situada en el vértice de la escala social, arquetipo de los «hombres de negocios» de los siglos posteriores, es decir, gente que no sólo estaba plenamente integrada, sino que, en ciertas zonas de Europa, incluso participaban en la dirección de la sociedad. Para no confundir a un público no especializado, el historiador, al describir una sociedad y una economía de otro tiempo, necesitaría explicar en notas a pie de página el significado de cada término importante.

Evidentemente, hay historiadores e historiadoras. Los mejores no se limitan a ofrecer al público una descripción documentada de lo que sucedió, dentro de las inevitables limitaciones que hemos señalado. También comunican al lector el sentido de esas limitaciones, de la perspectiva histórica y de la indescriptible complejidad de la vida humana; saben suscitar la sensación de que hay algo más profundo e inescrutable que lo que simplemente se describe, saben evocar en la mente del lector imágenes de un mundo desaparecido, un mundo que es en verdad «un país extranjero» donde «hacen las cosas de otra manera». Dicho de otro modo, los buenos historiadores saben arrancar a sus lectores de la pasividad y hacerles participar activamente en la gran hazaña de evocar el pasado. Pero para hacer esto se necesita algo más que ciencia: se necesita arte.

## 6. CONCLUSIÓN

En 1987, Donald C. Coleman publicaba en la Oxford University Press un ágil estudio titulado *History and the Economic Past: an account of the rise and decline of economic history in Britain*. El título y el alcance de la obra podrían extenderse a todo el Occidente. La historia económica está en crisis, no sólo en Gran Bretaña sino más o menos en todas partes. Y no resulta difícil determinar las raíces de esa crisis.

Ante todo, el *boom* de los años cincuenta y sesenta atrajo hacia esta disciplina a un vasto grupo de estudiosos. El volumen de la producción histórico-económica se hinchó desmesuradamente. Los nuevos libros y artículos de historia económica son incontables, pero con demasiada frecuencia se trata de aportaciones mediocres, en modo alguno cautivadoras. La ascensión de la escuela norteamericana partidaria del modelo supuso, a su vez, la producción de aportaciones altamente técnicas, sólo accesibles y comprensibles para un restringido círculo de especialistas. Y cuando se consigue leerlas, no sin esfuerzo, se descubre que muchas veces son mortalmente aburridas y que sus resultados están muy lejos de poder despertar entusiasmo. Además, en Occidente a mediados de los setenta los consumidores de historia económica, es decir, los universitarios y el público lector, empezaron a mostrar menos interés por los fenómenos puramente económicos. También disminuyó el interés por la historia, especialmente entre los jóvenes, en beneficio de asuntos más «modernos» como, por ejemplo, los problemas ecológicos y sociales. Simultáneamente, sobre ese trasfondo decididamente negativo se agudizaba dentro de la propia historia económica una crisis de identidad que había sido connatural a ella desde sus inicios. La

historia económica, como su propio nombre sugiere, se encuentra en una posición esquizofrénica entre la historia y la economía. Cuando nació la economía nació también, en cierto sentido, la historia económica, mientras que la historia llevaba viva mucho tiempo. La obra clásica de Adam Smith, *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, publicada en dos volúmenes en 1776, contiene muchas páginas de auténtica historia económica. Y ese hecho no era casual. Adam Smith pensaba y escribía en el marco de la tradición de los estudiosos que habían sido educados y estaban habituados a buscar en la historia la comprobación de sus afirmaciones de carácter deductivo.

Esa estrecha relación inicial de tipo simbiótico entre la economía y la historia económica parecía destinada a perdurar. Pero no fue así. En Gran Bretaña, la obra de David Ricardo (1772-1823), James Mill (1773-1836) y J. R. McCullan (1789-1864), logró eliminar el elemento histórico de la economía teórica y llevar el análisis económico al terreno de la abstracción lógico-matemática. En su obra *The Theory of Political Economy*, William Stanley Jevons (1835-1882) sentenciaba que «si la economía ha de ser una ciencia, deberá ser una ciencia matemática». Hubo intentos de recuperación del elemento histórico por parte de la escuela económico-histórica alemana (entre cuyos exponentes se recuerda a W. G. F. Roscher, G. von Schmoller o K. Bücher), de la menos conocida escuela económico-histórica inglesa (de la que cabe recordar a J. K. Ingram, J. E. Thorold Rogers, T. E. Cliffe Leslie y H. S. Foxwell) y de la escuela de los institucionalistas norteamericanos (T. B. Veblen, W. E. Atkins o C. E. Ayres y otros). Más éxito tuvo Karl Marx (1818-1883), que, concibiendo el análisis económico en términos dinámicos, supo mantener una estrecha vinculación entre la historia y el análisis económico-social. Pero la *mainstream Economics*, especialmente en su versión neoclásica, se distinguió cada vez más por la aplicación del método lógico-matemático a un análisis de tipo estático, con exclusión absoluta del elemento histórico. La historia económica acababa encontrándose así en una situación absurda. Siendo una disciplina fundamentalmente humanística, en cuanto «histórica», no le resultaba fácil seguir a la economía hacia el análisis «ahistórico». Por otra parte, en cuanto declaradamente «económica», la historia económica no podía apartarse por comple-

to de la teoría económica. De ahí las dos soluciones contrapuestas: la de los historiadores del tipo continental-europeo y la de los historiadores económicos partidarios del modelo norteamericano; los primeros aflojando los vínculos con la economía y los segundos aflojando los vínculos con la historia.

En mi opinión, pero no sólo en la mía (véase Hutchinson, 1977, p. 40), Karl Popper no ha entendido nada cuando escribe que «el éxito de la economía matemática demuestra que por lo menos una de las ciencias sociales ha conseguido llevar a cabo su revolución newtoniana» (1960, p. 60).<sup>1</sup> El mundo físico se caracteriza por cierto grado de complejidad muy superior, en el que se suman las complejidades del mundo físico a las propias del mundo biológico. El mundo socioeconómico se caracteriza por un grado de complejidad todavía mayor, en el que se acumulan las complejidades del mundo físico, las del mundo biológico y las del mundo socioeconómico. La revolución galileo-newtoniana tuvo un notable éxito al adoptar el instrumento analítico lógico-matemático para la comprensión del mundo físico. Pero el instrumento lógico-matemático, aunque potente y necesario, no es suficiente para la comprensión de los fenómenos de mayor complejidad, propios del mundo biológico y del socioeconómico.<sup>2</sup> Es como utilizar unas gafas cuando lo que

1. De la misma manera que la economía fue precedida de una protoeconomía —la llamada «aritmética política» del siglo XVII (cf. *infra*, Segunda parte, capítulo 2)—, también la historia económica fue precedida de una historia protoeconómica: las obras de historia del comercio de Isaac de Laffemas (1606), Defoe (1713) y Huet (1716), y las de numismática que escribieron Le Blanc (1692) y Vettori (1738).

2. Los problemas epistemológicos de las llamadas «ciencias sociales» están más cerca de los de las ciencias biológicas que de los de las ciencias físico-matemáticas. En las ciencias físicas (dejando a un lado la meteorología y la astronomía), siempre es posible el experimento. En las ciencias biológicas, el biólogo tiene que contentarse con la observación y la comparación, incluso cuando es posible llevar a cabo un experimento. En física, «causa» es un concepto funcional; en biología, sólo puede asumirse en un sentido evolutivo. Las ciencias físicas pueden formular leyes. En biología, la formulación de leyes tiene poco sentido, dado el extraordinario número de excepciones que habría que admitir. La predicción de tipo determinista, posible en las ciencias físicas, no lo es en las ciencias biológicas. La materia a la que se refieren las ciencias físicas es una materia inerte, incapaz de almacenar información histórica. La materia a la que se refieren las ciencias biológicas es una materia viva, capaz de almacenar información histórica. La información en las ciencias físicas es fundamentalmente de carácter cuantitativo, mientras que en las ciencias biológicas es con frecuencia de naturaleza puramente cualitativa.

hace falta es un telescopio. Las impropriamente llamadas «ciencias sociales» están todavía a la espera de su «revolución», que no será, si llega a producirse, simplemente galileo-newtoniana. Mientras no se dé esa «revolución» más compleja, la historia económica permanecerá en una postura incómoda, a caballo de dos culturas.

Segunda parte

LAS FUENTES DE LA HISTORIA  
ECONÓMICA EUROPEA

## 1. EN EL PRINCIPIO

Todo intento de producir un estudio razonablemente completo de las fuentes de la historia económica se ve obstaculizado, no sólo por la escala mastodóntica de la tarea, sino, sobre todo, por el hecho de que el material que interesa al historiador económico se encuentra disperso en una gran variedad de documentos. Así pues, el presente estudio no es un catálogo completo, sino una descripción en líneas generales, con ilustraciones, de los principales tipos de datos de que disponemos: documentos fiscales y legislativos, fuentes estadísticas, informes del «espionaje» extranjero, fuentes «semi-públicas» y eclesiásticas, fuentes privadas de diversa índole, así como datos proporcionados por organizaciones internacionales. A continuación dedicaremos un capítulo a cada una de estas fuentes de documentación. Sin embargo, en los casos de la Antigüedad clásica y de la Edad Media los documentos referentes a asuntos económicos son tan escasos, que nos pareció aconsejable reunirlos en un solo capítulo.

Los historiadores económicos de la Antigüedad clásica grecorromana tropiezan con dificultades de documentación en cierto sentido insuperables. El mundo grecorromano no se sentía ni estructural ni culturalmente inclinado a producir en masa documentos, y especialmente documentos de historia económica. Como escribió M. I. Finley, «los historiadores modernos deberían darse cuenta de que la *paperasserie* que les rodea no es un producto “natural” del comportamiento humano. En la larga historia del mundo grecorromano, la actividad intensa de producción documental fue una característica peculiar de la sociedad egipcia» (1986, p. 15). En Roma, hasta el primer Consulado de César no se tomó la decisión de poner por escrito las órdenes del Senado. Y si la producción de documentos

fue relativamente escasa, su conservación fue a todas luces deficiente. Los archivos eran pocos y rudimentarios y, en el mundo romano, sólo unos cuantos privilegiados tenían acceso a los *arcana imperii*.

Los accidentes, el tiempo y, sobre todo, la enorme perturbación producida por las invasiones bárbaras hicieron el resto. A consecuencia de todo ello, lo que ha llegado hasta nosotros constituye por desgracia una base documental absolutamente inadecuada para llevar a cabo reconstrucciones histórico-económicas satisfactorias.

La laguna no se rellena con las fuentes literarias y narrativas. Hay que decir que por lo que se refiere a la historia griega de mediados del siglo IV a.C. y a grandes períodos de la historia de la Roma republicana y del imperio faltan fuentes auténticamente primarias. Para el largo reinado de Augusto, por ejemplo, las únicas fuentes primarias disponibles son algunas cartas y algunos discursos de Cicerón, la memoria autobiográfica del propio emperador y las obras de los poetas de la época de Augusto. La única historia en cierto sentido sistemática de ese periodo fue redactada por Dión Casio dos siglos más tarde. Además, cuando se dispone de textos, ya sean de primera o de segunda mano, se comprueba que tanto los historiadores griegos como los romanos eran tan dados a permitirse el artificio literario que consiste en poner en boca de los personajes de sus historias declamaciones oratorias más o menos inventadas como remisos a la hora de citar documentos, y especialmente documentos de carácter económico. En las contadas ocasiones en que aportan cifras, suelen hacerlo con evidente ligereza y tales cifras han de ser tomadas siempre con la mayor cautela. El número no había adquirido todavía una significación estadística.

Las fuentes de la historia económica de la Antigüedad pueden clasificarse como:

- 1) fuentes arqueológicas o manuscritas (empleando los términos en un sentido amplio);
- 2) fuentes de tipo documental, de tipo narrativo (por ejemplo, Tucídides) o tratados (por ejemplo, Aristóteles, Catón, Varrón, Columela);
- 3) fuentes de origen público y de origen privado.

Las fuentes de tipo narrativo son, como hemos dicho, muy pocas en noticias económicas precisas y, sobre todo, en informa-

ciones cuantitativas fiables. Las fuentes documentales de origen privado disponibles proceden en su mayoría del Egipto ptolemeico y romano, por la doble razón de la tradición burocrático-administrativa del país y por su clima seco, que favoreció la conservación de muchos papiros.

A continuación haremos referencia a algunas fuentes, sobre todo de carácter arqueológico, de tipo documental y de origen público. Al hablar de fuentes empresariales en el capítulo 6, con todo, se alude a una fuente pompeyana de carácter también arqueológico y de tipo documental, pero de origen privado.

#### LA GRECIA ANTIGUA

Después de las excavaciones de Heinrich Schliemann y de los arqueólogos que le sucedieron, ha quedado claro que la historia económica de la Grecia antigua debe dividirse en tres fases distintas. La primera fase minoico-micénica, que tuvo su centro inicial de gravedad y de irradiación en la isla de Creta y que en un segundo momento se extendió a la Grecia continental en torno a Micenas, conoció su periodo de esplendor entre el 2000 y el 1400 a.C. Fue una economía que nos resulta todavía bastante misteriosa, organizada alrededor de grandiosos palacios laberínticos en los que todo quedaba registrado y contabilizado hasta en su menores detalles, como en el castillo de Kafka.

Las fuentes para el conocimiento de esta fase minoico-micénica son todas de carácter arqueológico. En primer lugar hay que recordar los restos de grandiosos palacios como los de Cnosos, Faistos, Malia, Micenas, Tirinto, y otros. Después están las tablillas encontradas en gran número entre las ruinas de los palacios. Esas tablillas recogen inscripciones en tres tipos distintos de escritura: una escritura de carácter jeroglífico, otra conocida por los arqueólogos como «lineal A» y una tercera llamada «lineal B». Tales escrituras permanecieron indescifradas durante décadas, hasta que en 1952 un joven arquitecto inglés, Michael Ventris, consiguió descifrar la lineal B, demostrando que se trataba de una forma de griego arcaico.

Las tablillas con inscripciones en lineal B (fig. 2) han sido encontradas en número notable en la Grecia continental, mientras que en la isla de Creta han aparecido sólo en Cnosos. Sin embargo, las

tablillas no contienen datos. Su contenido está compuesto regular y monótonamente por asignaciones de raciones, listas de rebaños de ovejas, inventarios de bienes existentes en el palacio y confirman la idea, sugerida por las ruinas de los palacios, de unas economías fuertemente centralizadas y burocratizadas en unas sociedades que giraban en torno a los propios palacios.

Entre el año 1400 y el 1200 a.C., ese mundo misterioso y su



FIGURA 2. Tablilla micénica con escritura de tipo lineal B (M.R. II).

economía fueron destruidos y los palacios arrasados. ¿Cuándo exactamente, cómo, por qué y por quién? No lo sabemos. Lo único que podemos deducir de las fuentes arqueológicas es que empezó una segunda fase: una época de oscurantismo durante la cual el tipo de economía centralizada y burocratizada que giraba en torno a los palacios fue eliminada para siempre.

La tercera fase comenzó en el siglo VII a.C. con la ascensión de la *polis* (ciudad). El más antiguo de los documentos que contienen, una fórmula verbal de decisión colectiva (del tipo «La *polis* ha decidido que...»), es una inscripción cretense procedentes de Dreros que se remonta a la segunda mitad del siglo VII. El periodo histórico que se inició entonces fue el periodo al que generalmente se hace referencia cuando se habla de la Grecia clásica: la era de las ciudades-estado griegas.

Las fuentes disponibles para la historia económica y social de ese tercer periodo son, con mucho, más variadas y numerosas que las relativas a los dos periodos precedentes. Además de las fuentes de carácter estrictamente arqueológico, aparecen también en gran número las fuentes numismáticas y las escritas. Ante la dificultad de elegir, me limito a citar dos ejemplos.

A partir del 490 a.C., las ciudades griegas se vieron sometidas a la amenaza mortal de las sucesivas y poderosas expediciones militares de los persas, así por tierra como por mar. Los persas fueron derrotados en Maratón (490 a.C.), Salamina (480 a.C.) y Platea (479 a.C.), pero siguieron constituyendo una grave amenaza. Al haber sido Atenas la abanderada de la resistencia contra los persas, a ella se unieron, en la llamada Liga de Delos (478 a.C.), todas las ciudades griegas decididas a seguir luchando contra el peligro persa. Las ciudades que formaban parte de la liga se sometieron voluntariamente al pago de una contribución destinada a constituir un tesoro de guerra. A Atenas se le reconoció el derecho de administrar ese tesoro y de determinar además el montante de la contribución que debía realizar cualquier ciudad que formase parte de la liga. Algunas ciudades tenían que pagar en moneda; otras se comprometieron a proporcionar un determinado número de naves y de hombres armados. Tucídides (I, 96-97) cuenta esos comienzos en términos lacónicos pero precisos:

Correspondió a los atenienses decidir qué estados debían contribuir en moneda a la lucha contra los bárbaros y cuáles debían con-

tribuir con naves ... La primera asignación fue de 460 talentos. Como sede del tesoro se eligió la isla de Delos y las reuniones tuvieron lugar en el santuario. Los aliados guiados por Atenas eran independientes y tomaban decisiones en las reuniones, en las que participaban juntos atenienses y confederados.

Todos los elementos del relato de Tucídides han sido confirmado por la crítica histórica y sólo se ha suscitado alguna duda en relación con la cifra de 460 talentos (Meiggs, 1975, pp. 62-63).

A los pocos años de la constitución de la liga, Atenas maniobró con energía y determinación para convertir lo que inicialmente había sido una liga de estados independientes en un sistema «imperial» rígidamente controlado por la propia Atenas y puesto esencialmente al servicio del poderío y la prosperidad económica atenienses. El lenguaje también cambió: los «aliados» se convirtieron en «ciudades controladas por Atenas» (Meiggs, 1975, p. 152). Los estados que se habían comprometido a contribuir a la alianza con naves y hombres armados fueron obligados a efectuar los pagos en dinero contante. Las ciudades que mostraron deseos de separarse de la liga fueron obligadas por la fuerza a seguir formando parte de ella. Otras ciudades tuvieron que entrar en ella, también por la fuerza o mediante presiones diversas. En el 454 a.C. la sede del tesoro fue trasladada de la isla de Delos e instalada en la propia Atenas y los atenienses, bajo la guía y la incitación de Pericles (415-429 a.C.), entraron a saco en él para financiar obras públicas destinadas a embellecer su ciudad. La construcción del Partenón se inició en el 447-446 a.C. y fue financiada con fondos del tesoro (Meiggs, 1975, pp. 154-155). Comenzó entonces un periodo de extraordinario esplendor cultural, artístico y económico, al que se asocian los nombres de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Herodoto, Tucídides, Sócrates y Fidias. El tributo pagado por las ciudades de la liga ha sido considerado por los historiadores como una expresión clara del «imperialismo» ateniense.

Las fuentes más importantes sobre el tributo son los decretos de valoración y las listas de cuotas tributarias. Según éstas, una sexagésima parte del tributo de cada año se pagaba a la tesorería de la diosa Atenea. Las donaciones al templo empezaron en 454/453 a.C. y se supone que terminaron en 406/405 a.C. Los datos se grababan en estelas de mármol (lápidas) que se guardaban en la Acrópolis.

Los decretos de valoración dejan constancia de las cantidades de dinero que las ciudades aliadas tenían que pagar. Esta serie es menos completa que las listas de cuotas.

La información que proporcionan estas dos listas ha sido objeto de una edición crítica a cargo de Meritt, Wade-Gery y McGregor (1939-1953), que han facilitado un comentario detallado que tenía en cuenta otros testimonios. Tales datos, aunque tergiversados en algún caso por circunstancias políticas determinadas, pueden ser estudiados, con la debida cautela, como índices de la potencialidad económica relativa y de las vicisitudes económicas de los distintos estados de la liga. Además, proporcionan un testimonio preciso de carácter cuantitativo sobre la notable transferencia de beneficios y de riqueza de los «aliados» a Atenas. Como ya se ha indicado, el tesoro, sobre todo por iniciativa de Pericles, no quedó inactivo, sino que fue empleado en un imponente programa de construcciones públicas y transformado, por tanto, en demanda efectiva, en beneficio no sólo del equipamiento urbanístico y del patrimonio artístico de Atenas, sino también del nivel de la renta y del empleo atenienses. Esta última observación mía puede parecer burdamente anacrónica, como imposición absurda de un esquema teórico económico de matiz keynesiano a una realidad tan diferente de la nuestra. Pero resulta que la observación no es mía, sino de Plutarco. Según éste, en Atenas estalló por aquel entonces una violenta polémica entre una minoría guiada por un tal Tucídides, hijo de Melesias, y una mayoría encabezada por Pericles. La polémica se centró en la cuestión de si era justo y moral gastar en Atenas y en beneficio exclusivo de Atenas unos fondos que en teoría pertenecían a la liga y estaban destinados a los gastos corrientes en caso de guerra contra los persas. Tucídides sostenía que era inmoral y decía que el tesoro no debía tocarse. Pericles, por el contrario, propugnaba gastarlo y de hecho dio vía libre, como se ha dicho, a un imponente programa de obras públicas. Plutarco, para explicar la postura del estadista ateniense, puso en su boca una oración en la que, entre otras cosas, se afirma:

conviene que la ciudad, una vez esté provista de todo lo que es necesario para la guerra, dedique su abundancia a las obras que, al terminarse, le den gloria eterna, y, mientras se terminan, ponga realmente en servicio tal abundancia, por cuanto surgirá toda suerte

de actividad y de demandas diversas, que estimulan todas las artes y mueven todas las manos, y traen, por así decirlo, dinero para la ciudad toda, de modo que no sólo se adorna, sino que se sustenta también con sus propios recursos.

Quizá temiendo que no resultase suficientemente claro, Plutarco prolongó con una glosa suya la declamación atribuida a Pericles y escribió:

era cierto que sus expediciones militares ofrecían a los que se encontraban en pleno vigor de la virilidad recursos abundantes de los fondos comunes, y movido por su deseo de que la pacífica multitud de trabajadores corrientes no tuviera participación alguna en los ingresos públicos, ni viera remuneradas la pereza y la ociosidad, sugirió osadamente al pueblo proyectos de grandes construcciones y planes de obras que requerirían la intervención de muchas artes y durarían largos períodos, con el fin de que los que se quedaran en casa, ni pizca menos que los marineros y los centinelas y los soldados, tuvieran un pretexto para recibir una parte beneficiosa de la riqueza pública (Plutarco, *Pericles*, XII).

Plutarco vivió entre el 46 y el 120 d.C., es decir, casi medio milenio después de los acontecimientos que narraba. Pero tenía a su disposición fuentes que nosotros, transcurridos casi otros dos milenarios, ya no tenemos. Además, aun siendo sustancialmente un historiador aficionado, tenía la buena costumbre de leer y documentarse mucho. Aunque los conceptos no se hubiesen formulado en tiempos de Pericles en la forma descrita por Plutarco (pero no vemos que este sea el caso), no hay duda de que en el terreno práctico las cosas debieron orientarse hacia el masivo sostenimiento de la demanda y del empleo.

La incesante actividad investigadora de los arqueólogos ha permitido la reconstrucción del texto de un decreto que se inserta admirablemente en esta fascinante historia del llamado «imperialismo» ateniense. En numerosas localidades del Egeo han aparecido fragmentos epigráficos. El tono del decreto es imperioso, lo cual indica que iba dirigido a comunidades que Atenas consideraba sometidas. La sustancia del documento es particularmente interesante: se trata del intento de Atenas de unificar «monedas, pesos y medidas» de las localidades a las que fue remitido el decreto, a

partir del modelo ateniense y obligar a quien tuviese plata para acuñar a traerla a la ceca ateniense. La fecha del documento no es segura, pero diversos indicios permiten suponer que podría fijarse entre el 440 y el 415 a.C.<sup>1</sup> Por lo que sabemos, el intento de crear una zona común de pesos y monedas fracasó, pero el plan era sensato e inteligente y, en mi opinión, no merecía el sarcasmo con que lo trató Aristófanes en su comedia *Las aves*.

#### EL IMPERIO ROMANO

En lo que se refiere a la época imperial romana, me limitaré a dos ejemplos de fuentes: el texto de Augusto referido a los censos realizados durante su administración y el edicto de Dioclesiano sobre precios y salarios que el profesor André Piganiol ha definido, no sin cierta exageración, como el documento económico más bello de la Antigüedad.

El *Monumentum Ancyranum* (fig. 3) y fragmentos epigráficos de Antioquía y de Apolonia han permitido a los historiadores la reconstrucción del texto autobiográfico de Augusto.<sup>2</sup> En ese texto, sobre cuya autenticidad no hay dudas, el viejo emperador hace constar

1. El texto del decreto está publicado en Meiggs y Lewis, 1969, núm. 45. Sobre el significado y la fecha del decreto, cf. Meiggs, 1975, pp. 167-171; y Erxleben, 1969.

2. La crónica que Augusto hace de los censos forma parte de una crónica más amplia de sus realizaciones políticas y administrativas, una especie de testamento político. El texto del documento fue copiado en las paredes de los templos de Augusto en todo el imperio. Aunque estropeada en algunas partes por el deterioro de la piedra, la copia grabada en el templo de Ancira (Asia Menor) es la que mejor se conserva y, en consecuencia, la designación de *Monumentum Ancyranum* ha pasado a ser sinónimo de *Res Gestae Divi Augusti*. El texto en latín aparece cincelado en ambos lados de la pared interior del atrio. La inscripción tiene una altura de 2,7 metros y una longitud de alrededor de 4 metros. Una de las paredes exteriores del templo muestra una inscripción consistente en una traducción griega del texto en latín.

El estudioso holandés Buysbech fue el primero en llamar la atención sobre el *Monumentum Ancyranum*, en 1555. La primera copia fiel la hicieron Georges Perrot y Edmund Guillaume por encargo de Napoleón III. Hicieron un facsímil, pero no sacaron ningún molde. En 1882 la Academia de Berlín encargó a Cari Human que sacase un molde de yeso, el cual utilizó Mommsen en su magnífica edición crítica de 1883. La edición de Mommsen sería la base de toda la labor subsiguiente.

Para el texto, cf. Riccobono, 1945, p. 28.

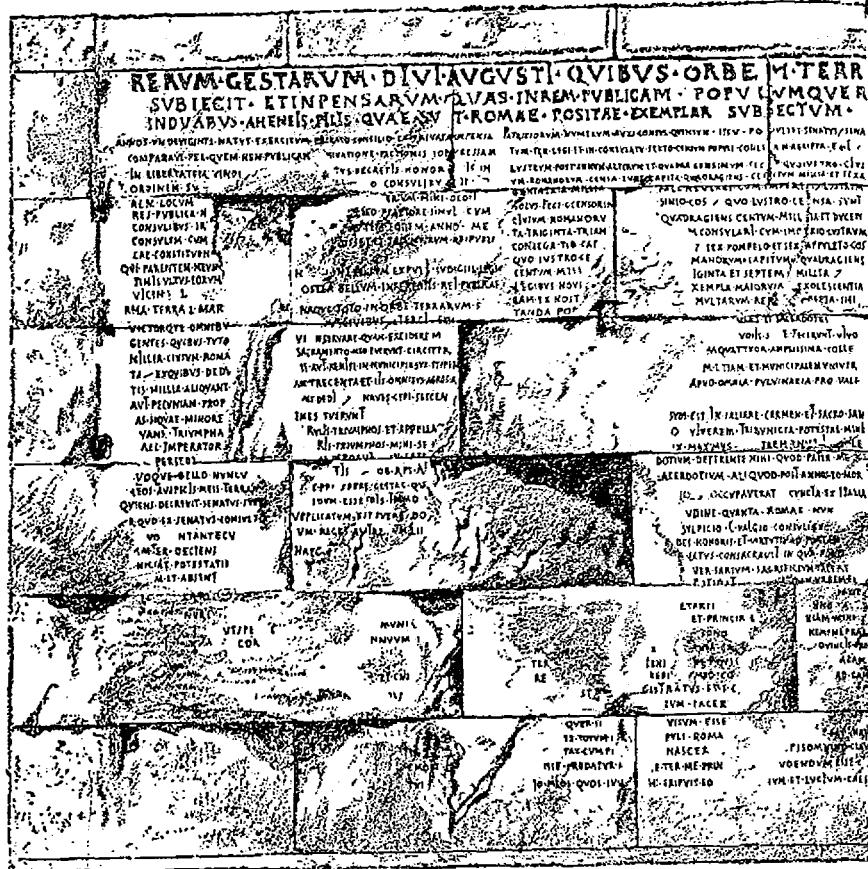


FIGURA 3. El *Monumentum Ancynarum*: muro del templo de Ancira que reproduce el texto latino de las *Acta Divi Augusti*.

que durante su administración se llevaron a cabo tres censos, que arrojaron los siguientes resultados:

28 a.C.: 4.063.000 *civium Romanorum capita*

8 a.C.: 4.233.000 *civium Romanorum capita*

14 d.C.: 4.937.000 *civium Romanorum capita*

En aquella época, la inmensa mayoría de los ciudadanos romanos vivía en la península itálica. Las cifras en cuestión se refieren, por tanto, a grandes rasgos, a la población de Italia. Con todo, puesto que se trata de un documento político y no técnico, Augusto no se tomó el trabajo de precisar algo que, con razón, consideraba que sus contemporáneos conocían: el significado de la expresión *civium Romanorum capita*. Ya hemos visto, en el capítulo 4 de la Primera parte, que esa expresión, aparentemente fácil de interpretar, se ha convertido en un quebradero de cabeza para los historiadores.

Los primeros fragmentos del edicto de fijación de precios que promulgó Diocleciano (284-313 d.C.) fueron descubiertos en Caria, comarca del Asia Menor, en 1709, por William Sherard, cónsul británico en Esmirna. El edicto formaba parte de un plan más amplio para poner fin al deterioro del sistema monetario y a la secular y grave inflación que habían minado y seguían minando la economía del Imperio. A tal efecto, Diocleciano llevó a cabo una reforma monetaria sobre la que no poseemos suficiente información y, pocos meses después, entre el 20 de noviembre y el 9 de diciembre del 301 d.C., publicó una gigantesca lista en que fijaba imperiosamente los precios de más de un millar de bienes y servicios, detalladamente descritos y subdivididos en 32 secciones. En el preámbulo la emprende con los especuladores: ejemplo típico de la postura de los jefes políticos que crean las condiciones económicas que propician la especulación y después castigan a los especuladores y penalizan su avidez como si fuesen el origen de todos los males.

Diocleciano quiso que sus tarifas fuesen grabadas en piedra, en latín en las regiones en que se usaba la lengua de Roma y en griego en la península helénica (láminas 3 y 4). La primera reconstrucción del largo texto del edicto fue llevada a cabo por Theodor Mommsen en 1893, a partir de 35 fragmentos epigráficos. En 1940, E. R. Glaser recompuso el texto del edicto basándose en 60 fragmentos.

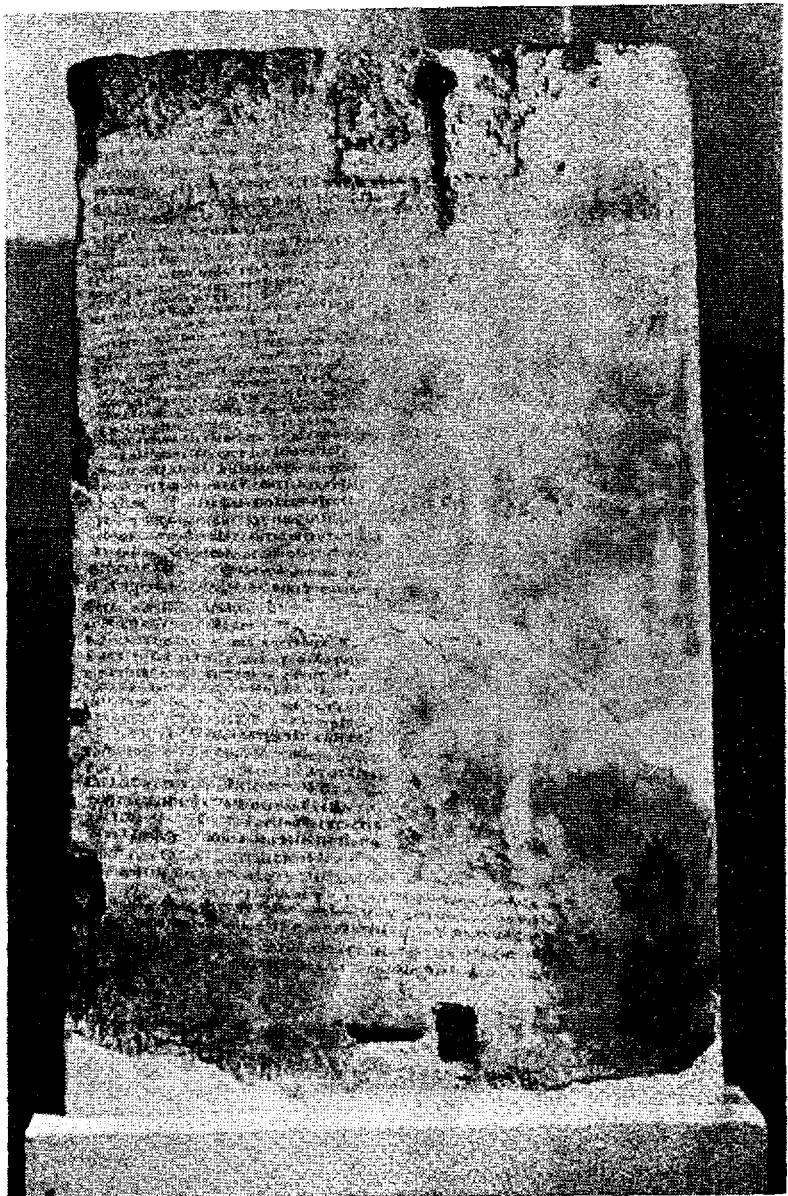


LÁMINA 3. Fragmento del *Edicto de precios* de Diocleciano.

La edición de S. Lauffer, en 1970, se basó en 126 fragmentos. La de Marta Giacchero, en 1974, se apoyó en 132 fragmentos. Después de 1974 han salido todavía a la luz nuevos fragmentos. Las localidades donde aparecieron los fragmentos epigráficos son muy variadas. Abarcan desde el Asia Menor a Egipto, a Cirenaica, a Grecia, a Italia, y eso demuestra el esfuerzo realizado por los tetrarcas para difundir y aplicar la tarifa. Ya vimos en el capítulo 4 de la Primera parte que no tuvieron éxito.

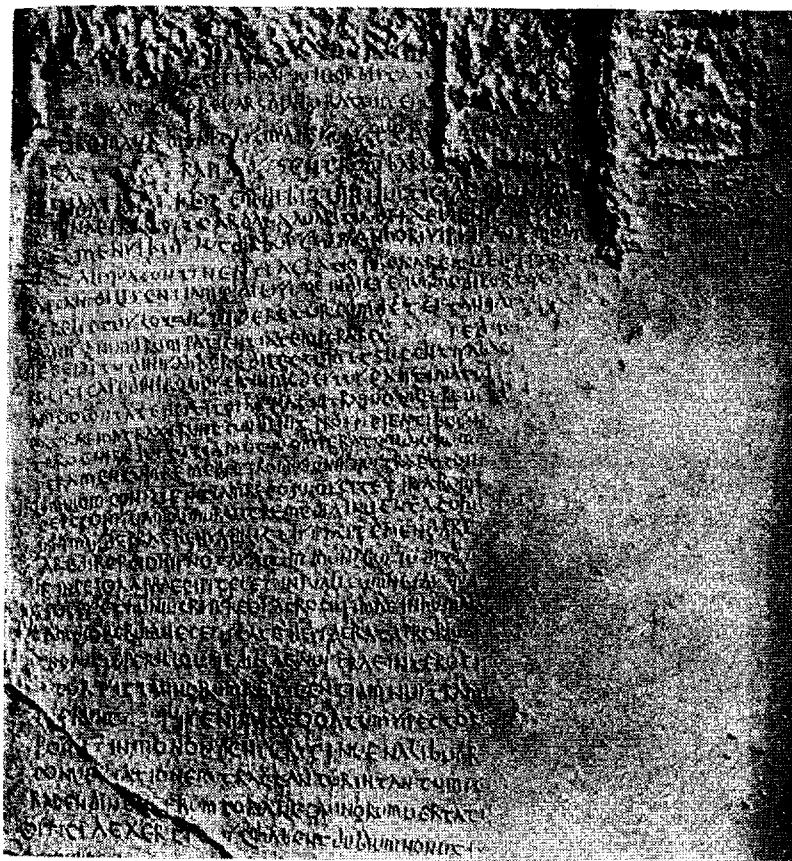


LÁMINA 4. Detalle del fragmento reproducido en la lámina 3.

## LOS VALORES DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Antes de dejar el periodo clásico quisiera citar dos textos, uno de Herodoto y otro de Cicerón, que ponen de manifiesto escalas de valores absolutamente distintas de las que nosotros consideramos «naturales» simplemente porque forman parte integrante de nuestra cultura. Si se quiere entender el funcionamiento y la *performance* económica de una sociedad determinada, el conocimiento de valores que predominan en ella es tan importante como el conocimiento de los parámetros económicos.

El texto de Herodoto (*c.* 480-*c.* 424 a.C.), extraído de su *Historia* (II, 166-167), es el siguiente:

[La clase guerrera egipcia] tiene prohibido dedicarse a cualquier comercio u oficio [*techne*], y recibe una formación exclusivamente militar, el hijo siguiendo los pasos del padre. No podría decir con certeza si los griegos recibieron sus ideas sobre el comercio, como tantas otras cosas, de Egipto o no; la impresión es bastante común, y he observado que los tracios, los escitas, los persas, los lidios —de hecho, casi todos los extranjeros— consideran a los artesanos y sus descendientes como gente inferior en la escala social a las personas que no tienen ninguna relación con el trabajo manual: sólo a éstas, y especialmente a las que se adiestran para la guerra, las cuentan entre la «nobleza». Todos los griegos han adoptado esta actitud, especialmente los espartanos; donde menos fuertes son los sentimientos contra los trabajos manuales es en Corinto.

Cicerón (106-43 a.C.), en el *De officiis* (I, 42), escribe:

Impropios de un caballero, también, y vulgares son los medios de vida de todos los trabajadores contratados a quienes pagamos por simples trabajos manuales y no por sus habilidades artísticas; porque en su caso el salario mismo que perciben es una señal de esclavitud ... El comercio, si es en pequeña escala, debe considerarse vulgar, pero si es al por mayor y en gran escala ... no debe menospreciarse mucho. No sólo eso, incluso parece merecer el mayor respeto, si los que se dedican a él, saciados o, mejor dicho, satisfechos de la fortuna que han amasado, se mudan del puerto a una finca rural, del mismo modo que a menudo han pasado del mar al puerto.

Las escalas de valores que aparecen en estos textos son típicas de sociedades dominadas por guerreros y grandes terratenientes.

### LA ALTA EDAD MEDIA

En lo que se refiere a la Alta Edad Media, los documentos escritos que contienen información de carácter económico, aunque más abundantes que en el mundo antiguo, siguen siendo muy escasos. Económica y socialmente, Europa estaba subdesarrollada y no sólo en relación con los criterios modernos, sino también en relación con otras regiones de entonces, como el imperio bizantino o el islámico. En Europa, las ciudades estaban arruinadas, reducidas a la categoría de sedes de la administración religiosa episcopal, sin la menor función económica. El comercio y los intercambios se habían reducido a la mínima expresión. El mercado había dejado de funcionar prácticamente. El sistema económico dominante era el llamado «dominical» (*système domaniale* en francés, *Hofsystem* en alemán, *manorial system* en inglés, *sistema curtense* en italiano), basado en villas o señoríos, es decir, grandes propiedades de tierra (laicas o eclesiásticas) que funcionaban como «microcosmos económicos»,<sup>3</sup> en gran medida autosuficientes. Ese mundo pobre, analfabeto, primitivo, esencialmente agrario, dejó una documentación que naturalmente reflejaba estas características básicas. Se trata, sobre todo, de

- 1) alguna ordenanza o ley real o imperial (habitualmente en forma de «capitular»);
- 2) documentos relacionados con adquisiciones y donaciones de propiedades inmobiliarias, y
- 3) lo más importante de todo, los *polyptyques*,<sup>4</sup> documentos que detallan la extensión y la organización externa de los señoríos.

El señorío se dividía típicamente en una *pars dominica* (la parte del señor o reserva señorial) y una *pars massaricia* (la tierra que tenían los tenentes). Los polípticos dan detalles de la extensión de la finca y sus propiedades, el producto medio por año de la *pars do-*

3. Esa pulcra expresión la inventó Volpe (1928, pp. 220-243).

4. *Polypticum* («políptico» en castellano) es un término utilizado a partir del siglo iv d.C. y significaba o bien una hoja doblada varias veces, o bien un cuaderno compuesto por un número indeterminado de hojas.

*minica*, el número de sirvientes que trabajaban allí, los diversos derechos, tributos, rentas y prestaciones laborales que se esperaban de los tenentes y las edificaciones y material productivo (molinos, embarcaciones, etcétera). Hacían las veces tanto de inventarios de la propiedad y de los trabajadores y animales agregados a ella, como del plano económico para el funcionamiento de los señoríos mismos.

Entre los «capitulares», merece una mención especial el llamado *Capitulare de Villis*,<sup>5</sup> un documento de la primera mitad del siglo IX, emitido por Carlomagno o por su hijo Luis y que contiene instrucciones detalladas para la administración y el funcionamiento de los señoríos imperiales.

Entre los polípticos que se conservan, el más famoso es el relativo a las propiedades de la abadía de Saint-Germain-des-Prés cerca de París.<sup>6</sup> Fue redactado entre el 810 y el 826 por iniciativa del abad Hermión. Como fue compilado interrogando a las partes interesadas (siervos y tenentes), los distintos capítulos constituyen, de hecho, el resultado de los interrogatorios. Sin embargo, el documento no está completo: falta la primera parte, cuya extensión no podemos suponer. Lo que se ha conservado consta de 129 folios, reunidos en un volumen, que describen 25 «fiscos»,<sup>7</sup> con un total de 221.080 hectáreas de terreno que incluyen 35 iglesias, 84 molinos y 2.788 familias (cerca de 10.000 personas). La distribución de la tierra que se describe en las hojas de los polípticos que se conservan es la siguiente (extensiones en hectáreas):

|            | Reservas | Tenencias | Total   |
|------------|----------|-----------|---------|
| Labrantíos | 6.041    | 16.088    | 22.129  |
| Viñedos    | 196      | 231       | 427     |
| Prados     | 176      | 327       | 503     |
| Pastos     | 6,5      | 86        | 92,5    |
| Marjales   | 1,5      | —         | 1,5     |
| Bosques    | 197.750  | 177       | 197.927 |
| TOTAL      | 204.171  | 16.909    | 221.080 |

5. Este documento lo publicó A. Boretius en *Monumenta Germaniae Historica. Leges. Capitularia Regum Francorum I* (1881), pp. 83-89, y ha dado origen a numerosa bibliografía. Cf. Ganshof, 1958, p. 162.

6. El políptico fue publicado en 1844 por B. Guérard, que enriqueció la edición con un comentario erudito.

7. Según Guérard, «debe entenderse por *fisci* un conjunto de bienes raíces pertenecientes a un solo propietario, dependientes de una sola administración y generalmente sometidos a un solo sistema de censos y tributos» (1844, Introducción).

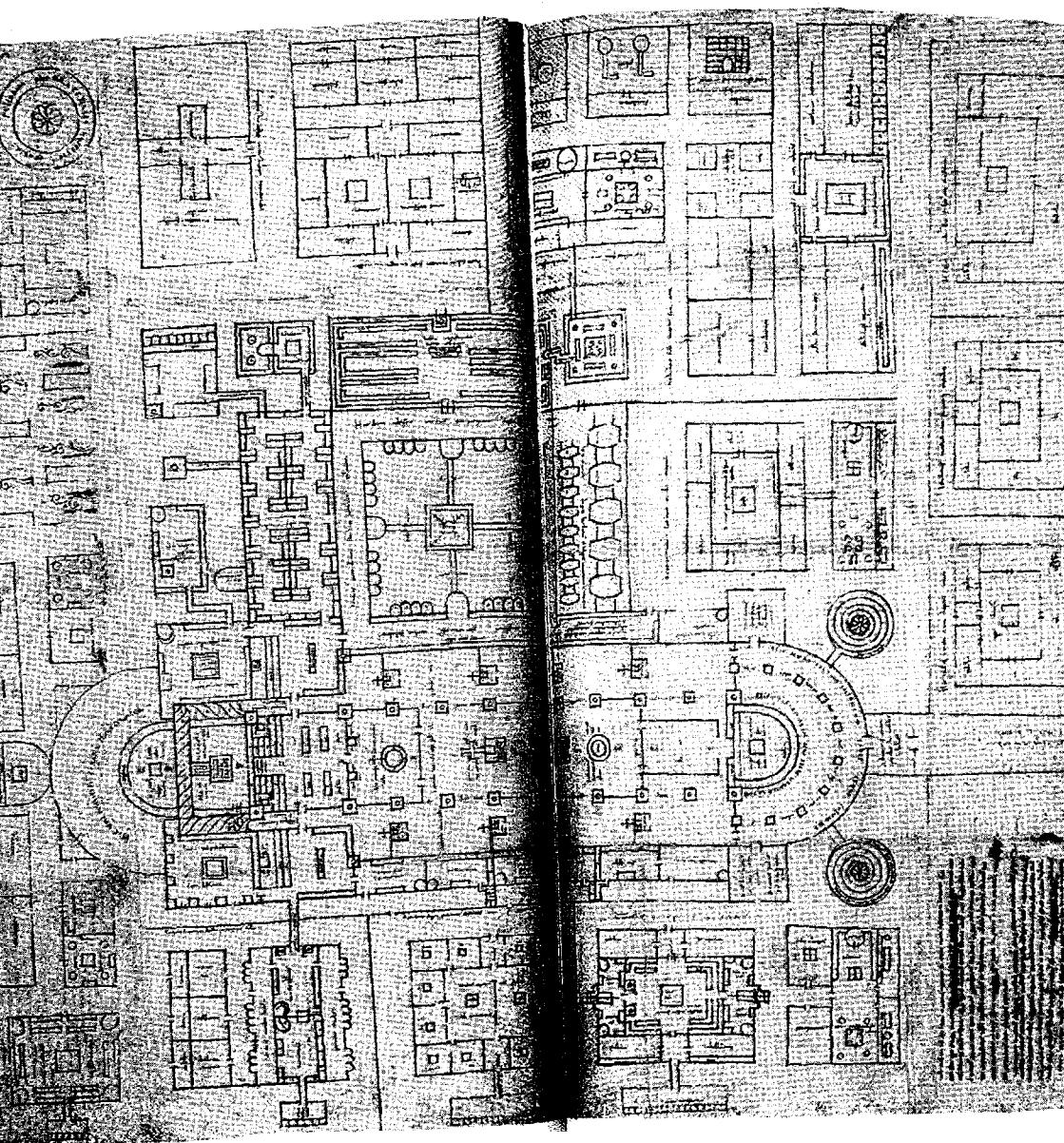
Como indican estas cifras, en la *pars dominica* dominaban los bosques y la *pars massaricia* consistía principalmente en tierra de labranza.

Documentos análogos, en relación con Italia, son el inventario del señorío de Limonta, a orillas del lago Como (835 d.C.); las *adbreviationes* del monasterio de Bobbio, fechadas en 862, 883 y siglos X y XI; el inventario de la diócesis de Luca (890-900); los *breviaria* del monasterio de Santa Giulia, en Brescia (879-906); la *breve recordationis* de la diócesis de Tívoli (945), el *breviarium* del monasterio de Santa Cristina di Olona (finales del siglo X) y algunos otros.<sup>8</sup>

Entre la documentación del periodo altomedieval, la mayor parte del tipo que hemos venido describiendo, destacan por su excepcionalidad tres documentos. El primero, en orden cronológico, es el llamado *Plano de Sankt Gallen* (lámina 5). El manuscrito así denominado fue copiado en pergamino entre el 820 y el 830 en el *scriptorium* de la abadía de Reichenau a partir de un original que se ha perdido. La copia llegada, no se sabe cómo, a la biblioteca de la abadía de Sankt Gallen fue utilizada por un monje para escribir detrás la vida de san Martín, lo cual contribuyó sin duda a la conservación del documento. Se trata de un dibujo excepcionalmente detallado y preciso que presenta el plano arquitectónico ideal de una imaginaria abadía modelo, rodeada por una treintena de edificios para una comunidad de cerca de 270 personas (entre ellas más de 110 monjes) que vivirían y trabajarían en el marco de una economía señorial (cf. Horn y Born, 1979).

El segundo documento es conocido como *Instituta regalia et ministeria Camere Regis Longbardorum et Honorantie civitatis Papiæ* (texto en Brühl y Violante, 1983, pp. 16-27). El original se ha perdido, pero ha llegado hasta nosotros una copia reproducida sobre las hojas 23-25 de un libro de miscelánea compuesto en el siglo XVII. Se trata de un curioso texto polémico de comienzos del siglo XI sobre la administración financiera del reino itálico y sus ingresos. El documento relaciona, entre otros, los pasos de los Alpes por los que transitaban caravanas de mercaderes y peregrinos que tenían que pagar un impuesto en las «cercas»; también informa

8. Estos documentos los estudió L. M. Hartmann, cuyos resultados resumió, anotó y completó hábilmente Volpe (1928, pp. 220-243).



sobre caravanas de mercaderes de Inglaterra, Venecia, Salerno, Gaeta y Amalfi que acudían a las ferias de Pavía y tenían que pagar tributo a la Cámara Regia. Cuando cita a los venecianos, el autor del documento no puede evitar el comentario: «*et illa gens non arat, non seminat, non vindemiat*» («y esa gente no ara, no siembra, no vendimia»), expresando con ello el estupor que le inspiraba una sociedad que conseguía vivir sin agricultura. El documento menciona también asociaciones de trabajadores como los buscadores de oro en los ríos, los jaboneros, los pescadores, los curtidores, los bateleros; y por último proporciona datos sobre la cecas de Pavía y Milán.

Con todo, el tercer documento es el más extraordinario de todos. Fue compilado en Inglaterra entre el 1085 y el 1086, una veintena de años después de la conquista del país por los normandos (1066). Un siglo después de su compilación se lo denominó como *Domesday Book*, o sea «Libro del Juicio Universal»,<sup>9</sup> porque su contenido tenía valor de ley y era inapelable (lámina 6). Prácticamente es el inventario (siento la tentación de decir el «políptico») de casi toda Inglaterra, con la lista y la descripción de todas las propiedades, las rentas, los trabajadores, los animales y los molinos. Fue elaborado por orden de Guillermo el Conquistador (m. 1087), que quería tener una idea exacta de lo que había conquistado y de lo que podía recaudar. Fue llevado a cabo con tal diligencia y meticulosidad, que un cronista de la época escribió, no sin una pizca de terror, que «no se ha omitido ni un palmo de terreno, ni un buey, ni una vaca, ni un cerdo».

Los documentos escritos de la Alta Edad Media tienen un rasgo

9. El *Domesday Book* comprendía dos volúmenes. El *Great Domesday Book* contiene 388 folios confeccionados con hojas de pergamino dobladas. Está escrito por ambas caras de cada folio en columnas dobles, y los folios miden aproximadamente 37,50 por 27,50 centímetros. El *Little Domesday Book* abarca tres condados (Essex, Norfolk y Suffolk) que se excluyen del volumen grande. Contiene 450 folios, de 27,50 por 20 centímetros, escritos en una sola columna.

En 1744 el Parlamento británico ordenó que se imprimiese una transcripción exacta de los dos volúmenes. En 1811 se publicó un índice. Hace unos años se publicaron facsímiles.

Se ha escrito muchísimo acerca del *Domesday Book*. La bibliografía que compiló Bates es exhaustiva a partir de 1886 y selectiva en el periodo anterior a dicha fecha: contiene un total de 1.847 anotaciones. Entre las aportaciones recientes, las de V. H. Galbraith (1961) y Finn (1963) son especialmente útiles e informativas.

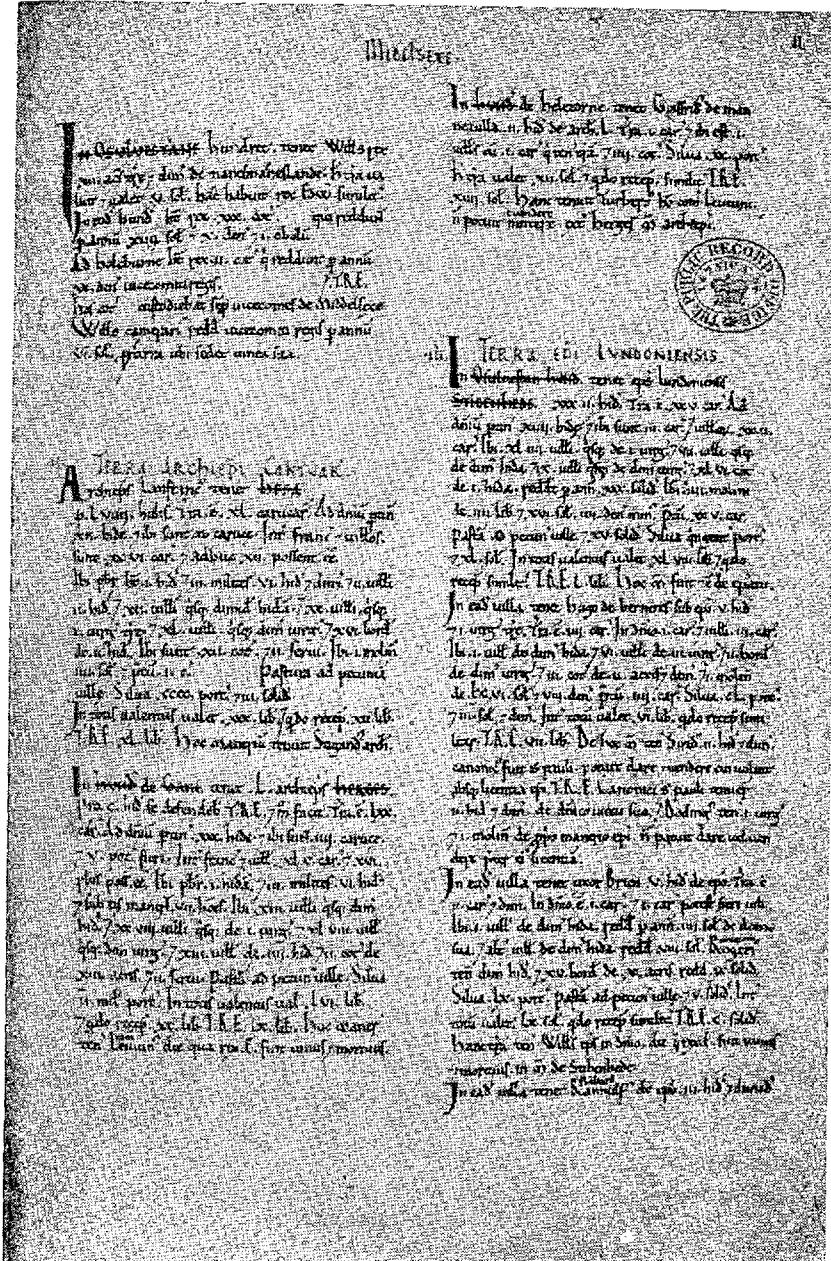


LÁMINA 6. Una página del *Domesday Book* (Public Record Office, Londres).

en común con los de la Antigüedad clásica: siendo relativamente pocos, resultan en su mayoría conocidos y en buena parte han sido publicados. El *Capitular de Villis*, el políptico del abad Hermión, el *Plano de Sankt Gallen*, los *Instituta regalia* y el *Domesday Book* están a disposición del estudioso en ediciones provistas de un detallado comentario crítico.

## 2. FUENTES FISCALES Y LEGISLATIVAS

### LA BAJA EDAD MEDIA

Con el nuevo milenio, y quizá algunas décadas antes en algunas zonas, dio comienzo en Europa occidental un largo proceso de desarrollo que alcanzó su mayor intensidad durante el siglo XIII. Por razones que siguen siendo muy poco claras, la gente recuperó la confianza en la economía de cambio.

Los centros dinámicos de la gran recuperación fueron las ciudades, donde apareció un nuevo tipo social: el «burgués».<sup>1</sup> En un principio la palabra significaba «habitante» de una ciudad [burgo]; más adelante quedaría asociada con la clase media y sus valores.

La población creció; la renta, en sus componentes de consumo e inversión, creció más que la población; y el sistema económico se hizo cada vez más de tipo monetario (es decir, basado en intercambios de mercancías o servicios por dinero, en lugar del trueque y el robo). A finales del siglo XIII, Europa se había transformado, de continente atrasado y constantemente amenazado desde el exterior, en una región muy dinámica, fecunda en innovaciones en el campo tecnológico, en el financiero y en el cultural y dotada de una poderosa carga expansiva que se tradujo, en el terreno político-militar, en las Cruzadas, en el *Drang nach Osten* (empuje hacia el este) de

1. En Flandes, ese término sólo aparece, antes del año 1000, en tres localidades: St. Omer, Cambrai y Huy, todos ellos sede de alguna actividad comercial. Durante el siglo XII el término se extendió ampliamente por toda la Europa continental. Cf. Vercauteren, 1967, pp. 20 ss.

los pueblos alemanes hacia los países eslavos y en la Reconquista de la península ibérica por parte de los cristianos.

Como consecuencia del desarrollo y de la modificación del sistema económico, a partir de finales del siglo XII la documentación económica empezó a ser más abundante y más diversa. Desaparecieron los polípticos y las demás fuentes señoriales y surgió una gama cada vez más amplia y variada de fuentes. Tratar de ofrecer un inventario parcial de esa documentación sería una empresa colosal. Nos contentaremos con unos cuantos ejemplos. Para hacer menos confusa la exposición, es oportuno distinguir entre fuentes públicas, fuentes semipúblicas y fuentes privadas, según las definíamos en el capítulo anterior.

El lector deberá tener en cuenta, sin embargo, que durante toda la Edad Media, pero en muchos aspectos también durante los primeros siglos de la Moderna, el límite entre lo público y lo privado siguió siendo confuso.

Desde el siglo XI en adelante, la administración pública se consolidó y se extendió cada vez más decididamente, ampliando de modo constante su esfera de actuación. Nos referimos tanto a la administración real (sobre todo en Francia, Inglaterra, Castilla y Aragón) como a las ciudades-estado italianas y las ciudades libres alemanas.

Durante siglos, las funciones principales del gobierno fueron las que tenían que ver con la guerra, la actividad diplomática, la organización de fiestas públicas y la acuñación de moneda. La organización de la guerra absorbió siempre la mayor parte de los recursos financieros públicos y se hizo progresivamente más costosa, sobre todo a partir de principios del siglo XIV, con la sustitución de las milicias cívicas (feudales, en Francia e Inglaterra) por milicias mercenarias y la invención y la difusión de la artillería.

La historia del gobierno, desde que podemos seguirla, es una continua (y aburrida) historia de una constante búsqueda de dinero. Escribió una vez un economista inglés que «donde hay impuestos hay estadísticas». En efecto, hasta una época relativamente reciente, gran parte de la documentación económica de tipo público tenía sus orígenes en el sistema impositivo. Los principales tipos de impuestos eran:

- 1) un impuesto personal directo sobre las personas de más de

cierta edad (impuesto per cápita o impuesto de capitación)<sup>2</sup> o sobre las unidades domésticas (impuesto sobre el hogar);<sup>3</sup>

- 2) un impuesto sobre la riqueza o la renta (o ambas cosas);
- 3) un impuesto sobre la producción y el consumo (generalmente bajo la forma de arbitrios y peajes).

En Italia se cobraron impuestos de capitación y sobre el hogar ya desde la segunda mitad del siglo XII, pero, dado el fraccionamiento político y administrativo de la península, tanto los impuestos como la documentación son relativos a pequeñas unidades administrativas. Lo mismo puede decirse de Alemania. En Francia e Inglaterra, en cambio, las monarquías consiguieron imponer, aun dentro de ciertos límites, su poder centralizador. A resultas de ello, el rey de Francia logró recaudar un impuesto sobre el hogar en 1328, y el de Inglaterra, un impuesto de capitación en 1377. En los dos casos, el impuesto se cobró en toda la nación.

*L'état des paroisses et des feux*, de 1328, es, según Reinhard, Armangaud y Dupaquier, «uno de los clásicos de la historia demográfica francesa: el más antiguo y probablemente el más famoso» (Reinhard y otros, 1968, p. 89; la primera edición crítica del documento fue la de Lot, 1939). El censo enumeró 24.150 parroquias y 2.411.149 hogares en un territorio que representaba cerca de los dos tercios del total del territorio francés en 1789.

El impuesto de capitación inglés de 1377 se cobraba a la mayor parte de la población, salvo los niños menores de 14 años y los habitantes de los condados palatinos de Durham y Cheshire. Excluyendo a esos grupos, se contaron 1.355.555 personas (Russell, 1948, p. 146).

Poco más de dos siglos después, en España, tras la derrota de la

2. En muchas zonas el impuesto de capitación tomó poco a poco la forma de impuesto sobre la sal: el Estado imponía a todas las familias la obligación de comprar al propio Estado, y a precio hinchado, una determinada cantidad de sal, según el número de miembros de la familia, excluidos por lo general los niños menores de siete años. Esta costumbre ha dejado huella en el italiano coloquial, donde *salato* es otra forma de decir «excesivamente caro». Parece probable que la idea supersticiosa de que derramar involuntariamente la sal traer consecuencias nefastas tenga su origen en el hecho de que para muchas familias el despilfarro de sal significaba un aumento del impuesto.

3. El término «hogar» no siempre era lo mismo que una unidad familiar en sentido estricto, aunque en la práctica lo sería a menudo.

Armada Invencible, se llevó a cabo un recuento de los habitantes del reino de Castilla con vistas al cobro de un impuesto aprobado por las Cortes de 1588-1590. El objetivo era recaudar un total de ocho millones de ducados. Fueron censados poco más de un millón de «vecinos pecheros» (habitantes susceptibles de pagar impuestos).<sup>4</sup>

Dada la época en que fueron realizadas, las tres enumeraciones citadas constituyeron, por el ámbito geográfico que abarcaban, otros tantos esfuerzos excepcionales. Afortunadamente, los documentos relacionados con ellas y los resultados de los recuentos han llegado hasta nosotros. El objetivo de tales recuentos era fiscal, aunque los historiadores económicos de hoy emplean sus resultados como cifras indicativas del volumen total de la población de los países citados. Se produce así un enésimo ejemplo de la falta de sintonía entre la producción de fuentes documentales y su utilización actual (véase Primera parte, capítulo 2). En el caso francés, la enumeración se refiere sólo a los «hogares», en el caso inglés sólo a las personas de más de una determinada edad, y en el castellano sólo a los vecinos sujetos a impuestos. Dejemos a un lado por el momento la fidelidad de los tres recuentos y demos por buenos sus resultados. Para transformarlos en totales de población general es necesario recurrir a hipótesis claramente arriesgadas. Los historiadores económicos y los demógrafos se han aventurado a sugerir una población de cerca de quince millones para la Francia de 1328, de cerca de dos millones de habitantes para la Inglaterra de 1377 y de aproximadamente seis millones y medio de habitantes para la Castilla de 1591-1594. Pero los márgenes de error de esas cifras son muy altos.

Entre finales del siglo XII y principios del XIII, especialmente en las ciudades-estado de la Italia central y septentrional, se consolidó cada vez más la idea de que los ciudadanos debían contribuir a los ingresos del Estado según su capacidad económica. Empezaron a producirse así valoraciones de la riqueza y/o de las rentas de los diversos contribuyentes potenciales. Esas valoraciones se llamaron *libra* (en Toscana) o *estimo*. En Florencia debía de haber una *libra* hacia 1242. En Siena se ordenó un *allibramento* en 1225-1226, que

4. González, 1829, p. 387, habla de un total de 1.340.238 «vecinos pecheros», pero la edición de González no es cuidadosa. Moliné-Bertrand, 1985, p. 307, dice 1.084.072, pero no incluye la población del antiguo reino de Granada. Ruiz-Martín, 1967, pp. 189-202, cita un total de 1.148.674 «vecinos pecheros».

debió servir de base a los *allibramenti* de 1229-1231, de 1237, de 1241 y de 1248 (Fiumi, 1959, p. 442). En Pavía se llevó a cabo un *estimo* en los años 1250-1254. Las valoraciones de la riqueza o de las rentas de las unidades fiscales se basaban en pruebas circunstanciales reunidas por unas comisiones especiales. En Pavía, en 1253, la comisión encargada de realizar el *estimo* para la parte de la ciudad llamada Porta Palazzo estaba compuesta por nueve cambistas (*campsores*), nueve hermanos de la orden de los *Umiliati* y veintisiete notarios (Cipolla, 1943, p. 9, n. 3).

La obra maestra de los *estimi* medievales fue el realizado en Florencia para todo el Estado florentino entre 1427 y 1430, cuando la ciudad toscana se encontraba con dificultades financieras debido a la guerra contra Milán. El *estimo* se basó en unas declaraciones detalladísimas que cada ciudadano debía presentar en relación con sus haberes y sus rentas. El estudio abarcó no sólo la ciudad de Florencia, sino también las de Pisa, Pistoia, Arezzo y otras comunidades entonces sometidas a Florencia, así como todas las zonas rurales de los alrededores. Afectó a un total de cerca de 60.000 familias, es decir, más de 200.000 individuos, que, en el pequeño mundo de la Europa preindustrial, cuando la población de todo el subcontinente no llegaba a los 80 millones de personas, constituyan una cifra respetable. Gracias a las detalladas declaraciones individuales se conocen la edad, la ocupación y la residencia de cada uno de los miembros de cada una de las familias. Además, cada familia declara su volumen de ingresos y de patrimonio, distinguiendo entre inmuebles, terrenos, animales, certificados de deuda pública, inversiones comerciales, bancarias y manufactureras, deudas y créditos (teniendo siempre en cuenta el fraude, por supuesto). Esa extraordinaria documentación ha sido objeto de estudio por parte de numerosos historiadores económicos y ha servido de base a importantes trabajos de historia agraria y demográfica.<sup>5</sup> Como se ha dicho autorizadamente, «gracias al catastro de 1427-1430, Toscana es probablemente el único país bien descrito [económica y demográficamente] de todos los de la Europa del siglo xv».

A partir de entonces se realizaron *estimi* y catastros en los

5. Por ejemplo Conti, 1966; y Herlihy y Klapisch-Zuber, 1978. Sobre la historia de las finanzas y de los impuestos en Florencia, cf. Barbadoro, 1929; Conti, 1984; Palmieri, 1983.

distintos países, cada vez con más frecuencia, y la documentación resultante constituye siempre una fuente importante para el historiador económico, aunque evidentemente debe ser utilizada con la mayor cautela, como siempre que está de por medio el fisco.

### LOS REGISTROS ADUANEROS

Hasta una época relativamente reciente, los impuestos sobre la producción y el consumo solían cobrarse principalmente en las puertas de las ciudades, en los pasos de montaña, en los vados de los ríos y en los puntos de atraque de los muelles. Las tablas de tarifas (que se han conservado en número relativamente abundante) y los registros de recaudación tributaria (que desgraciadamente son mucho más escasos) facilitan información indirecta pero preciosa sobre el volumen y la composición de los intercambios comerciales, sobre el tipo y el volumen de la producción de determinadas ciudades o regiones y también, desde luego, sobre una de las mayores fuentes de ingresos públicos (cf., por ejemplo, Daviso di Charvensod, 1961; y Noto, 1950). En la historia de las fuentes documentales de origen fiscal ocupan un lugar especialmente destacado los registros de las exportaciones inglesas, los registros del Sund danés y los libros de registros de Sevilla.

Inglaterra era, todavía a finales del siglo XIII, en comparación con otras muchas zonas de Europa, un país subdesarrollado cuyas exportaciones se basaban sobre todo en una materia prima, la lana en rama, que era sin embargo la lana más apreciada en la época. A principios de los años setenta del siglo XIII, el rey Eduardo I se encontraba en graves dificultades económicas, así que en 1275 impuso un derecho de aduana sobre todas las exportaciones de lana y pellejos. Ese arbitrio se llamó *Ancient Custom*. Dio resultado rápidamente, incrementando los ingresos de la corona en un valor medio anual de cerca de 10.000 libras esterlinas de la época. El rey se aficionó a los impuestos y en 1303 introdujo otro arbitrio llamado *New Custom*. Este nuevo arbitrio afectaba sólo a los mercaderes extranjeros que, sin embargo, ahora tenían que pagar derechos de aduana por todos los tipos de mercancía, tanto las que exportaban (incluso la lana por la que pagaban un suplemento al *Ancient Custom*) como las que importaban. Entre tanto empezaba a desarrollar-

se en el país una manufactura de paños de lana, que originó un aumento de la exportación. En 1347 el rey Eduardo III, que acababa de repudiar sus deudas con los bancos de los Bardi y los Peruzzi, añadió a los arbitrios anteriores uno nuevo *ad valorem*, sobre las exportaciones de tejidos de lana (*Cloth Custom*), al que quedaban sometidos tanto los mercaderes ingleses como los extranjeros.<sup>6</sup> En el mismo año se introdujo otro impuesto sobre el peso en toneladas y libras («*tunnage and poundage*»); al principio se cobró de forma intermitente, luego se hizo permanente y debía pagarse sobre todas las mercancías que se exportaran o importaran excepto las exportaciones de lana y pellejos y, más adelante, tejidos ingleses.

Por consiguiente, desde 1347 todas las importaciones y exportaciones inglesas estuvieron gravadas por uno o más de los siguientes derechos de aduana:

- 1) el *Ancient Custom* (llamado también *Great Custom*) de 1275, que se cobraba sobre las exportaciones de lana y pellejos;
- 2) el *New Custom* (también conocido como *Petty Custom*) de 1303, que afectaba a todas las mercancías, tanto de entrada como de salida, pero sólo las que pertenecían a mercaderes extranjeros;
- 3) el *Cloth Custom* de 1347, que gravaba las exportaciones de tejidos de lana y al que estaban sometidos todos los mercaderes, tanto extranjeros como ingleses, a excepción de los hanseáticos; y
- 4) el «*tunnage and poundage*», que se introdujo por primera vez en 1347, se aplicaba a todas las mercancías salvo las que pagaban el «*Ancient Custom*» y, más adelante, también el «*Cloth Custom*», y debían abonarlo todos los comerciantes ingleses y extranjeros exceptuando los de la Hansa.

Para recaudar esos arbitrios había en todos los puertos agentes del rey que anotaban el nombre de todos los barcos que entraban o salían, así como su puerto de origen, el nombre del capitán, la lista de carga, los nombres de los comerciantes a los que pertenecían las

6. Inglaterra había exportado siempre tejidos de lana, pero en cantidades mínimas en comparación con las exportaciones de lana en rama. Durante la segunda mitad del siglo XIII se introdujo en Inglaterra, y se difundió con rapidez, la práctica de abatir el paño mecánicamente mediante la utilización del molino de agua (cf. Carus Wilson, 1940). A partir de entonces, las exportaciones de paños de lana fueron creciendo progresivamente mientras disminuían las de lana en rama, también de modo progresivo.

mercancías y el montante del arbitrio adeudado. Días tras día, toda esta información quedaba reseñada por escrito en registros o rollos de pergamino. Esos documentos eran conocidos como *Particular Accounts*. La cantidad de *Particular Accounts* producidos debió llegar a ser enorme. Desgraciadamente, sólo se ha conservado una mínima parte.<sup>7</sup> Sin embargo, en cada puerto los agentes del rey también confeccionaban resúmenes y los enviaban cada año al *Exchequer* (Hacienda) de Londres. Allí, los escribanos del *Exchequer* calculaban las sumas anuales, puerto por puerto, y registraban los resultados en grandes rollos de pergamino de cerca de cuarenta centímetros de anchura. Esos documentos, llamados *Exchequer Enrolled Customs Accounts*, han llegado hasta nosotros en una serie casi continua que va desde 1275 a 1574.<sup>8</sup> Se trata de una documentación excepcional. A mediados del siglo XVI las exportaciones de lana y de tejidos de lana representaban todavía cerca del 85 por 100 de las exportaciones totales de Inglaterra. Gracias a los *Exchequer Enrolled Customs Accounts* estamos en condiciones de seguir, año por año, las fluctuaciones del volumen de esas exportaciones a lo largo de casi tres siglos, y ello en relación con una época en la que, para cualquier otro Estado de Europa, carecemos por completo de información sobre importaciones y exportaciones.

En la segunda mitad de la década de 1540 ocurre algo que interrumpe la evolución regular de las operaciones, y en 1558 los arbitrios fueron aumentados notablemente. Tal vez por ello, el contrabando aumentó también. En 1559, la reina Isabel I ordenó que los barcos se descargaran sólo de día y en lugares expresamente autorizados. El hecho es que a finales de los años 1540 se interrumpe la serie de los *Exchequer Enrolled Customs Accounts*. Reaparece en los años 1559-1560, pero por poco tiempo. La serie se fue extinguiendo gradualmente a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI (Clark, 1938, p. xi).<sup>9</sup>

7. Se han conservado en cantidad relativamente abundante los del puerto de Hull de los períodos 1275-1325, 1378-1401 y 1453-1490. Los del periodo 1453-1490 han sido publicados por Childs, 1986.

8. Los *Exchequer Enrolled Customs Accounts* se han conservado en la Public Record Office de Londres, en el apartado Exchequer LTR Customs Accounts. Los datos que contienen han sido publicados por Carus Wilson y Coleman, 1963.

9. Para el periodo 1545-1561, sobre el cual tenemos sólo información fragmentaria, cf. Gould, 1970, especialmente pp. 115, 119, 133-136, 170-182.

Pero el mal no iba a quedar sin remedio. Nació una nueva y notable serie de registros que, utilizando la terminología burocrática de la época, se denominaban *Exchequer King's (o Queen's) Remembrancer Port Books* (lámina 7). Los *Port Books* nacieron en 1565 a raíz de una ordenanza del Lord Tesorero de noviembre de 1564, promulgada con el fin de poner orden en la recaudación de los arbitrios. Según esa ordenanza, todos los años por Pascua la administración central enviaba a los oficiales del rey destinados en los distintos puertos del reino registros en blanco para que los llenasen con la información referida al tráfico portuario. Los libros se dividen en dos grupos: el grupo dedicado al comercio con el exterior, con las colonias, con Escocia e Irlanda, y el grupo dedicado al comercio de cabotaje. Los datos proporcionados por los *Port Books* en relación con cada puerto del reino se refieren a la fecha de llegada o de salida de los barcos (o bien, en su lugar, la fecha en que se efectuó el pago del arbitrio), el nombre de la nave, el puerto de origen y su arqueo, el nombre del capitán, el puerto de procedencia o de destino, el nombre o los nombres de los propietarios de la carga, información sobre ésta, con frecuencia su valor, y siempre el monto del arbitrio pagado. Tal como ha señalado D. Woodward, «los *Port Books* tenían esencialmente la función de registrar las percepciones de los arbitrios y no el volumen del tráfico, por lo que las mercancías libres de impuestos no fueron registradas a veces» (1973, p. 156).

Hasta nosotros han llegado cerca de 20.000 *Port Books*, es decir, sólo una parte de los que se elaboraron originariamente. Sólo en el puerto de Londres, se ha calculado, por ejemplo, que debieron de hacerse más de 4.000 libros, de los que apenas 400 han llegado a nosotros. Respecto al periodo isabelino (1559-1603) sólo se han conservado los registros de los años 1567-1568 y 1587-1588. Siempre en relación con el puerto de Londres, los *Port Books* que cubrían el periodo de 1697 a 1799 fueron destruidos en 1890, porque, según se dijo, ya eran ilegibles. Respecto al puerto de Boston (Lincolnshire), entre 1601 y 1640, sólo se han conservado los registros de diecisiete años, y ninguno del periodo 1640-1660 (cf. Woodward, 1973; Dietz, 1972; Hinton, 1956). Aun con esas graves lagunas, la serie de los *Port Books* que se conservan constituye una mina excepcional de informaciones, aunque la afirmación de que representa una fuente documental «tan rica como ningún otro país puede vanagloriarse de poseer en relación con esos siglos» (N. Wi-

1565

London Comptroller

of the Custom House London. Dated 1565.

for the Custom House London. Dated 1565.

The Custom House London. Dated 1565.

for the Custom House London. Dated 1565.

LÁMINA 7. Una página de un *Port Book* de Londres, 1565 (Public Record Office, Londres).

lliams, 1955, p. 14, citado en Woodward, 1973, p. 147), es un poco exagerada.

Los *Port Books* ingleses siguieron elaborándose hasta 1799, año en el que se interrumpe la serie. Entre tanto, sin embargo, se había iniciado una tercera serie de registros: la de los *Ledgers of the Inspector General of Imports and Export*, comenzada en 1696 (véase el capítulo 3).

La segunda fuente documental notable relativa al tráfico marítimo es la serie de registros del Sund, que nació en singulares circunstancias geográficas, políticas, económicas y tecnológicas. Las circunstancias geográficas son las siguientes: Dinamarca, que consiste en la península de Jutlandia y el archipiélago situado al este (y en otro tiempo también las provincias más meridionales de lo que ahora es Suecia) separa el mar del Norte del Báltico (fig. 4). Los dos mares se comunican por tres estrechos: el Pequeño Belt, entre Jutlandia y la isla de Fionia (Füne); el Gran Belt, entre Fionia y la isla de Seeland (Sjaelland); y el Sund (*Øresund*), entre Seeland y la provincia de Escania (desde 1660 la provincia más meridional de Suecia). El Pequeño Belt se usaba únicamente para la navegación de cabotaje en pequeña escala. El Gran Belt lo usaban principalmente los barcos que navegaban entre Noruega y los puertos de Lübeck, Danzig y Rostock. Entre 1701 y 1748, el tráfico que cruzaba el Gran Belt suponía sólo alrededor del 15 por 100 del que utilizaba el Sund (Jeannin, 1964, pp. 68-69), que era la ruta principal entre el mar del Norte y el Báltico y, con mucho, el más concurrido de los tres estrechos. El Sund tiene una longitud de unos 112 kilómetros y, en su punto más estrecho, entre Helsingör, en Seeland, y Helsingborg, en Escania, sólo unos cuatro de ancho. Las ciudades de Helsingör y Helsingborg están frente a frente en las dos orillas del estrecho y el que controle ambas, o siquiera una de ellas, está en situación de controlar el tráfico marítimo por el estrecho.

La expansión alemana en el Báltico y en los países eslavos (el *Drang nach Osten*) y la fundación de ciudades en los territorios conquistados (Lübeck en 1143, Brandeburgo en 1170, Riga en 1201, Mecklemburgo en 1218, Wismar en 1228, Berlín en 1230, Stralsund en 1234, Danzig en 1238 y muchas más) favoreció el desarrollo de los intercambios entre el mar del Norte y el Báltico. En los siglos XIII y XIV los comerciantes de la Liga Hanseática y especialmente los de Hamburgo y Lübeck habían monopolizado prácticamente este co-

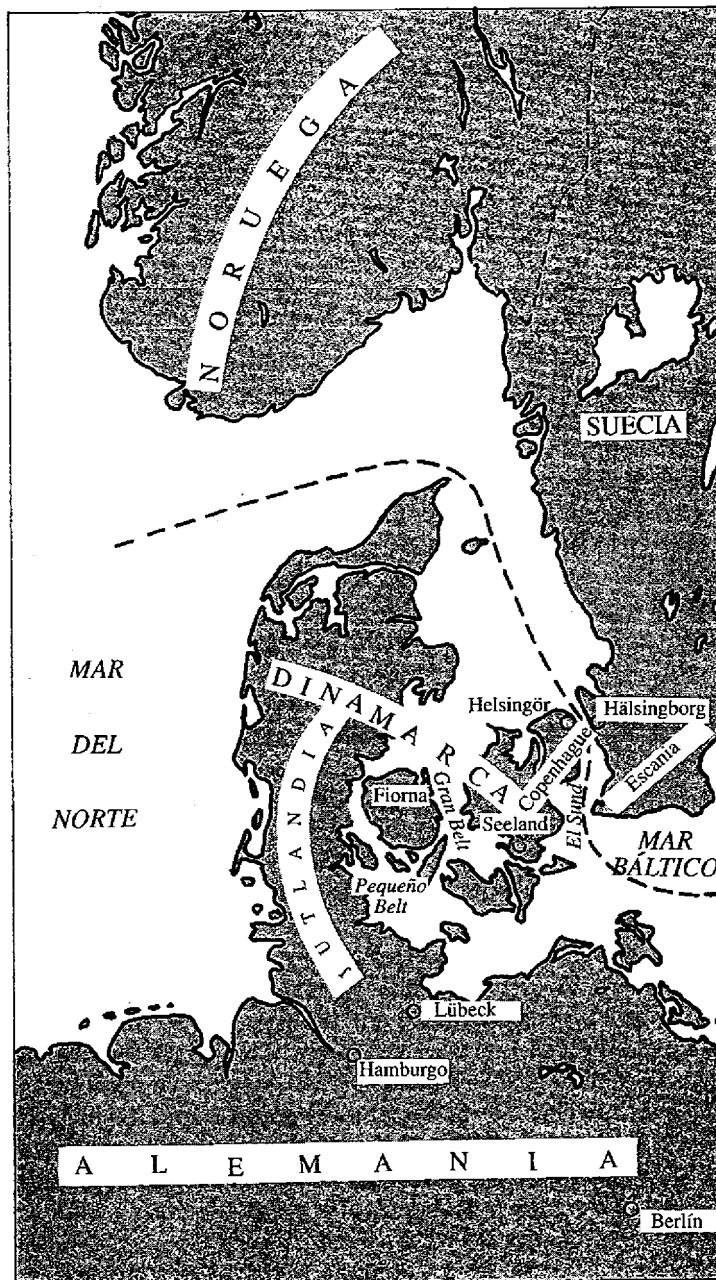


FIGURA 4. Rutas marítimas entre el mar del Norte y el Báltico.

mercio. Hamburgo está situada en el estuario del Elba, que desemboca en el mar del Norte. Lübeck se encuentra cerca de la boca del Trave, que desagua en el Báltico. El tráfico entre el mar del Norte y el Báltico se realizaba tradicionalmente evitando la circunnavegación de Jutlandia. Las mercancías llegaban por barco a Hamburgo (si procedían del oeste) o a Lübeck (si procedían del este) y eran descargadas, transportadas por tierra (a través del valle del Eider) o bien por el canal artificial de Stacknitz, de Hamburgo a Lübeck o de Lübeck a Hamburgo, respectivamente, vueltas a cargar en barcos y transportadas finalmente hasta su destino. Eso suponía, evidentemente, grandes beneficios para Hamburgo y Lübeck, lugares obligados de paso y trasbordo de las mercancías. Las cosas se mantuvieron así mientras se trataba de transportar desde el oeste (mar del Norte) al este (mar Báltico) especias, vino, tejidos preciosos y desde el este al oeste pieles, miel, cera y potasa: mercancías poco voluminosas, pero costosas, y que, por ende, podían soportar costes de transporte relativamente altos. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIV, y gracias sobre todo a la actividad de los holandeses, se desarrolló cada vez más la exportación por mar, desde los territorios polacos y rusos del Báltico, de mercancías voluminosas y de bajo valor unitario, como granos y madera. Para poder realizar de forma económica el transporte de esas mercancías había que evitar los costosos transbordos de Hamburgo y Lübeck. Por ello se recurrió cada vez con más frecuencia a la vía marítima, circunnavegando la península de Jutlandia y, por consiguiente, pasando por el estrecho del Sund. En ese momento empezaron a desempeñar su papel las circunstancias de carácter tecnológico.

Los progresos de la técnica de navegación, y sobre todo la construcción de naves de mayor tonelaje, favorecieron el uso cada vez más frecuente de la vía marítima a través del estrecho del Sund. Por otra parte, el desarrollo de la artillería (los primeros cañones aparecieron en Europa a comienzos del siglo XIV) permitía que quien controlaba las costas del Sund amenazase eficazmente desde tierra cualquier embarcación que pasase por el estrecho, especialmente al entrar en la angostura, entre Helsingör y Hälsingborg.

A principios del siglo XVI, tanto la isla de Seeland como la provincia de Escania formaban parte del reino de Dinamarca. Los daneses no tardaron en sacar las lógicas consecuencias. Emplazaron artillería en la poderosa fortaleza costera de Kronborg, en Helsing-

gör, y, valiéndose de la amenaza de sus cañones, impusieron a todas las naves que cruzasen el estrecho en una dirección o en otra la obligación de detenerse y pagar un peaje. Hasta el siglo XVIII los beneficios procedentes del peaje fueron de pertenencia personal del rey y no figuraron entre los ingresos estatales. En la fortaleza de Kronborg se puede ver todavía el agujero cilíndrico que, desde una de las salas situadas en la planta baja de la fortaleza, baja a una cámara acorazada subterránea, sin ventanas, por el que caían los sacos de monedas recibidos de las naves que pasaban.

Como de costumbre, cabe aplicar aquí el dicho de que «donde hay impuestos hay estadísticas». El peaje fue establecido en 1429. Los registros más antiguos de recaudación del peaje que han llegado hasta nosotros son de 1497, 1503 y 1528. La serie casi completa de registros conservados empieza en 1660. En 1568 la provincia de Escania fue anexionada a Suecia, pero la isla de Seeland y la fortaleza de Kronborg permanecieron en poder de los daneses, que siguieron imponiendo el peaje hasta que fue abolido en la convención de marzo de 1867, por la cual Dinamarca renunciaba a percibirlo, recibiendo en compensación una indemnización de 96 millones de coronas danesas.

Al principio, el peaje afectaba a las embarcaciones y, en consecuencia, en los primeros registros sólo aparecen anotados el nombre y la patria del capitán y el montante del peaje pagado. En 1536 se empezó a anotar en los registros el arqueo de las embarcaciones, y, en 1557, el país al que pertenecían las embarcaciones y el puerto del que habían partido. En los años sesenta del siglo XVII se estableció un impuesto también sobre las mercancías y desde entonces aparecen en los registros la descripción detallada de la carga.

De los 160 años que van desde 1497 hasta 1657, poseemos registros de 110 años. En esos 110 años transitaron por el Sund, en una dirección o en otra, 403.902 barcos, el 59 por 100 de ellos holandeses. Entre 1661 y 1783 transitaron 520.885, de los cuales eran holandeses un 35,5 por 100. Los barcos que pasaron por el Sund en el periodo 1661-1783 fueron de un arqueo medio superior al de los del periodo 1497-1657. Los registros del Sund nos ofrecen muchísima información sobre esos barcos y su carga. Nina Ellinger Bang y Knud Korst, que abordaron el trabajo de publicar en forma de tablas todas las informaciones disponibles a partir de los regis-

tros, llenaron con ellas seis volúmenes en cuarto, con un total de cerca de 3.200 páginas (Bang y Korst, 1906-1953).

Como vimos en el capítulo 4 de la Primera parte, los registros del Sund, como los de las exportaciones inglesas, plantean al historiador complejos y a veces irresolubles problemas de interpretación. A pesar de ello, es indudable que no se puede estudiar la historia del comercio de la Europa septentrional a partir de 1497 sin hacer referencia a la abundante información reunida por los funcionarios del rey de Dinamarca, respaldados por los cañones de la fortaleza de Kronborg.

La tercera gran serie de documentos relativos al tráfico marítimo es española. Cristóbal Colón descubrió América en octubre de 1492, y en el año siguiente el papa Alejandro VI procuró mediar entre los intereses de Portugal y los de España. Desde hacía unos cien años, Portugal venía explorando la costa occidental de África con el propósito de establecer contacto directo con la India y Oriente circunnavegando el continente africano. España, por otro lado, que había empezado después de su vecino ibérico en la carrera en pos de nuevas rutas comerciales, había tropezado con América por casualidad. Portugal pretendía el monopolio del comercio con las tierras descubiertas por sus navegantes. España, a su vez, quería el control monopolista del continente americano. La mediación de Alejandro VI fue salomónica. El papa trazó un meridiano imaginario que pasaba a cien leguas al oeste de las islas de Cabo Verde (meridiano 25° y paralelo 15° a 500 millas al oeste de Dakar), dividiendo el mundo en dos partes iguales y asignando a Portugal las tierras situadas al este del meridiano y a España las situadas al oeste. A ninguna de las tres partes se le ocurrió pensar que otras naciones tal vez no estarían dispuestas a respetar tal reparto. España y Portugal, a su vez, empezaron a discrepar de la solución pontificia y por fin, el 7 de junio de 1494, con el tratado de Tordesillas, se pusieron de acuerdo para situar la línea de demarcación de las dos zonas de influencia a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde.<sup>10</sup>

La corona española puso de manifiesto, desde los comienzos de

10. Dado que la línea de demarcación que pasaba a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde cruzaba una parte de América del Sur, Portugal pudo reclamar legítimamente su soberanía sobre Brasil cuando Pedro Alvares Cabral descubrió ese país en 1500.

la aventura americana, dos objetivos claros y estrechamente relacionados: reservar a España el monopolio del tráfico con las Indias y reservar a la corona un control estricto sobre todos los movimientos de personas, naves y mercancías desde y hacia el Nuevo Mundo. A tal fin, en 1503 se ordenó la creación en Sevilla de una «Casa para la Contratación de las Indias y de Canarias y de las otras islas». La Casa de Contratación había de ser el centro de toda la organización burocrática destinada al control de la Carrera de Indias, y Sevilla había de ser el puerto único y exclusivo a través del cual pasase todo el tráfico desde y hacia las Indias (Girard, 1932, cap. 1; Chaunu y Chaunu, 1955, I).

Todo barco que partiese de Sevilla hacia América o de América a Sevilla debía ser inspeccionado por oficiales de la corona y a partir de esas inspecciones debía redactarse un registro, es decir, un conjunto de documentos que indicaran la procedencia o el destino del barco, su nombre, el nombre del capitán, los víveres, munición y artillería que llevara a bordo, la carga, el valor de la misma y el importe de los impuestos *ad valorem* («avería» y «almajarifazgo») a los que estaba sometida la carga. Tales datos se consignaban por razones fiscales y, en lo que se refería a los barcos que volvían de América, para el control de la afluencia de plata americana a España. Sin embargo, al contrario que en el caso de los *Particular Accounts* y *Port Books* ingleses y de los registros del Sund, la recopilación de los registros españoles no tenía una finalidad exclusivamente fiscal. El Estado español, como han observado justamente Huguette y Pierre Chaunu,

tenía también un objetivo político, jurídico y teológico. Pretendía preservar la conciencia de los indios de América ... Ese afán se manifestó en el control de mercancías potencialmente subversivas, como los libros [que temían que ser reseñados en los registros] y en el control de los hombres ... El control del Estado llegó, pues, más allá de las simples mercancías: se extendió a todo lo que iba dirigido a las Indias occidentales: objetos, animales, negros y pasajeros (1955, I, p. 70).<sup>11</sup>

11. Sobre los pasajeros, véanse en el Archivo General de Indias de Sevilla los Libros de asientos de pasajeros: veintitrés volúmenes que facilitan, para todo el periodo 1508-1701, el nombre, la filiación, la residencia y el lugar de destino de todos los que partían hacia América. Los datos, sin embargo, deben ser tomados con atento sentido crítico.

Entre 1505 y 1787 se elaboraron decenas de miles de registros, que forman una fuente maravillosa para la historia de los movimientos de hombres y mercancías hacia y desde América; una fuente, sin embargo, que en gran medida se ha perdido. El número de registros que han quedado parece que es inferior a las dos mil unidades y no habría forma de conocer la entidad del material desaparecido si no se hubiese conservado, afortunadamente, otra fuente relacionada con ellos. A partir de los primeros años del siglo XVI, quizás desde el mismo año de la fundación de la Casa de Contratación, el contador de la Casa hizo que se llevase un libro de registros en el que se inventariaban de modo resumido todos los registros elaborados o recibidos. La serie completa de libros de registros (nueve en total), que abarca todo el periodo 1504-1783, ha llegado hasta nosotros. Como escribieron Huguette y Pierre Chauvin (1955, I, p. 54), los libros de registros no fueron redactados por los empleados de la Casa de Contratación con el fin de medir el movimiento del puerto de Sevilla o, más modestamente, el número de entradas y salidas de barcos, sino solamente para llevar la cuenta de los registros depositados en el archivo de la Casa. Aunque los libros se compilaran con fines puramente archivísticos, lo cierto es que llegaron a convertirse, tras la pérdida de buena parte de los registros, en una fuente preciosa para el historiador económico. Desgraciadamente, los libros no recogen de los registros datos sobre la carga de los barcos, las provisiones o la artillería de a bordo, pero consignan el nombre de todo los barcos registrados, el nombre de su capitán y, a partir de 1544-1548, el puerto de destino. Por lo cual, el estudio de los nueve libros proporciona un esquema del movimiento de «los barcos que fueron y volvieron de América» en los siglos XVI, XVII y XVIII.

Del conjunto de documentos producidos en la Casa de Contratación (situada en el ala oriental del Alcázar de Sevilla), no todo permaneció en la propia Casa. Informes, datos, estadísticas y despachos fueron enviados con frecuencia al Consejo de Indias, que funcionaba en la corte, en Madrid. La Real Cédula del 30 de junio de 1564, sin embargo, ordenó que «todas las escrituras y cosas tocantes al estado y corona de las Indias» que se hubiesen conservado en el Consejo fuesen trasladadas y archivadas en la fortaleza-archivo de Simancas. La orden fue repetida y formulada con más severidad en diciembre de 1567 y en octubre de 1568.

En 1771 la Casa de Contratación fue trasladada de Sevilla a Cádiz. Los documentos «tocantes al estado y corona de las Indias» se encontraron por tanto dispersos en tres lugares distintos: Sevilla, Simancas y Cádiz. Pero precisamente entonces se tomó la ambiciosa y racional decisión de reunir todo el material relacionado con América en un archivo único que se crearía expresamente para ello. En 1785 se empezó a pasar del proyecto a la acción. Se eligió como sede del nuevo archivo la Casa de la Lonja, que Felipe II había hecho construir en Sevilla en 1598, para que los comerciantes se reunieran y negociaran en ella, y que estaba situada entre el Alcázar y la Catedral. Así nació el famoso Archivo General de Indias. La Casa de Contratación remitió allí sus documentos en 1786 y 1791. El Consejo hizo lo propio en 1786 (los documentos de la Contaduría), en 1788 (los de la Secretaría del Perú) y en 1790 (los de la Secretaría de Nueva España). En total se estima que este magnífico archivo, óptimamente ordenado y organizado, contiene actualmente documentos que llenan más de 14 millones de hojas (De la Pena y Cámara, 1958).

Los papeles de este archivo ofrecen la posibilidad de estudiar con razonable exactitud el movimiento de hombres, mercancías y barcos entre España y América desde principios del siglo XVI hasta finales del XVIII.<sup>12</sup> Durante el siglo XVI, ese movimiento coincidió en general con el movimiento de hombres, mercancías y barcos entre Europa y América, puesto que España consiguió mantener el monopolio del comercio con sus colonias, y el único tráfico distinto, de escaso volumen, era el que había entre Portugal y el Brasil. A partir de principios del siglo XVII, sin embargo, España estuvo cada vez en peores condiciones de mantener el monopolio del tráfico desde y hacia sus colonias. Los contrabandistas holandeses e ingleses aumentaron constantemente en número y en audacia y las propias colonias españolas tendieron a independizarse cada vez más de la madre patria. Los papeles del Archivo General de Indias resultan, por tanto, cada vez menos representativos de lo que ocurría en las rutas del Atlántico. Buen ejemplo de ello son las cifras relativas al volu-

12. Sobre este asunto, la obra más importante que puede consultarse es la de Chaunu y Chaunu, 1955. Sin embargo, la lectura de ese estudio resulta difícil por el estilo prolífico de los autores y por su tendencia a las divagaciones constantes e innecesarias.

men de metales preciosos importados de América a España durante los siglos XVI y XVII. Trabajando sobre material archivístico español, Earl J. Hamilton elaboró en 1934 la serie de datos que se indican en el cuadro 2. Los datos reflejan el espectacular aumento de la

CUADRO 2

*Importaciones de oro y plata a España desde América  
(en toneladas métricas)*

| Años      | Oro | Plata |
|-----------|-----|-------|
| 1503-1510 | 5   | —     |
| 1511-1520 | 9   | —     |
| 1521-1530 | 5   | —     |
| 1531-1540 | 14  | 86    |
| 1541-1550 | 25  | 178   |
| 1551-1560 | 43  | 303   |
| 1561-1570 | 12  | 943   |
| 1571-1580 | 9   | 1.119 |
| 1581-1590 | 12  | 2.103 |
| 1591-1600 | 19  | 2.708 |
| 1601-1610 | 12  | 2.214 |
| 1611-1620 | 9   | 2.192 |
| 1621-1630 | 4   | 2.145 |
| 1631-1640 | 1   | 1.397 |
| 1641-1650 | 2   | 1.056 |
| 1651-1660 | 0,5 | 443   |

FUENTE: Hamilton, 1934, p. 42.

producción de plata americana a partir de la mitad del siglo XVI. Durante toda la segunda mitad del siglo siguió creciendo el río de plata que se vertió sobre España (y desde allí sobre el resto de Europa). La plata se producía sobre todo en las minas de Zacatecas, en México, y, en el último cuarto del siglo, también en las minas de Potosí, a la sazón en Perú, pero ahora en Bolivia (fig. 5). Desde Potosí, la plata era transportada por tierra hasta Arica. De allí, los galeones de la Armada del Sur la llevaban, bordeando la costa occidental de América del Sur, hasta Panamá, donde era descargada y transportada a través del istmo hasta Portobelo. En

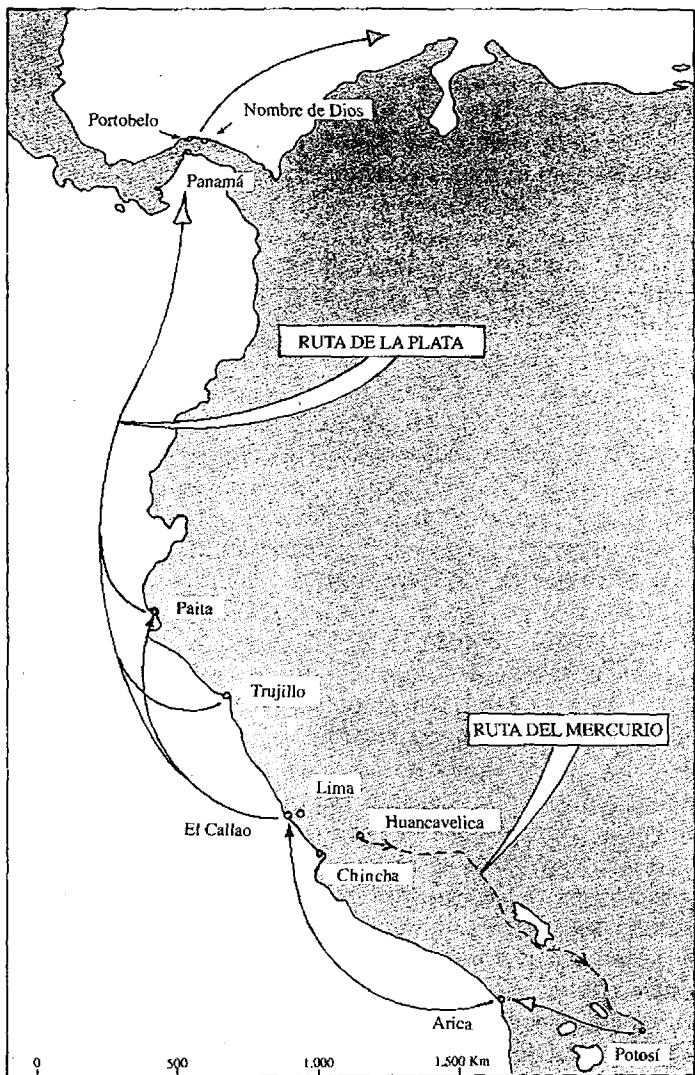


FIGURA 5. Costa de América del Sur y ruta seguida por la Armada del Sur. Desde Huancavelica, donde estaban las minas más importantes, el mercurio, necesario para la extracción de la plata, era trasladado a Potosí. Desde Potosí la plata se transportaba hasta la costa y se embarcaba en los galeones de la Armada del Sur, que la llevaban hasta Panamá. Desde allí, por vía terrestre, era trasladada a Portobelo, donde volvía a ser embarcada en los galeones que la transportaban a España.

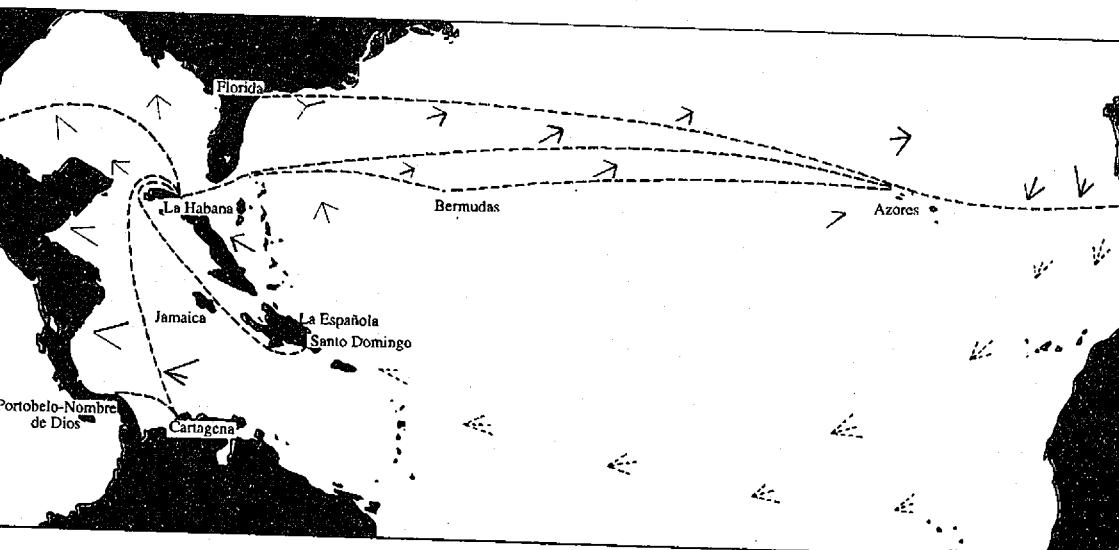
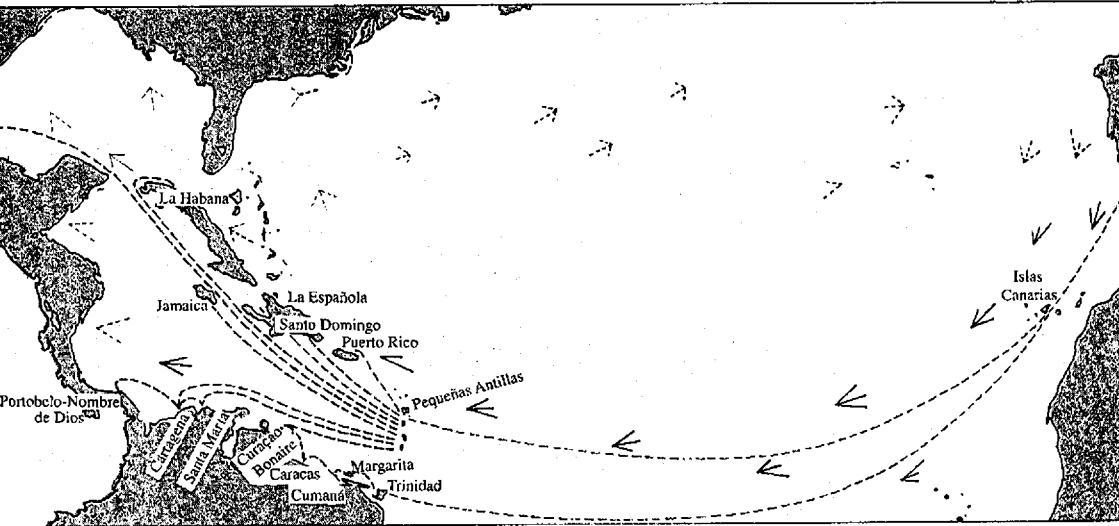
Méjico, la plata producida en Zacatecas era trasladada por tierra hasta Veracruz. En Portobelo la plata peruana y en Veracruz la mexicana se cargaban en galeones que se citaban y reunían en Cuba, desde donde, unidos en convoyes y pasando por las Bahamas y después por las Bermudas, se dirigían a Sevilla (fig. 6).

A tenor de los datos elaborados por Hamilton, la importación de plata americana empezó a descender en la década de 1601 a 1610, para caer vertiginosamente a partir de 1631-1640. Ese descenso se interpretó al principio como indicio de una caída de la producción de plata americana, pero el análisis realizado por Brading y Cross en 1972, a partir del consumo del mercurio utilizado para refinar el mineral argentífero, y las posteriores investigaciones de M. Morineau, basadas en el estudio de los periódicos holandeses, han llevado a la conclusión de que en el siglo XVII no se produjo ninguna caída de la producción de plata en América. Lo que hubo fue una pérdida del control español sobre la producción americana y, como concluyeron Brading y Cross, «el catastrófico declive de las importaciones de plata fue un fenómeno español y no europeo (1972, p. 576).<sup>13</sup> Las implicaciones de semejante constatación son mucho más amplias de lo que pueda parecer a primera vista. La nueva valoración de las importaciones de plata en Europa en el siglo XVII hace comprensible el gran desarrollo del comercio europeo con Extremo Oriente a lo largo de este siglo, que de otra forma no podía entenderse. Fue un comercio caracterizado por una constante y elevada transferencia de plata desde Europa hacia Asia para saldar una balanza comercial crónica y gravemente deficitaria para Europa. Sobre este intercambio entre Europa y Asia estamos bastante bien informados gracias a la documentación existente de las Compañías de las Indias Orientales, especialmente la inglesa y la neerlandesa, de las que hablaremos en el capítulo 6.

#### OTRAS FUENTES FISCALES

Además de los impuestos que hemos citado en la sección anterior, a veces los estados europeos imponían gravámenes especiales

13. Cf. también Morineau, 1985, pp. 42-119 y 551-655. Según Morineau (p. 570), en el siglo XVI se importaron a Europa desde América 150 toneladas de oro y 7.500 toneladas de plata y en el siglo XVII, 158 toneladas de oro y 26.168 toneladas de plata.



6. Rutas seguidas por las flotas españolas hacia y desde América (siglos XVI-XVIII). Las flechas indican dirección de los vientos.

sobre la producción, consumo o la posesión de determinados bienes. Baste pensar en la tasa impuesta en Gran Bretaña en 1797 sobre la posesión de relojes (Smith, 1921, pp. 296-297) o en aquella otra sobre el consumo de jabón o sobre la fabricación de ladrillos. La documentación resultante de la imposición de gravámenes especiales como en los casos de los relojes y el jabón proporciona al historiador económico pistas para determinar el nivel de vida de la población. De modo parecido, los datos relacionados con el impuesto sobre la fabricación de ladrillos han permitido a H. A. Shannon (1934) la elaboración de un índice sobre la actividad constructora en Inglaterra y Gales desde 1785 hasta 1849.

Hay fuentes ricas en datos para el historiador económico en general, y para el historiador de la moneda y el numismático en particular, que proceden, naturalmente, de las cecas. Como el Estado percibía un impuesto (señoraje) sobre las acuñaciones, está justificado hablar de esa documentación en el contexto de las fuentes que tienen origen fiscal. Sería, sin embargo, erróneo creer que toda la documentación procedente de la actividad de las cecas tuviese su origen en la recaudación del señoraje. Buena parte de la documentación fue producida por necesidad administrativa en un sector muy delicado, donde eran indispensables la minuciosidad y la precisión. La ceca utilizaba principalmente el metal que le suministraban comerciantes privados (por lo general, cambistas y banqueros) para obtener moneda acuñada: de ahí la necesidad de llevar registros regulares del metal que entraba en forma de lingotes, o barras, o moneda extranjera o moneda falsa o cortada, y del que salía en forma de moneda legal. Los documentos de las cecas contienen también normalmente las medidas adoptadas en materia de peso, ley y diseño de los diversos tipos de moneda. Tales medidas constituyen para el historiador elementos útiles para reconstruir la política monetaria en los distintos estados. Naturalmente, nunca se sabe todo lo que se quisiera saber, pero las fuentes disponibles sobre la actividad de las cecas de las épocas medieval y moderna en Europa despierta la envidia de los historiadores de la moneda y de los numismáticos de la Antigüedad clásica, que no disponen de más información que la que les dan las monedas.

Las dos formas clásicas de extraer dinero que usaba el Estado eran: cobrar impuestos y reducir el contenido de metal noble en la



LÁMINA 8. La oficina de la deuda pública de la República de Venecia.

moneda.<sup>14</sup> Los estados italianos del siglo XII inventaron un tercer método: la deuda pública. El primer empréstito público que aparece documentado fue el que obtuvo la república de Venecia en 1167 (lámina 8). En Génova, en 1407, cuando la deuda consolidada había llegado a la suma de cerca de tres millones de liras, los acreedores del Estado se asociaron en una entidad llamada «Casa di San Giorgio», que asumió la administración de los ingresos estatales por cuenta del Estado, con el objeto de proteger los intereses de sus acreedores privados. En Florencia, la deuda pública pasó de cerca de 50.000 florines de oro en 1303 a cerca de 600.000 en 1343, a aproximadamente 1.500.000 florines en 1364 y a alrededor de los

14. Dado que las cecas acuñaban generalmente por cuenta de terceros, cada devaluación estimulaba a los particulares o las compañías a llevar metal a las cecas, puesto que recibían un mayor valor nominal de monedas a cambio. El Estado ganaba con las devaluaciones de una manera indirecta, es decir, a través del señoraje (impuesto sobre la acuñación de monedas), que aumentaba automáticamente al acuñarse más monedas.

3.000.000 de florines en 1400. En 1345 se consolidaron todas las deudas públicas en el llamado *Monte comune*. Durante mucho tiempo el Estado pontificio se vio frenado en el recurso al empréstito público por los escrúpulos relacionados con el pago de intereses. Pero a principios del siglo XVI las circunstancias financieras de la sede pontificia llegaron a ser tan críticas que el papa Clemente VII (adviértase: un Medici de Florencia) adoptó la heroica decisión de emitir un préstamo público por valor de 200.000 ducados de oro al 10 por 100. Desde aquel momento, la deuda pública del Estado pontificio mostró una tendencia alcista a largo plazo. En 1592 la deuda pública ascendía a cerca de 5,6 millones de escudos; en 1604, a alrededor de 9 millones; en 1616 a 15 millones y en 1657 a 28 millones. En 1599 el pago de los intereses absorbía cerca del 35 por 100 del gasto total del Estado. En general, la deuda pública pontificia fue muy bien gestionada y fueron muchos los extranjeros que invirtieron sus ahorros en títulos pontificios.<sup>15</sup>

Los préstamos podían ser voluntarios o exigidos por los gobiernos a ciudadanos individuales de acuerdo con sus ingresos o su riqueza. En cualquier caso, eran remunerados con el pago de intereses. En distintas fechas, los títulos de deuda pública fueron declarados negociables y a mediados del siglo XIV existía en Venecia, Génova y Florencia un animado mercado de esos títulos.

Las técnicas inventadas por los italianos fueron luego exportadas a toda Europa y la administración de la deuda pública se convirtió en uno de los aspectos más destacados de la actividad financiera de los diversos estados. La documentación que se conserva al respecto es muy amplia. Sólo el archivo de la Casa di San Giorgio en Génova está compuesto por más de 33.000 documentos y ocupa una planta y media de un espacioso edificio donde llena más de 2,5 kilómetros de anaqueles (lámina 9).<sup>16</sup>

El historiador económico puede extraer de esa abundante documentación muchos datos valiosos sobre la evolución de las finanzas estatales, las consecuencias económicas de acontecimientos políticos y militares, y la distribución entre la población de las inversiones en

15. Sobre la historia de la deuda pública en Venecia, Génova, Florencia y Roma, cf. respectivamente Luzzatto, 1929 a; Sieveking, 1906-1907; Barbadoro, 1929; y Piola Caselli, 1988. Con todo, queda en los archivos muchísimo material que aún no se ha investigado.

16. Sobre este archivo, cf. Chiaudano y Costamagna, 1956; y Felloni, 1984.



LÁMINA 9. Archivo de la Casa di San Giorgio, Génova (Archivo Estatal, Génova).

forma de títulos de la deuda pública. Además, comparando el rendimiento de los títulos con su valor en el mercado se consigue arrojar luz sobre los niveles y las fluctuaciones del tipo de interés (cf., por ejemplo, Cipolla, 1952, reimpr. 1988).

Se puede concluir esta sección dedicada a las fuentes de origen fiscal aludiendo a los documentos de la administración financiera de las diversas ciudades y naciones estado, como los libros de ingresos y gastos públicos y los documentos de los presupuestos públicos. En el caso de Italia, es famosa la serie de libros de la *Biccherna* de Siena que se remontan a mediados del siglo XIII. Pero incluso esa serie palidece frente a los *Pipe Rolls* del *Exchequer* de Londres. Es una curiosa paradoja de la historia medieval europea el hecho de que Inglaterra, con una economía periférica (no sólo en sentido geográfico) que hacia de ella un país subdesarrollado frente a otros mucho más evolucionados como la Italia septentrional, Flandes o Renania, se dotase de una administración pública centralizada y eficaz, hasta el punto de producir documentos y series documentales sin paralelo en el continente, no sólo por su complejidad y carácter exhaustivo (véase el caso del *Domesday Book*), sino también por su continuidad. Los *Pipe Rolls* son los balances de los ingresos y gastos tradicionales de la corona. Uno de esos registros se remonta a 1130, es decir, a la época del rey Enrique I. Pero la serie continua empieza en 1156, durante el reinado de Enrique II, y sigue casi ininterrumpidamente a lo largo de casi siete siglos, hasta 1830.

Los *Pipe Rolls* más antiguos representan la mayor parte de los ingresos y gastos totales de la corona inglesa (cf., por ejemplo, Poole, 1912). Los ingresos incluían las rentas de los señoríos (*manors*) de la corona, el producto de las concesiones de uso de bosques, los impuestos de origen feudal que se cobraban a los propietarios de tierras (*scutagium, donum, tallage*), los ingresos producidos por demandas judiciales, y el producto de la venta de los bienes de los condenados. Entre los gastos figuraban ante todo los *óbolos* de caridad, los diezmos entregados a iglesias y órdenes religiosas, los salarios de los criados y de los oficiales públicos y las *terrae datae* (donaciones de tierras). Además, se incluían gastos para los cuales hacía falta una autorización especial de la corona y los gastos para construcciones públicas. Con el paso del tiempo, las fuentes de ingresos de la corona se diversificaron y multiplicaron. Lo

mismo hicieron los gastos. Pero, por ese típico tradicionalismo que caracterizó siempre a la historia inglesa, los *Pipe Rolls* siguieron mostrando sólo los tipos de ingresos y gastos que se registraban en tiempos de Enrique I y Enrique II. Cuanto figura en los *Pipe Rolls* representa, por tanto, una fracción cada vez menor de los ingresos y los gastos generales de la corona inglesa. Eso no impide que la serie constituya una fuente continua que abarca varios siglos y sea muy rica en información de carácter financiero y económico, con datos sobre salarios, precios, hospitalidad de la corte, alimentación, construcción de edificios públicos, etc.

Los cuatro primeros *Pipe Rolls* fueron publicados por Joseph Hunter en 1833 y 1834. En el mismo 1834 se publicó un *Roll* del primer año del reinado de Ricardo I. En época posterior se creó una sociedad histórica privada, «The Pipe Roll Society», que desde 1884 se ha encargado de la publicación de toda la serie.

#### FUENTES LEGISLATIVAS

Hasta aquí hemos hablado de fuentes documentales públicas de origen fiscal. Pero las hay también de origen legislativo. Baste citar al respecto, por lo que se refiere a la Edad Media y principios de la Moderna, los estatutos de las ciudades y pueblos cuyo fin era regular la vida ciudadana, que contienen numerosas informaciones relacionadas con la organización de la producción, el consumo, el comercio, las ferias, medidas y pesos, monedas, etc.

Entre las fuentes de origen o de carácter legislativo hay que recordar también las innumerables ordenanzas destinadas a regular los precios y salarios. Ya hemos hablado del edicto de Diocleciano (capítulo 1 de la Primera parte), y en las edades Media y Moderna estas ordenanzas abarcan desde Carlomagno a las guerras mundiales. También hay que mencionar las innumerables ordenanzas emitidas en todas las épocas y países sobre tipos de monedas cuya circulación estaba permitida, el control de los tipos de cambio, el control de divisas y las exportaciones de moneda y capital. Son significativas para el estudio de las relaciones de poder entre clases sociales y grupos de trabajadores las ordenanzas que, en épocas concretas y en países determinados, prohibían que grupos claramente identificados de trabajadores formaran asociaciones cooperativas.

En fin, el historiador económico puede encontrar abundantes elementos útiles para su trabajo en las legislaciones de diversos estados relativas a la responsabilidad limitada o ilimitada de los socios de las compañías, a la quiebra y la insolvencia, los contratos agrarios, los contratos de cambio y las capitulaciones matrimoniales. Desde los escritos de los comentaristas de la escuela jurídica de Bolonia en los siglos XII, XIII y XIV hasta las *Acts* inglesas del XIX referidas a la estructura de la ordenación bancaria o al grado de responsabilidad de los socios en las asociaciones o en las *companies* hay muchísimo material que puede ilustrar al historiador sobre los aspectos institucionales que regularon y condicionaron el juego de las variables puramente económicas.

### 3. LAS ESTADÍSTICAS Y SUS PRECURSORES

#### LA CURIOSIDAD DEL GOBIERNO

Andando el tiempo, junto a las fuentes documentales públicas de origen fiscal o legislativo fueron cada vez más frecuentes y abundantes los estudios e investigaciones de fenómenos demográficos, económicos y sociales llevados a cabo por las autoridades públicas con un fin fundamentalmente informativo, aunque detrás de ese deseo de conocimiento hubiese casi siempre un motivo práctico. Esa tendencia apareció sobre un trasfondo de fenómenos culturales que fueron avivando sucesiva y progresivamente la «curiosidad» del gobierno. En orden cronológico, tales fenómenos culturales fueron el Renacimiento, la llamada Revolución científica del siglo XVII, la Ilustración del XVIII y el «movimiento estadístico» del siglo XIX.

El Renacimiento se distinguió a este respecto sobre todo por un mayor interés por los problemas de la población. En Florencia, en 1450, se confió al Arte dei Medici et degli Speziali la tarea de llevar un registro de las defunciones que se producían en la ciudad. Lo que se buscaba con ello era hacer un control financiero de las pretensiones de los sepultureros. En 1485 se encargaron también los oficiales de la *Grascia* (junta de abastos) de llevar un registro regular de las defunciones habidas en la ciudad y en esta ocasión el motivo fue «saber el número de gente que habita en la ciudad de Florencia con el fin de garantizar su abastecimiento». Así, a partir de 1485 hubo en Florencia dos registros de defunciones. En Venecia se empezó a llevar un registro de esta clase por parte de la Avogario del Comun, cuyo propósito manifiesto era hacer las veces de registro general. Desde 1504 también el Ufficio di Sanità local empezó a llevar un registro regular de las defunciones en la ciudad; la natura-

leza del organismo que emprendió este segundo registro indica con claridad que el objetivo del mismo era la identificación rápida de los casos de muerte causada por la peste, con el fin de tomar rápidamente medidas preventivas. En Milán y Mantua, el registro regular de defunciones empezó en 1452 y 1496 respectivamente. En ambos casos, la insistencia en que para cada fallecimiento se presentara un certificado médico que atestiguase la causa (y en Mantua también la duración de la enfermedad) indica claramente que el motivo fundamental del registro era proteger la salud pública.

Excepto en Italia, el Estado no llevaba registros de nacimientos, bodas y defunciones, sino que dejaba esa tarea al clero, pero en Inglaterra y en Francia, con las ordenanzas de Thomas Cromwell en 1538 y de Villers Cotterêts en 1539, respectivamente, el gobierno central se preocupó y actuó de manera que los párocos tuvieran regular y diligentemente al día los registros de bautizos, matrimonios y entierros. Así se creó una fuente valiosísima de historia demográfica, de la que hablaremos en el capítulo 5.

La Italia septentrional se distinguió en la Europa del siglo XVI por ser la primera región europea que introdujo auténticos censos con fines no fiscales, sino puramente informativo-demográficos. La República de Venecia llevó a cabo un censo oficial de la ciudad probablemente ya en 1443 (pero la documentación se ha perdido), desde luego en 1509 (y de ese censo existe todavía la documentación) y en 1540 (cuya documentación también se ha perdido). En el Gran Ducado de Toscana se hicieron censos que abarcaban todo el Estado florentino (es decir, excluida la región de Siena) en 1552, 1562, 1622, 1632 y 1642 y la totalidad del Ducado, en 1674 (cf. Comitato Italiano per lo Studio della Demografia Storica, 1971-1972; y Del Panta, 1974, pp. 140-146).

Una documentación sin igual fue la producida en España en los años setenta del siglo XVI, es decir, en la época de mayor esplendor del poderío imperial español. La aparición de ese material, que se recopiló esencialmente a impulsos de la curiosidad, tiene que ver con la presencia de un monarca de tipo moderno, centralizador, burócrata, trabajador incansable de despacho, como fue Felipe II. Durante su reinado, y más precisamente entre 1575 y 1578, se puso en marcha una investigación económico-demográfico-financiero-sociológica, «para honra y ennoblecimiento de los pueblos de Espa-

ña», en las poblaciones de Castilla. La investigación se basaba en un cuestionario uniforme y muy detallado mediante el cual se procuró la recogida sistemática, hasta en la aldea más remota, de información sobre el régimen jurídico de la comunidad, el clima, la población, si se consideraba que ésta iba en aumento o en descenso, las migraciones, la producción agrícola y la artesanal, la cría de ganado, el comercio, la escasez de determinados bienes, las fuentes de ingresos de la comunidad, la carga fiscal, las clases sociales y su importancia relativa, la propiedad de la tierra y su distribución. Los resultados fueron recogidos en unos documentos titulados *Relaciones histórico-geográficas de los pueblos de España* (o simplemente *Relaciones topográficas*). Aparecieron de forma esporádica también después de 1578 y a lo largo del siglo XVII, pero el contingente más importante que ha llegado hasta nosotros es el que resultó de las encuestas de 1575 y 1578, conservado en la biblioteca del monasterio de El Escorial, reunido en ocho volúmenes y compuesto por más de cuatro mil folios escritos con letra muy apretada.

Por la misma época, en 1577 para ser exactos, se ponía en marcha otra encuesta parecida en las vastas posesiones coloniales españolas en América. Los documentos relacionados con esta otra investigación son conocidos hoy con el nombre de *Relaciones de Indias*.

Paradójicamente, el fruto de todo ese trabajo permaneció sepultado bajo el polvo de los archivos de la burocracia española. Se conocía su existencia, pero quizás la magnitud misma del material recogido no animó precisamente a utilizarlo. En 1866 Fermín Caballero, en su discurso de investidura como nuevo miembro de la Real Academia de la Historia, informó al mundo de los estudiosos de la importancia del material, pero hasta 1949 no dio comienzo la publicación crítica del texto de las *Relaciones*.<sup>1</sup>

1. Sobre los volúmenes conservados en la Biblioteca de El Escorial, cf. Miguélez, 1917; y Salomon, 1964. Las *Relaciones* fueron publicadas en edición crítica por Viñas y Mey y Paz (1949).

En 1561 Felipe II puso en marcha otra extraordinaria empresa de carácter documental: encargó a Anton van den Wyngaerde, por aquel entonces el más ilustre topógrafo de Europa, que crease una serie de perspectivas de las principales ciudades de su imperio. Cf. Kagan, 1989.

### ARITMÉTICA POLÍTICA Y PROTOESTADÍSTICA

Simplificando al máximo, el siglo XVII ha sido denominado el siglo de la «Revolución científica». Y fue etiquetado así porque en aquel periodo (es decir, a grandes rasgos, el periodo de Galileo, Newton, Harvey, Descartes, Huygens y Leibniz) se sentaron las bases del método científico experimental y de la ciencia moderna. A partir de entonces los estudiosos se plantearon cada vez menos las grandes preguntas sin respuesta, como el fin último de la vida, la esencia de la felicidad humana o la naturaleza de los ángeles. En cambio, se plantearon con más frecuencia y precisión problemas más prosaicos, pero a los que se podía responder de manera experimental, como las leyes del movimiento y de la gravitación. Fue entonces cuando nacieron una concepción mecanicista del universo, una clara preferencia por las matemáticas como instrumento para plantear y resolver problemas científicos, el recurso general al experimento como única prueba aceptable de la validez de la hipótesis teórica. Dicho de modo suscinto, fue entonces cuando nació el método científico. Algo se había perdido en ese proceso. En 1686 Fontanelle dio cuenta de una conversación interesante:

Me parece —dijo la condesa— que la filosofía ha asumido un carácter decididamente mecanicista. Tan mecanicista es —dije yo— que temo que pronto deberemos avergonzarnos; actuarán de manera que el universo se convierta, en grande, en lo que es un reloj en pequeño: un mecanismo exacto que depende sólo de la correcta disposición de las distintas partes en movimiento. Pero decidme, señora: ¿no teníais del universo una idea más sublime?

El dramaturgo inglés Thomas Shadwell (1642-1692) se hizo eco de Fontanelle en la comedia *The Virtuoso*, escrita en 1676, donde describía el nuevo tipo de estudioso que entonces se perfilaba como alguien que emplea su tiempo en investigar «la naturaleza de las anguilas en aceite, de los gusanos del queso, el porqué del color azulado de las ciruelas; que se estruja el cerebro para determinar la naturaleza de las larvas de las moscas y de los diversos tipos de arañas y jamás se preocupa de comprender a la humanidad ...».

He reproducido esos pasajes para recordar el conflicto que en sus comienzos enfrentó el método científico con la tradición huma-

nística. Sea como fuere, en el ámbito de lo que hoy se llaman pretenciosamente «ciencias sociales», el siglo XVII asistió al surgimiento y desarrollo de nuevas curiosidades y, sobre todo, de una auténtica manía de medir. Inglaterra, que precisamente entonces se estaba convirtiendo de farolillo rojo de Europa en un país de vanguardia, se caracterizó por una proliferación de hombres cultos, principalmente estudiosos aficionados, a los que generalmente llamaban «virtuosos». Los que sentían curiosidad por indagar en el cuerpo social y por medir fenómenos demográficos, económicos y sociales fueron llamados «aritméticos políticos» y a la disciplina que practicaban se le dio el nombre de «aritmética política». Esta denominación venía a designar lo que hoy estudian la economía, la estadística y la demografía, términos que por aquel entonces no habían nacido.<sup>2</sup> Los «aritméticos políticos» manejaban todavía los números con bastante ingenuidad (cf. Landes, 1972, p. 55), pero tuvieron el mérito de abrir una vía que llevaría muy lejos. Su credo fue expresado acertadamente por John Arbuthnot en 1701 cuando escribió:

La aritmética [como queda dicho, el término estadística no había aparecido aún] no es sólo un instrumento eficaz del comercio privado; con ella se llevan (o deberían llevarse) las cuentas públicas de la nación, es decir, las que se refieren al estado de la colectividad en relación con el número y el crecimiento de la población, el aumento del capital, las mejoras de las tierras y las manufacturas, la balanza comercial, los ingresos públicos, las acuñaciones de moneda, la potencia militar marítima y terrestre, etc. (Citado en Clark, 1938, p. XIII).

Entre los aritméticos políticos se distinguieron especialmente William Petty (1623-1687); John Graunt (1620-1684), que prácticamente fundó él solo la demografía con sus estudios de las listas de defunciones de Londres; Gregory King (1648-1712), que hizo estimaciones sensatas sobre la renta nacional inglesa y estimaciones un poco menos sensatas sobre la renta nacional francesa; Charles Davenant (1656-1714), que defendió la importancia «del arte de razo-

2. Parece ser que el término «aritmética política» lo utilizó por vez primera William Petty en una carta de 1672 dirigida a lord Anglesea (cf. C. H. Hull, 1989, I, pp. 239-240 n.).

nar a partir de cifras en las materias que tienen que ver con el gobierno», y Edmund Halley (1656-1742).

En el continente, la aritmética política arraigó sobre todo en Alemania, en buena medida gracias a un «virtuoso» que había estudiado medicina, Hermann Conring (1606-1681): allí fue conocida con el nombre un poco farragoso de *Staatsmerkwürdigkeiten* e introducida con dignidad académica en la universidad. En Francia no tuvo un tratamiento tan formal, pero desde Richelieu hasta Colbert los gobiernos solicitaron con frecuencia la elaboración de informes y estadísticas sobre el comercio, las manufacturas y las finanzas. En España, la espectacular decadencia del país sirvió de estímulo para la producción de una nutrida serie de memoriales sobre las condiciones económicas del reino y sobre sus relaciones económicas y financieras con el extranjero. Sus autores fueron los «arbitristas», término que entonces significaba aproximadamente lo que hoy se entiende por economistas. Los arbitristas más renombrados fueron González de Cellorigo, Sancho de Moncaba, Francisco Martínez de Mata, Miguel Álvarez Osorio y Redín, Pedro Fernández de Navarrete y Miguel Caxa de Leruelo.

Pero fue sobre todo en el siglo XVIII cuando, restañadas las graves heridas causadas por la guerra de los Treinta Años (1618-1648) y con la maduración de aquel complejo y profundo movimiento político-cultural que suele conocerse con el nombre de Ilustración, fue entonces, digo, cuando se produjo una auténtica floración de encuestas, investigaciones y memorias sobre los problemas de la población, del comercio exterior, de las monedas y de la pobreza. En general, se dio un salto desde la documentación de tipo fiscal a la de tipo informativo que se recopilaba para investigar. El salto se había iniciado ya en el siglo anterior con la obra de los aritméticos políticos y en el terreno de las informaciones sobre el comercio exterior había sido estimulado por las preocupaciones mercantilistas en torno a la balanza comercial. El fenómeno es claramente perceptible en las innovaciones introducidas en la recogida de las estadísticas comerciales inglesas.

Hemos hablado antes de los *Exchequer Enrolled Customs Accounts* del periodo 1275-1547 y de la serie de los *Port Books* a partir de 1565. La primera serie de datos reflejaba sólo el movimiento de mercancías que pagaban derechos de aduana. También la segunda serie, la de los *Port Books*, representaba, como dijo Do-

nald Woodward (1973, p. 156), «más la documentación de ingresos por impuestos que la de comercio o navegación»,<sup>3</sup> aunque con frecuencia en ellos se registraban también la entrada y salida de mercancías que no pagaban derechos de aduana. Con todo, en julio de 1696, una comisión designada al efecto, «considerando la gran utilidad de llevar una cuenta clara de las importaciones y las exportaciones de todas las mercancías, y de los lugares de los que proceden y a los que se dirigen esas mercancías importadas o exportadas», proponía la creación del cargo de *Inspector General of the Exports and Imports*, que se encargaría de recoger los datos relativos a la importación y exportación de todas las mercancías, tanto de las sometidas a arbitrio como de las libres, con el fin expreso de «establecer una balanza comercial» (citado en Clark, 1938, p. 3). Así empezó la serie de los *Inspector General's Ledgers of Imports and Exports*, también conocida entre los historiadores como serie *Customs 3*, que se unió a la serie de los *Port Books* y cubre el periodo 1697-1780.<sup>4</sup> Esa serie representa la fuente principal para el conocimiento y estudio del comercio exterior inglés durante el siglo XVIII.

En Francia, Colbert intentó llevar a cabo en 1664 una gran investigación general sobre las condiciones económicas y sociales del país, incluyendo el comercio exterior. El intento no tuvo éxito. Pero lo que Colbert no pudo hacer lo hicieron sus sucesores. En 1697, 1724, 1730, 1745 y 1764 se realizaron investigaciones generales, ricas en estadísticas descriptivas sobre las condiciones económicas, financieras, demográficas y sociales de Francia (aunque buena parte de los informes producidos en 1724 y 1764 se han perdido o están olvidados en algún rincón de los archivos franceses). Entre tanto se pusieron en marcha investigaciones especiales para estudiar la población del país (1709, 1726, 1745, 1784), las minas (1741, 1764, 1783), la siderurgia (1772, 1774, 1788), los curtidos (1733,

3. También Andrews reconoce que «el objetivo de los *Port Books* no era proporcionar estadísticas comerciales o del movimiento de barcos, sino prevenir el fraude en las aduanas» (1956, p. 118).

4. Los registros de esta serie se conservan en el Public Record Office de Londres, en el apartado Customs 3/1-82: de ahí el nombre de Customs 3 con el que suele ser designada la serie por los historiadores. Sobre esa serie se pueden consultar las obras de Carson, 1977; E. B. Schumpeter, 1960 (que pasa revista a todos los datos); y Schlote, 1938. Los *Port Books* se compilaron cada año hasta 1799.

1745, 1759, 1788) y diversos aspectos de la agricultura (para más detalles, cf. Gille, 1964).

Por lo que se refiere al comercio exterior, mientras que sobre el siglo XVII no existen en Francia más que datos intermitentes y parciales, sobre el XVIII hay tres series de estadísticas oficiales:

- 1) las confeccionadas anualmente por las cámaras de comercio y remitidas al secretario de Estado para la Marina;
- 2) las producidas por la Direction des Fermes en relación con el periodo 1725-1778;
- 3) las compiladas por el Bureau de la Balance du Commerce para el periodo 1716-1772.<sup>5</sup>

Ninguna de esas series está completa, pero el mayor problema es que las cifras de las tres series no coinciden entre sí y, especialmente por lo que se refiere a las cifras de las estadísticas de la Direction des Fermes, se ha escrito que «son tan manifiestamente inexactas que cabe preguntarse cómo pudieron ser tomadas en serio» (Masson, 1911, p. 408n.). Lo que es tanto más notable cuanto que los tres departamentos eran interdependientes por lo que se refería a la recogida y elaboración de las estadísticas. Todos los comerciantes que importaban o exportaban mercancías estaban obligados a declararlas en la Direction des Fermes, independientemente de que fuesen mercancías sujetas a derechos de aduana o exentas. La Direction des Fermes transmitía luego un resumen de estos datos al Bureau de la Balance du Commerce. El Bureau, a su vez, se dirigía a las cámaras de comercio para disponer de los precios actualizados de las mercancías importadas y exportadas y evaluar, en consecuencia, el avance o el retroceso comercial (cf. Romano, 1957, pp. 1.282-1.289). Con tanto ir y venir de una oficina a otra se introdujeron evidentemente errores y malentendidos que tal vez explican las discrepancias entre las tres series.

Los países que más se distinguieron a lo largo del siglo XVIII en la recopilación de datos e informaciones sobre fenómenos demográficos, económicos, financieros y sociales fueron Francia, Inglaterra, Brandeburgo y España.

En el caso de Brandeburgo hay que tener presentes el efecto de

5. Sobre esta serie, cf. Gille, pp. 95-97; y Romano, 1957, pp. 1.282-1.289. La serie de datos del Bureau de la Balance du Commerce para el periodo 1716-1772 fue publicada por Bruyard, director del Bureau desde 1756 hasta 1781.

la personalidad de un ilustrado despótico y déspota ilustrado del calibre de Federico II el Grande y la existencia de una organización política del Estado de carácter burocrático-militarizado que favorecía notablemente las operaciones de recogida de datos por parte de los oficiales de la administración pública.<sup>6</sup>

España, a pesar de su larga y progresiva decadencia, se distinguió en la segunda mitad del siglo XVIII por una serie de iniciativas de las que surgieron fuentes de considerable importancia para el historiador económico. Entre 1749 y 1754 se elaboró el catastro general del país, que lleva el nombre del marqués de la Ensenada: una obra verdaderamente excepcional para su tiempo. En 1787 se llevó a cabo, con fines puramente demográficos, el censo general de población que lleva el nombre del conde de Floridablanca. Ese censo (*Censo español*, 1787) fue un modelo en su género. Se analizó la población de todo el país (10.409.879 habitantes) por sexo, edad, estado civil, clase social y profesión, indicando aparte la población religiosa (frailes, monjas, etc.), la de los hospitales y las cárceles y los militares. Los censos un poco posteriores de los Estados Unidos (1790) y de Inglaterra (1801) fueron muy inferiores desde el punto de vista técnico y cualitativo; los censos franceses de 1801, 1806, 1821, 1831, 1836, 1841 y 1846 no registran la edad de los censados; y el recuento de la población sueca de 1749 no fue un censo en sentido estricto, aunque normalmente se cite como tal.<sup>7</sup> También en España, en 1799 se realizó un censo agrícola e industrial que lleva el título de *Censo de frutos y manufacturas de España e islas adyacentes*.<sup>8</sup>

En cuanto a Italia, habían pasado ya los tiempos en que el país daba lecciones al resto del mundo con las innovaciones técnicas mercantiles, contables y financieras de sus comerciantes, con sus escuelas de derecho y de medicina, con su organización sanitaria de vanguardia. La crisis económica registrada entre 1620 y 1680 convirtió a Italia en un «país atrasado». No faltaron en el siglo XVIII,

6. Sobre lo realizado en Brandeburgo-Prusia hasta la fundación del Instituto central de estadística, cf. la importante obra de Behre (1905).

7. El «censo» sueco consistió en la acumulación de los datos de los registros parroquiales. Habitualmente se citan los «censos» sueco, estadounidense, francés e inglés como los censos más antiguos a escala nacional.

8. Sobre la evolución de los recuentos estadísticos en España durante el siglo XVIII, cf., entre otros, Sanz Serrano, 1956.

tanto en el norte como en el sur de la península, quienes tratasen de mantener el ritmo de lo que ocurría al otro lado de los Alpes. Baste recordar los nombres de los hermanos Verri, Cesare Beccaria, Gian Rinaldo Carli, Pompeo Neri, Antonio Genovesi y del abad Galiani. Pero la gran masa del país no respondía y faltaban las estructuras o instituciones capaces de recopilar datos económicos y sociales. Se pudo comprobar muy bien a finales del siglo y a principios del XIX, después de que el ejército francés ocupara la península. El gobierno imperial de París bombardeó a los administradores locales de Italia con peticiones de información y estadísticas sobre población, agricultura, manufacturas, comercio, finanzas, etcétera, como las que estaba acostumbrado a tener en Francia. En Italia, las oficinas locales, bajo la presión de la imperiosa voluntad de París, consiguieron producir muchos datos y llevar a término algunas investigaciones; otros datos los inventaron pura y simplemente para hacer callar a los franceses; incluso sobre otras muchas informaciones confesaron su absoluta ignorancia y la imposibilidad de remediarla. Encollerizado, el emperador escribía el 25 de febrero de 1806 al príncipe Eugenio: «No tengo a mano ningún elemento y conozco los asuntos de mi reino de Italia menos aún que los de la mismísima Inglaterra» (citado en Tarlé, 1950, p. 16).

De hecho, en Francia se desarrolló, durante el periodo revolucionario e imperial, una frenética actividad de producción de estadísticas (cf. Landes, 1972, pp. 71 ss.; y Perrot y Woolf, 1984). Sus adalides fueron N. L. François de Neufchâteau (1750-1828) y J. A. C. Chaptal (1756-1832). Tras la reorganización administrativa de octubre de 1795, con la que se restablecieron los ministerios, el Ministerio del Interior asumió el control de los asuntos económicos y estadísticos. El 8 de abril de 1800, Luciano Bonaparte creó en ese ministerio un *bureau* especial para la conservación de la biblioteca y de los archivos del mismo. El 22 de noviembre de aquel año, Chaptal, al reorganizar el ministerio, convirtió el *bureau* de la biblioteca y el archivo en un auténtico Bureau de Statistique que, colocado en 1802 bajo la dependencia directa del secretario general del ministerio, recibió el encargo de elaborar *grands mémoires statistiques*. Entre 1801 y 1805 «el esfuerzo entusiasta del Bureau por reunir y publicar una topografía descriptiva de toda Francia convirtió la estadística en uno de los más importantes asuntos de estado» (Woolf, en Perrot y Woolf, 1984, p. 115). Diversas dificultades y

resistencias impidieron que la nueva oficina produjese la esperada estadística general del país y quizá fue esa una de las causas de su supresión temporal en septiembre de 1812. Pero el volumen de documentación recogida por la oficina y que ésta puso a disposición de los estudiosos permitió la publicación de obras como las de Alexandre de Ferrière, *Analyse de la statistique générale de la France* (1803-1804); Herbin de Halle, *Statistique générale et particulière de la France et de ses colonies*, en 7 volúmenes (1803); J. Peuchet, *Statistique élémentaire de la France*, y J. Peuchet y P. G. Chanlairre, *Description topographique et statistique de la France* (1810).

El ejemplo francés fue imitado pronto por otros estados. Se crearon oficinas centrales de estadística en Baviera en 1801, en Prusia en 1805, en Austria en 1810, en Bélgica en 1831 y en Rusia en 1857. En este último país, a comienzos del siglo XVIII, la Blizhniaia Kantselaria reunía listas de personas que debían cumplir el servicio militar y pagar impuestos. En 1811 se creó, dentro del Ministerio de Policía, un Departamento de Estadística encargado de recoger y estudiar los informes de los gobernadores provinciales y preparar estadísticas demográficas a partir de dichos informes. En 1834 se creó un departamento estadístico en el Ministerio del Interior. En 1852 ese departamento fue suprimido, a la vez que se encargaba al ministro que definiese la estructura y las funciones de una oficina de estadística creada en aquella ocasión. En marzo de 1857 el nombre de la oficina fue cambiado por el de «Oficina Central de Estadística», que fue dividida en dos departamentos: el Departamento Estadístico y el Departamento Provincial.

En Austria se había creado una tradición de recogida de datos económicos y demográficos en la segunda mitad del siglo XVIII bajo los gobiernos de soberanos ilustrados como María Teresa y su hijo José II y de ministros tanto o más ilustrados como Kaunitz. Los efectos de la eficiencia administrativa austriaca se habían dejado sentir también fuera de los límites de la propia Austria, en todos los dominios de la corona. En Lombardía, por ejemplo, en 1760 se llevó a cabo un catastro y a partir de 1771 se elaboraron los *Sommari generali della popolazione trovatisi nella Lombardia austriaca*, que continuaron hasta 1796.

La oficina estadística central que en 1810 se creó en Viena llevó al principio el nombre de Königliche-Kayserliche Direction der Administrativen Statistik (pero en 1863 fue reorganizada y rebautizada

con el nombre de Statistische Zentral-Kommission). Este organismo publicó con periodicidad anual, a partir de 1829, las *Tafeln der Österreichischen Monarchie* (cuyo primer volumen proporciona los datos de 1828). El interés de esas *Tafeln* (cuadros) se ve incrementado por el hecho de que abarcan todas las zonas que componían el variado, multilingüe y multinacional imperio y que se encontraban en fases de desarrollo notablemente distintas. La riqueza estadística de las *Tafeln* permite hacer interesantes comparaciones entre zonas que, por tomar como ejemplo un índice de desarrollo bastante significativo, tenían en 1900 desde una tasa de analfabetismo del 1 por 100 en Vorarlberg hasta una tasa del 73 por 100 en Dalmacia.<sup>9</sup> El volumen de las *Tafeln* dedicado a 1841 (pero publicado en 1844) contiene también uno de los primeros intentos de evaluar el producto nacional bruto.

Paradójicamente, Inglaterra, que con sus «aritméticos políticos» había estado en el siglo XVII en la vanguardia del camino hacia el uso de la información estadística, no creó un departamento estadístico hasta 1832. Las pretensiones y expectativas del departamento, que formaba parte del Ministerio de Comercio, eran grandes. Se esperaba «obtener y organizar sistemáticamente información relativa a la riqueza, el comercio y la industria del Reino Unido» y la Comisión parlamentaria especial sobre documentos públicos, en su informe de 1833, formuló la recomendación de que el departamento estadístico del Ministerio de Comercio se transformase pronto en una oficina estadística central. Sin embargo, las expectativas se vieron en gran parte defraudadas. El departamento tropezó con grandes dificultades en la recogida de los datos económicos, sobre todo fuera de Londres, a la vez que se vio inundado de estadísticas sanitarias y «morales» (es decir, relativas a la criminalidad, el alcoholismo y la educación). El gran interés que prevaleció en la Inglaterra de la época por las estadísticas «morales» tiene que ver con el hecho de que el país se encontraba entonces en plena Revolución industrial, con todos los problemas derivados de un éxodo masivo de población de las áreas rurales a los miserables guetos de las ciudades industriales, en los que imperaban la criminalidad, la prostitución y el alcoholismo y donde los niños eran enviados a trabajar a las fábricas en vez de a estudiar en la escuela. Todavía en 1839, el

9. Sobre la Italia austriaca, cf. Zaninelli, 1965; y Faccini, 1980.

anuario del departamento estadístico, que llevaba el prometedor título de *Tables of the Revenue, Population, Commerce, etc. of the United Kingdom and its Dependencies compiled from official records*, contenía 114 cuadros de estadísticas criminales y 79 de estadísticas hospitalarias. En el anuario de 1845 abundan los datos relativos al dinero que la policía confiscaba a los borrachos y les restituía cuando volvían a estar sobrios, y los datos sobre el número de tabernas autorizadas a tener billar. Por desgracia, la abundancia de material de este tipo no va acompañada de estadísticas económicas también abundantes.<sup>10</sup> Sir Robert Peel tuvo razón más de una vez al lamentar la carencia de las informaciones estadísticas que permitieran tomar decisiones racionales y, como escribió Lucy Brown, «no hay señales de que el gobierno tuviese [en 1839-1842] un conocimiento de las condiciones económicas en los centros provinciales más sólido que el que tenía diez años antes» (1958, p. 88). Ciertamente, las cosas no mejoraron después de 1849, cuando George Richardson Porter, que, aunque con resultados decepcionantes, había dirigido hasta entonces el departamento con energía y competencia, fue ascendido a otro cargo y sustituido por Albany Fonblanche, que, al decir de Disraeli, era un «perfecto imbécil» (citado en Cullen, 1975, p. 25). Todavía en 1850, el entonces responsable del Ministerio de Comercio reconocía que el departamento estadístico era «susceptible de mejoras sustanciales» y estaba claro que el propio departamento no había conseguido convertirse en una oficina central de estadística (*ibid.*).

Sin embargo, no todo en Inglaterra estaba condenado a salir mal. En 1801 se llevó a cabo el primer censo nacional, cuyos resultados no sufren, según las estimaciones de los estudiosos de hoy, unos márgenes de error superiores al 5 por 100.<sup>11</sup> En 1837 se creó la oficina general de registro, cuya función primordial consistía en recoger, de modo regular y continuo, por parte de los funcionarios, datos sobre nacimientos, defunciones, matrimonios y divorcios, que hasta entonces habían seguido confiados a la atención del clero parroquial. Gracias a los esfuerzos y a la visión de William Farr, la oficina general de registro amplió la recogida y publicación de da-

10. Para todo lo anterior, cf. Cullen, 1975, pp. 20-21, 25.

11. Sobre la historia de los censos ingleses, cf. Interdepartmental Committee on Social and Economic Research, 1951.

tos para incluir estadísticas sanitarias, cuya calidad y metodología fueron sensiblemente mejoradas.<sup>12</sup>

### LAS ESTADÍSTICAS MODERNAS

Parece que el término «estadística», utilizado en el sentido que hoy le atribuimos, apareció en Alemania durante el siglo XVIII. Antes se hablaba, como hemos visto, de «topografía» (Francia y España),<sup>13</sup> de «aritmética política» (Inglaterra), de *Staatsmerkwürdigkeiten* (Alemania). Este último término reflejaba claramente la obsesión de los estudiosos alemanes por el papel y la importancia del Estado. Quienes se dedicaron en los países de habla germánica al estudio de los fenómenos demográficos, económicos, financieros y sociales lo hicieron preferentemente con el fin de describir la organización y el funcionamiento de los diversos órganos del Estado. No debe sorprender, por tanto, que el término *Statistik* —cuya raíz es obviamente la palabra *Staat* (Estado)— haya sido acuñado en Alemania. G. Achenwall lo usó en una obra publicada en 1748, pero no da la impresión de haber creado un neologismo. Cuando el término *statistics* fue introducido en Inglaterra en 1770 por W. Hopper, en la traducción de una obra de J. F. von Bielfeld, la estadística fue definida como la disciplina que «da noticia de la organización política de todos los estados modernos». Y en 1797, la *Enciclopedia Británica* definía el término «estadística» como «un neologismo introducido recientemente para expresar la visión o descripción de un reino, de un condado o de una parroquia». En Alemania, el estudio de la estadística como ciencia del Estado se difundió por las universidades a lo largo del siglo XVIII y, como

12. La tarea de producir y publicar estadísticas se vio considerablemente facilitada en Inglaterra por la creación de sociedades de estadística debidas a la iniciativa privada local, como la Manchester Statistical Society, fundada en 1833, la Statistical Society of London, fundada en 1834, la Statistical Society of Glasgow, fundada en 1836, y la Bristol Statistical Society, fundada en 1838. Las revistas de estas y otras sociedades semejantes son una mina de información estadística.

13. El adjetivo «topográfico» en el sentido de «estadístico» todavía se usaba mucho en Francia a principios del siglo XIX. La afirmación de Woolf, en Perrot y Woolf, 1984, p. 85, de que el término tuvo su origen en la Alemania del siglo XVII y que de allí pasó a Francia e Inglaterra no tiene fundamento: evidentemente, Woolf ignora la existencia de las *Relaciones topográficas* producidas bajo Felipe II.

suele ocurrir en la historia cultural alemana, alimentó enseguida una apasionada disputa en torno a sus objetivos y métodos. Unos concebían la estadística fundamentalmente como presentación de datos cuantitativos en forma de cuadros (*Tabellenstatistik*), mientras que otros se oponían a semejante concepción puramente cuantitativa de la disciplina.<sup>14</sup>

El uso de gráficos y otras representaciones visuales se desarrolló relativamente tarde. Uno de los primeros en usarlos con frecuencia fue William Playfair en su *Commercial and Political Atlas*, editado en Londres en 1786, donde se ilustran principalmente los movimientos y la estructura del comercio de importación y exportación inglés y escocés (cf. Gray Funkhouser y Walker, 1935; Tilling, 1975; y Tufte, 1983, pp. 32 y ss). Sin embargo, el ejemplo de Playfair no despertó gran entusiasmo, como lo demuestra el hecho de que de los cincuenta primeros volúmenes del *Journal of the Statistical Society of London* (fundado en marzo de 1834), sólo 14 incluyen gráficos (Gray Funkhouser, 1937, p. 292).

Lo que importa tener en cuenta es que, a pesar del interés creciente por la medición y por el uso de los números en el análisis económico y social, hasta mediados del siglo XIX se estuvo en una fase que podría definirse como «protoestadística». Fue con la labor del belga L. A. J. Quetelet (1796-1874) que los números fueron aceptados como lenguaje natural de las estadísticas, y la técnica se hizo matemática con la asunción de un papel preponderante por parte del cálculo de probabilidades. Sólo entonces pudo decirse que se había iniciado por fin la época propiamente estadística.<sup>15</sup>

El perfeccionamiento de las técnicas de análisis y de las técnicas de recogida de datos y la creación de oficinas centrales de estadística y de sociedades estadísticas se combinaron para producir una verdadera explosión de la información estadístico-económica. Como observó Joseph Schumpeter en su clásica *Historia del análisis económico*:

Todos los tipos de información han crecido por encima de los límites de los sueños más optimistas de las generaciones pasadas,

14. Sobre la historia de la estadística se pueden consultar, entre las numerosas obras disponibles: John, 1894; Koren, 1918; Westergaard, 1932; y Stigler, 1986.

15. En 1853 se celebró en Bruselas el primer congreso internacional de estadística y en 1885 se fundó en La Haya el Instituto Internacional de Estadística.

pero nuestra época se ha distinguido especialmente por un aumento de la información estadística tan grande que ha abierto horizontes completamente nuevos a la investigación científica (1954, p. 1.141).

En términos más melodramáticos, Jean Stengers escribía:

El historiador que se dedica a la historia contemporánea, y especialmente a la historia posterior a 1850 aproximadamente, ve caer sobre él una lluvia de datos estadísticos. Y la abundancia se convierte pronto en diluvio: las cifras afluyen desde todos los puntos del horizonte (1970, pp. 427-428).

En el cuadro 3 presentamos una breve lista de colecciones de estadísticas históricas correspondientes a países europeos.

#### CUADRO 3

##### *Colecciones de estadísticas históricas*

---

|   |
|---|
| <b>Alemania:</b> Statistisches Bundesamt, <i>Bevölkerung und Wirtschaft 1872-1972</i> (Stuttgart, 1972).                  |
| <b>Francia:</b> Institut National de la statistique et des études économiques, <i>Annuaire statistique de la France</i> : |
| vol. 57 (1946) <i>Résumé rétrospectif</i>   |
| vol. 66 (1961) <i>Résumé rétrospectif</i>   |
| vol. 72 (1966) <i>Résumé rétrospectif</i>   |
| <b>Gran Bretaña:</b> B. R. Mitchell y P. Deane, <i>Abstract of British Historical Statistics</i> (Cambridge, 1962).       |
| <b>Holanda:</b> Central Bureau voor de Statistiek, <i>75 jaar statistiek van Nederland</i> (La Haya, 1975).               |
| <b>Italia:</b> Istituto Centrale di Statistica, <i>Sommario di statistiche storiche italiane, 1861-1955</i> (Roma, 1958). |
| <b>Noruega:</b> Statistik Sentralbyrå, <i>Historisk Statistikk</i> (Oslo, 1969).  |
| <b>Suecia:</b> Statistika Centralbyrån, <i>Historisk Statistik för Sverige</i> (Estocolmo, 1955).                         |

---

A pesar de esa inundación de datos y estadísticas, durante los últimos dos siglos (tres en Inglaterra) los órganos legislativos de los estados de Europa occidental han considerado a menudo necesario, para decidir sobre problemas y cuestiones económicas y sociales,

reunir más material documental. Se produjo así un nuevo diluvio de papeleo rebosante de testimonios, estadísticas e informaciones en general. En Inglaterra esos materiales recibieron el nombre de *Parliamentary Papers*. De hecho, el término se utilizó en sentido amplio para referirse a cualquier publicación oficial relativa al Parlamento y a su trabajo, desde las actas de sesiones y de los debates hasta los informes de las comisiones del propio Parlamento o de entidades externas (Ford y Ford, 1972, p. 1). Los que más datos y estadísticas nuevas aportan suelen ser los informes de las comisiones especiales y de las comisiones reales, las respuestas ministeriales, los documentos de los departamentos, los informes de las comisiones asesoras y consultivas y los informes de las comisiones de investigación.<sup>16</sup> Estos diversos informes abordan una gama amplísima de asuntos económicos y sociales. Sólo en relación con el siglo XIX se pueden contar al menos 36 volúmenes sobre agricultura, más de 200 sobre las colonias, más de 70 sobre educación, una treintena sobre emigración, más de una veintena sobre problemas bancarios, y así sucesivamente. Por fortuna, no faltan guías e índices que puedan ayudar al estudioso a orientarse en semejante bosque de material (cf., por ejemplo, Ford y Ford, 1972; *Catalogue of British Parliamentary Papers*, 1981; Bond, 1971; y Di Roma y Rosenthal, 1976), pero para llegar a dominar toda esa documentación haría falta una vida entera, o quizás más.

Los estados del continente europeo siguieron el ejemplo inglés, y también ocurrió que ciertas experiencias comunes estimularon la puesta en marcha de investigaciones parlamentarias paralelas en países distintos. Por ejemplo, la crisis agrícola de largo alcance que afectó a Europa por la competencia norteamericana en la segunda mitad del siglo XIX dio pie a investigaciones parlamentarias sobre la situación de la agricultura en Francia en 1865-1866, en Inglaterra en 1881-1882 y en Italia en 1881-1884. En casos como ese es posible plantear interesantes comparaciones internacionales, aunque las diversas investigaciones se hicieran con criterios distintos.<sup>17</sup>

16. Para una descripción clarificadora de lo que hay detrás de esta complicada serie de nombres citados en el texto y de la vinculación y las relaciones que unen entre sí a los diversos comités y comisiones, cf. Ford y Ford, 1972.

17. Sobre la investigación inglesa de 1881-1882, cf. el interesante informe del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio italiano (Ministero dell'Agricoltura, Industria e Commercio, 1884).

El mayor problema de toda esa documentación es precisamente su volumen, que desalienta a la hora de utilizarla. El resultado de la investigación italiana sobre la agricultura (1881-1894) (llamada también «investigación Jacini»), consta de 22 gruesos volúmenes de gran formato, de varios centenares de páginas cada uno.<sup>18</sup> Años antes, también en Italia, una investigación parlamentaria de los primeros pasos hacia la industrialización del país produjo tres volúmenes de declaraciones escritas (cerca de 2.000 páginas), dos volúmenes de declaraciones orales (más de 1.500 páginas), cuatro volúmenes de informes de las cámaras de comercio (otras 600 páginas) y dos volúmenes de informes especiales (otras 400 páginas).<sup>19</sup> Tiene razón Stengers cuando habla de «diluvio» de datos estadísticos.

18. Sobre la investigación agraria italiana de 1881-1884, cf. Caracciolo, 1958.

19. Sobre la investigación industrial italiana de 1871-1874, cf. Are, 1963; y Abrate *et al.*, 1970.

#### **4. LOS INFORMES DEL «ESPIONAJE» EN EL EXTRANJERO**

Hasta ahora hemos hablado de fuentes producidas por ciudades y estados en relación con sus propios asuntos. Hay que recordar también, sin embargo, otro tipo de fuente importante para la historia económica que constituye una excepción a la categoría anterior. Ya durante la Edad Media, los diversos estados y príncipes europeos se mostraron particularmente interesados en la información sobre las fuerzas militares, sobre la población y los recursos financieros de otros estados con los que tenían o tal vez tendrían que ver. Con tal motivo encargaban la recogida de esas informaciones a sus propios representantes diplomáticos o, de manera más secreta, a informadores especiales. Por su regularidad, su estructura y su precisión, los informes de los embajadores venecianos acreditados ante los diversos estados de Europa gozaron durante siglos de una especial celebridad.<sup>1</sup>

Ya en 1268, una norma del Gran Consejo de Venecia establecía que todo embajador tenía que presentar, dentro de los quince días posteriores a su regreso, un informe en el que se pusiese «por escrito cuanto se le hubiese dicho en respuesta a su misión y cual-

1. Ya en el siglo XVI se publicaron (de forma incorrecta y aproximada) diversos informes de embajadores venecianos. Pero hasta bien avanzado el siglo XIX no se iniciaron publicaciones sistemáticas. Esas ediciones decimonónicas dejan mucho que desechar en cuanto a rigor filológico. Cf., entre otras, las colecciones preparadas por Barozzi y Berchet (1863) y por Alberi (1860). En cambio, resulta ejemplar por el rigor de método la colección preparada por Firpo, (1965). Muchos de los informes se han perdido, sobre todo los más antiguos, a causa en parte de dos incendios desastrosos que en 1574 y en 1577 destruyeron papeles y enseres en el Palacio Ducal.

quier otra cosa que hubiese conocido durante el viaje y que en su opinión pudiese contribuir al beneficio y al honor de Venecia». El 31 de mayo de 1425 el Senado ordenó que los informes fuesen presentados por escrito y registrados en la Cancillería «in uno libro ad hoc specialiter deputando», considerándose «bonum et utile» para Venecia disponer permanentemente de un instrumento de consulta para el mejor conocimiento de los estados extranjeros.

Un *Traité du gouvernement de Venise* de principios del siglo XVI definió así la estructura típica de un informe de un embajador veneciano:

El embajador habla ante todo de cuanto ha hecho y negociado durante la embajada, después de la personalidad del príncipe, de su mujer e hijos si los tiene, después de las tendencias e intenciones de dicho príncipe tanto hacia la Señoría como hacia otros estados. Habla a continuación de los ingresos ordinarios y extraordinarios [del príncipe], de los gastos en tiempos de paz y de guerra, de sus consejeros, de los personajes que tienen alguna autoridad junto a él o son sus favoritos y se refiere también a otras personas que están sometidos a él.

Como se deduce del ejemplo que acabamos de ver, los informes en cuestión contenían también información económica, pero está claro que ese aspecto se consideraba de importancia secundaria. Normalmente, la información económica se limita a referencias a los ingresos y gastos del príncipe y se trata en general de cifras recogidas de ofertas, sin un afán crítico en su búsqueda, por lo cual es preciso manejarlas con prudencia. La importancia de los informes venecianos para la historia económica no radica tanto en lo que relatan sino sobre todo en el ejemplo que constituyeron. Andando el tiempo, los distintos estados europeos siguieron ese ejemplo veneciano hasta que los informes diplomáticos, y sobre todo los consulares de los estados más evolucionados, se enriquecen con informaciones económicas recogidas con cuidado y con sentido crítico.

En Francia, por ejemplo, con la institucionalización del servicio de los consulados (que recibieron su organización jurídica con la ordenanza de 1681),<sup>2</sup> el ministro Colbert ordenó que los informes

2. Con la *Ordonnance sur la Marine* de 1681, Colbert centralizó el servicio consular, sustrayéndolo a la competencia de la Cámara de Comercio de Marsella y

de los cónsules no se hiciesen ya sólo al final de la misión, sino que fuesen remitidos a Francia año por año; Colbert esperaba de esos informes anuales información detallada sobre el comercio, la navegación y las manufacturas de los países donde estaban acreditados sus cónsules. Durante el periodo revolucionario se observa una cierta relajación por parte de los cónsules franceses en el envío de sus informes, pero en la *Instruction générale du 8 août 1814 pour les consuls de France en pays étrangers* Talleyrand recomendaba la máxima atención y puntualidad en la redacción y envío de las *mémoires*, en las que, según sus instrucciones, debían quedar bien de manifiesto las informaciones «les plus propres à procurer à notre commerce et à notre navigation les avantages et l'extension dont il sont susceptibles».

Las fuentes consulares y comerciales francesas no han sido inventariadas hasta ahora; tal es su volumen. El inmenso material ha sido sumariamente ordenado, fragmentado y distribuido entre los Archivos Nacionales y el Ministerio de Asuntos Exteriores. Constituyen una fuente de información de importancia primordial para el historiador económico. Baste decir, a modo de ejemplo, que por lo que se refiere a los estados sardos, antes incluso de que el gobierno del Piamonte se preocupase de crear lo que después sería la comisión de estadística del rey Carlos Alberto, los distintos cónsules franceses repartidos entre Cerdeña y los dominios continentales de la Casa de Saboya compilaban ya, aunque afrontando mil dificultades, cuadros estadísticos de carácter periódico sobre las condiciones de las provincias (Nitti, 1963, p. 16).<sup>3</sup>

Los informes consulares británicos no fueron tan importantes como los franceses y no desempeñaron un papel tan significativo. No hay que olvidar que el servicio consular de la época victoriana

---

haciéndolo depender del Ministerio de Marina. Con la ordenanza de 1761, el Bureau des Consulats fue segregado del Ministerio de Marina y adscrito al de Asuntos Exteriores, aunque manteniendo la norma de que los cónsules debían seguir despachando con el Ministerio de Marina los asuntos relacionados con éste. Se produjo con ello tal confusión, que en 1766 el Bureau volvió a depender de la Marina y así continuó hasta la Revolución.

3. Antes de la Revolución (1789) había consulados franceses en Italia en: Ajaccio, Ancona, Bastia, Cagliari, Calvi, Civitavecchia, Finale, Florencia, Génova, Livorno, Malta, Mesina, Nápoles, Niza, Palermo, Pesaro, Roma, Trieste, Turín y Venecia. Cf. Nitti, 1963, p. 10.

se dividía en el Servicio General, el Servicio de Extremo Oriente (que abarcaba China y, más adelante, Japón, Siam y Corea) y el Servicio de Levante. Cada una de estas ramas tenía asignados objetivos diferentes y recibía instrucciones también diferentes. Tenido por el pariente pobre del servicio diplomático, el servicio consular no imponía respeto ni gozaba de prestigio. Todavía en 1842 Disraeli comentaba que «el estamento consular es considerado un refugio para los menesterosos. Los que han perdido su fortuna o su reputación son nombrados cónsules» (citado en Platt, 1963, p. 497). Por otra parte, durante todo el siglo XIX la recogida de información económica no se consideraba como una de las funciones principales de un cónsul británico. En 1898 lord Curzon comentó que «no es posible y no sería de desear que todos los cónsules dedicaran la totalidad de su tiempo oficial al fomento del comercio británico, en el cual todavía quedan algunas oportunidades para la iniciativa y la empresa privadas» (citado en Platt, 1963, p. 494). No cabe duda alguna, sin embargo, de que en el transcurso del siglo XIX, especialmente a causa de la competencia de Francia y Alemania, cuyos hombres de negocios se beneficiaban mucho de los informes que presentaban sus cónsules, los informes consulares británicos mejoraron en gran medida. Con todo, en 1904, el señor Cockerell, en un memorándum del Foreign Office, todavía señalaba que de 188 funcionarios consulares de quienes se esperaba informes comerciales cada año, sólo 17 habían mandado el suyo y únicamente otros ocho habían escrito para explicar la causa de la demora (Platt, 1963, p. 500).

En general, los comerciantes no valoraban con justicia la cantidad de información comercial que podía extraerse de los abundantes informes consulares (sobre todo de los correspondientes a las postrimerías del siglo XIX). A juicio de D. C. M. Platt,

la responsabilidad del olvido relativo de los servicios consulares en el siglo pasado corresponde principalmente al hecho de que los fabricantes británicos ya disfrutaban de la ventaja de una importante red de agencias comerciales en el extranjero. Las naciones mercantiles rivales no contaban con una representación tan amplia y el uso que sus comerciantes hacían de los cónsules nacionales reflejaba la falta de recursos privados (1963, p. 511).

De todos modos, los actuales historiadores económicos pueden encontrar mucha información útil en los informes consulares británi-

cos. Baste citar un ejemplo. Un historiador español que hace poco quería calcular el volumen de las exportaciones de uva de Andalucía comprobó que la información de los cónsules de Gran Bretaña era más digna de confianza que los datos que constaban en los «registros oficiales de Comercio Exterior y de Cabotaje» (Morilla Critz, 1989, p. 159).

La serie publicada de informes diplomáticos y consulares empezó en 1855. Desde entonces hasta 1915 fueron publicados como documentos parlamentarios. A partir de 1915 aparecieron como informes del departamento de comercio ultramarino, y a partir de 1946, como informes del departamento de fomento de la exportación del Ministerio de Comercio.

## 5. FUENTES «SEMIPÚBLICAS» Y FUENTES ECLESIÁSTICAS

### FUENTES «SEMIPÚBLICAS»

Las fuentes documentales que surgieron de la actividad de entidades que, con una expresión no demasiado feliz y excesivamente vaga, hemos definido como semipúblicas son las relativas a los gremios y los hospitales. Esos dos tipos de instituciones, que por lo demás no tenían nada en común, mantuvieron desde el punto de vista jurídico un carácter que hoy nos resulta ambiguo, por cuanto no eran propiamente entidades públicas ni privadas.

A partir de mediados del siglo XII, la gente de las nacientes o renacientes ciudades de Europa manifestó un fuerte sentido asociativo que se tradujo en la creación de asociaciones cada vez más numerosas, que en Italia tomaron el nombre de *corporazioni, arti o università*, en Francia el de *corporations*, en España el de gremios, en Inglaterra el de *guilds* y en Alemania el de *Zünfte*. Se asociaban, no sólo para defender intereses económicos comunes, como argüiría siglos más tarde Adam Smith, sino también para otros fines. En aquel tiempo, las poblaciones y las ciudades daban los primeros pasos en un mundo nuevo de desarrollo económico y social, y las personas que penetran en un mundo desconocido sienten más que la mayoría la necesidad de permanecer unidas para asegurar su defensa, afirmar su identidad e implantar las instituciones que hacen falta para reglamentar la vida en un mundo en el que los cambios se producen con rapidez. La documentación que interesa principalmente al historiador económico es la que emana de los gremios de comerciantes y de artesanos. Los gremios fueron abolidos durante el siglo XVIII, considerados como una pesada herencia

de la Edad Media que obstaculizaba el progreso social y la liberación económica propugnados por la Ilustración, pero entre los siglos XII y XVIII desempeñaron un papel de primera magnitud en la formación de oligopolios y oligopsonios; en la defensa contra las reivindicaciones de determinados grupos de trabajadores y en la evitación de que éstos crearan sus propias organizaciones; en el control de la calidad de los productos; en la formación profesional por medio del aprendizaje; y en la provisión de varias formas de ayuda y seguridad social para sus miembros. Mucha documentación originada por la actividad de los gremios desapareció en el momento de su abolición en el siglo XVIII. Mucha había sido destruida antes, porque se consideró que era inútil o bien por accidente. Se han conservado sobre todo las ordenanzas y los registros de afiliados porque, por razones evidentes, se puso especial cuidado en la salvaguardia y la conservación de esos documentos, de los que dependía la propia vida del gremio. El historiador económico puede extraer de los estatutos de los gremios abundante información de carácter económico y social, pero ha de estar atento para no caer en la trampa de creer que todo se hacía de acuerdo con las ordenanzas.

Pasando a los hospitales, es preciso tener en cuenta que el hospital como institución fue introducido en Occidente en la época del renacimiento europeo de los siglos XII y XIII, tomándose por modelo otras instituciones análogas ya existentes en el imperio bizantino y en el mundo árabe. Desde su aparición en Occidente hasta finales del siglo XIX, el hospital fue algo completamente diferente de lo que es un hospital hoy en día. Hasta la primera guerra mundial, en Europa la gente, y no sólo la gente acomodada sino también la de medios más modestos, se «curaba» en casa. Al hospital iban sólo los pobres; y con frecuencia iban de buen grado incluso cuando no estaban enfermos, con el fin de encontrar allí un lecho (muchas veces sucio y compartido con otros) para dormir y un plato de sopa para matar el hambre. Es significativo que la raíz de la palabra «hospital» sea la misma de las palabras «hostal», «hotel» y «hospitalidad».

En los documentos de administración de los hospitales, los historiadores económico y social pueden encontrar mucha información de interés. Dichos documentos pueden:

- 1) facilitar datos sobre la administración de un hospital determinado y sus costes de gestión;

- 2) ofrecer la posibilidad de seguir el movimiento de sueldos, salarios y precios de bienes de consumo en una época en que no existían oficinas estadísticas que recogiesen tales datos;
- 3) proporcionar noticias sobre el tipo de alimentación de una comunidad de gente pobre en una época en la que las informaciones disponibles sobre alimentación se refieren normalmente a las clases más altas;
- 4) en el caso de que el hospital recogiese niños abandonados, facilitar datos sobre la magnitud del fenómeno del abandono de niños y sobre la esperanza de vida de éstos;
- 5) proporcionar información sobre tipos de enfermedades (identificadas según el sistema de diagnóstico de la época) más frecuentes entre los pobres y las tasas de mortalidad relativas;
- 6) ofrecer noticias sobre precios de las medicinas y los remedios herbarios que se usaban a la sazón.

Normalmente, un hospital tenía su propio patrimonio inmobiliario que constituía la principal fuente de ingresos. Los documentos relativos a ese patrimonio, cuando se han conservado, facilitan datos sobre tiempos y modos de formación del patrimonio mismo y la aportación de las distintas clases sociales. Además, los documentos relacionados con la gestión de cada una de las propiedades agrarias pertenecientes al hospital proporcionan al historiador económico material para el estudio de la historia de la agricultura.

Existen varios casos de hospitales en cuyos archivos se ha conservado un volumen considerable de material documental que abarca varios siglos. En la mayoría de los casos, sin embargo, los administradores de los hospitales consideraban «útil» conservar solamente los documentos que demostraban la propiedad de los bienes inmobiliarios, tales como actas de donación o de adquisición. En tales casos se destruyó mucha información que hubiera sido útil al historiador económico.

#### LA DOCUMENTACIÓN ECLESIÁSTICA

Los documentos de origen eclesiástico interesan de forma especial al historiador económico porque la Iglesia, a pesar de tantas homilías condenando la riqueza y alabando la pobreza, fue hasta una época reciente una primera potencia económica y financiera.

Además, los registros parroquiales de bautizos, matrimonios y entierros son una fuente de primordial importancia para la historia demográfica europea.

La estructura organizativa de la Iglesia sufrió una compleja evolución a lo largo del tiempo. Las fuentes eclesiásticas que pueden interesar al historiador económico son, pues, diversas y muy dispersas. Empezaremos este breve estudio por la cima de la jerarquía, es decir, los documentos pontificios y luego descenderemos hasta los documentos diocesanos y monásticos y los registros parroquiales.

La cantidad y la calidad de la documentación pontificia reflejan naturalmente la evolución de la organización interna de la Iglesia (sobre los archivos vaticanos, cf. especialmente Renouard, 1952, reimpr. 1968). En la Alta Edad Media, la documentación pontificia está compuesta por pocas y sencillas series de documentos. Sin embargo, a partir de finales del siglo XIII, y sobre todo con el traslado de la sede pontificia a Aviñón (marzo de 1309), se produjo una simultánea centralización de la administración y de la recaudación de ingresos, con el consiguiente incremento del aparato burocrático y, por ende, de la documentación. Cuando en 1881 los archivos vaticanos fueron abiertos por el papa León XIII, los primeros estudiosos que se aventuraron en aquel mare magnum de documentos lo hicieron para indagar los aspectos espirituales, dogmáticos, litúrgicos, políticos y diplomáticos de la historia de la Iglesia. Pero pronto se percataron de que la mayor parte de la documentación conservada contenía información de carácter económico y financiero. Baste pensar que de las ocho grandes series de documentos que se refieren al siglo XIV, al menos cuatro tienen que ver con los asuntos financieros de la Santa Sede.<sup>1</sup> Asuntos financieros, por cierto, en gran escala, no sólo por las sumas que se barajaban, sino también por su alcance geográfico, que iba de Islandia a Chipre y de Polonia a Portugal. El papa percibía de cada rincón de esa vastísima zona una renta llamada «diner de San Pedro». Además, en momentos de necesidad imponía contribuciones extraor-

1. Las ocho series son las siguientes: 1) *Registra Vaticana*; 2) *Registra Avenionensis*; 3) *Archivi di Castel Sant'Angelo*; 4) *Instrumenta Miscellanea*; 5) *Collectoriae*; 6) *Introitus et Exitus*; 7) *Obligationes et Solutiones*; 8) *Suppliche*. Las series económicas y financieras son las que llevan los números 4, 5, 6 y 7.

dinarias a quienes gozaban de beneficios eclesiásticos, a las abadías, monasterios y diócesis. Desde Juan XXII (m. 1334) en adelante, el papa se reservó también la herencia de todos los grandes poseedores de beneficios eclesiásticos al morir éstos. Junto a los registros de ingresos, están los de gastos: gastos para expediciones militares, subvenciones para las cruzadas, gastos para embajadas y viajes de los legados pontificios, gastos para construcciones, para el mantenimiento de la corte pontificia incluyendo la compra de alimentos, de vino (que se procuraba fuese de buena calidad), paño y demás. Esta montaña de documentos no sólo nos ayuda a seguir las fluctuaciones de las finanzas del papa, sino que también nos proporcionan información valiosa sobre las monedas que circulaban en los distintos países de Europa, sobre los tipos de cambio, sobre los tipos de interés pagados o cobrados, sobre los costes y los tiempos de transporte de mercancías y de movimiento de hombres y de dinero, sobre la actividad y las operaciones de los bancos florentinos y sieneses encargados de la transferencia de fondos de una parte a otra de Europa, y sobre precios, sueldos y salarios. Además, el papa acuñaba moneda propia y la serie documental *Introitus et Exitus* contiene información relativa a esa importante actividad económica.

En 1902 la Görresgesellschaft ya había empezado a publicar los documentos financieros pontificios en una serie titulada *Vatikanische Quellen zur Geschichte der pöpstlichen Hof- und Finanzverwaltung*. La obra tiene numerosas lagunas, pero abrió el camino a una enorme serie de investigaciones y publicaciones de documentos que tienen un interés primordial para la historia económica y financiera, no sólo de la Iglesia, sino también de Europa en general.

La importancia de la documentación pontificia para el historiador económico disminuye progresivamente a medida que se aproxima al siglo xx, debido a la menor importancia de la Iglesia en el marco de la economía europea y mundial. Los documentos del siglo xix son de interés casi exclusivamente para la historia de la economía y de la sociedad del Estado pontificio, que a lo largo del siglo acabó reduciéndose a sólo la Ciudad del Vaticano.

Los documentos diocesanos y monásticos que tienen interés para el historiador económico se refieren principalmente a la gestión de propiedades agrarias pertenecientes a la diócesis, abadía o monasterio de que se trate: material que se refiere sobre todo a la historia

de la agricultura. En el caso de la documentación diocesana hay que citar también las actas de las visitas pastorales de los obispos, que en muchos casos reflejan valoraciones aproximadas de la población de las parroquias visitadas por el obispo, tal como se las contaba el párroco. En la Alta Edad Media muchas abadías cumplían la función de instituciones financieras y prestaban dinero siempre que se presentaba la oportunidad. Los documentos relativos a esta forma de actividad proporcionan a los historiadores económicos información valiosísima sobre la evolución del crédito antes de la aparición y crecimiento de los bancos privados en los siglos XI y XII.

Muchos archivos monásticos también contienen registros relacionados con los gastos de la comunidad religiosa que permiten analizar las pautas de consumo de alimentos y bebidas en las comunidades monásticas y facilitan asimismo la recogida de series seculares de precios y salarios. La obra clásica de Giuseppe Parenti *Prime ricerche sulla rivoluzione dei prezzi in Firenze*, que abarca el siglo XVI, está basada en datos recogidos de los registros de gastos del monasterio de Santa María Regina Coeli. Pero aparte de la documentación pontificia, la documentación eclesiástica más importante para el historiador económico en general, y para el historiador de la población en particular, a partir del siglo XVI, son los abundantes registros parroquiales en los que se consignaban matrimonios, bautizos y entierros.<sup>2</sup>

Para darse cuenta de la importancia de esa documentación hay que tener presente que ningún Estado de Europa consiguió crear un registro central de nacimientos, matrimonios y defunciones hasta bien entrado el siglo XIX. Como vimos en el capítulo 3 de esta Segunda parte, algunas ciudades italianas organizaron en los siglos XV y XVI la recogida de datos relativos a los fallecimientos. Pero sólo consiguieron llevarlo a cabo en el ámbito ciudadano,

2. He escrito deliberadamente «bautizos» y «entierros» en vez de «nacimientos» y «defunciones». Los párrocos no registraban a los nacidos que morían antes de recibir el bautismo, como tampoco registraban los nacidos de religión no cristiana (por ejemplo, los judíos), que no recibían el bautismo. De modo similar, de los difuntos, los párrocos sólo registraban los que eran enterrados en las iglesias parroquiales o en los cementerios de esas iglesias. Los condenados a muerte, los judíos y las víctimas de la peste no eran enterrados en el recinto de la iglesia y, por consiguiente, no aparecen en los registros parroquiales.

ignorando todo lo que ocurría en el campo. En la primera mitad del siglo XVI, en Francia y en Inglaterra, el Estado se preocupó asimismo de elaborar estadísticas demográficas, pero lo más que podía hacer era ejercer presión en el clero parroquial para que se encargase con diligencia y regularidad de la recogida de los datos en cuestión. En el Gran Ducado de Toscana, durante los siglos XVI y XVII se llevaron a cabo censos de la población con periodicidad decenal: pero la recogida diaria de datos sobre nacimientos, defunciones y matrimonios por parte de los organismos del Estado ni se intentó siquiera. La razón de esa situación, en cierto modo paradójica, era muy simple: la Iglesia, gracias a su red de parroquias, tenía la organización local de la que carecía el Estado.

Por otra parte, la Iglesia no empezó ni mantuvo la elaboración de registros parroquiales con fines de información demográfica. La finalidad de sus registros era eminentemente pastoral: impedir el matrimonio de parientes cercanos. La ordenanza pastoral más antigua a este respecto, la del obispo de Nantes, fechada el 3 de junio de 1406, es muy explícita.

Los casos de registros parroquiales que se remontan a los siglos XIV y XV son bastante pocos. El mantenimiento regular de registros por parte de los párrocos empezó fundamentalmente con el siglo XVI. En Inglaterra se inició con la ordenanza de Thomas Cromwell de 1538, que impuso a los párrocos de las más de diez mil parroquias del país la obligación de registrar con precisión y regularidad «todo matrimonio, bautizo o entierro» (cf. Cox, 1910). El hecho de que la corona, en la persona de Enrique VIII, se hubiese puesto recientemente como autoridad al frente de la Iglesia anglicana contribuyó a dar mayor peso a la ordenanza. No faltaron casos de error y negligencia, pero se puede decir con justicia que «ningún otro país [aparte de Inglaterra] posee un número tan considerable de registros de buena calidad en relación con una época tan temprana» (Wrigley y Schofield, 1981).

En Francia, y sobre todo en Italia, la situación era mucho más variada. En Francia, en 1539, Villers Cotterêts promulgó una ordenanza análoga a la de Thomas Cromwell, pero con resultados mucho menos apreciables. En Italia, C. A. Corsini elaboró hace años un cuadro (cuya versión simplificada publicamos como cuadro 4) del que se desprende que en Italia las cosas funcionaron de forma caótica como siempre. Sea como fuere, tanto en Italia como en

## CUADRO 4

*Fecha de comienzo de los registros de bautizos, matrimonios  
y entierros en algunas diócesis italianas*

| Diócesis          | Fecha de comienzo de los registros de |            |          |
|-------------------|---------------------------------------|------------|----------|
|                   | bautizo                               | matrimonio | entierro |
| Acqui             | 1566                                  | 1569       | 1533     |
| Agrigento         | 1550                                  | 1550       | 1550     |
| Aosta             | 1475                                  | 1570       | 1553     |
| Arezzo            | 1314                                  | 1565       | 1373     |
| Asti              | 1570                                  | 1564       | 1570     |
| Bari              | 1498                                  | 1564       | 1500     |
| Benevento         | 1604                                  | 1618       | 1617     |
| Bérgamo           | 1502                                  | 1562       | 1571     |
| Biella            | 1553                                  | 1570       | 1571     |
| Bolonia           | 1459                                  | 1564       | 1565     |
| Borgo S. Sepolcro | 1475                                  | 1522       | 1377     |
| Brescia           | 1533                                  | 1564       | 1567     |
| Casale Monferrato | 1564                                  | 1564       | 1494     |
| Catania           | 1588                                  | 1564       | ?        |
| Como              | 1560                                  | 1564       | 1564     |
| Cortona           | 1517                                  | 1565       | 1537     |
| Crema             | 1521                                  | 1586       | 1540     |
| Cremona           | 1369                                  | 1569       | 1604     |
| Cuneo             | 1468                                  | 1575       | 1602     |
| Empoli            | 1482                                  | 1564       | 1476     |
| Faenza            | 1594                                  | 1565       | 1593     |
| Florencia         | 1428                                  | 1480       | 1385     |
| Foggia            | 1571                                  | 1575       | 1629     |
| Forli             | 1553                                  | 1562       | 1550     |
| Génova            | 1554                                  | 1558       | 1558     |
| Gubbio            | 1571                                  | 1559       | 1609     |
| Imola             | 1547                                  | 1563       | 1564     |
| Ivrea             | 1473                                  | 1583       | 1606     |
| Mantua            | 1547                                  | 1581       | 1496     |
| Mesina            | 1561                                  | 1585       | 1591     |
| Milán             | 1460                                  | 1560       | 1452     |
| Nápoles           | 1525                                  | 1559       | 1564     |
| Novara            | 1553                                  | 1564       | 1574     |
| Orvieto           | 1515                                  | 1597       | 1597     |

| Diócesis              | Fecha de comienzo de los registros de |            |          |
|-----------------------|---------------------------------------|------------|----------|
|                       | bautizo                               | matrimonio | entierro |
| Padua                 | 1564                                  | 1564       | 1565     |
| Palermo               | 1499                                  | 1499       | 1499     |
| Parma                 | 1459                                  | ?          | ?        |
| Pavía                 | 1459                                  | 1544       | 1564     |
| Perusa                | 1476                                  | 1564       | 1463     |
| Pescia                | 1487                                  | 1560       | 1508     |
| Pistoia               | 1471                                  | 1543       | 1457     |
| Prato                 | 1482                                  | 1585       | 1557     |
| Ravenna               | 1492                                  | 1565       | 1594     |
| Roma                  | 1540                                  | 1560       | ?        |
| Salerno y Acerno      | 1590                                  | 1590       | 1590     |
| Saluzzo               | 1560                                  | 1581       | 1595     |
| S. Miniato            | 1523                                  | 1525       | 1522     |
| Sassari               | 1576                                  | 1585       | 1609     |
| Savona                | 1530                                  | 1564       | 1546     |
| Siena                 | 1381                                  | 1500       | 1500     |
| Siracusa y Ragusa     | 1542                                  | 1556       | 1556     |
| Spoletto              | 1537                                  | 1623       | 1615     |
| Todi                  | 1582                                  | 1567       | 1591     |
| Trapani               | 1528                                  | 1564       | 1562     |
| Trento                | 1548                                  | 1565       | 1581     |
| Treviso               | 1398                                  | 1566       | 1585     |
| Trieste y Capodistria | 1527                                  | 1604       | 1670     |
| Turín                 | 1551                                  | 1577       | 1577     |
| Udine                 | 1369                                  | 1566       | 1281     |
| Urbino                | 1526                                  | 1610       | 1610     |
| Venecia               | 1563                                  | 1563       | 1543     |
| Verona                | 1533                                  | 1511       | 1529     |
| Vicenza               | 1564                                  | 1564       | 1584     |
| Volterra              | 1525                                  | 1550       | 1550     |

FUENTE: Corsini, 1971-1972, pp. 651-654.

Francia y en España, el hecho fundamental fue que la Iglesia católica actuó de forma muy lenta a la hora de adoptar normas claras y precisas al respecto. Entre 1406 y 1558, más de cuarenta sínodos diocesanos y concilios provinciales se ocuparon de los registros parroquiales, sin llegar a formular instrucciones definitivas. El con-

cilio de Trento (1563) se abstuvo de plantear los tres tipos de registros (matrimonios, bautizos y entierros) en el mismo plano: se refirió a los registros de bautizos como a documentos ya en uso; ordenó que se llevaran registros de matrimonios y no hizo alusión a los registros de entierros. Hasta el *Rituale Romanum* de 1614 no impuso la Iglesia católica a todos los párrocos la obligación de llevar los tres tipos de registro.

En otros países, la implantación del registro fue aún más tardía. En Holanda, los registros parroquiales siguieron siendo raros hasta 1650, en Estonia hasta 1660 y en Polonia hasta 1700.

El volumen de registros producidos en Europa fue enorme. Las pérdidas por incuria, dispersiones y destrucciones accidentales fueron abundantes. A pesar de ello, se conserva mucho material. El gran problema es el de su utilización. El historiador debe hacer frente a dos dificultades principales. La primera es la dispersión geográfica del material. Ya hemos dicho que en Inglaterra existían en el siglo XVI más de diez mil parroquias. Y el número de las existentes en Francia y en Italia era mucho más elevado. Recoger y reunir datos dispersos en decenas de miles de parroquias durante centenares de años constituye una tarea ciclópea, capaz de absorber las energía y el tiempo de un ejército de investigadores durante generaciones. La otra dificultad es que la falta de información sobre los totales y la composición por edades de las poblaciones limita seriamente la utilidad de los datos sobre bautizos, matrimonios y defunciones.

En Suecia desde 1628, pero de forma más generalizada desde 1686, la Iglesia añadió al registro anual de bautizos, entierros y matrimonios el registro anual de la población parroquial casa por casa, con anotaciones sobre las emigraciones, el analfabetismo y educación religiosa de los habitantes. Esos documentos, llamados *Husförhörlängder* (especie de versión mejorada de los *status animarum* o listas de almas de los países mediterráneos), no siempre se han conservado, pero desde 1749 sus datos fueron transmitidos a las oficinas estatales, que procedieron a un registro de alcance nacional. Con esa iniciativa, Suecia adquirió el sistema de registro y documentación demográficos más avanzado de la Europa de su tiempo.

En el resto del continente europeo no se hizo nada comparable, pero a partir del fin de la segunda guerra mundial un número

creciente de estudiosos se ha ocupado de los registros parroquiales. Los franceses fueron los primeros en poner de manifiesto la extrema irregularidad de las curvas de bautizos y, sobre todo, de entierros: fue utilizada para sacar a la luz la frecuencia y la gravedad de las llamadas *crises de mortalité* de la época preindustrial, crisis que representaban, a su vez, un índice de la situación de una humanidad todavía a merced de una naturaleza no dominada (cf. especialmente Meuvret, 1946, y Goubert, 1960). Fue sin duda una interpretación inteligente, pero todavía muy elemental, desde el punto de vista técnico: la técnica de análisis subyacente era simplemente la conocida como «por agregación», consistente en sumar los casos de bautizos y de entierros con una periodicidad mensual, o semestral o anual. Pero entretanto se estaba fraguando una sorpresa.

En 1956, Michel Fleury y Louis Henry publicaban un librito de aspecto y título modestos —*Manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien*— que introducía una metodología completamente nueva, llamada de la «reconstrucción de familias». Partiendo de los datos de los registros parroquiales, el nuevo método permite calcular las tasas de natalidad, mortalidad y nupcialidad, la edad media al contraer matrimonio, el espaciamiento de los nacimientos, la edad media de la madre al nacer el último hijo, con un grado de perfección que antes sólo se daba en las sociedades industriales contemporáneas mediante el uso del material demográfico que facilitaban los censos modernos y los registros de estadísticas (Fleury y Henry, 1956; 1965). La nueva metodología fue calificada acertadamente de «revolucionaria» por M. W. Flinn (1981, p. 1) y su introducción inauguró en Francia una larga fase de estudio entusiasta de los registros parroquiales. Esta labor, que Flinn (1981) ha resumido de forma excelente, amplió notablemente nuestros conocimientos en materia de historia demográfica de los siglos XVI, XVII y XVIII.

El entusiasmo provocado por la obra de Fleury y Henry fue contagioso. En Inglaterra se creó, bajo la dirección de E. A. Wrigley, R. S. Schofield y Peter Laslett, un grupo de trabajo sobre historia demográfica (The Cambridge Group for the History of Population and Social Structure), que puso en marcha, con ayuda de la BBC, un auténtico movimiento a escala nacional. En distintas partes del país, voluntarios pertenecientes a las más variadas clases y grupos sociales —desde jubilados a maestros de escuela y farma-

céuticos— se dedicaron a recoger, según unos esquemas prefijados, los datos de los registros parroquiales que se conservaban. Después los datos se enviaban a Cambridge, al grupo de trabajo, para su elaboración a escala nacional. Todos esperaban la aparición de una historia de la población inglesa basada en el método de la reconstrucción de familias, pero cuando en 1981 se publicó la síntesis, con el título de *The Population History of England 1541-1871*, se comprobó que se basaba en un tercer método, ideado por los demógrafos de Cambridge. Ese método, llamado *back projection* (o *inverse projection*) [es decir, «proyección retroactiva» (o «proyección inversa»)], funciona «hacia atrás», por así decirlo, y, partiendo de los censos disponibles sobre el siglo XIX, reconstruye para datos anteriores (sobre la base de los datos de los registros parroquiales elaborados según la técnica de la agregación) unos totales hipotéticos y unas estructuras demográficas a los que poder referir los datos de los registros sobre bautizos, entierros y matrimonios.

Cada uno de los tres métodos tiene sus ventajas y sus inconvenientes. El de la reconstrucción de familias es el más refinado técnicamente, pero tiene el defecto de requerir muchísimo tiempo y de no ser aplicable a parroquias cuya población se caracterice por un cierto grado de movilidad (emigración o inmigración). No se adapta, por tanto, a las parroquias urbanas y su mayor utilidad es en el caso de las parroquias rurales relativamente aisladas.

## 6. FUENTES PRIVADAS

Los documentos de carácter privado que pueden interesar al historiador económico cubren una gama amplísima de tipologías y van desde la cuenta de la criada hasta la contabilidad de las multinacionales. Es tal la variedad y la amplitud de esas tipologías, que apenas tiene sentido dar ejemplos de los diversos tipos. Si, contra los consejos de la prudencia y del buen sentido, nos arriesgamos a poner aquí algún ejemplo de los tipos más importantes de documentos privados disponibles para los historiadores económicos, el motivo es facilitar al lector una idea, por vaga e incompleta que pueda ser, del material que utiliza el historiador económico para la reconstrucción de las economías del pasado.

Las fuentes de carácter privado reflejan, más aún que las públicas, semipúblicas y eclesiásticas, el grado de desarrollo de la sociedad en que surgen. Puede ser significativa a este respecto la comparación entre la situación documental italiana, la inglesa y la rusa a lo largo de los siglos anteriores. Entre las fuentes italianas medievales a disposición del historiador económico abundan los registros de contabilidad y las cartas comerciales de empresas mercantiles-bancarias: índice y reflejo del alto grado de desarrollo comercial alcanzado por la Italia septentrional en la Edad Media. En Inglaterra, durante el mismo periodo, si bien abundan los documentos que se refieren a la administración de señoríos, hay sólo unas cuantas fuentes privadas que documentan la actividad de comerciantes; la única colección importante de documentos es la que corresponde a la familia Cely, comerciantes establecidos de fines del siglo xv (Malden, 1900; Hanham, 1985). Esa laguna refleja el atrasado desarrollo mercantil y bancario de la Inglaterra medieval. Por lo que se refiere a Rusia, cabe reproducir lo que acertadamente ha escrito A. Kahan:

Para la historia rusa anterior al siglo XIX, la mayor parte de los documentos disponibles afectan a actividades relacionadas de una forma u otra con el gobierno más que con relaciones contractuales u otras transacciones entre ciudadanos privados ... Son relativamente pocas las colecciones de documentos privadas que proporcionarían materiales cuantitativos para efectuar estudios históricos. La mayoría de los documentos que se conservan corresponden a grandes propiedades agrarias y, en el caso del siglo XIX, a empresas comerciales. Hay una llamativa escasez de documentación dejada por grupos sociales como los comerciantes de las ciudades, los artesanos y los campesinos, que sólo escribían en la tierra con el arado (1972, p. 361).

Para poner un poco de orden en la descripción siguiente, parece oportuno distribuir la documentación disponible de carácter privado en las siguientes categorías: 1) fuentes familiares; 2) fuentes notariales; 3) fuentes empresariales; 4) crónicas de viajes; 5) gacetas y periódicos; y 6) fuentes diversas.

#### FUENTES FAMILIARES

Entre las fuentes de carácter familiar ocupan un lugar prioritario los registros relacionados con los gastos corrientes de familias particulares. Los documentos de ese género proporcionan un volumen notable de información fiable sobre precios y salarios, tipos de alimentación, tipos de vestuario, extensión del servicio doméstico, gastos de educación, sanidad y viajes, inversiones en propiedades agrícolas, en títulos de deuda pública, en edificios urbanos. En resumen, proporcionan datos sobre la estructura y el nivel de la demanda. Hasta finales del siglo XVIII, sin embargo, sólo se dispone de esa documentación preciosa en relación con las familias nobles (y, en Inglaterra, con la *gentry*) y con la alta burguesía mercantil y profesional. Es mucho más escasa por lo que se refiere a familias artesanas<sup>1</sup> y prácticamente inexistente respecto del estamento obrero y campesino. Para reconstruir el presupuesto típico de un grupo

1. Un caso interesante es el del libro de gastos del pintor Lorenzo Lotto (*Libro di spese diverse*), que contiene material interesante tanto para la historia económica como para la historia del arte.

de gente corriente antes del siglo XVIII, Brown y Hopkins (1956, p. 297) tuvieron que contentarse con el libro de cuentas de una comunidad compuesta por dos curas y su sirviente en Bridport (Dorset) durante los años 1453-1460. Sólo hacia finales del siglo XVIII dos estudiosos-filántropos que se ocupaban de la pobreza —D. Davies y P. Eden— pudieron reunir los presupuestos familiares de sesenta familias de gente del pueblo en las aldeas y ciudades menores de la Inglaterra meridional (Davies, 1795; Eden, 1797).

#### FUENTES NOTARIALES

Sólo se dispone de fuentes notariales en relación con el sur de Europa. Siempre ha habido dos Europas: la Europa de la mantequilla, de la cerveza y de los campos abiertos y la Europa del aceite de oliva, el vino y los campos cerrados. La primera fue también la Europa de los sellos, mientras que la segunda fue la Europa de los notarios. El alemán Baumgartenberg escribía en su *Formularius de Modo Pensandi* a principios del siglo XIV: «En Lombardía y en Toscana, las actas públicas las redactan notarios públicos. En esos documentos no se ponen sellos, sino que el propio notario estampa en ellos su firma y eso basta ... Eso no ocurre entre nosotros» (citado en Rockinger, 1863, p. 766). En Inglaterra, el legado pontificio Otón, dirigiéndose al concilio de la Iglesia de Inglaterra y Gales celebrado en Londres en abril de 1237, afirmó explícitamente que «publici notarii non existunt» («no existen notarios públicos») en Inglaterra y, también, «tabellionum usu in regno Anglie non habetur» («en el reino de Inglaterra no hacen uso de notarios»). El canon 32 del concilio manifiesta «tabellionum usus in regno Angli non habetur propter quod magis ad sigilla recurri auctentica est necesse» («en el reino de Inglaterra no hay uso de notarios porque es necesario recurrir a sellos oficiales») (Cheney, 1972, p. 12; Powicke y Cheney, 1964, primera parte, p. 257). Dicho de otro modo, en el sur de Europa el notario era *persona pública*, y el acta notarial era (y es todavía) considerada como prueba jurídica de los hechos que certifica. En la Europa del norte, para que se aceptaran como prueba, los documentos tenían que llevar los sellos oficiales en vez de la certificación notarial.

El notario al estilo italiano apareció en la Italia de los lombar-

dos a finales del siglo VII y principios del VIII, y en el siglo XI ya había adquirido la *fides publica* (Petrucci, 1958, pp. 7-25). De la península italiana, la institución del notario público pasó al sureste de Francia durante el siglo XI. En Lyon, la figura del notario público constituía una excepción todavía hacia 1260, pero durante la década de 1280 se convirtió en regla (Fédou, 1964, pp. 142 y ss.) Sin embargo, se detuvo allí y no penetró en la Francia del norte que, como los países nórdicos, siguió siendo territorio de los sellos.

Los registros en los que se escribían las actas notariales se llaman «protocolos» (lámina 10) y a las actas que aparecen en los protocolos se las llama «abreviaturas», puesto que contienen sólo lo esencial de la transacción. Como ha escrito Armando Sapori (1955a), cuando se iba al notario se actuaba de la siguiente manera: el cliente o los clientes exponían su asunto en presencia de testigos; el notario tomaba notas en su cuaderno y después preguntaba si querían una redacción en limpio del documento, es decir, un acta redactada en una tira de pergamino, autentificada con la cita de su nombre y su calidad y con un dibujo-símbolo que tenían todos los notarios y que funcionaba como firma. La mayoría de las veces, y sobre todo en casos de poca importancia entre personas no pertenecientes al estamento mercantil, la parte o las partes renunciaban a la redacción del acta en extenso para no incurrir en demasiados gastos, dado que por la simple «abreviatura» se pagaba poco, mientras que el documento extenso era muy caro, tanto por el coste del material como por el salario del amanuense.

La importancia de los protocolos notariales medievales para el historiador económico procede fundamentalmente del hecho de que, durante toda la Edad Media, en la Europa meridional la gente recurrió a la intervención del notario para una gran cantidad de transacciones, incluidas las que tenían una trascendencia mínima y que hoy nadie pensaría en reflejar en un documento público. En los protocolos notariales se encuentran inventarios de talleres artesanales, boticas, bibliotecas, casas de campo y de ciudad con sus enseres; contratos de préstamo y de empeño; contratos de compraventa de mercancías, de esclavos, de animales, de aperos de trabajo, de casas, de talleres, de tierras; contratos de venta a crédito; contratos de alquiler o arriendo de casas, tierras, talleres, aperos de trabajo; contratos de aprendizaje o de prestación de servicios; promesas de matrimonio; capitulaciones matrimoniales; promesas de paz entre

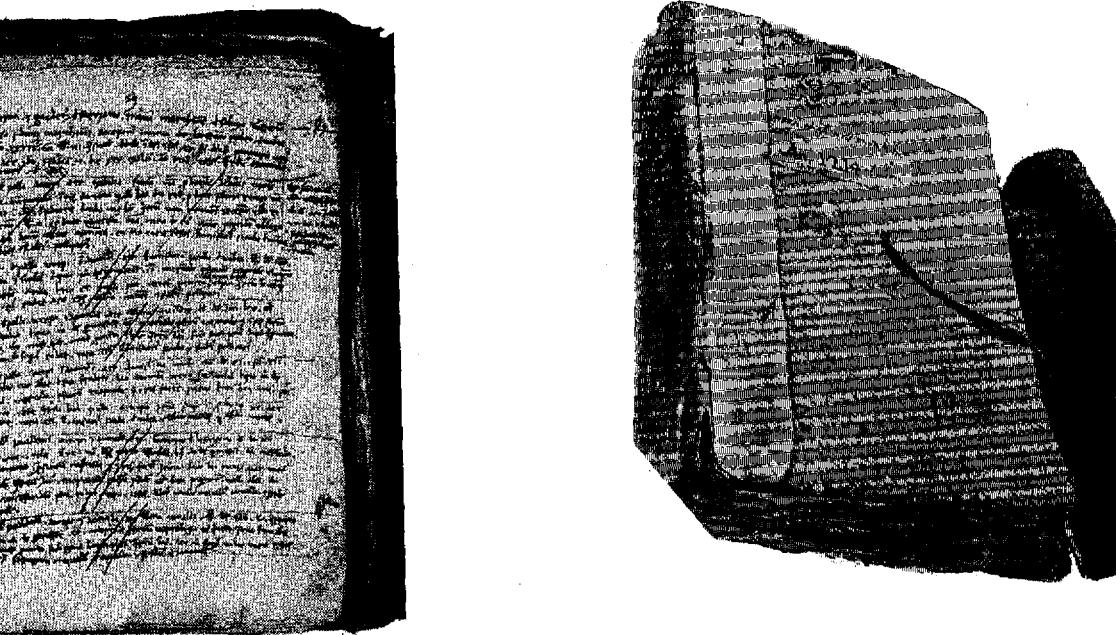


LÁMINA 10. Protocolo del notario genovés Oberto Scriba de Mercato (Archivo Estatal, Génova).

personas o familias enemigas; escrituras de constitución de empresas comerciales o de sociedades manufactureras; contratos de venta a comisión;<sup>2</sup> de intercambio, de seguros; de encargo de obras manuales y de obras de arte; contratos de transporte, etc. La inclinación de la gente medieval a recurrir al notario hasta para transacciones de poca monta hace que, al revisar los protocolos notariales que han llegado hasta nosotros, encontremos en ellos a todos los personajes de la sociedad de la época, desde el noble, el rico mercader y el doctor hasta la viuda pobre, al campesino mísero, al médico, al mancebo de tienda, al artesano: todos versados en el acto de efectuar una transacción, de tomar una decisión. Las líneas introductorias de las actas notariales evocan con fuerza y transmiten a su vez un sentido de la realidad muy preciso: «In nomine Domini amen. El día tantos de tantos de tal indicación, junto al pozo de la plaza grande o junto a la escalinata de la iglesia, a la hora de vísperas, en presencia de los siguientes testigos ...».

Entre los numerosísimos protocolos notariales medievales llegados hasta nosotros y relacionados con Italia, Francia meridional y Cataluña, tienen merecida fama los genoveses, tanto por su antigüedad como por el contenido, que refleja la febril actividad económica de una ciudad que estaba en la vanguardia del desarrollo económico europeo. Gracias a una estrecha colaboración italoamericana, se publicaron (y salvaron de un deterioro que amenazaba con destruirlos) los protocolos de los notarios Giovanni Scriba (1186-1190), Guglielmo Cassinese (1190-1192), Bonvillano (1198), Giovanni di Guiberto (1200-1211) y Lanfranco (1202-1226) (cf. Chiandano, 1938-1940; Hall y otros, 1939; Eierman y otros, 1939; y el capítulo 3 de la Primera parte).

Para comprender toda la importancia de esas fuentes hay que tener presente que las actas privadas anteriores a la mitad del siglo XIII se refieren fundamentalmente a entidades eclesiásticas y al patrimonio acumulado por ellas. Además, esos documentos se refieren sobre todo a propiedades rurales. En los cartularios genoveses,

2. En un acuerdo de venta a comisión, una parte confía capital a otra, que lo utilizará en una empresa comercial en ultramar y lo devolverá junto con una participación de los beneficios acordada de antemano. Cualquier pérdida del capital la soportará exclusivamente el inversionista; la parte que efectúa el viaje, a su vez, pierde la recompensa por su trabajo si no se obtienen beneficios. Cf. López y Raymond, 1955, pp. 174 ss.

en cambio, un 90 por 100 de las actas registradas tiene que ver con transacciones entre laicos, y, aunque un buen número de ellas se refieran a tierras y edificios, la mayoría corresponde a transacciones de carácter comercial o bancario. Así aparecen los primeros signos del nacimiento y desarrollo del capitalismo mercantil medieval y se pueden estudiar las primeras fases del desarrollo de los intercambios comerciales entre el Mediterráneo y la Europa del norte, que tenía su centro económico de gravedad en Flandes y su punto de contacto con el sur en las ferias de Champagne.

#### FUENTES EMPRESARIALES

Entre los documentos empresariales conviene distinguir entre las fuentes que se refieren a empresas agrícolas y las fuentes que se refieren a empresas mercantiles, manufactureras y bancarias.

Sobre las fuentes que se refieren a empresas agrícolas, ya hemos dicho (capítulo 5, Segunda parte) que muchas de ellas proceden de archivos diocesanos u hospitalarios y que eso se explica por el hecho de que las entidades religiosas y hospitalarias generalmente poseían muchas tierras y la continuidad de su existencia ha favorecido la conservación de las actas y los documentos administrativos. Las fuentes relativas a empresas agrícolas laicas son mucho menos abundantes y con frecuencia mucho más tardías, salvo en el caso de Inglaterra. En general, las fuentes más interesantes para el historiador económico son los inventarios de propiedades y los libros de contabilidad. Respecto a estos últimos hay que observar que, por lo menos en Inglaterra, la contabilidad señorial en su forma completa fue una innovación de finales del siglo XII y principios del XIII. El ejemplo más antiguo de esta clase de contabilidad que ha llegado hasta nosotros son las cuentas de los obispos de Winchester de 1208-1209. En las décadas posteriores, ese tipo nuevo y más detallado de contabilidad agraria se difundió con rapidez.

En conjunto, sin embargo, hay que decir que los inventarios de propiedades agrícolas y las cuentas de empresas agrarias que se han conservado se refieren normalmente a propiedades agrícolas grandes y medianas, ya sean eclesiásticas o laicas. En cambio, sabemos muy poco sobre el funcionamiento y la economía de las pequeñas propiedades campesinas.

En julio de 1875, en Pompeya, en la casa 26 de la región V, *insula* 1, bajo una capa de yeso y tierra, entre los restos de lo que debió de haber sido una caja fuerte de madera, se encontraron 151 tablillas de madera de un formato de entre 12 y 15 cm por 10 a 12 cm, originariamente enceradas, sobre las que se habían grabado cuentas con un punzón. Las tablillas pueden datarse en torno a los años 50-60 d.C. Tras un estudio detallado, resultó que las cuentas se referían a 153 operaciones realizadas por un *argentarius* llamado L. Cecilio Jucundo. El oficio del *argentarius* era en aquel entonces el más parecido a lo que hoy llamaríamos un banquero; un parecido, sin embargo, que es preciso tomar con las máximas precauciones, dada la gran diferencia institucional y sustancial existente entre el mercado financiero de la época y el actual. Sea como fuere, a tenor de las cuentas de las tablillas, la principal actividad de L. Cecilio Jucundo consistía en adelantar dinero a individuos que deseaban comprar bienes en las almonedas públicas de Pompeya (Andreau, 1974). Que yo sepa, las tablillas pompeyanas son el único ejemplo que nos ha quedado de fuente empresarial no agrícola del mundo romano.

Del primitivo mundo altomedieval quedan referencias a actividades comerciales y manufactureras en los polípticos (de los que hemos hablado en el capítulo 1 de esta Segunda parte), por las que se intuye que dichas actividades estaban en gran medida encuadradas en la organización de la economía señorial. Fuera de los señoríos, los pocos *homines duri*<sup>3</sup> que, organizados en caravanas por motivos de defensa, se atrevían a aventurarse por Europa con el fin de traficar, sabe Dios cómo llevaban sus cuentas.

Hasta mediados del siglo XIII no surgen los sistemas completos de documentación empresarial privada, relacionados con actividades mercantiles, bancarias y manufactureras. Entonces aparecieron las compañías mercantiles toscanas, cuando la figura del «comerciante» establecido, que actuaba desde su sede fija a través de agentes, corresponsales y filiales, empezó a sustituir y a imponerse a la figura tradicional del mercader ambulante que se desplazaba con su mercancía.

El sistema de documentación típico de una empresa toscana

3. La expresión *homines duri* como calificativo de los mercaderes de la Alta Edad Media es de Alpert de Metz: cf. Vercautren, 1970.

grande o mediana estaba compuesto por: correspondencia; documentos privados (es decir, las actas relativas a los contratos de empresa, de asociación, de comisión, de comandita, de alquiler, de seguros, etc.; los registros contables;<sup>4</sup> los manuales de preparación y consulta, los libros de ábaco y los mapas marítimos llamados «portulanos» porque indicaban la ubicación de los puertos principales.

Mucha documentación de esta clase ha llegado hasta nosotros, pero también es mucha la que se ha perdido, destruido o desaparecido. Por lo que se refiere al siglo XIV han quedado sobre todo los libros de contabilidad de algunas grandes empresas como la de los Peruzzi (un gigante de la época, con un capital de 103.000 florines de oro, quince filiales repartidas por toda Europa, desde Londres hasta Chipre, y una plantilla de noventa «agentes»), la de los Alberti y la de los Gianfigliazzi: esos libros fueron publicados hace algunas décadas por Armando Sapori (1934; 1952; 1946) (lámina 11). En el caso del banco de los Medici, se dispone de los libros de contabilidad que cubren sin interrupción un periodo de más de medio siglo, desde el 26 de marzo de 1397, año de fundación del banco, hasta el 24 de marzo de 1451. Desgraciadamente, de ese periodo han sobrevivido pocos y muy inadecuados fragmentos de la correspondencia que, si se hubiera conservado, habría podido proporcionar magníficos elementos clarificadores de las cifras de los libros de contabilidad. A partir de 1450, predomina la situación inversa: se conserva mucha más correspondencia del banco de los Medici, pero faltan los libros de contabilidad (De Roover, 1970).

La importancia del Archivo Datini en Prato, de la segunda mitad del siglo XIV, viene dada por su carácter excepcionalmente completo. La empresa de Francesco di Marco Datini en Prato era de medianas dimensiones, muy reducida en comparación con gigantes como los Bardi, los Peruzzi, los Acciaiuoli, los Alberti y los

4. Los registros contables incluían por lo general el «memorial», que era una especie de diario; el «libro secreto» o «de la compañía», que recogía las escrituras de constitución de la sociedad, las cuentas de capitales asignados a las filiales, las cuentas de los socios y depositantes, las cuentas de los intereses abonados por los depósitos, las cuentas de los salarios y las cuentas de pérdidas y ganancias; el «libro secreto» era considerado como el más importante y lo custodiaba celosamente uno de los socios; el «libro de entradas y salidas» o cuaderno de caja; el libro de almacén; libros diversos.

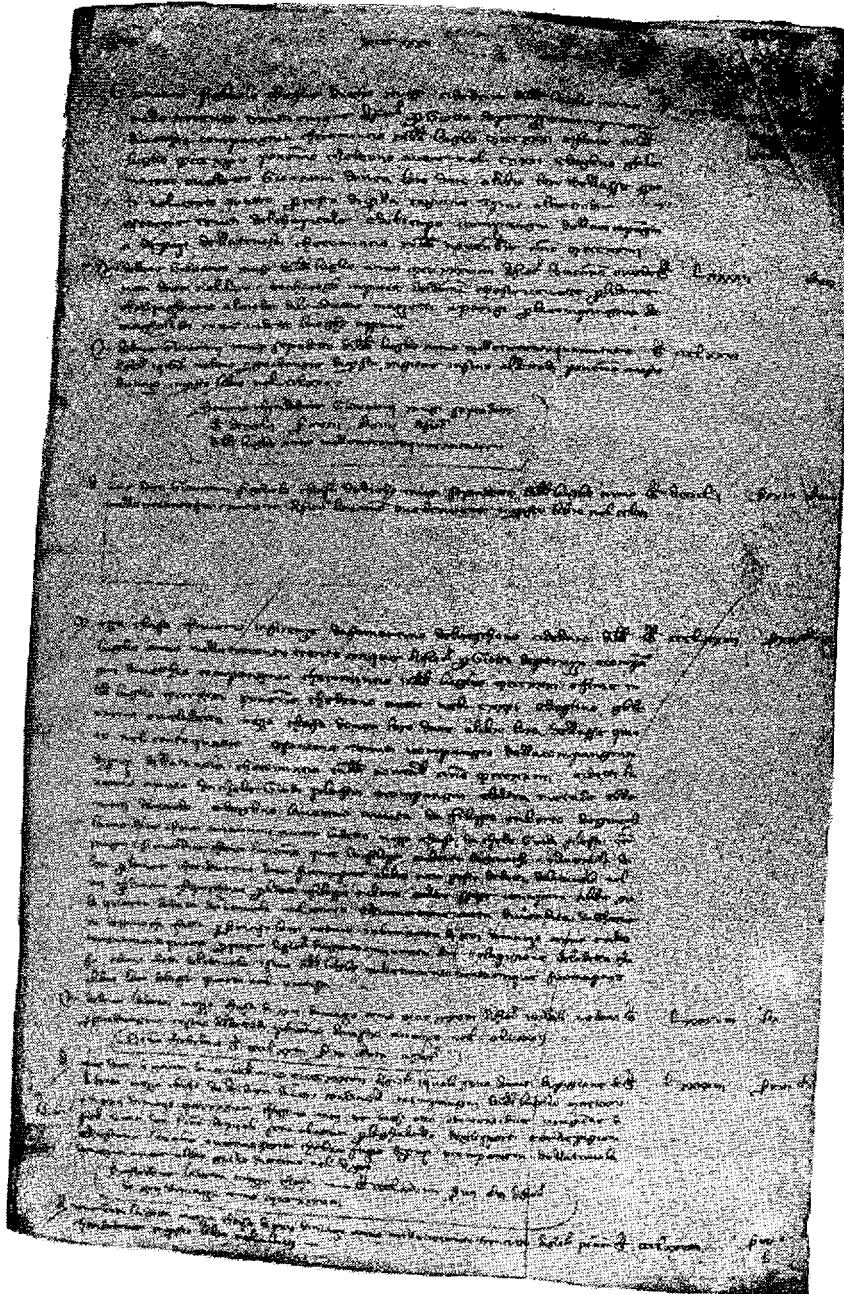


LÁMINA 11. Página de un libro de cuentas de los Peruzzi, de Saporì,  
ed., 1934.

Medici. Francesco di Marco<sup>5</sup> era un trabajador incansable que se pasaba las horas, no sólo del día sino también de la noche, escribiendo cartas y leyendo la correspondencia de sus empresas y tomando decisiones. Y no tiraba ni el más pequeño pedazo de papel escrito. Cuando murió sin herederos dejó su notable patrimonio a una institución fundada por él —el Ceppo— para ayudar a los pobres necesitados de Prato. Dejó también su archivo, compuesto por más de 120.000 cartas comerciales (a las que se añaden más de 11.000 particulares), más de 600 libros de contabilidad, varios libros de consulta y documentos diversos (cf. Saporì, 1955; y Melis, 1972). Este extraordinario conjunto de documentos se distingue de otras colecciones similares por lo completo que es: libros de contabilidad, toda la correspondencia personal y de la empresa, incluso los libros de consulta. El hecho de que todo haya llegado hasta nosotros prácticamente intacto tiene algo de milagroso. En 1560 un tal Alessandro Guardini aseguraba haber encontrado libros del Archivo Datini que se consideraban perdidos y haber repuesto en orden, en «sus armarios del Ceppo de Francesco di Marco todas las escrituras de cualquier tipo que aquél tenía en Italia y fuera de ella». Más adelante, sin embargo, para hacer sitio a los papeles de administración de la institución benéfica que gestionaba el patrimonio de Datini, los registros y papeles de Francesco di Marco fueron arrojados a un tabuco, donde serían redescubiertos en 1870 (Bensa, 1928, pp. 1-3).

Al otro lado de los Alpes, la administración y la contabilidad empresariales permanecieron durante largo tiempo mucho menos desarrolladas que en Italia. Todavía en la primera mitad del siglo XVI Matthäus Schwarz (lámina 12), jefe de contabilidad de la potentísima empresa de los Fugger, escribía:

La contabilidad es comparable a una hucha, y es un arte operativo, refinado, ordenado, exacto, divertido, hermoso y conciso para las actividades de los comerciantes y fue inventada por los italianos. Pero ese arte que hace ricos es poco apreciada por nosotros, los alemanes, y especialmente por quienes consideran que pueden prescindir de ella (citado en Weitnauer, 1981, p. 174).

Los italianos, por otra parte, parece que no fueron muy dados a enseñar a los extranjeros una técnica que les garantizaba una

5. Sobre Francesco di Marco, cf. la deliciosa biografía de Origo (1957).



LÁMINA 12. Retrato de Matthäus Schwarz, jefe de contabilidad de la Compañía de los Fugger, por Christoph Amberger (Colección Thyssen-Bornemisza, Lugano).

superioridad indudable en la gestión de los negocios. Matthäus Schwarz lo expresó así:

Yo, Matthäus Schwarz, ciudadano de Augsburgo, cuando siendo joven fui a Italia en los años 1514, 1515 y 1516, estuve primero con excelentes comerciantes de Milán y llegué a conocer sus escrituras y su contabilidad, pero cuando se hablaba de contabilidad yo no sabía qué significaba. Cuando comprobé que era algo útil para los comerciantes traté de investigar en el asunto, pero me pareció un mundo incierto y fui mal orientado. Había empezado mi búsqueda de información en Milán, pero no conseguí encontrar ningún maestro y me dijeron que era en Génova donde podía encontrar los buenos. Fui en su busca pero me atendieron mal. Entonces me aconsejaron que fuese a Venecia. Fui y encontré un maestro, Antonio Mariafior, que gozaba de una gran reputación. Sin embargo, cuando me separé de él lo consideraba superficial. Pero como estaba convenido de conocer bien el arte, en septiembre de 1516 me trasladé de Venecia a Augsburgo, con los Fugger, donde todos me consideraban un maestro. Pero cuando llegué a la prueba de los hechos, comprobé que sabía muy poco o nada (citado en Weitnauer, 1981, pp. 183-184).

Cuando Matthäus Schwarz escribió esto, las cosas ya estaban cambiando de manera sensible. Es prácticamente imposible que ningún grupo mantenga el monopolio absoluto de una tecnología determinada por un tiempo indefinido. En la empresa de los Fugger se introdujeron, por iniciativa de Matthäus Schwarz, importantes innovaciones en la contabilidad. Otro sector al que Jacob Fugger prestó especial atención fue la correspondencia mercantil. Los resultados que consiguió a este respecto fueron tales, que en más de una ocasión el emperador Maximiliano recurrió a los mensajeros de la empresa de los Fugger para el envío de despachos urgentes.

La teoría económica más reciente ha puesto de manifiesto el papel y la importancia de la información en las decisiones empresariales y los asuntos económicos en general. La principal fuente de información actualizada para el comerciante medieval y renacentista eran las cartas que recibía de administradores, agentes, socios y correspondientes: en tales cartas figuraban referencias a negocios, tipos de cambio, monedas, precios, condiciones del mercado, noticias políticas, previsiones económicas, noticias sobre la seguridad de las vías de comunicación, noticias generales sobre el país, los

príncipes y la corte. No es difícil entender la atención que los comerciantes prestaban a esa correspondencia, su esfuerzo constante por garantizar un envío rápido de la misma y la celosa vigilancia para impedir que la correspondencia propia cayese en manos de competidores y rivales. Esas cartas, que eran la fuente principal de información de los comerciantes de la época, constituyen también una fuente preciosa y fiable de información para el historiador actual. Esto explica el interés que el historiador económico muestra por este tipo de documentación. Ugo Tucci (1957) ha publicado las cartas del comerciante veneciano Andrea Berengo, que abarcan el periodo 1553-1556. Felipe Ruiz Martín (1967) ha publicado 476 cartas comerciales de la compañía Ruiz de Medina del Campo, España, las cuales representan la correspondencia entre la oficina central y el agente de la compañía en Florencia. V. Vázquez de Prada (1960-1964) ha publicado 1.638 cartas de la correspondencia de la misma compañía con Amberes. Han llegado hasta nosotros aproximadamente 10.500 cartas comerciales relativas a las familias Maresco y David. Henry Roseveare (1987) ha seleccionado y publicado 480 de ellas, que abarcan el periodo 1664-1680. Pero todas las cartas que se han publicado —de hecho, todas las que conocemos— representan sólo una fracción minúscula de la inmensa correspondencia comercial que sigue guardada en archivos públicos y privados.

Para obtener informaciones básicas sobre temas no coyunturales y para la formación de nuevas promociones de agentes y dependientes, el comerciante medieval recurrió a manuales internos, en los que se recogían noticias sobre productos de determinadas zonas, sobre costes de transporte, derechos de aduana, tipos de cambio, monedas, pesos y medidas en las distintas plazas, etc. El prólogo del más famoso de esos manuales, la *Pratica della mercatura*, de Francesco Balducci Pegolotti, agente de la poderosa empresa florentina de los Bardi, dice lo siguiente:

In nomine Domini amen. Este libro se llama el libro de información detallada de países y de medidas de mercancías y de otras cosas que es necesario que sepan comerciantes de distintas partes del mundo y de saber que usan los comerciantes y cambios y cómo responden los comerciantes de un país a otro y de una tierra a otra y así se entenderá qué mercancía es mejor que cuál otra y de dónde proceden y se mostrará la manera de conservarlas lo mejor posible (trad. A. Evans, 1936).

De esos manuales manuscritos de los siglos XIV y XV se han publicado varios; sobre todo italianos (cf. Orlandini, 1925; F. Borlandi, 1936; Pegolotti, 1936; A. Borlandi, 1963; Ciano, 1964; Dini, 1980), pero también alguno de más allá de los Alpes (por ejemplo, Müller, 1934). Tras la invención de la imprenta se recopilaron manuales similares para ponerlos a la venta y tuvieron un notable éxito. *The Merchant Avizo*, de John Browne fue objeto de hasta seis ediciones entre 1589 y 1640 y fueron numerosísimas las ediciones de *Le Parfait negociant*, de J. de Savary, publicado a finales del siglo XVII. También esos manuales constituyen una importante fuente de información para el historiador económico, sobre todo por lo que se refiere a pesos, medidas, monedas y tipos de cambio.

El 22 de septiembre de 1599 se reunieron ciento un comerciantes londinenses, comprometiéndose a pagar diversas cantidades por un total de 30.133 libras esterlinas, 6 chelines y 8 peniques para invertir «en el viaje que se piensa hacer a las Indias Orientales». El 31 de diciembre de 1600, cartas patentes con la firma de la reina Isabel reconocían la creación de una empresa mercantil titulada *The Governor and Merchants of London Trading into the East Indies*. El primer convoy de naves de la nueva empresa zarpó de Londres en febrero de 1601. Nacía así aquel gigante del comercio intercontinental que llegaría a ser famoso con el nombre de Compañía de las Indias Orientales. En Holanda, en 1602, cientos de comerciantes, bajo el liderazgo de Johan van Oldenbarneveldt, reunían un capital inicial de 6,5 millones de guílders (por lo menos diez veces el valor de las 30.133 libras esterlinas de la empresa inglesa) y constituyan la «Vereinigde Oostindische Compagnie» (lámina 13): la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, que sería la gran rival de la Compañía de las Indias Orientales londinense. Los archivos de esos dos colosos han llegado hasta nosotros y constituyen una fuente riquísima de información cualitativa y cuantitativa para la historia de las relaciones económicas y comerciales (pero también políticas, navales y militares) entre Europa y Oriente en los siglos XVII, XVIII y XIX.

Cada una de esas dos compañías tenía una dirección central con sede en la patria de origen y una dirección local en Asia, que tenía la misión de asegurar el cumplimiento de las directrices de la central y controlar el comercio interasiático de la compañía. De ahí que la documentación esté dividida en dos colecciones. En muchos aspectos



INA 13. Retrato de los directores de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, por Jan de Hoorn (Museo Westfries, Hoorn).

tos, las dos colecciones se duplican: por ejemplo, los despachos expedidos por la oficina de Bombay a la central de Londres existen, en original, en el archivo de Londres y en copia en el de Bombay, y viceversa por lo que se refiere a los despachos enviados de Londres a Bombay. Eso hace posible llenar a veces lagunas ocasionadas por dispersiones producidas en alguna de las dos sedes. Todavía en los años treinta de este siglo, por ejemplo, funcionarios excesivamente celosos del archivo londinense, al reordenar el propio archivo eliminaron material que consideraron insignificante. Por fortuna, buena parte de ese material existe, en copia, en el archivo de Bombay.

«La documentación relativa a la administración de la Compañía de las Indias Orientales en la India constituye probablemente el mejor material histórico del mundo.» Esta afirmación de James Grant Duff, realizada en 1826, peca ciertamente de exageración. Pero está fuera de toda duda que el material histórico conservado en los archivos europeos y asiáticos de la Compañía de las Indias Orientales y de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales representa una fuente histórico-económica de excepcional importancia.

El archivo londinense de la Compañía de las Indias Orientales está dividido en cinco secciones:

- 1) la que se refiere a las actividades de la dirección londinense;
- 2) la referida a las administraciones en la India (Bengala, Agra, provincias noroccidentales, Punjab, Madrás, Bombay);
- 3) la sección relacionada con países distintos de la India;
- 4) la sección relativa a la navegación;
- 5) la referente al personal.

La primera y segunda secciones están compuestas por series de documentos consistentes en relaciones verbales de sesiones y comisiones (consultas, en el caso de la segunda sección), correspondencia, contabilidad y varios (Foster, 1919, reimpr. 1966). El conjunto lo constituyen 175.502 documentos, entre registros, legajos y carpetas de documentos, de los cuales cerca de 10.000 son libros de a bordo y libros de cuentas relacionados con 4.348 viajes realizados entre 1660 y 1834 por 1.403 navíos (India Office Library, 1986).

El archivo correspondiente de la Compañía de las Indias Orientales en Bombay está compuesto por cerca de 98.000 registros y más de 300.000 legajos de documentos, subdivididos en:

- 1) documentos de la factoría y la residencia;
- 2) documentos de la presidencia de Bombay;
- 3) documentos relacionados con misiones y comités;
- 4) despachos;
- 5) varios. (Dighe, 1954, Introducción.)

Las dos ramas del archivo de la Vereinigde Oostindische Compagnie o Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales se encuentran: la europea en el *Algemeen Rijksarchief de La Haya* y la asiática en el archivo de Batavia.

Las grandes y medianas empresas mercantiles toscanas del siglo XIV no conocían especializaciones sectoriales. Actuaban normalmente no sólo en el sector mercantil, sino también en el bancario y en el manufacturero. Todavía en el siglo XVI, empresas como la de los Fugger en la Alemania meridional, la de los Ruiz de Medina del Campo en España y las de los Capponi y los Salviati en Toscana seguían la misma tradición de actividad multisectorial. La especialización empezó con las grandes empresas mercantiles del siglo XVII, pero tardó bastante en extenderse.

En el capítulo 2 de esta Segunda parte se ha visto que en el siglo XV, en Génova, los acreedores del Estado se asociaron en un consorcio que hasta cierto punto actuó también como institución bancaria con el nombre de Banco di San Giorgio. A finales del siglo XVII, en Inglaterra, las finanzas públicas se encontraban en condiciones desastrosas, mientras el gobierno tenía necesidades imperiosas de disponibilidad líquida para gastos de guerra. Teniendo a la vista el ejemplo del Banco di San Giorgio, y sobre todo el de la Banca de Amsterdam, un grupo de empresarios elaboró el proyecto de una banca cuyo capital social estuviese íntegramente invertido en préstamos públicos. El plan fue aprobado por las autoridades con la condición de que el capital social (y, por consiguiente, el préstamo a la administración pública) alcanzase la suma de 1.200.000 libras esterlinas. La suscripción quedó abierta el 21 de junio de 1694. En aquel tiempo, Londres había llegado a convertirse en un gran centro comercial y financiero. Sólo durante el primer día se detuvieron suscripciones por valor de 300.000 libras esterlinas. La cantidad total de 1.200.000 libras se suscribió en doce días. El 27 de julio, habiéndose cubierto la cuota de capital exigida, el gobierno decidió autorizar la creación de la banca. El decreto correspondien-

te autorizaba a la banca a aceptar depósitos, descontar letras, emitir billetes de banco (que, sin embargo, no serían declarados moneda de curso legal hasta 1833), y comerciar con letras de cambio y metales preciosos, mientras establecía la prohibición de actuar en la bolsa de contratación y conceder préstamos a la corona sin una autorización especial del Parlamento.

Así nació el Banco de Inglaterra, que andando el tiempo, de forma lenta y gradual, sobre todo a lo largo del siglo XIX, iría asumiendo el papel de banco central y llegaría a constituir el prototipo que sirvió de modelo, aunque con variantes —especialmente en lo relativo a la independencia del poder político—, a los bancos centrales que se irían creando en los distintos países de Europa y del mundo.<sup>6</sup>

Se considera que el material documental del Banco de Inglaterra no ha sufrido pérdidas dramáticas ni drásticas dispersiones voluntarias. Tradicionalmente, el material documental se depositaba en los distintos departamentos del banco. En los años treinta de este siglo se pensó en constituir un pequeño museo público de historia del banco. Aneja al museo se creó una sección dotada de algunos de los documentos más representativos de la historia del banco y de sus actividades. Esa sección fue inadecuadamente llamada archivo, pero constituyó el núcleo en torno al cual se crearía, andando el tiempo, un auténtico archivo histórico. En 1972 se creó el puesto de archivero. A partir de 1978 se aceleró el traslado de documentos desde los diversos departamentos al archivo, que en la actualidad contiene aproximadamente 20.000 legajos y 70.000 volúmenes. Estos consisten principalmente en registros de transacciones obtenidos de la gestión de las cuentas bancarias de comerciantes o de la función del banco como registrador de las emisiones de papel del Estado.

Los archivos de los bancos centrales, y en particular el del Banco de Inglaterra, contienen documentos ricos en información, no sólo sobre la historia monetaria, bancaria y financiera del país, sino también sobre la historia de las relaciones financieras internacionales. Así, por ejemplo, en el archivo del Banco de Inglaterra

6. Cf., entre otros, Andreades, 1901, reimpr. 1966; y Clapham, 1944, vol. I. Sobre la formación y evolución de los bancos centrales, cf. Ciocca, 1983 (trad. ingl., 1987).

existen unos setenta legajos que se refieren a las relaciones financieras con Italia y un número muy superior de legajos relativos a las relaciones financieras con Francia.

A lo largo del siglo XIX surgieron colosos bancarios tales como los Rothschild, los Hambro, el Credit Mobilier y el Deutsche Bank, que, aunque caracterizados desde el punto de vista técnico por una actividad fundamentalmente financiera, desempeñaron un papel decisivo en empresas industriales como las construcciones ferroviarias y, en el caso del Deutsche Bank, la creación de industrias del sector eléctrico y químico. Esas instituciones conservaron buena parte de su documentación, que constituye una fuente de notable importancia para el historiador económico del siglo XIX. Así, por ejemplo, junto a los Archives Nationaux de París y al Centre des Archives Contemporaines de Fontaineblau, existe el archivo de la casa Rothschild (consultable sólo con permiso escrito de la Européene de Banque). El archivo Rothschild ocupa cerca de 800 metros de estanterías, abarca todo el periodo 1810-1940 y está compuesto por tres secciones: una de *dossiers d'affaires* (1811-1945); una de copias de cartas enviadas (1849-1944); y una tercera de correspondencia recibida por las casas Rothschild y sus filiales (1838-1940) (cf. Gille, 1965-1967).

Las empresas de unas ciertas dimensiones que actuasen específicamente en el sector manufacturero no aparecieron hasta la Revolución industrial. Las empresas industriales tardaron en constituir archivos propios. Una excepción fue la empresa Saint-Gobain Pont-à-Mousson, cuyo archivo se remonta al siglo XVII.

Los Estados Unidos y Alemania fueron los países donde las empresas industriales empezaron antes que en ningún otro lugar a crear auténticos archivos empresariales. A partir de la década de 1920 se empezó a ordenar y catalogar los archivos de empresas en los Estados Unidos. De esa década datan las iniciativas de la Universidad de Harvard, en cuya Baker Library, aneja a la School of Business Administration, existen cerca de 1.400 colecciones documentales relativas a empresas financieras, comerciales e industriales norteamericanas que se remontan hasta principios del siglo XVII.

En Alemania, la Krupp constituyó su propio archivo en 1905, la Siemens y la Bayer lo hicieron en 1907, la Bosch en 1933, la Gutehoffnungshütte en 1937, la Thyssen y la Mannesmann en 1938.

Hoy son numerosas las empresas industriales que cuentan con

un buen archivo: además de las citadas, cabe indicar la DuPont en los Estados Unidos, la Imperial Chemical Industries y la British Petroleum en Gran Bretaña, la Renault en Francia, o la Ansaldo y la Terni en Italia (cf. *Lingotto*, 1984, incluyendo la bibliografía).

La documentación empresarial de que dispone el historiador económico en relación con las épocas medieval, moderna y contemporánea se refiere casi exclusivamente a empresas de grandes dimensiones y en ocasiones a empresas de dimensiones medias. La empresa familiar de dimensiones reducidas de los sectores mercantil y manufacturero permanece envuelta en la oscuridad. La laguna es grave, porque tiende a deformar nuestra visión del pasado. Podemos darnos cuenta de ello cuando surge por casualidad, de entre las tinieblas de la historia, algún documento excepcional aislado. Valga el siguiente ejemplo.

Hace algunos años, en el Archivo Estatal de Florencia, entre los papeles del Arcispedale di Santa Maria Nuova, John Muendel, de la Universidad de Wisconsin-Waukesha, descubrió tres cuadernillos de cuentas de una pequeña empresa familiar compuesta por dos herreros, Deo di Buono y su hijo Giovanni. Ambos trabajaban en Stia, en el Casentino, a unos cincuenta kilómetros de Florencia. Las cuentas se refieren al periodo 1458-1497. Cuando se analizan los tres cuadernillos, se descubre que entre enero de 1468 y abril de 1472 sólo el 25 por 100 de las deudas de Deo y de Giovanni fueron saldadas en moneda contante. El 75 por 100 fue saldado en especie (cf. Muendel, 1985, pp. 32-34). Es decir, en la segunda mitad del siglo xv, a pocos kilómetros de Florencia, donde el profesor De Roover, al estudiar la documentación del banco de los Medici, había descubierto claros indicios del más avanzado capitalismo y de refinadas técnicas empresariales, comerciales, financieras y crediticias, existía una sociedad rural en la que el uso de la moneda representaba todavía la excepción y las operaciones de trueque eran la regla. El ejemplo es particularmente significativo del tipo de deformación óptica a que puede verse inducido el historiador en su esfuerzo de reconstrucción de la realidad del pasado por la vía de la conjunción desequilibrada de las fuentes a las que tiene acceso.

Hay, sin embargo, un tipo de documento disponible relativamente más equilibrado, en relación tanto con las grandes empresas como con las medianas y pequeñas: se trata de los inventarios hechos a raíz de la muerte del propietario o de un cambio de

propiedad. Por lo que respecta a grandes empresas, el ejemplo clásico es el del inventario de la empresa de los Fugger de 1527, publicado y estudiado por J. Strieder (1905). Respecto a las empresas pequeñas cabe citar los inventarios de la minúscula «fabriquita» de cerámica de Giovan Pietro en Pavía, en 1456, los de la tipografía de Giovan Antonio Beretta, también en Pavía, en 1492 (Cipolla, 1944, pp. 12-13) y los de las numerosas boticas de cualquier época y lugar. Los inventarios de este tipo, si se investigasen y estudiasesen más de lo que se ha venido haciendo hasta ahora, podrían contribuir a la formación de una visión más equilibrada del mundo empresarial desde la Edad Media en adelante.

#### CRÓNICAS DE VIAJES

Una fuente importante, rica en datos e informaciones para el historiador económico y social, es la constituida por los relatos de viajes (incluyendo en esta categoría también los relatos de los misioneros). Existen muchas obras de este tipo, cuya calidad es muy variada: desde la famosa obra de Marco Polo sobre su viaje y estancia en China hasta un lúbrillo insignificante de un tal John Dale, publicado en Londres en 1894 con el título de *Round the World by Doctor's Orders*, en el que no se hace la menor alusión a cuáles pudieran ser esas misteriosas «órdenes del doctor». Para dar una idea, aunque sea vaga, de la abundancia de ese material baste decir que en la Biblioteca Marciana de Venecia existe la colección Tursi de relatos de viajes, compuesta por varios miles de volúmenes; que en Turín existe el Centro internacional de estudios sobre la historia del viaje en Italia, en cuyo catálogo hay una relación de más de cien mil, entre artículos, opúsculos y libros; que en Londres tiene su sede la Hakluyt Society, fundada en 1846 con el objetivo preciso de publicar en ediciones críticas todos los relatos de viajes que merecieran su consideración. La primera serie de la Hakluyt Society comprende cien volúmenes, publicados entre 1874 y 1898. La segunda serie, iniciada en 1899, llegaba a los 165 volúmenes en 1984 y continúa creciendo (sobre la Hakluyt Society y sus publicaciones, cf. Lynam, 1967, y Quinn, 1974).

Tratando de hacer una clasificación, siquiera sea a grandes rasgos, del material disponible, se pueden distinguir al menos cuatro

categorías. Ante todo, las crónicas de los viajeros medievales, propensos a mezclar los datos reales y los cuentos legendarios. Entre ellos hay que recordar especialmente a Liutprando de Cremona, enviado en el 949 d.C. a Bizancio como embajador del emperador Otón; al-Maqaddasi Ahsan al-Tagasim (c. 910 d.C.), que viajó extensamente por los países del Imperio islámico; Marco Polo (1254-1324), ya citado y sobre quien volveremos más adelante; fray Giovanni dal Pian del Carpine (m. 1252), enviado por el papa Inocencio IV como embajador de la Santa Sede ante el Gran Jan de los tártaros en 1245; y fray Oderico de Pordenone (1286-1331), que fue enviado a Armenia y Persia y después llegó hasta China, donde permaneció durante tres años en Pekín.

Una segunda categoría está constituida por las memorias de quienes se aventuraron en azarosos y peligrosos viajes en el marco de la expansión transoceánica europea de los siglos XV-XVII. Forman parte de esta categoría las memorias de Francesco Carletti, florentino que dio la vuelta al mundo en los años 1594-1606; las de J. H. van Linschoten, Fernão Mendes Pinto, Ludovico de Varthema, C. Fryke y C. Schweitzer; y las de misioneros como el jesuita Matteo Ricci, que dejó profundas observaciones sobre la China de principios del siglo XVII.

A la tercera categoría corresponden las memorias de los viajeros distinguidos, sobre todo ingleses, que en los siglos XVI y XVII recorrían la Europa continental. Entre ellos cabe recordar a M. Eyquem de Montaigne, J. Evelyn, R. Dallington, T. Coryat y F. Moryson. El manuscrito de este último, conservado en la biblioteca del Corpus Christi College de Oxford, no ha sido objeto todavía de una edición crítica digna de su contenido. En 1903 C. Hugues publicó sin comentarios críticos partes de ese manuscrito, seleccionando los capítulos de tipo más descriptivo, en los que el autor que más veces había visitado Holanda, Alemania, Suiza, Italia y Turquía describe el carácter de los habitantes, las costumbres del país, las instituciones políticas, las fuerzas militares y navales, los ingresos y los gastos estatales. La parte más narrada del manuscrito, que contiene las referencias diarias de los viajes y, en consecuencia, alusiones a los gastos de comida, alojamiento, peajes, el coste de los transportes, la duración de los viajes, etc., fue publicada en Glasgow en 1907, también sin comentarios críticos. La parte más fascinante del manuscrito, y la de lectura más ágil, es la editada por C. Hugues en

1903, pero la información macroeconómica que aparece en ella es de segunda mano, recogida de oídas. En cambio, la parte árida del manuscrito, es decir, la editada en Glasgow en 1907, contiene mucha información de primera mano que interesa al historiador económico.

Por último, nuestra cuarta categoría la forman los escritos de los viajeros de los siglos XVIII y XIX, muchos de los cuales se distinguieron por un planteamiento sistemático y podría decirse que científico. Baste citar a Daniel Defoe (1660-1731) y su *Tour thro' the whole Island of Great Britain* (1724-1726), y a Arthur Young cuyas crónicas de sus viajes por Irlanda, Inglaterra, Gales, Francia e Italia contienen observaciones especialmente importantes para el historiador de la agricultura.

Finalmente, merece la pena recordar, dada la importancia de la obra de Marco Polo, una reciente hipótesis sobre los orígenes y la composición de la misma. La tradición cuenta que Marco Polo, hecho prisionero por los genoveses en un enfrentamiento naval entre genoveses y venecianos, fue encerrado durante algún tiempo en una prisión de Génova junto con Rustichello da Pisa y que en la celda dictó a Rustichello (que tradujo la crónica de Marco Polo al francés, lengua de la corte) el texto que más adelante llegaría a ser célebre con el título de *Milione*. A partir de un minucioso análisis del lenguaje y el contenido, F. Borlandi (1962) formuló la convincente hipótesis de que el texto de Rustichello no era el fruto del dictado de Marco Polo, sino la reelaboración libre y veleidosamente literaria, por parte de Rustichello, de un texto de Marco Polo. Borlandi arguyó que dicho texto no era sino una *Pratica della mercatura* (manual mercantil) que Polo llevaba todavía consigo cuando fue capturado por los genoveses del Laiazzo en 1296. Si la tesis es correcta, el texto de Polo adquiere aún más importancia a ojos del historiador económico.

#### GACETAS Y PERIÓDICOS

Ya hemos visto que los comerciantes medievales y del Renacimiento extraían sus informaciones de manuales mercantiles pero, sobre todo, de la correspondencia comercial que cuidaban de forma especial y que contenía noticias sobre condiciones y previsiones de

mercado, medidas de política económica y monetaria, tipos de cambio y quiebras, así como hechos políticos, enfrentamientos militares y navales, naufragios, actos de piratería, acontecimientos y chismes de la corte, etc. Hemos visto también que las empresas mercantiles trataban de asegurarse el envío diligente de esa correspondencia, y al mismo tiempo se preocupaban de que la propia correspondencia no cayese en manos de competidores. Después de todo, el éxito de muchas de sus operaciones dependía de la rapidez de las reacciones ante los cambios de las condiciones del mercado y de la capacidad de adelantarse a la competencia.

Con la aparición de la imprenta de tipos móviles, pero sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVI, individuos emprendedores con una cierta experiencia en los asuntos comerciales recopilaron manuales mercantiles con información sobre productos, pesos, medidas, monedas, tipos de cambio y usos comerciales en los principales mercados de Europa, los hicieron imprimir y los pusieron a la venta. Lo que ocurrió con esos manuales se repitió con la correspondencia comercial. Se organizó una red de información; se recopilaron cartas con las últimas noticias de carácter económico, comercial y político, y la hoja informativa resultante se distribuía entre los suscriptores dispuestos a pagar un precio determinado para recibirlas. Así, por ejemplo, en el siglo XVI en Augsburgo, una agencia dirigida primero por un tal Jeremias Crasser y más tarde por Jeremias Schiffle —que se autocalificaban de *nouvellantens*— abastecía a sus suscriptores de cartas periódicas que contenían informaciones diversas extraídas de una gran variedad de fuentes.<sup>7</sup>

Las cartas de ese tipo, producidas por un número creciente de *nouvellantens* o *gazzettanti*, se hicieron cada vez más populares y buscadas. Durante mucho tiempo fueron distribuidas en manuscrito, respetando así su forma original. Andando el tiempo, sin embargo, empezaron a aparecer cartas impresas. Así nacieron los antepasados de nuestros periódicos, llamados entonces *gazzette* o *avvisi* o *notizie* o *news-letters* o *Zeitungen*. Su periodicidad variaba de un caso a otro, pero la publicación diaria fue un fenómeno bastante tardío.

7. La agencia de Crasser y Schiffle fue empleada por el conde Philip Eduard Fugger (1546-1618) para pasar en limpio la gran colección de cartas procedentes de los agentes de su empresa repartidos por todo el mundo. Cf. Matthews, 1959, pp. 17-18.

Entre las primeras «gacetas» cabe recordar las de la feria de Frankfurt, publicadas a partir de 1588 con el título de *Calendarium Historicum*. Al parecer, la primera gaceta impresa fue el *Aviso Relation oder Zeitung*, publicado semanalmente en Augsburgo por Johann Carolus a partir de 1609. Tras un preludio de hojas sueltas de publicación esporádica, en Holanda aparecieron las *Tydinghe uyt verscheide Quartieren*, desde 1618, la *Weeklyke Courante van Europa*, publicada todos los sábados a partir de 1658, la *Nieuwe Tydinghen*, publicada en Amberes desde 1618. Londres vio su primera gaceta en 1626, con el nombre de *Weekly News*. En Francia, el médico Théophraste Renaudot imprimió en 1631 la *Gazette de France*, el primer diario publicado en París y muy pronto utilizado por Richelieu para hacer propaganda.

El primer diario de Londres, *The Daily Courant*, apareció en 1702. En 1704 Daniel Defoe, autor de *Robinson Crusoe*, empezó a publicar *The Review*, periódico que contenía muchas noticias comerciales. *The Review*, que al principio se publicaba semanalmente, empezó a salir tres veces a la semana a partir de 1705. *The Daily Universal Register*, publicado por primera vez en 1785 y rebautizado *The Times* en 1788, también llevaba mucha información comercial y anuncios económicos. De hecho, hasta mayo de 1966 la primera página del periódico se dedicaba siempre a anuncios por palabras, muchos de los cuales eran de índole económica (figs. 7 y 8).

En el siglo XIX empezaron a publicarse periódicos total o principalmente consagrados a las noticias comerciales, financieras y económicas. *The Economist* se fundó en 1843. Italia tampoco estuvo ausente a ese respecto. *Il Giornale di Commercio* fue fundado en Livorno en 1822 por Luigi Nardi y aparecía con periodicidad quincenal. Publicaba información sobre la marcha del mercado, precios de diversos géneros, evolución de los tipos de cambio, movimientos del puerto de Livorno y de los puertos extranjeros y otros asuntos, todos de carácter económico. El *Corriere Mercantile di Genova* empezó a publicarse en 1825. *Il Sole* apareció en 1865. El *Financial News* de Londres se inició en 1884 y fue absorbido por el *Financial Times* en 1945. El *Financial Times* fue fundado por Horatio Bottomley en Londres en 1884. El *Wall Street Journal* se publicó por primera vez el 8 de julio de 1889, por la empresa Dow Jones & Co. Empezó como diario de la tarde y el primer número tenía cuatro páginas.





Naturalmente, los primeros periódicos recogían las noticias con un retraso explicable. *The Times* de Londres del 3 de octubre de 1798 daba la noticia de la victoria de lord Nelson en la batalla del Nilo. La batalla había tenido lugar el 1 de agosto de aquel año y, según el periódico, la noticia había «llegado al Almirantazgo la mañana anterior [2 de octubre] a las once y cuarto», llevada por un tal capitán Capel que había sido retenido en cuarentena durante un día entero en Nápoles (citado en Vincent, 1911, p. 222). La invención del telégrafo, del teléfono y de la radio han revolucionado las comunicaciones y la inmediatez de la información televisual reduce hoy sustancialmente el papel y el efecto social de la prensa escrita.

Los historiadores en general no sienten demasiada simpatía por los periódicos. Los utilizan desde hace poco y el peor insulto que un historiador puede dirigir a un colega consiste en definirlo como «periodista» (hoy día, el calificativo de «sociólogo» es más bien peyorativo). Las razones de esa postura son variadas. El sensacionalismo que a veces se permite la prensa; el carácter partidista de muchos periódicos; el hecho de que el periodista lucha constantemente contra el tiempo y no siempre tiene la posibilidad de profundizar o verificar las noticias que relata; el hecho de que, teniendo que enfrentarse a acontecimientos contemporáneos, el periodista no está en condiciones de valorar, más que de una manera instintiva, las consecuencias a largo plazo de los acontecimientos que relata. Y, sin embargo, el periódico constituye una fuente histórica de primordial importancia, no sólo por lo que refleja correctamente, sino también por lo que refleja incorrectamente. Noticias deliberadamente tergiversadas o silenciadas pueden decir mucho sobre el grado de censura y de limitación de la libertad de prensa y pensamiento en un país y en un momento determinados. Y, en cualquier caso, la información que dan los periódicos, ya sea correcta o incorrecta, puede proporcionar al historiador una clave para valorar lo que conoce la masa de la población y para entender los movimientos de la opinión pública.

#### FUENTES DIVERSAS

El historiador económico, como el detective, debe lanzar su red de forma que abarque un espacio muy amplio. Dicho de otro modo,

no debe limitarse exclusivamente a las fuentes de carácter económico. Y ello por dos tipos de razones. Ante todo, la vida económica no se desarrolla en el vacío, sino en un contexto político, social y cultural cuya naturaleza y características debe conocer y comprender el historiador económico. Pero sólo podrá llegar a conocerlas mediante un estudio atento de las fuentes que se refieren a los distintos sectores de la sociedad. En segundo lugar, muchas y valiosas informaciones de carácter económico y social se encuentran en fuentes de tipo no económico. Valga el ejemplo siguiente.

En el año 1700, Benardino Ramazzini (1633-1714), médico y profesor de medicina en la Universidad de Módena, pero precisamente aquel año llamado a la Universidad de Padua, publicaba un volumen destinado a convertirse en un clásico de la literatura médica: *De Morbis Artificum Diatriba*. La obra era un tratado de lo que hoy llamaríamos medicina del trabajo, es decir, un estudio de las patologías originadas por los distintos tipos de ocupaciones.

De las enfermedades contraídas por los trabajadores en el ejercicio de su oficio se habían ocupado Ulrich Ellenbog, que en 1472 escribió ocho páginas sobre las enfermedades de los plateros; Georg Agricola, que publicó en 1556 un importante trabajo sobre la técnica minera de su época y dedicó un capítulo a las enfermedades de los mineros; y, sobre todo, el suizo Theophrastus Bombastus von Hohenheim (más conocido por el nombre de Paracelso) que en 1567 publicó un volumen en el que trataba de la etiología, patogénesis, prevención, diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de los mineros.<sup>8</sup> Pero nadie había pensado nunca en un tratado general y sistemático que abarcase todas las profesiones y oficios, y estudiara la relación entre las enfermedades y las condiciones de trabajo, que a menudo eran peligrosas e insalubres. Hay que recordar también que en el siglo XVII los médicos pertenecían a las clases superiores y sentían escaso o ningún interés por las condiciones sanitarias de los trabajadores corrientes, considerados poco menos que como bestias de carga, seres biológicamente inferiores, «llenos de humores crudísimos y corruptos». En cambio, Ramazzini, en sus textos, aparece como un hombre de profunda humanidad y agudo ingenio: una combinación especialmente rara y valiosa. Reconocía

8. También cabría citar a S. Stockhausen por su obra *Lithargya fumo noxio morbiſico* (1556) y a Martin Pausa por su *Consilium Perpneumoniae* (1614).

la importancia, desde un punto de vista médico y humanitario, de estudiar, y si era posible, aliviar, los sufrimientos de los trabajadores y, como se deduce con claridad de su prefacio, intuyó también la importancia que, desde un punto de vista económico, tiene para la sociedad la existencia de trabajadores en buenas condiciones físicas y, por consiguiente, más productivos.

En la primera edición de su obra estudió 42 ocupaciones (para ser exactos, 41 categorías, más el grupo de los instruidos). En 1713, con motivo de la segunda edición de su obra, añadió otras 12 ocupaciones. Los 54 capítulos de la obra ofrecen un cuadro excepcionalmente vivo de las condiciones de vida y de trabajo de las clases obrera y campesina de la época y constituyen, en consecuencia, una fuente de primordial importancia para los historiadores económico y sociales.<sup>9</sup>

El volumen de Ramazzini fue traducido pronto a otras lenguas. Pero la obra se había anticipado demasiado a su tiempo para tener imitadores. Hasta más de un siglo después, a lo largo del XIX, no aparecieron obras relevantes y sistemáticas sobre las enfermedades profesionales que ofreciesen información sobre las condiciones de vida y de trabajo de los obreros y los artesanos. Entre esos trabajos se pueden citar, en Inglaterra, la obra de C. T. Thackrah (1831); en los Estados Unidos, la de B. W. McCready (1837); y, en Francia, la de L. R. Villermé (1840). Esta última, dado su valor excepcional, merece un comentario aparte.

Louis René Villermé (1782-1863) estudió medicina en París y en 1804 entró en el servicio militar como cirujano. Acabada la aventura imperial, Villermé inició una actividad privada, pero sus intereses estaban orientados hacia la epidemiología y la medicina social. En 1820 publicó su primer trabajo de medicina social, dedicado a las «Prisiones, cómo son y cómo deberían ser». Villermé era especialmente ducho en el uso de la estadística y su amistad con el gran estadístico belga L. A. J. Quetelet le ayudó a mejorar notablemente lo que en él eran evidentes dotes naturales. Después de varios estudios sobre la distribución de los nacimientos a lo largo del año,

9. El libro fue traducido al inglés en 1713 por W. C. Wright con el título de *Diseases of Workers*. La traducción fue reeditada por la Hafner Publishing Company (Nueva York y Londres) en 1964, bajo los auspicios de la Library of the New York Academy of Medicina, con una introducción de G. Rosen. Sobre la importancia de la obra de Ramazzini como fuente de historia económica y social, cf. Romani, 1942.

sobre las prisiones, las epidemias, el paludismo, las deficiencias de los censos franceses, el alcoholismo, Villermé publicó en 1840 su obra maestra, el *Tableau de l'état physique et morale des ouvriers employés dans les manufactures de coton, laine et de soie*. La obra ofrece un cuadro detallado, apoyado en excelentes bases estadísticas, de las condiciones de vida y de trabajo de los obreros de las manufacturas de lana, seda y algodón, con especial referencia a los centros de Mulhouse, Lille, Sedán y Lyon.

Al comparar la obra de Ramazzini con el *Tableau de Villermé*, llama la atención el contraste existente entre dos períodos culturales diferentes. La obra de Ramazzini está escrita en latín y consiste en unas descripciones puramente cualitativas. En toda la obra de Ramazzini, a pesar de ello recomendable, no existe un solo cuadro estadístico. En cambio, Villermé escribió su texto en francés y sus páginas están llenas de números y cuadros.

## 7. LAS ORGANIZACIONES INTERNACIONALES

En el capítulo 3 de esta Segunda parte hemos visto que en toda Europa, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, se avanzó mucho en la recopilación, elaboración, publicación y uso de estadísticas económicas y sociales; y al final del capítulo citamos el comentario de Joseph Schumpeter en el sentido de que la explosión de información ha sido sobre todo una explosión de datos estadísticos y cuantitativos. También hemos visto que en el curso del tiempo se han recogido y producido estadísticas económicas, demográficas y sociales por parte de los gobiernos, entidades religiosas e incluso individuos particulares, como en el caso del doctor Villermé.

Ya a lo largo del siglo pasado, con todo, aparecieron también, entre los productores de estadísticas económicas, demográficas y sociales, organismos internacionales o supranacionales. El fenómeno se puso de manifiesto de forma más clara después de la primera guerra mundial, al fundarse la Sociedad de Naciones. Si en el terreno político y diplomático ese organismo consiguió hacer muy poco o nada, se tomó la revancha en el terreno estadístico, donde desplegó una actividad febril y produjo gran abundancia de estadísticas internacionales sobre comercio, balanzas de pagos, precios, producción y población. El volumen de A. C. von Breycha-Vauthier, publicado en 1939, es una guía útil para no extraviarse en ese laberinto de información.

Después de la segunda guerra mundial los organismos de carácter internacional o supranacional proliferaron de forma sorprendente. En 1987 existían más de ocho mil organizaciones de este tipo oficialmente reconocidas y que iban desde la ONU (Organización de las Naciones Unidas) hasta la ABMIT (Organización Belga-mediterránea para la Lucha contra la Talasemia), todas ellas debida-

## CUADRO 5

*Selección de las principales organizaciones internacionales*

| Iniciales/<br>acrónimo | Nombre   |
|------------------------|--|
| AACB                   | Association of African Central Banks   |
| ACDAC                  | Asian Pacific Development Administration Centre                                |
| AGSIDC                 | Arab Gulf States Information Documentation Centre                              |
| AID                    | Agencia Internacional para el Desarrollo                                       |
| AMF                    | Arab Monetary Fund   |
| BEI                    | Banco Europeo de Inversiones   |
| BID                    | Banco Interamericano de Desarrollo   |
| BIS                    | Banco de Operaciones Internacionales   |
| CEE                    | Comunidad Económica Europea  |
| <i>Eurostat</i>        | Oficina Estadística de las Comunidades Europeas                                |
| CECA                   | Comunidad Europea del Carbón y del Acero                                       |
| COMECON                | Consejo de Ayuda Económica Mutua   |
| EFTA                   | Asociación Europea de Libre Comercio   |
| FMI                    | Fondo Monetario Internacional  |
| IATA                   | International Air Transport Association  |
| ISI                    | Instituto Estadístico Internacional de La Haya                                 |
| MCCA                   | Mercado Común Centro-American  |
| OCDE                   | Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico                     |
| OEA                    | Organización de Estados Americanos   |
| OECE                   | Organización Europea para la Cooperación Económica                             |
| OIT                    | Oficina Internacional del Trabajo  |
| ONU                    | Organización de las Naciones Unidas  |
| BIRD                   | Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (Banco Mundial)     |
| CFI                    | Corporación Financiera Internacional   |
| FAO                    | Organización para la Agricultura y la Alimentación                             |
| OACI                   | Organización de Aviación Civil Internacional                                   |
| OIEA                   | Organización Internacional de la Energía Atómica                               |
| OMI                    | Organización Marítima Internacional  |
| OMPI                   | Organización Mundial de la Propiedad Intelectual                               |
| OMS                    | Organización Mundial de la Salud   |
| UIT                    | Unión Internacional de Telecomunicaciones                                      |
| UNESCO                 | Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura |
| UNIDO                  | Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial              |
| UPI                    | Unión Postal Internacional   |
| OPEP                   | Organización de Países Exportadores de Petróleo                                |
| SEAIS                  | South East Asia Iron and Steel Institute                                       |

mente relacionadas en el *Yearbook of International Organizations* que se publica en Munich y que cada año resulta más voluminoso dado el constante crecimiento numérico de dichos organismos. Estos tienen en común, entre otras cosas, dos características: la de identificarse mediante siglas, o acrónimos (el cuadro 5 presenta una lista reducida de tales siglas y sus equivalencias de algunas de las organizaciones internacionales), y la de publicar anuarios de estadísticas internacionales sobre los temas de su competencia. Así, mientras el historiador económico de la Antigüedad clásica encuentra dificultades para reunir dos o tres cifras creíbles, el que estudia la Edad Contemporánea se halla sumergido en un océano de datos cuantitativos en el que es difícil orientarse.<sup>1</sup> Pero no es oro todo lo que reluce. Muchos de los datos no son fruto de nuevos estudios, sino que son simplemente copia de publicaciones análogas. Con mucha frecuencia, los datos publicados por organismos internacionales tienen su origen en los institutos nacionales de estadística. La inmensa mayoría de los datos publicados no contiene las necesarias referencias a los márgenes de error, ni indican los métodos empleados para recogerlos. Sin embargo, en sus relaciones con los institutos nacionales de estadística, los organismos internacionales pueden ejercer presión para la recogida de informaciones estadísticas en países que de otro modo descuidarían esa actividad, y sobre todo ejercen un papel importante al proponer una cierta uniformidad en los criterios de recogida de los datos a escala internacional.

1. Guias útiles para cruzar esta selva de estadísticas internacionales son, entre otras, Pieper, 1978; Wasserman O'Brien y Wasserman, 1986; Union of International Association, 1969; Dicks, 1981; Jeanneney, 1957; Publications of the European Community, Catalogue; Oficina Estadística de las Comunidades Europeas, 1961.

## 8. CONCLUSIÓN

La relación de fuentes citadas hasta aquí es larga, pero está muy lejos de ser completa. No incluye la gran masa de documentación menuda y pormenorizada. Faltan incluso documentos o grupos de documentos de la mayor importancia. La razón de este descuido es doble: la falta de espacio unida al hecho de que muchos de esos documentos no se prestan, por su peculiaridad, a ser incluidos en las categorías que hemos señalado. Pero hay que mencionar, siquiera sea de paso el material siguiente: los documentos hebreos de la Geniza de El Cairo, procedentes de los siglos x y xi;<sup>1</sup> el inventario de las indemnizaciones abonadas a finales del siglo XIII a las víctimas (sobre todo trabajadores) de la prepotencia y las prevaricacio-

1. En la segunda mitad del siglo XIX, en la «Geniza» (almacén) aneja a la sinagoga de Fustāt (la ciudad vieja de El Cairo) y en el cementerio cercano de al-Basatin, se encontró casualmente un enorme conjunto de documentos relativos a las transacciones de mercaderes judíos que comerciaban en el océano Índico. Los documentos se remontan sobre todo a los siglos X y XI (son pocos los documentos anteriores al siglo X y pocos también los posteriores a 1250) y no fueron destruidos porque la tradición religiosa judía prohibía la destrucción de documentos escritos en los que apareciese el nombre de Dios (incluso en la forma de saludo «Dios te guarde»). Solomon Schechter calcula que ha llevado a la sección de manuscritos de la biblioteca de la Universidad de Cambridge, Inglaterra, más de 100.000 hojas. Además de las de Cambridge existen otras quince colecciones de documentos procedentes de la misma fuente.

Los documentos están compuestos por correspondencia comercial y particular, contratos de venta y de matrimonio, libros de contabilidad de rabinos, etc. De ellos se deduce que desde Oriente se importaban en Egipto especias, colorantes, hierbas medicinales, hierro y acero, vajillas de metal, seda, perlas, porcelanas chinas, frutos tropicales y marfil. A su vez, de Egipto a Oriente se exportaban textiles, ornamentos y vajillas de plata, latón, vidrio, tapices, jabón, papel, libros, metales, coral, azúcar, aceite de oliva, aceite para lámparas, uvas pasas y lino. Cf. Goitein, 1955 y 1967.

nes de aquel adalid del capitalismo más ávido y sin escrúpulos que fue *sire* Jehan Boinebroke, mercader de Douai;<sup>2</sup> el Archivo de la Veneranda Fabbrica del Duomo de Milán;<sup>3</sup> el diario-registro del inefable procurador Dauvet que, con la perseverancia de un sabueso, rastreó durante cuatro años, de junio de 1453 a julio de 1457, por todos los rincones de Francia los intereses de Jacques Coeur, dejándonos así un panorama de la variedad y vastedad de las redes de negocios del mayor comerciante francés de la Edad Media;<sup>4</sup> los

2. Sire Jehan Boinebroke era noble y comerciante-manufacturero de paños (*drapier*) en Douai, donde murió en 1285 o 1286. Era un hombre ávido y poco escrupuloso, que maltrataba, estafaba y explotaba sin miramiento alguno a sus obreros. A punto de morir, y viendo cerca el infierno, se arrepintió y dictó disposiciones a sus albaceas para que diesen indemnizaciones (*amendement*) por las muchas «injusticias cometidas» y restituyesen «lo que había usurpado con malas artes». Una multitud de personas que habían sido víctimas de la prepotencia de Boinebroke se presentaron ante los albaceas llevando las pruebas de las injusticias sufridas. El inventario resultante, fechado entre febrero de 1286 y febrero de 1287, ha sido objeto de una edición con notas por parte de G. Espinas (1933) y da un testimonio vivo de la humillación y la explotación que los trabajadores medievales podían sufrir a manos de sus patronos.

3. La construcción del Duomo de Milán empezó a finales del siglo XIV y acabó cinco siglos después. Estuvo interrumpida durante largos períodos. Se creó una entidad especial, llamada «La Veneranda Fabbrica del Duomo» para recoger y administrar los fondos necesarios para la construcción y la conservación de la catedral y para dirigir las obras. El archivo (cf. *Annali*, 1877) de esa entidad es extraordinariamente rico en papeles administrativos que contienen una verdadera mina de datos e información sobre precios de materiales de construcción, salarios de albañiles, canteros y artistas, técnicas de construcción, tipos de cambios de moneda, etc. Cf. De Maddalena (1949); y Sella (1968) para ejemplos de utilización de estos papeles.

4. Jacques Coeur nació en Bourges entre 1395 y 1400. A finales de la década de 1440 era uno de los hombres más ricos de Francia y tenía intereses en el comercio, las finanzas, y la agricultura; concedió créditos al rey de Francia por sumas considerables, e influía en la corte y en la política internacional. Su ascensión, su riqueza y su poderio le granjearon la envidia de muchos, empezando por el propio rey, que después de haberse endeudado hasta el cuello con Jacques Coeur, ordenó su detención (mayo de 1453). El procurador Jean Dauvet recibió el encargo de catalogar todas las propiedades, bienes y créditos del comerciante, de los que el rey quería apoderarse. Dauvet inició el rastreo el 2 de junio de 1453 y cuanto más encontraba, más descubría que le faltaba por encontrar. Se desplazó de París a Tours, a Blois, a Orleans, a Rouen, a Berri, a Langres, a Lyon y en todas partes encontraba bienes y créditos de Jacques Coeur, que resultó que tenía propiedades en Puisage, Berri y en el Bourbonnais, minas en Beaujolais y la zona de Lyon, almacenes en Tours, comercio de sal a orillas del Loira, el Ródano y el Sena, de lana y tejidos en Rouen y La Rochelle, de especias en Montpellier y Marsella, de telas en Champagne, contratos

*Probate Inventories* (inventarios testamentarios) ingleses y sus equivalentes mediterráneos, que aparecen en los cartularios notariales;<sup>5</sup> la *Descripttione dei Paesi Bassi* de Ludovico Guicciardini, que ofrece información de valor incalculable sobre la sociedad y la economía de los Países Bajos en la segunda mitad del siglo XVI;<sup>6</sup> los cálculos sobre la renta nacional inglesa de finales del siglo XVII realizados por aquel campeón de la aritmética política que fue Gregory King.<sup>7</sup> Por lo que se refiere al periodo posterior, el lector deseoso de evaluar las numerosas lagunas que hay en la relación de fuentes que hemos presentado puede remitirse con provecho a los tres gruesos volúmenes de *Documents of European Economic History*, preparados por S. Pollard y C. Holmes en relación con el periodo de 1750 a 1939.

«Y otras cosas hay que yo no osuento.»

---

de peaje y derechos al rescate que se pagara por prisioneros ingleses. Dauvet lo anotó todo en su diario, que constituye, por tanto, el inventario de las propiedades y actividades de Jacques Coeur en Francia. Es un volumen en cuarto compuesto por 509 hojas. Se conserva en los Archivos Nacionales de París y ha sido objeto de una edición a cargo de M. Mollat (1962).

5. Estos inventarios proporcionan información valiosa sobre patrimonios privados, niveles de consumo, alquileres de vivienda, vestuario, composiciones de bibliotecas, etc.

6. La obra de Ludovico Guicciardini es una fuente clásica para los historiadores económicos de los Países Bajos en el siglo XVI. Cf. Brulez, 1968 y 1970.

7. Gregory King (1648-1712), genealogista, grabador y «aritmético político», reunió una serie de *Natural and Political Observations upon the State and Condition of England*, que completó en 1692. King envió una copia al Ministerio de Comercio en septiembre de 1697, pero el texto no fue publicado hasta 1801, cuando George Chalmers lo incluyó como apéndice a la segunda edición de su *Estimate of the Comparative Strength of Great Britain* (se encuentra en una edición de 1969). El texto y los cálculos de King constituyen el mejor resumen que ha llegado hasta nosotros de las condiciones económicas de Inglaterra a finales del siglo XVII. King basó su texto en las observaciones que llevó a cabo personalmente durante los viajes motivados por sus investigaciones genealógicas. Cf., entre otros, Glass, «Two Papers on Gregory King», en Glass y Eversley, 1965.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abrate, M., G. Are, M. Deichman, F. Indovina, G. Mori, G. C. Origgi y A. Pagani (1970), *L'imprenditorialità italiana dopo l'Unità. L'inchiesta industriale del 1870-1874*, Milán.
- Alberi, E., ed. (1860), *Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato durante il secolo XVI*, Florencia.
- Alonso, W., y P. Starr (1987), *The Politics of Numbers*, Nueva York.
- Alterman, H. (1969), *Counting People: the census in history*, Nueva York.
- Allison, W. H., S. B. Fay, A. H. Shearer y H. R. Shipman (1931), *A Guide to Historical Literature*, Nueva York.
- American Historical Association (1961), *Guide to Historical Literature*, Nueva York.
- Ampolo, C. (1979), «Oikonomia», *Annali del Seminario di Studi del Mondo Classico. Serie di archeología e storia antica*, I, Istituto Orientale di Napoli.
- Anderson, A. (1764), *An Historical and Chronological Deduction of the Origin of Commerce from the Earliest Accounts to the Present Time*, Londres.
- Andreades, A. M. (1901, reimpr. 1966), *History of the Bank of England*, París (reimpr. Londres).
- Andreau, J. (1974), *Les Affaires de Monsieur Jucundus*, Roma.
- Andrews, J. H. (1956), «Two problems in the interpretation of the Port Books», *Economic History Review*, 2.ª ser., IX.
- Annali 1877, *Annali della Fabbrica del Duomo di Milano*, Milán.
- Are, G. (1963), «Una fonte per lo studio della fondazione industriale in Italia: l'inchiesta 1870-1874», *Studi Storici*, III.
- Ashton, T. S. (1962), «The relation of economic history», en H. P. R. Finberg, ed., *Approaches to History*, Toronto.
- Aström, S. E. (1963-1965), «From cloth to iron», *Societas Scientiarum Finnica: Commentationes Humanarum Litterarum*, XXXIII y XXXVII.
- (1968), «The reliability of the English Port Books», *Scandinavian Economic History Review*, XVI.

- Atti* (1871-1875), *Atti del Comitato dell'Inchiesta Industriale*, Florencia y Roma.
- Atti* (1883-1886), *Atti della Giunta Parlamentare per la Inchiesta Agraria sulle Condizioni delle Classi Agricole*, Roma.
- Austin, M. M., y P. Vidal Naquet (1977), *Economic and Social History of Ancient Greece*, Berkeley, Calif. (hay trad. cast.: *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona, 1986).
- Baasch, E. (1967), *Holländische Wirtschaftsgeschichte*, Jena.
- Bang, N. E., y K. Korst, eds. (1906-1953), *Tabelle over skibsfart og varetransport gennem Øresund 1497-1783* (con subtítulos en francés), Copenhague y Leipzig.
- Barbadoro, B. (1929), *Le finanze della Repubblica Fiorentina. Imposta diretta e debito pubblico fino all'istituzione del Monte*, Florencia.
- Barozzi, N., y G. Berchet, eds. (1863), *Le relazioni degli stati Europei lette al Senato dagli ambasciatori veneziani nel secolo XVII*, Venecia.
- Bates, D. (1988), *Bibliography of Domesday Book*, Londres.
- Battara, P. (1935), *La popolazione di Firenze alla metà del Cinquecento*, Florencia.
- Bautier, R. H. et al., eds. (1964-1984), *Les Sources de l'histoire économique et sociale de la France*, París.
- Behre, O. (1905), *Geschichte der Statistik in Brandenburg-Preussen bis zum Gründung der Königlichen Statistischen Bureau*, Berlin.
- Beloch, K. J. (1886), *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt*, Leipzig.
- Bensa, E. (1928), *Francesco di Marco da Prato*, Milán.
- Bernareggi, E. (1971-1972), «Notizie sulla produzione della zecca di Milano nel periodo sforzesco in documenti d'archivio», *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica*, 18-19.
- Bernheim, E. (1903), *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtsphilosophie*, Leipzig.
- Bernocchi, M. (1974-1978), *Le monete della Repubblica Fiorentina*, Florencia.
- Beutin, L. (1958), *Einführung in die Wirtschaftsgeschichte*, Colonia.
- Bland, A. E., P. A. Brown y R. H. Tawney (1915), *English Economic History. Select Documents (1000-1846)*, Londres.
- Bloch, M. (1947), *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París (hay trad. cast.: *Apología de la historia*, Barcelona, 1984).
- (1954), *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe*, París.
- Bond, M. F. (1971), *Guide to the Records of Parliament*, Londres.
- Borlandi, A., ed. (1963), *Il manuale di mercatura di Saminiato de' Ricci*, Génova.
- Borlandi, F., ed. (1936), *El libro di mercatantie et usanze de' paesi*, Turín.

- (1962), «Alle origini del libro di Marco Polo», en *Studi in onore di A. Fanfani*, Milán.
- Boulding, K. E. (1970), *Economics as a Science*, Nueva York (hay trad. cast.: *Ánalisis económico*, Madrid, 1987).
- Bowden, W., M. Karpovich y A. P. Usher (1937), *An Economic History of Europe since 1750*, Nueva York.
- Brading, D. A., y H. E. Cross (1972), «Colonial silver mining: Mexico and Peru», *Hispanic American Historical Review*, 52.
- Brakel, S. van (1915), «Schiffssheimat und Schifferheimat in den Sundzollregistern», *Hansische Geschichtsblätter*.
- Braund, D., ed. (1984), *Augustus to Nero: a sourcebook on Roman history*, Londres.
- Breisach, E. (1983), *Historiography: ancient, medieval and modern*, Chicago.
- Bresslau, H. (1889-1931), *Handbuch der Urkundenlehre für Deutschland und Italien*, Leipzig.
- (1921), *Geschichte der Monumenta Germaniae Historica*, Hannover.
- Breycha-Vauthier, A. C. von (1939), *Sources of Information: a handbook on publications of the League Nations*, Londres.
- Brodnitz, G. (1918), *Englische Wirtschaftsgeschichte*, Jena.
- Brown, E. H. P., y S. Hopkins (1956), «Seven centuries of the prices of consumables compared with builders' wage-rates», *Economica*, n.s., XXIII.
- Brown, L. (1958), *The Board of Trade and the Free Trade Movement 1830-1842*, Oxford.
- Brown, S. A. (1989), *The Bayeux Tapestry: history and bibliography*, Londres.
- Browne, J. (1957), *The Merchant Avizo*, P. MacGrath, ed., Boston, Mass.
- Brühl, C. R., y C. Violante (1983), *Die Honorantie Civitatis Papie*, Colonia.
- Brulez, W. (1968), «Le commerce international des Pays Bas au XVI siècle: essai d'appréciation quantitative», *Revue belge de philologie et d'histoire*, XLVI.
- (1970), «De economische kaart van de Nederlanden in the 16 eeuw volgens Guicciardini», *Tijdschrift voor Geschiedenis*, LXXXIII.
- Brunt, P. A. (1971), *Italian Manpower 225 BC-AD 14*, Oxford.
- Bücher, K. (1893), *Die Entstehung der Volkswirtschaft*, Berlin.
- Bullock, A. (1977), *Is History Becoming a Social Science?*, Londres y Nueva York.
- Butler, W. E. (1978), *A Source Book on Socialist International Organizations*, Alphen aan den Rijn.
- Caballero, F. (1866), *Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia: relaciones geográficas escritas en tiempo de Felipe II*, Madrid.
- Callu, J. P., y J. N. Barrandon (1986), «L'inflazione nel IV secolo (295-361):

- il contributo delle analisi», en A. Giardina, ed., *Società romana e impero tardo antico*, I: *Istituzioni, ceti, economie*, Bari.
- Canfora, L. (1990), *The vanished Library*, Berkeley.
- Cantor, N. F., y R. I. Schneider (1967), *How to Study History*, Arlington Heights, Ill.
- Cantore, E. (1972), *Scientific Man*, Nueva York.
- Caracciolo, A. (1958), *L'inchiesta agraria Jacini*, Turín.
- Carbone, S. (1962), *Provveditori e Sopraprovveditori alla Sanità della Repubblica di Venezia*, Roma.
- Carletti, F. (1967), «Ragionamento del mio viaggio intorno al mondo (1594-1606)», en M. Guglielminetti, ed., *Viaggiatori del Seicento*, Turín.
- Carli, G. R. (1754-1760), *Delle monete e dell'istituzione delle zecche d'Italia*, Mantua y Lucca (2.ª ed.; la 1.ª es de 1751).
- Carson, E. (1977), «Customs records as a source for historical research», *Archives*, XIII.
- Carus Wilson, E. (1941), «An industrial revolution of the thirteenth century», *Economic History Review*, XI.
- (1950), «Trends in the export of English woollens in the fourteenth century», *Economic History Review*, 2.ª ser., III.
- Carus Wilson, E., y O. Coleman (1963), *England's Export Trade 1275-1547*, Oxford.
- Catalogue of British Parliamentary Papers* (1981), *Catalogue of British Parliamentary Papers 1801-1900*, 1000 volume Series and Area Studies Series, Shannon.
- Censo español* (1787), *Censo español executado de orden del Rey comunicada por el exc. señor Conde de Floridablanca*, Madrid.
- Central Bureau voor de Statistiek (1975), *75 jaar statistiek van Nederland*, La Haya.
- Ciano, C., ed. (1964), *La pratica di mercatura datiniana* (sec. XIV), Milán.
- Cicerón, *De Officiis*, Los oficios, trad. cast., Madrid, 1980<sup>s</sup>.
- Ciocca, P. L., ed. (1983), *La moneta e l'economia. Il ruolo delle banche centrali*, Bolonia. *Money and the Economy: central bankers' views*, Londres.
- (1987), *L'instabilità dell'economia*, Turín.
- Cipolla, C. M. (1943), «Profilo di storia demografica della città di Pavia», *Bollettino storico pavese*, V.
- (1944), «Per una storia del lavoro in Italia», *Bollettino storico pavese*, VI.
- (1952, reimpr. 1988), «Note sulla storia del saggio d'interesse. Corso, dividendi e sconto dei dividendi del Banco di S. Giorgio nel sec. XVI», *Economia internazionale*, V; reimpr. en C. M. Cipolla, *Saggi di storia economica e sociale*, Bolonia.
- (1956), *Money, Prices and Civilization in the Mediterranean World, Fifth to Seventeenth Century*, Princeton, NJ.

- , ed. (1972-1976), *The Fontana Economic History of Europe*, Londres.
- (1974, tr. ing. 1976), *Storia economica dell'Europa pre-industriale*, Bolonia; *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy, 1000-1700*, Londres (hay trad. cast.: *Historia económica de la Europa preindustrial*, Madrid, 1987<sup>3</sup>).
- (1982), *Il fiorino e il quattrino. La politica monetaria a Firenze nel 1300*, Bolonia.
- (1987), *La moneta a Firenze nel Cinquecento*, Bolonia.
- (1988), *La moneta a Milano nel Quattrocento*, Roma.
- Clapham, J. H. (1921), *The Economic Development of France and Germany 1815-1914*, Nueva York.
- (1944), *The Bank of England*, Cambridge.
- Clark, G. N. (1938), *Guide to English Commercial Statistics*, Londres.
- Clément, P., ed. (1859-1882), *Lettres, instructions et mémoires de Colbert*, París.
- Coale, A. J., y M. Zelnick (1963), *New Estimates of Fertility and Population in the United States*, Princeton, NJ.
- Cole, G. D. H. (1952), *Introduction to Economic History*, Londres (hay trad. cast.: *Introducción a la historia económica*, México, D.F.-Buenos Aires, 1966<sup>3</sup>).
- Cole, W. A. (1958), «Trends in eighteenth-century smuggling», *Economic History Review*, 2.<sup>a</sup> ser., X.
- Coleman, D. C. (1987), *History and the Economic Past: an account of the rise and decline of economic history in Britain*, Oxford.
- Comitato Italiano per lo Studio della Demografia Storica (1971-1972), *Le fonti della demografia storica in Italia*, Roma.
- Conti, E. (1966), *I catasti agrari della Repubblica fiorentina e il catasto particolare toscano (sec. XIV-XIX). La formazione delle strutture agrarie moderne nel contado fiorentino*, Roma.
- (1984), *L'imposta diretta a Firenze nel Quattrocento (1427-1494)*, Roma.
- Cook, R. M. (1959), «Die Bedeutung der bemalten Keramik für den griechischen Handel», *Jahrbuch der deutschen archäologischen Instituts*, LXXIV.
- Corsini, C. A. (1971-1972), «Nascite e matrimoni», en Comitato Italiano per lo Studio della Demografia Storica, *Le fonti della demografia storica in Italia*, Roma.
- Coryat, T. (1786), *Crudities*, Londres.
- Cossa, L. (1892), *Introduzione allo studio dell'economia politica*, Milán.
- Court, W. H. B. (1962), «Economic history», en H. P. R. Finberg, ed., *Approaches to History*, Toronto.
- Cox, J. C. (1910), *The Parish Registers of England*, Londres.
- Crawford, M. (1980), «Economia imperiale e commercio estero» (trad. it.), en *Tecnologia e società nel mondo romano*, Como.

- Crawford M., E. Gabba, F. Millar y A. Snodgrass (1983), *Sources for Ancient History*, Cambridge.
- Crinò, A. M. (1957), «Documenti relativi al libro di Sir Robert Dallington sulla Toscana», en *Fatti e figure del Seicento anglo toscano*, Florencia.
- Croce, B. (1938), *La storia come pensiero e come azione*, Bari.
- Cullen, M. J. (1975), *The Statistical Movement in Early Victorian Britain*, Hassocks, Sussex.
- Curtin, P. D. (1969), *The Atlantic Slave Trade*, Madison, Wis.
- Chalmers, G. (1969), *Estimate of the Comparative Strength of Great Britain*, Liverpool.
- Chandaman, C. D. (1975), *The English Public Revenue 1600-1688*, Oxford.
- Chaudhuri, K. N. (1978), *The Trading World of Asia and the English East India Company 1660-1760*, Cambridge.
- (1987), *Trade and Civilization in the Indian Ocean*, Londres.
- Chaunu, H. y P. (1955), *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*, París (hay trad. cast.: *Sevilla y América*, Sevilla, 1983).
- Cheney, C. R. (1972), *Notaries Public in England*, Oxford.
- Chiang, M. (1947), *Tides of the West*, New Haven, Conn.
- Chiaudano, M., ed. (1938-1940), *Il cartulare di Giovanni Scriba (1186-1190)*, Turín.
- Chiaudano, M., y G. Costamagna (1956), «L'archivio storico del Banco di S. Giorgio di Genova», *Archivi storici delle aziende di credito*, Roma.
- Childs, W. R. (1986), *The Customs Accounts of Hull 1453-1490*, Leeds.
- Christensen, A. (1934), «Das handelsgeschichtliche Wert der Sundzollregister», *Hansische Geschichtsblätter*, LIX.
- (1941), *Dutch Trade in the Baltic about 1600*, Copenhague.
- Dallington, R. (1605), *Survey of Tuscany*, Londres.
- Davies, D. (1795), *The Case of Labourers in Husbandry Stated and Considered*, Londres.
- Daviso di Charvensod, M. C. (1961), *I pedaggi delle Alpi occidentali nel Medio Evo*, Turín.
- Day, J. (1981), «The question of monetary contraction in late mediaeval Europe», *Nordisk Numismatisk Årsskrift*.
- Defoe, D. (1713), ed. G. D. H. Cole (1927), *A Tour through the Whole Island of Great Britain*, Londres.
- De la Peña y Cámará, J. M. (1958), *Archivo General de Indias de Sevilla. Guía del visitante*, Madrid.
- Del Panta, L. (1974), «Premières recherches relatives aux recensements du Grand-Duché de Toscane du milieu du XVI à la fin du XVII siècle», en C. A. Corsini, ed., *Pour connaître la population de la Toscane aux XVI, XVIII et XIX siècles*, Florencia.
- De Maddalena, A. (1949), *Prezzi e aspetti di mercato in Milano durante il secolo XVII*, Milán.

- Denifle, H. (1897-1899), *La désolation des églises, monastères et hôpitaux en France vers le milieu du xv siècle*, París.
- De Roover, R. (1970), *Il Banco Medici dalle origini al declino (1397-1494)*, Florencia.
- De Rosa, L. (1970), «Vent'anni di storiografia economica italiana (1945-1965), *Ricerche storiche ed economiche in memoria di C. Barbagallo*, Nápoles.
- (1972a), «Tra storia ed economia. L'avventura della storia economica. I difficili inizi», *Rassegna economica*, XXXVI.
- (1972b), «Tra storia ed economia. L'avventura della storia economica. La maturità», *Rassegna economica*, XXXVI.
- Díaz, F. (1976), *Il Granducato di Toscana*, Turín.
- Dicks, G. R. (1981), *Sources of World Financial and Banking Information*, Westport, Conn.
- Dietz, B., ed. (1972), *The Port and Trade of Early London*, Londres.
- Dighe, V. G. (1954), *Descriptive Catalogue of the Secret and Political Department Series 1755-1820*, Bombay.
- Dini, B., ed. (1980), *Una pratica di mercatura in formazione*, Florencia.
- Di Roma, E., y J. A. Rosenthal (1967), *A Numerical Finding List of British Command Papers Published 1833-1961*, Nueva York.
- La documentación notarial* (1984), *La documentación notarial y la historia*, Salamanca.
- Domínguez Ortiz, A. (1963), *La sociedad española del siglo XVII*, Madrid.
- (1971), *The Golden Age of Spain 1516-1659*, Nueva York.
- Dopsch, A. (1922), *Die Wirtschaftsentwicklung der Karolingerzeit*, Viena.
- Doren, A. (1934), *Italienische Wirtschaftsgeschichte (Mittelalter und Renaissance)*, Jena.
- Dorini, V., y T. Bertelé, eds. (1956), *Il libro di conti di Giacomo Badoer (Constantinopoli 1436-40)*, Roma.
- Douglas, D. C., ed. (1953), *English Historical Documents*, Londres.
- Duncan Jones, R. (1982), *The Economy of the Roman Empire*, Cambridge.
- Dupaquier, J. (1974), *Introduction à la démographie historique*, París.
- Eden, F. M. (1797), *The State of the Poor or an History of the Labouring Classes in England*, Londres.
- Eierman, J. E., H. C. Krueger, y R. L. Reynolds (1939), *Bonvillano (1198)*, Génova.
- Elton, G. R. (1967), *The Practice of History*, Londres.
- Elliott, J. H. (1986), *The Count-Duke of Olivares*, New Haven, Conn., y Londres (hay trad. cast.: *El conde-duque de Olivares*, Barcelona, 1990).
- Erxleben, E. (1969), «Das Münzgesetz der delisch-attischen Bundes», *Archiv für Papyrusforschung*, XIX.
- Espinás, G. (1933), *Les Origines du capitalisme. I. Sire Jehan Boinebroke, patricien et drapier douaisien*, Lille.

- Evelyn, J. (1674), *Navigation and Commerce, their Origin and Progress*, Londres.
- Faccini, L. (1980), «Karl Czoernig e la statistica agraria in Lombardia», *Società e storia*, III.
- Fanfani, A. (1943), *Introduzione allo studio della Storia Economica*, Milán.
- Federico, G. (1982), «Per una valutazione critica delle statistiche della produzione agricola italiana dopo l'Unità», *Società e storia*, XV.
- Férou, R. (1964), *Les Hommes de loi lyonnais à la fin du Moyen Age*, París.
- Feehrenz, R. M. (1954), *The Wall Street Journal*, Nueva York.
- Felloni, G. (1984), «L'archivio della Casa di San Giorgio di Genova (1407-1805) ed il suo ordinamento», *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, n.s., XXIV.
- Filangeri, R. (1946), «Danni e perdite negli Archivi di Stato: Napoli», en Comisión Alleata, Sottocomisión para los monumentos, belle artes y archivos, *Rapporto finale sugli archivi*, Roma.
- (1954), «Vicende di guerra dell'Archivio di Stato», *Il Fluidoro. Cronache napoletane*, I.
- Finberg, H. P. R., ed. (1962), *Approaches to History*, Toronto.
- Finley, M. I. (1982), «Le document et l'histoire économique de l'antiquité», *Annales ESC*, XXXVII.
- (1986), *Ancient History, Evidence and Models*, Nueva York (hay trad. cast.: *Historia antigua*, Barcelona, 1986).
- Finn, R. W. (1963), *An Introduction to Domesday Book*, Nueva York y Londres.
- Firpo, L. (1965), *Relazioni di ambasciatori veneti al Senato*, Turín.
- First Report* (1912), *First Report of the Royal Commission on Public Records*, Londres.
- Fischer, W., R. M. McInnis y J. Schneider, eds. (1986), *The Emergence of a World Economy*, Wiesbaden.
- Fiumi, E. (1956-1959), «Fioritura e decadenza dell'economia fiorentina», *Archivio storico italiano*, CXV-CXVII.
- Fleury, M., y L. Henry (1956), *Des registres paroissiaux à l'histoire de la population. Manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien*, París.
- (1965), *Nouveau manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien*, París.
- Flinn, M. W. (1981), *The European Demographic System 1500-1820*, Baltimore (hay trad. cast.: *El sistema demográfico europeo, 1500-1820*, Barcelona, 1989).
- Fohlen, C. (1958), «Recent research in the economic history of modern France», *Journal of Economic History*, XVIII.
- Ford, P. y G. (1972), *A Guide to Parliamentary Papers*, Southampton.

- Foster, W. (1919, repr. 1966), *A Guide to the India Office Records 1600-1858*, Londres.
- Foust, C. M. (1986), «Customs 3 and Russian Rhubarb. A note on reliability», *Journal of European Economic History*, XV.
- Frank, T. (1927), *Economic History of Rome*, Baltimore.
- Galbraith, V. H. (1961), *The Making of Domesday Book*, Oxford.
- Ganshof, F. L. (1933), «Note sur un passage de la vie de Saint Géraud d'Aurillac», en *Mélanges offerts à M. Nicolas Jorga*, París.
- (1958), *La Belgique carolingienne*, Bruselas.
- Gardiner, P., ed. (1959), *Theories of History*, Glencoe, Ill.
- Géraud, H. (1837), *Paris sous Philippe le Bel*, París.
- Giacchero, M., ed. (1974), *Edictum Diocletiani et collegarum de pretiis rerum venalium*, Génova.
- Giannantonio, P. (1972), *Lorenzo Valla filosofo e storiografo dell'umanesimo*, Nápoles.
- Gies, J. y F. (1972), *Merchants and Moneymen: the commercial revolution 1000-1500*, Nueva York.
- Gille, B. (1964), *Les Sources statistiques de l'histoire de France: des enquêtes du xvii siècle à 1870*, Ginebra y París.
- (1965-1967), *Histoire de la maison Rothschild*, Ginebra.
- Girard, A. (1932), *Le commerce français à Séville et Cadiz au temps des Habsbourg*, París y Burdeos.
- Giuseppi, M. S. (1923), *A Guide to the Public Manuscripts Preserved in the Public Record Office*, Londres.
- Glass, D. V., y D. E. C. Eversley, eds. (1965), *Population in History*, Londres.
- Goitein, S. D. (1955), «The Cairo Geniza as a source for the history of Muslim civilisation», *Studia Islamica*, III.
- (1967), *A Mediterranean Society: the Jewish communities of the Arab world as portrayed in the documents of the Cairo Geniza*, Berkeley, Calif.
- González, T., ed. (1982), *Censo de la población de las provincias y partidos de la corona de Castilla en el siglo XVI*, Madrid.
- Goubert, P. (1960), *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*, París.
- Gould, J. D. (1970), *The Great Debasement*, Oxford.
- Gras, N. S. B. (1927), «The rise and development of economic history», *Economic History Review*, I.
- Graser, E. R. (1940), «The significance of two new fragments of the Edict of Diocletian», *Transactions of the American Philological Association*.
- Gray Funkhouser, H. (1937), «Historical development of the graphical representation of statistical data», *Osiris*, III.
- Gray Funkhouser, H., y H. M. Walker (1935), «Playfair and his charts», *Economic History*, III.

- Greenfell, B. P., A. S. Hunt y J. G. Smyly (1902), *The Tebtunis Papyry*, Londres.
- Grote, G. (1846-1847), *History of Greece*, Londres.
- Guasti, C., ed. (1880), *Ser Lapo Mazzei*, Florencia.
- Guérard, B., ed. (1844), *Polyptyque de l'abbé Irminon*, París.
- Guicciardini, L. (1581), *Descrittione dei Paesi Bassi*, Amberes.
- Guillaume, P., y J. P. Poussou (1970), *Démographie historique*, París.
- Hall, M. V., H. C. Krueger, y R. L. Reynolds, eds. (1939), *Guglielmo Cassinese (1190-1192)*, Turín.
- Hamilton, E. J. (1934), *American Treasure and the Price Revolution in Spain 1501-1650*, Cambridge, Mass. (hay trad. cast.: *El tesoro americano y la revolución de los precios en España*, Barcelona, 1983<sup>3</sup>).
- (1950), «Origin and growth of the National Debt in France and England», en *Studi in onore di Gino Luzzatto*, Milán.
- Hanham, A. (1985), *The Celys and their World: an English merchant family in the fifteenth century*, Cambridge.
- Harte, W. B. (1977), «Trend in publications in the economic and social history of Great Britain 1925-1974», *Economic History Review*, XXX.
- Hauser, P. M., y O. D. Duncan (1959), «The data and methods», en P. M. Hauser y O. D. Duncan, eds., *The Study of Population*, Chicago.
- Heckscher, E. F. (1953), «A plea for theory in economic history», en F. C. Lane y J. C. Riemersma, eds., *Enterprise and Secular Change*, Londres.
- Hempel, C. (1959), «The function of general laws in history», en P. Gardiner, ed., *The Theories of History*, Glencoe, III.
- Herlihy, D., y C. Klapisch-Zuber (1978), *Les Toscans et leurs familles. Une étude du catasto florentin de 1427*, París.
- Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, trad. cast. de M.ª Rosa Lida de Malkiel, Hispamérica, Madrid, 1987.
- Hicks, J. (1979), *Causality in Economics*, Oxford.
- Hildebrand, B. (1848), *Die National Ökonomie der Gegenwart und Zukunft*, Frankfurt.
- Hinton, R. W. K., ed. (1956), *The Port Books of Boston 1601-1640*, Hereford.
- Hoffman, W. G., F. Grumbach y H. Hesse (1965), *Das Wachstum der deutschen Wirtschaft seit der Mitte des 19. Jahrhundert*, Berlín.
- Hopkins, K. (1978), «Rules of evidence», *Journal of Roman Studies*, LXVIII.
- Horn, W., y E. Born (1979), *The Plan of St. Gall*, Berkeley, Calif.
- Horton, B. J., J. Ripley y M. B. Schnapper (1948), *Dictionary of Modern Economics*, Washington, DC.
- Huet, P. D. (1716), *Histoire du commerce et de la navigation des Anciens*, París.
- Hull, C. H., ed. (1899), *The Economic Writings of Sir William Petty together with the Observations upon the Bills of Mortality More Probably by Captain John Graunt*, Cambridge.

- Hull, D. L. (1979), «In defense of presentism», *History and Theory*, XVIII.
- Hutchins, J. G. B. (1958), «Business history, entrepreneurial history and business administration», *Journal of Economic History*, XVIII.
- Hutchinson, T. W. (1977), *Knowledge and Ignorance in Economics*, Oxford y Chicago.
- India Office Library, Department of Oriental Manuscripts and Printed Books (1986), *Annual Report 1985-1986*, Londres.
- Institut National de la Statistique et des Études économiques (1946, 1961, 1966), *Annuaire statistique de la France*, 57, 66, 72: *Résumés rétrospectifs*.
- Interdepartmental Committee on Social and Economic Research (1951), *Guide to Official Sources*, II: *Census Reports of Great Britain, 1801-1931*, Londres.
- Istituto Centrale di Statistica (1958), *Sommario di statistiche storiche italiane 1861-1955*, Roma.
- Jeanneney, J. M. (1957), *Tableaux statistiques relatifs à l'économie française et à l'économie mondiale*, París.
- Jeannin, P. (1964), «Les comptes du Sund comme source pour la construction d'indices généraux de l'activité économique en Europe (xvi-xviii siècle)», *Revue historique*, CCXXXI.
- John, V. (1894), *Geschichte der Statistik*, Stuttgart.
- Jones, R. F. (1936), *Ancients and Moderns*, St. Louis.
- Kaepelin, P. (1908), *La Compagnie des Indes Orientales*, París.
- Kagan, R. L. (1989, 1.<sup>a</sup> ed., 1986), *Cities of the Golden Age: the views of Anton van den Wyngaerde*, Berkeley, Calif. (hay trad. cast.: *Ciudades del Siglo de Oro*, Madrid, 1986).
- Kahan, A. (1972), «Quantitative data for the study of Russian history», en V. R. Lorwin y J. M. Price, eds., *The Dimensions of the Past*, New Haven, Conn.
- Kahler, E. (1968), *The Meaning of History*, Cleveland.
- Kendall, M. G., ed. (1952), *The Source and Nature of the Statistics of the United Kingdom*, Londres.
- Keynes, J. M. (1973 ed.), *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, D. Moggridge, ed., XIV, *The General Theory and After*, Londres.
- Kierkegaard, S. (1938 trad.), *Journals*, A. Dru, trad. y ed., Londres.
- King, G. (1936 ed.), *Two Tracts*, G. E. Barnett, ed., Londres.
- Kissinger, H. (1979), *White House Years*, Boston, Mass.
- Klein, P. (1989), «Storia quantitativa e teoria economica», en S. Cavaciocchi, ed., *Metodi, risultati e prospettive della storia economica nei secoli XIII-XVIII*, Florencia.
- Knies, K. (1853), *Die politische Ökonomie vom Standpunkte der geschichtlichen Methode*, Brunswick.
- Koren, J., ed. (1918), *The History of Statistics*, Londres.

- Kötzschke, R. (1924), *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters*, Jena.
- Kowalevskii, M. M. (1901-1914), *Die ökonomische Entwicklung Europas bis zum Beginn der kapitalistischen Wirtschaftsform*, Berlin.
- Krueger, H. C., y R. L. Reynolds, eds. (1951-1953), *Lanfranco (1202-1226)*, Génova.
- Kula, W. (1972), *Problemi e metodi di storia economica*, Milán (hay trad. cast.: *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, 1973).
- Kulischer, J. (1925), *Russische Wirtschaftsgeschichte*, Jena.
- (1928-1929), *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters und der neue Zeit*, Munich y Berlin.
- Kyd, J. G., ed. (1952), *Scottish Population Statistics Including Webster's Analysis of Population 1755*, Edimburgo.
- Laffemas, I. (1606), *Histoire du commerce de la France enrichie des plus notables antiquitez du traffic des pays estrangers*, París.
- Landes, D. S. (1972), «Statistics as a source for the history of economic development in Western Europe. The protostatistical era», en V. R. Lorwin y J. M. Price, *The Dimensions of the Past*, New Haven, Conn. (hay trad. cast.: *Dimensiones del pasado*, Madrid, 1975).
- Laxton, P., ed. (1989), *London Bills of Mortality*. Londres.
- Layard, A. H. (1853), *Discoveries in the Ruins of Nineveh and Babylon*, Londres.
- Le Blanc, F. (1692), *Traité historique des monnoyes de France*, París y Amsterdam.
- Leijonhufvud, A. (1981), *Information and Coordination*, Nueva York.
- Lingotto (1984), *Lingotto. La memoria dell' industria* (compendio de estudios), Turín.
- List, F. (1841), *Das nationale System der politischen Ökonomie*, Stuttgart y Tubinga.
- Lodge, R. (1894), *The Study of History in a Scottish University*, Glasgow.
- López, R. S. (1962), *The Birth of Europe*, Nueva York y Filadelfia.
- López, R. S., y I. W. Raymond, eds. (1955), *Medieval Trade in the Mediterranean World*, Nueva York.
- Lorwin, V. R., y J. M. Price, eds. (1972), *The Dimensions of the Past: materials, problems and opportunities for quantitative work in history*, New Haven, Conn.
- Lot, F., ed. (1939), *L'état des paroisses et des feux en 1328*, París.
- Lotto, L. (ed. 1969), *Libro di spese diverse (1538-1556)*, P. Zampetti, ed., Venecia y Roma.
- Lowenthal, D. (1985), *The Past is a Foreign Country*, Cambridge.
- Lunt, W. E. (1939), *Financial Relations of the Papacy with England to 1327. Studies in Anglo-Papal Relations during the Middle Ages*, Cambridge.

- Luzzatti, L. (1929), *Memorie (1841-1876)*, Bolonia.
- Luzzatto, G. (1929a), *I prestiti della Repubblica di Venezia nei secoli XII-XV*, Padua.
- (1929b), «Sull'attendibilità di alcune statistiche medievali», *Giornale degli economisti*.
- (1932), «The study of medieval economic history in Italy: recent literature and tendencies», *Journal of Economic and Business History*, IV.
- , ed. (1936), *Storia economica*, Turín.
- Lynam, E., ed. (1967), *Richard Hakluyt and his Successors: a volume issued to commemorate the centenary of the Hakluyt Society*, Liechtenstein.
- Malanima, P. (1988), *I piedi di legno. Una macchina alle origini dell'industria medievale*, Milán.
- Malden, H. E., ed. (1900), *The Cely Papers Selected from the Correspondence of the Cely Family Merchants of the Staple 1475-1488*, Londres.
- Mandelbaum, M. (1938), *The Problem of Historical Knowledge*, Nueva York.
- Marshall, A. (1885), *The Present Position of Economics*, Cambridge.
- Masson, P. (1911), *Histoire du commerce français dans le Levant au XVIII siècle*, París.
- Marx, K. (ed. 1970), *Das Kapital, en Marx-Engels ausgewählte Werke*, Berlin (hay trad. cast.: *El capital*, Barcelona, 1980).
- Matthews, G. T., ed. (1959), *News and Rumor in Renaissance Europe: the Fugger newsletters*, Nueva York.
- Matthews, R. C. O., y C. H. Feinstein (1982), *British Economic Growth 1856-1973*, Oxford.
- McCready, B. W. (1837), «On the influence of trades, professions and occupations in the US in the production of disease», *Transactions of the Medical Society of the State of New York*, III.
- McCullagh, C. B. (1984), *Justifying Historical Description*, Cambridge.
- McDonald, J., y G. D. Snooks (1986), *Domesday Economy*, Oxford.
- Meiggs, R. (1975), *The Athenian Empire*, Oxford.
- Meiggs, R., y D. M. Lewis (1969), *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century BC*, Oxford.
- Melis, F. (1972), *Documenti per la storia economica dei secoli XIII-XVI*, Florencia.
- Meritt, B. D., H. T. Wade-Gery y M. F. McGregor (1939-1953), *The Athenian Tribute Lists*, Cambridge, Mass., y Princeton, N.J.
- Meuvret, J. (1946), «Les crises de subsistance et la démographie de la France d'ancien régime», *Population*, I.
- Miguélez Osa, padre (1917), *Catálogo de los códices españoles de la Biblioteca de El Escorial, I: Relaciones históricas*, Madrid.
- Millar, F. (1977), *The Emperor in the Roman World*, Londres.

- Ministero dell'Agricoltura, Industria e Commercio (1884), «L'inchiesta agraria in Inghilterra», *Annali*.
- Mirbt, C. (1924), *Quellen zur Geschichte der Papstum*, Tubinga.
- Mitchell, B. R., y P. Deane (1962), *Abstract of British Historical Statistics*, Cambridge.
- Moliné-Bertrand, A. (1985), *Au siècle d'or. L'Espagne et ses hommes. La population du royaume de Castille au XVI siècle*, París.
- Mollat, M., ed. (1952), *Les Affaires de Jacques Coeur. Journal du procureur Dauvet*, París.
- Momigliano, A. (1974, reimpr. 1980), «Historicism revisited», *Medelingen der Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen*, XXXVII; reimpr. en Momigliano (1980).
- (1974, reimpr. 1987), «Le regole del giuoco nello studio della storia antica», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, 3.<sup>a</sup> ser., IV; reimpr. en *Storia e storiografia antica*, Bolonia.
- (1980), *Sesto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma.
- Morazé, C. (1943), *Introduction à l'histoire économique*, París.
- Moresco, M., y G. P. Bognetti (1938), *Per l'edizione de notai liguri del secolo XII*, Turín.
- Morgenstern, O. (1965), *On the Accuracy of Economic Observations*, Princeton, N.J.
- Morilla Critz, J. (1989), «Cambios en la viticultura de Andalucía Oriental», *Revista de historia económica*, 7.
- Morineau, M. (1985), *Incroyables gazettes et fabuleux métaux. Les retours des trésors américains d'après les gazettes hollandaises (XVI-XVIII siècles)*, París.
- Moryson, F. (ed. 1903), *Itinerary*, C. Hughes, ed., Londres.
- (ed. 1907), *An Itinerary*, Glasgow.
- Motta, E. (1893-1895), «Documenti visconteo-sforzeschi per la storia della zecca di Milano», *Rivista italiana di numismatica*, 6-8.
- Muendel, J. (1985), «The Mountain Men of the Casentino during the late Middle Ages», *Science and Technology in Medieval Society*, 441.
- Müller, K. O., ed. (1934), *Welthandelsbräuche (1480-1540)*, Stuttgart y Berlín.
- Mullett, B. D. (1951), *Index Numbers*, Nueva York y Londres.
- Mullins, E. L. G. (1958), *Texts and Calendars: an analytical guide to serial publications*, Londres.
- Murphrey, M. G. (1973), *Our Knowledge of the Historical Past*, Indianapolis.
- Myrdal, K. G. (1974), *Il tema dell'uguaglianza nello sviluppo mondiale. Lezioni Nobel di Economica*, Roma.
- Nash, R. C. (1982), «The English and Scottish tobacco trades in the seven-

- teenth and eighteenth centuries: legal and illegal trade», *Economic History Review*, 2.<sup>a</sup> ser., XXXV.
- Nicolet, C. (1963), «A Rome pendant la seconde guerre punique: techniques financières et manipulations monétaires», *Annales ESC*, XVIII.
- (1971), «Les variations des prix et la théorie quantitative de la monnaie à Rome de Ciceron à Pline l'Ancien», *Annales ESC*, XXVI.
- Nielsen, A. (1933), *Dänische Wirtschaftsgeschichte*, Jena.
- Nilsson, M. (1962), *Öresundstullräkenskaperna som källa för frakfarten genom Öresund under perioden 1690-1709*, Gotemburgo.
- Nitti, G. P. (1963), «Fonti consolari francesi sull'economia italiana del secolo xix», *Archivio Economico dell'Unificazione Italiana*, XII.
- Noto, A., ed. (1950), *Liber Datii Mercantie Communis Mediolani (sec. XV)*, Milán.
- Oficina Estadística de las Comunidades Europeas (1961), *Basic Statistics of the Community*, Bruselas.
- Organización de las Naciones Unidas (1955), «Methods of appraisal of quality of basic data for population estimates», *Population Studies*, 23.
- Origo, I. M. (Marchesa) (1957), *The Merchant of Prato: Francesco di Marco Datini*, Londres.
- Orlandini, V., ed. (1925), *Tarifa zòe noticia dy pexi e mexure di luogi e tere che s'adovra mercendantia per el mondo*, Padua.
- Pagnini, G. F. (1765-1766), *Della decima e di varie altre gravezze imposte dal Comune di Firenze della moneta e della mercatura dei fiorentini fino al secolo xv*, Lisboa y Lucca.
- Palmieri, M. (ed. 1983), *Ricordi fiscali (1427-1474)*, E. Conti, ed., Roma.
- Paoli, C. (1942), *Diplomatica*, Florencia.
- Parenti, G. (1939), *Prime ricerche sulla rivoluzione dei prezzi in Firenze*, Florencia.
- Parker, W. N., ed. (1986), *Economic History and the Modern Economist*, Oxford.
- Parodi, E. G. (1887), «Illustrazione linguistica a frammenti di un libro di banchieri fiorentini», *Giornale storico della letteratura italiana*, X.
- Pascal, *Pensamientos*, trad. cast., Madrid, 1981, 9.<sup>a</sup> ed.
- Patissier, P. (1822), *Traité des maladies des artisans*, París.
- Patterson, G. C. (1972), «Silver stocks and losses in ancient and medieval time», *Economic History Review*, 2.<sup>a</sup> ser., XXV.
- Pegolotti, F. (ed. 1936), *Pratica della mercatura*, A. Evans, ed., Cambridge, Mass.
- Perrot, J. C., ed. (1975), *Statistical Sources on the History of France: prefect studies under the Empire*, Nueva York.
- Perrot, J. C., y S. J. Woolf (1984), *State and Statistics in France 1789-1815*, Nueva York.
- Petrucci, A. (1958), *Notarii*, Milán.

- Pieper, F. C. (1978), *Subject Index to Sources of Comparative International Statistics*, Barkenham.
- Piola Caselli, F. (1988), «La diffusione dei luoghi di monte della Camera Apostolica alla fine del vi secolo», en *Credito e sviluppo economico in Italia dal medioevo all'età contemporanea*, Verona.
- Pirenne, H. (1937), *Mahomet et Charlemagne*, París y Bruselas (hay trad. cast.: *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, 1981<sup>2</sup>).
- Platt, D. C. M. (1963), «The role of the British consular service in overseas trade», *Economic History Review*, 2.ª ser., XV.
- Playfair, W. (1786, 1789<sup>2</sup>), *The Commercial and Political Atlas*, Londres.
- Plutarco (trad. cast. 1987, 2.ª ed.), *Vidas paralelas*, Orbis, Barcelona.
- Pollard, S., y C. Holmes (1968-1973), *Documents of European Economic History*, 3 vols. (1750-1870; 1870-1914; 1914-1939), Londres.
- Poole, R. L. (1912), *The Exchequer in the Twelfth Century*, Oxford.
- Popper, K. (1960), *The Poverty of Historicism*, Londres (hay trad. cast.: *La miseria del historicismo*, Madrid, 1987, 4.ª ed.).
- Porta, G. (1976-1979), «Censimento dei manoscritti delle Cronache di Giovanni, Matteo e Filippo Vallani», *Studi de filologia italiana*, XXXIV y XXXVII.
- Postan, M. M. (1973), *Medieval Trade and Finance*, Cambridge.
- Poulton, H. J. (1972), *The Historian's Handbook: a descriptive guide to reference works*, Norman, Okla.
- Power, E. (1934), «On medieval history as a social history», *Economica*, n.s., I.
- Power, E., y M. M. Postan (1933), *Studies in English Trade in the Fifteenth Century*, Londres.
- Powicke, F. M., y C. R. Cheney (1964), *Councils and Synods*, Oxford.
- Proesler, H. (1928), *Wirtschaftsgeschichte in Deutschland, ihre Entwicklung und ihre Probleme*, Nuremberg.
- Publications of the European Community: *Catalogue*.
- Quinn, D. B. (1974), *The Hakluyt Handbook*, Londres.
- Ramazzini, B. (1700, 1713<sup>2</sup>), (trad. ing. 1713, reimpr. 1964), *De Morbis Artificum Diatriba*, Módena (2.ª ed. Padua); W. C. Wright, trad., *Diseases of Workers*, Londres (reimpr. Nueva York y Londres) (hay trad. cast.: *Tratado de las enfermedades de los artesanos*, Madrid, 1983).
- Redlich, F. (1958), «History of German economic historiography», *Journal of Economic History*, XVIII.
- Reginald of Durham (1845), *Godrich of Finchale*, Londres.
- Reinhard, M., A. Armangaud y J. Dupaquier (1968), *Histoire générale de la population mondiale*, París (hay trad. cast.: *Historia general de la población mundial*, Barcelona, 1966).
- Renouard, Y. (1952, reimpr. 1968), «Intérêt et importance des archives vaticanes pour l'histoire économique du Moyen Age, spécialement du XIV

- siècle», *Miscellanea archivistica Angelo Mercati*, Ciudad del Vaticano; reimpr. en Y. Renouard, *Études d'histoire médiévale*, I, París.
- Riccobono, S. et al., eds. (1945), *Acta Divi Augusti*, Roma.
- Rice Holmes, T. (1983), *The Roman Republic*, Londres.
- Robbins, L. (1932), *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Londres (hay trad. cast.: *Naturaleza y significado de la ciencia económica*, México, D.F., 1968).
- Roberts, M. J. (1974), «On the nature and condition of social sciences», *Daedalus*.
- Rockinger, L. (1863), *Briefsteller und Formelbücher*, Munich.
- Rodenwalt, E. (1957), «Untersuchungen über die Biologie der venetianischen Adels», *Homo*, VIII.
- Romani, M. (1942), «Rilievi di un medico sulle condizioni dei lavoratori del secolo XVII», *Rivista internazionale di scienze sociali*, XX.
- Romano, R. (1957), «Documenti e prime considerazioni intorno alla balance du commerce della Francia dal 1716 al 1780», en *Studi in onore di A. Saporì*, II, Milán.
- Roseveare, H., ed. (1987), *Markets and Merchants of the Late Seventeenth Century: the Maresco-David letters, 1668-1680*, Oxford.
- Rostovzev, M. I. (1926), *The Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford (hay trad. cast.: *Historia social y económica del imperio romano*, Madrid, 1981<sup>a</sup>).
- Ruiz Martín F. (1965): *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo*, París (hay trad. cast. del estudio introductorio: *Pequeño capitalismo, gran capitalismo. Simón Ruiz y sus negocios en Florencia*, Barcelona, 1990).
- (1967), «La población española al comienzo de los tiempos modernos», *Cuadernos de historia. Anexos a la revista Hispania*, Madrid.
- Russell, J. C. (1948), *British Medieval Population*, Albuquerque.
- Sabbe, E. (1934), «Quelques types de marchands du IX et X siècle», *Revue belge de philologie et d'histoire*, XIII.
- Salmon, L. M. (1923), *The Newspaper and the Historian*, Oxford.
- Salomon, N. (1964), *La Campagne de Nouvelle Castille à la fin du XVI siècle d'après les Relaciones Topográficas*, París (hay trad. cast.: *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II*, Barcelona, 1982).
- Salvati, M. (1978), *Alle origini dell'inflazione italiana*, Bolonia.
- Sanz Serrano, A. (1956), *Resumen histórico de la estadística en España. Centenario de la estadística oficial española 1856-1956*, Madrid.
- Saporì, A. (1929, reimpr. 1955), «L'attendibilità di alcune testimonianze cronistiche della economia medievale», *Archivio storico italiano*, reimpr. en Saporì (1955b).
- , ed. (1934), *I libri di commercio dei Peruzzi*, Milán.
- , ed. (1946), *I libri della ragione bancaria dei Gianfigliazzi*, Milán.

- , ed. (1952), *I libri degli Alberti del Guidice*, Milán.
- (1955a), «Saggio sulle fonti della storia economica medievale», en Sapiro (1955b).
- (1955b), *Studi di storia economica*, Florencia.
- , ed. (1970), *Libro giallo della Compagnia dei Covoni*, Milán.
- Savary des Bruslons, J. (1679), *Le Parfait Négociant*, París, 2.<sup>a</sup> ed.
- Schiavone, A. (1987), *Giuristi e nobili nella Roma repubblicana*, Bari.
- Schlote, W. (1938), *Entwicklung und Strukturwandlungen der englischen Aussenhandel von 1700 bis zum Gegenwart*, Jena.
- Schmoller, G. F. von (1879), *Die strassburger Tucher und Weberzunft*, Estrasburgo.
- (1892), *Die Handelspolitik der wichtigeren Kulturstaten in dem letzten Jahrzehnten*, Leipzig.
- (1901a), *Grundriss der allgemeinen Volkswirtschaftslehre*, Leipzig.
- (1901b), *Deutsches Städteswesen in älteren Zeit*, Bonn y Leipzig.
- Schumpeter, E. B. (1960), *English Overseas Trade Statistics, 1697-1808*, Oxford.
- Schumpeter, J. A. (1947), «The creative response in economic history», *Journal of Economic History*, VII.
- (1954), *History of Economic Analysis*, Londres (hay trad. cast.: *Historia del análisis económico*, Barcelona, 1982<sup>3</sup>).
- Séa, H. (1930-1936), *Französische Wirtschaftsgeschichte*, Jena.
- Sella, D. (1968), *Salari e lavoro nell'edilizia lombarda durante il secolo XVII*, Pavia.
- Shannon, A. (1934), «Bricks: a trade index 1785-1849», *Economica*, n.s., I.
- Shryock, H. S., J. S. Siegel et al. (1976), *The Methods and Materials of Demography*, E. G. Stockwell, ed., Nueva York, San Francisco y Londres.
- Sieveking, H. (1906-1907), «Studio sulle finanze genovesi nel medio evo ed in particolare sulla Casa di S. Giorgio», *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, XV.
- Smith, J. (1921), *Old Scottish Clockmakers*, Edimburgo.
- Solmi, A. (1932), *L'amministrazione finanziaria del Regno Italico nell'alto medioevo*, Pavia.
- Solow, R. E. (1986), «Economics: is something missing?», en W. N. Parker, ed., *Economic History and the Modern Economist*, Oxford.
- Sombart, W. (1915), *The Quintessence of Capitalism*, Londres.
- (1924), *Der moderne Kapitalismus*, Munich y Leipzig.
- (1929), «Economic theory and economic history», *Economic History Review*, II.
- Stanford, M. (1986), *The Nature of Historical Knowledge*, Oxford.
- Statistikk Sentralbyrå (1969), *Historisk Statistik*, Oslo.

- Statistisches Bundesamt (1972), *Bevölkerung und Wirtschaft 1872-1972*, Stuttgart.
- Stengers, J. (1970), «L'historien devant l'abondance statistique», *Revue de l'Institut de Sociologie*.
- Stigler, S. M. (1986), *The History of Statistics*, Cambridge, Mass.
- Strieder, J. (1905), *Die Inventur der Firma Fugger aus dem Jahre 1527*, Tübinga.
- Stuart Hughes, H. (1968), *Consciousness and Society*, Nueva York (hay trad. cast.: *Conciencia y sociedad*, Madrid, 1972).
- Stüssi, A., ed. (1967), *Zibaldone da Canal manoscritto mercantile del secolo XIV*, Venecia.
- Swierenga, R. P. (1981), «Dutch international migration statistics 1820-1860», *International Migration Review*, 115.
- Tarlé, E. V. (1950), *La vita economica dell'Italia nell'età napoleonica*, Turín.
- Tedlow, R. S. (1985), «Business history in the United States: past accomplishments and future directions», *Annali di storia dell'impresa*, I.
- Thackrah, C. T. (1831), *The Effects of the Principal Arts, Trades and Professions ... on Health and Longevity, with a Particular Reference to the Trades and Manufactures of Leeds*, Londres.
- Thirsk, J., y Cooper, J. P., eds. (1972), *Seventeenth Century Economic Documents*, Oxford.
- Tilling, L. (1975), «Early experimental graphs», *British Journal for the History of Science*, VIII.
- Tilly, L. y C. (1972), «A selected bibliography of quantitative sources for French history and French sources for quantitative history since 1789», en V. R. Lorwin y J. M. Price, *The Dimensions of the Past*, New Haven, Conn.
- Tucci, V., ed. (1957), *Lettres d'un marchand vénitien, Andrea Berengo 1553-1556*, París.
- Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, trad. cast., Orbis, Barcelona, 1986, 2 vols.
- Tufte, E. R. (1983), *The Visual Display of Quantitative Information*, Cheshire.
- Turner, H. T., ed. (1841), *Manners and Household Expenses of England in the 13th and 15th Century*, Londres.
- Union of International Associations (1969), *Directory of Periodicals Published by International Organizations*, Bruselas.
- US Department of Commerce, Bureau of the Census (1975), *Historical Statistics of the United States*, Washington, DC.
- US Government Printing Office (1978), *Legal and Illegal Immigration to the US*, Washington, DC.

- US National Archives (1948), *Guide to the Records in the National Archives*, Washington, DC.
- Urquhart, M. C., y K. A. H. Buckley (1965), *Historical Statistics of Canada*, Cambridge.
- Valla, L. (ed. 1928), *De falso credito et ementita Constantini donatione declamatio*, W. Schwahn, ed., Leipzig.
- Vázquez de Prada, V. (1960-1964), *Lettres marchandes d'Anvers*, París.
- Vercauteren, F. (1967), «The circulation of merchants in Western Europe from the 6th to the 10th century», en S. L. Thrupp, ed., *Early Medieval Society*, Nueva York.
- (1970), «From the ancient city to the medieval commune», en R. Cameron, ed., *Essays in French Economic History*, Homewood, Ill.
- Vettori, F. (1738), *Il fiorino d'oro antico illustrato*, Florencia.
- Veyne, P. (1971), *Comment on écrit l'histoire*, París (hay trad. cast.: *Cómo se escribe la historia*, Madrid, 1984).
- Vila Vilar, E. (1982), «Las ferias de Portobelo: apariencia y realidad del comercio con Indias», *Anuario de estudios americanos*, XXXIX.
- Villermé, L. R. (1840), *Tableau de l'état physique et morale des ouvriers employés dans les manufactures de coton, laine et de soie*, París.
- Viñas y Mey, C., y R. Paz, eds. (1949), *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II*, Madrid.
- Vincent, J. M. (1911), *Historical Research: an outline of theory and practice*, Nueva York.
- Visconti, A. (1911), «Il Magistrato di Sanità nello Stato di Milano», *Archivio storico lombardo*, 4.<sup>a</sup> ser., XV, 38.
- Volpe, G. (1928), «Aziende agrarie medioevali», *Medioevo italiano*, Florencia.
- Warmington, E. H. (1974), *The Commerce between the Roman Empire and India*, Londres.
- Wasserman O'Brien, J., y S. R. Wasserman (1986), *Statistics Sources*, Detroit.
- Weitnauer, A. (1981), *Venezianischer Handel der Fugger nach der Musterbuchhaltung des Matthäus Schwarz*, Munich y Leipzig.
- Wells, C. M. (1984), *The Roman Empire*, Glasgow.
- Westergaard, H. (1932), *Contributions to the History of Statistics*, Londres.
- White, L. T. (1962), *Medieval Technology and Social Change*, Oxford (hay trad. cast.: *Tecnología medieval y cambio social*, Barcelona, 1984).
- Will, E. (1973), «La Grande Grèce, milieu d'échanges. Reflexions méthodologiques», *Economia e società nella Magna Grecia (Atti del XII Convegno di Taranto sulla Magna Grecia)*, Nápoles.
- Williams, J. B. (1926), *A Guide to the Printed Materials for English Social and Economic History 1750-1780*, Nueva York.

- Williams, N. (1955), «The London Port Books», *Transactions of the London and Middlesex Archaeological Society*, 18, pte. 1.
- Williams, N. J. (1911), «Francis Shaxton and the Elizabethan Port Books», *English Historical Review*, LXVI.
- Williams, S. (1985), *Diocletian and the Roman Recovery*, Nueva York.
- Wilson, C., y G. Parker (1977), *An Introduction to the Sources of European Economic History 1500-1800*, Ithaca, NY. (hay trad. cast.: *Introducción a las fuentes de la historia económica europea 1500-1780*, Madrid, 1985).
- Wilson, R. G. (1971), *Gentlemen Merchants: the merchant community in Leeds 1700-1830*, Nueva York.
- Wodward, D. (1973), «The Port Books of England and Wales», *Maritime History*, II.
- Woolf, S. J. (1984), «Statistics», en J. C. Perrot y S. J. Woolf, *State and Statistics in France*, Nueva York.
- Wrigley, E. A., y R. S. Schofield (1981), *The Population History of England 1541-1871*, Cambridge, Mass.
- Zaninelli, S. (1965), «Una fonte per la storia dell'economia del Lombardo Veneto nella prima metà del secolo xix: le Tafeln zur Statistik der Österreichischen Monarchie», *Archivio Economico dell'Unificazione Italiana*, 1.<sup>a</sup> ser., XII.

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abrate, M., 186 n.  
Acciaiuoli, compañía, 212  
Achenwall, G., 182  
Agisulfo, 58  
Agricola, G., 233  
Aljraldo, 57, 58  
Alberi, E., 187 n.  
Alberti, compañía, 212  
Alejandro III, papa, 74  
Alejandro VI, papa, 153  
Almer, E., 63  
Alonso, 76 n.  
Alpert de Metz, 211 n.  
Alvares Cabral, P., 153 n.  
Álvarez Osorio, M., 174  
Amatorio, F., 11  
Ampolo, C., 102 n.  
Andreau, J., 211  
Andrews, J. H., 79, 175 n.  
Anglesea, lord, 173 n.  
Antero María de San Bonaventura, 85, 86  
Arbuthnot, J., 173  
Are, G., 186 n.  
Aristófanes, 122, 125  
Aristóteles, 67, 118  
Armangaud, A., 99, 141  
Ashton, T. S., 88  
Aström, W. E., 73  
Atenea, 122  
Atkins, W. E., 112  
Augusto, emperador, 42 n., 67, 77, 118, 125 y n., 127  
Aureliano, emperador, 77, 79  
Ayres, C. E., 112  
Balbas, C. de, 70  
Bang, N. E., 152, 153  
Barandon, 42  
Barbadoro, B., 143 n., 164 n.  
Bardi, compañía, 145, 212, 217  
Barozzi, N., 187 n.  
Bates, 136 n.  
Baumgartenberg, 206  
Beccaria, C., 178  
Behre, O., 177 n.  
Bensa, E., 214  
Berchet, G., 187 n.  
Berengario II, rey de Italia, 57  
Berengo, A., 217  
Beretta, G. A., 225  
Berloch, K. J., 77  
Bernareggi, E., 62  
Bielfeld, J. F. von, 182  
Bloch, M., 47, 57, 101  
Bognetti, G. P., 38  
Boinebroke, J., 240 y n.  
Bonaparte, Luciano, 178  
Bond, M. F., 185  
Bonifacio VIII, papa, 74  
Bonvillano, notario, 209  
Boretius, A., 132 n.  
Borlandi, A., 218  
Borlandi, F., 227  
Born, E., 133  
Borsieri, G., 80  
Bottomly, H., 229  
Boulding, K. F., 91  
Brading, D. A., 159  
Brakel, S. van, 70  
Branca, V., 11

- Braudel, F., 86  
 Bresslau, H., 56  
 Breycha-Vauthier, A. C. von, 236  
 Brown, L., 181, 206  
 Browne, J., 218  
 Brühl, C. R., 58, 59, 133  
 Brulez, W., 241 n.  
 Brunt, P. A., 77  
 Bruyard, 176 n.  
 Bücher, K., 24, 112  
 Bullock, A., 24  
 Buono, D. di, 224  
 Buono, G. di, 224  
 Buysbech, 125 n.
- Caballero, F., 171  
 Cairncross, A. K., 22, 27  
 Callu, J. P., 42  
 Canfora, L., 37  
 Cantor, N. F., 59  
 Cantore, E., 85  
 Capel, capitán, 232  
 Capponi, 221  
 Caracciolo, A., 186 n.  
 Carbone, S., 37  
 Carletti, F., 226  
 Carli, G. R., 178  
 Carlomagno, emperador, 132, 167  
 Carolus, J., 229  
 Carson, E., 175 n.  
 Carus Wilson, E., 71, 145 n., 146 n.  
 Caselli, P., 164 n.  
 Cassinese, G., 209  
 Catón el Censor, 118  
 Caxa de Leruelo, M., 174  
 Cebrián, san, 32  
 Cely, 204  
 Cellorigo, G. de, 174  
 César, Julio, 41, 45, 92, 96, 117  
 Ciano, C., 218  
 Cicerón, 41, 50, 103, 118, 130  
 Cipolla, C. M., 32, 53 n., 57, 61 n.,  
     143, 166, 225  
 Clark, G. N., 146, 173, 175  
 Clemente VII, papa, 164  
 Cliffe Leslie, T. E., 112  
 Cockerell, 190  
 Coeur, J., 240 y n., 241 n.  
 Colbert, J. B., 174, 175, 188 y n., 189  
 Cole, W. A., 73, 74  
 Coleman, D. C., 111, 146 n.  
 Colón, C., 153  
 Columela, L. G., 118  
 Cómodo, Marco Aurelio, emperador,  
     77  
 Conan Doyle, A., 36  
 Conring, H., 174  
 Constantino el Grande, emperador, 54  
 Conti, E., 143 n.  
 Cook, R. M., 42 n.  
 Corsini, C. A., 198  
 Coryat, T., 226  
 Cossa, L., 21  
 Costamagna, G., 164 n.  
 Cotteréts, V., 170, 198  
 Cox, J. C., 198  
 Crasser, J., 228 y n.  
 Crawford, M., 42 y n., 68  
 Croce, B., 43  
 Cromwell, T., 170, 198  
 Cross, H. E., 159  
 Cullen, M. J., 181 y n.  
 Curzon, lord, 190
- Chalmers, G., 241 n.  
 Chanlaire, P. G., 179  
 Chaptal, J. A. C., 178  
 Charley, S., 99  
 Chaudhuri, K. N., 11  
 Chaunu, H. y P., 69, 154, 155, 156 n.  
 Cheney, C. R., 206  
 Chiang, M., 26  
 Chiaudano, M., 164 n., 209  
 Childs, W. R., 72, 146 n.  
 Christensen, A., 70, 71
- Dale, J., 225  
 Dallington, R., 226  
 Datini, Francesco di Marco, 212, 214 y n.  
 Dauvet, J., 240 y n., 241 n.  
 Davenant, C., 173

- David, 217  
 Davies, D., 206  
 Daviso di Charvensod, M. C., 144  
 Defoe, D., 113 n., 227, 229  
 De Maddalena, A., 240 n.  
 De Roover, 212, 224  
 De Rosa, L., 11  
 Descartes, R., 172  
 Dicks, G. R., 238 n.  
 Dietz, B., 72, 147  
 Dighe, V. G., 221  
 Dini, B., 218  
 Diocleciano, emperador, 68, 69, 77, 79,  
     125, 127, 167  
 Diodoro de Megara, 95  
 Dión Casio, 41, 118  
 Di Roma, E., 185  
 Disraeli, B., 181, 190  
 Dopsch, A., 42  
 Doria, G., 11  
 Du Bois, 100  
 Duff, J. G., 220  
 Dunbar, E., 100  
 Duncan Jones, R., 68  
 Dupaquier, J., 141
- Eden, P., 206  
 Eduardo I, rey de Inglaterra, 144  
 Eduardo III, rey de Inglaterra, 145  
 Eierman, J. E., 209  
 Elton, G. R., 35, 45  
 Ellenbog, U., 233  
 Elliott, J. H., 69, 70  
 Enrique I, rey de Inglaterra, 166, 167  
 Enrique II, rey de Inglaterra, 166, 167  
 Enrique VIII, rey de Inglaterra, 58, 59,  
     198  
 Ensenada, marqués de la, 177  
 Erxleben, E., 125 n.  
 Espinas, G., 240 n.  
 Esquilo, 122  
 Eugenio, príncipe, 178  
 Eurípides, 122  
 Evans, A., 217  
 Evelyn, J., 226  
 Eversley, D. E. C., 241 n.
- Faccini, L., 180 n.  
 Fado, D. H., 11  
 Farr, W., 181  
 Febvre, L., 35, 45  
 Federico II el Grande, rey de Prusia, 67,  
     177  
 Fedou, R., 207  
 Feinstein, C. H., 23  
 Felipe II, rey de España, 156, 170, 171  
     n., 182 n.  
 Felloni, G., 11, 164 n.  
 Fernández de Navarrete, P., 174  
 Fernando II de Medici, Gran Duque de  
     Toscana, 84  
 Festy, 67  
 Fidias, 122  
 Filangeri, R., 38  
 Finley, M. I., 47, 59, 117  
 Finn, R. W., 136 n.  
 Firpo, L., 187 n.  
 Fiumi, E., 143  
 Fleury, M., 202  
 Flinn, M. W., 202  
 Floridablanca, conde de, 177  
 Fonblanque, A., 181  
 Fontanelle, B. Le Bovier de, 172  
 Ford, G., 185 y n.  
 Ford, P., 185 y n.  
 Foster, W., 38, 220  
 Foust, C. M., 73, 74  
 Foxwell, H. S., 112  
 Frank, G., 80  
 Frank, T., 77  
 Fryke, C., 226  
 Fugger, A., 214, 216, 221, 225  
 Fugger, F. E., 228 n.  
 Fugger, J., 214, 216, 221, 225
- Gabba, E., 11, 40  
 Galbraith, J. K., 52  
 Galbraith, V. H., 136 n.  
 Galiani, abad, 178  
 Galileo, 113, 114, 172  
 Ganshof, F. L., 42, 132 n.  
 Genovesi, A., 178  
 Geymonat, L., 104

- Giacchero, M., 129  
 Gianfigliazzi, compañía, 212  
 Giannantonio, P., 54 n.  
 Gille, B., 99, 176 y n., 223  
 Gilles, 67  
 Girard, 154  
 Gisulfo, 57, 58  
 Glaser, E. R., 127  
 Glass, D. V., 241 n.  
 Goitein, S. R., 239 n.  
 González, T., 142 n.  
 Goubert, P., 202  
 Gould, J. D., 146 n.  
 Gras, N. S. B., 41  
 Graunt, J., 173  
 Gray Funkhouser, H., 183  
 Grenfell, B. P., 40  
 Grossman, G., 11  
 Grote, G., 16  
 Guardini, A., 214  
 Guérard, B., 132 n.  
 Guiberto, G. di, 209  
 Guicciardini, F., 66  
 Guicciardini, L., 241 y n.  
 Guillaume, E., 125 n.  
 Guillermo I el Conquistador, rey de Inglaterra, 133  
 Hall, M. V., 209  
 Halle, H. de, 179  
 Halley, E., 174  
 Hambro, 223  
 Hamilton, E. J., 99, 157, 159  
 Hanham, A., 204  
 Hartley, L. P., 89  
 Hartmann, L. M., 133 n.  
 Harvey, W., 172  
 Hauser, H., 16  
 Heckscher, F., 88  
 Hempel, C., 23, 95  
 Henry, L., 202  
 Herlihy, D., 143 n.  
 Hermión, abad, 132, 138  
 Herodoto 122, 130  
 Hicks, J., 22  
 Hinton, R. W. K., 72, 147  
 Holmes, C., 241  
 Homero, 93  
 Hopkins, K., 11, 102, 206  
 Hopper, W., 182  
 Horn, W., 133  
 Horton, B. J., 19  
 Hotta, T., 11  
 Huet, P. D., 113 n.  
 Hughes, C., 226  
 Hugo el Grande, 57  
 Huizinga, J., 29  
 Hull, C. H., 71, 72, 173 n.  
 Human, C., 125 n.  
 Hunter, J., 167  
 Hutchinson, T. W., 21, 113  
 Huygens, C., 172  
 Ibn Jaldún, 50  
 Ingram, J. K., 112  
 Inocencio IV, papa, 226  
 Isabel I, reina de Inglaterra, 146, 218  
 Jacini, S., 186  
 Jeanneney, J. M., 238 n.  
 Jeannin P., 70, 71, 149  
 Jevons, W. S., 112  
 John, V., 183 n.  
 Jones, R. F., 10, 63  
 José II, emperador, 179  
 Joyce, J., 91  
 Juan el Griego, 58  
 Juan XXII, papa, 196  
 Jucundo, L. Cecilio, 211  
 Kagan 171 n.  
 Kahan, A., 204  
 Kahler, E., 96  
 Kaunitz, W. A. von, 64, 179  
 Keynes, J. M., 22, 24, 25, 26, 27, 88, 123  
 Kierkegaard, S., 94  
 King, G., 173, 241 y n.  
 Kissinger, H., 28, 87  
 Klapisch-Zuber, C. 143 n.

- Koren, J., 183 n.  
 Korst, K., 152, 153  
 Kuczynski, R. R., 100  
 Kula, W., 19
- Lactancio, L. Celio Firmiano, 68, 69  
 Laffemas, I. de, 113 n.  
 Landes, D., 67, 173, 178  
 Lanfranco, notario, 209  
 Langlois, P., 35, 47  
 Laslett, P., 202  
 Lauffer, S., 129  
 Layard, A. H., 33  
 Le Blanc, F., 113 n.  
 Le Goff, J., 53  
 Lefebvre de Noëttes, R., 45 n.  
 Leibniz, G. W., 172  
 León XIII, papa, 195  
 Levy-Leboyer, M., 11  
 Lewis, D. M., 125 n.  
 Linschoten, J. H. van, 226  
 Liutprando de Cremona, 226  
 Lodge, R., 29  
 López, R. S., 55, 209  
 Lot, F., 141  
 Lotario, 57  
 Lotto, L., 205  
 Lowenthal, D., 83  
 Lucrecio Caro, Tito, 103  
 Luis II, emperador, 54, 132  
 Luzzatto, G., 66, 164 n.  
 Lynam, 225
- Mabillon, J., 47  
 Malanima, P., 54  
 Malden, H. E., 204  
 Mandelbaum, M., 84  
 Maresco, 217  
 María Teresa, reina de Austria, 179  
 Mariafior, A., 216  
 Marshall, A., 88  
 Martín, san, 133  
 Martínez de Mata, F., 174  
 Marx, K., 112  
 Masson, P., 176
- Matthews, R. C. O., 23, 228  
 Maximiliano I, emperador, 216  
 McCready, B. W., 234  
 McCullan, J. R., 112  
 McGregor, M. F., 123  
 Medici, compañía, 164, 169, 212, 214,  
     224  
 Meiggs, R., 122, 125 n.  
 Melesias, 123  
 Melis, F., 214  
 Meritt, B. D., 123  
 Meuvret, J., 202  
 Meyer, E., 103  
 Mill, J., 112  
 Millar, F., 101, 102  
 Mirbt, C., 54 n.  
 Moliné-Bertrand, A. 142 n.  
 Mollat, M., 241 n.  
 Momigliano, A., 47, 48, 82, 101  
 Mommsen, T., 125 n., 127  
 Moncaba, S. de, 174  
 Montaigne, M., 226  
 Moresco, M., 38  
 Morgenstern, O., 56, 75  
 Morilla Criz, 191  
 Morineau, M., 100, 159 n.  
 Moryson, F., 226  
 Motta, E., 61, 62  
 Müller, K. O., 218  
 Muendel, J., 224
- Nadal, J., 11  
 Napoleón III, 125 n.  
 Narciso, 68  
 Nardi, L., 229  
 Nash, R. C., 73  
 Nelson, H., 232  
 Neri, P., 178  
 Neufchateau, N. L. F. de, 178  
 Newton, I., 113, 114, 172  
 Nicolás IV, papa, 74  
 Nicolet, C., 41  
 Nilsson, M., 71  
 Nitti, G. P., 189 y n.  
 Norlens, G., 75  
 Noto, A., 144

- Oderico de Pordenone, 226  
 Oldenbarneveld, J. van, 218  
 Olivares, conde-duque de, 69  
 Origo, I., 214 n.  
 Orlandini, V., 218  
 Otón, legado pontificio, 206  
 Otón I el Grande, emperador, 57, 226  
 Otón II, emperador, 57  
 Otón III, emperador, 57, 58
- Paganini, 108  
 Palas, 68  
 Palmieri, 143 n.  
 Paoli, 43  
 Paracelso (P. T. Bombastos von Hohenheim), 233  
 Parenti, G., 197  
 Parodi, E. G., 53  
 Parson, G. C., 100  
 Pascal, B., 27, 28  
 Pasi Testa, A., 11  
 Paulo, G., 43  
 Pausa, M., 233 n.  
 Paz, R., 171 n.  
 Pedro, san, 195  
 Peel, R., 181  
 Pegolotti, F. Balducci, 217  
 Pérez Moreda, V., 11  
 Pericles 122, 123, 124  
 Perrot, G., 125 n.  
 Perrot, J. C., 178, 182 n.  
 Peruzzi, compañía, 145, 212  
 Petrucci, A., 207  
 Petty, W., 173 y n.  
 Peuchet, J., 179  
 Pian del Carpine, G. dal, 226  
 Pieper, F. G., 238  
 Pietro, G., 225  
 Piganiol, A. 125  
 Pigott, F., 74, 75  
 Pinto, F. M., 226  
 Pirenne, H., 42, 48, 86, 87  
 Pisístrato, 47  
 Platt, D. C. M., 190  
 Playfair, W., 183  
 Plinio el Viejo, 68
- Plutarco, 123, 124  
 Polo, Marco, 225, 226, 227  
 Pollard, S., 241  
 Poole, R. L., 166  
 Popper, K., 113  
 Porter, G. R., 181  
 Power, E., 86  
 Powicke, F. H., 206
- Quetelet, L. A. J., 183, 234  
 Quinn, D. B., 225
- Ramazzini, B., 233, 234 y n., 235  
 Raymond, I. W., 55, 209  
 Reinhard, M., 141  
 Renaudot, T., 229  
 Renouard, Y., 195  
 Ressin, S., 74  
 Ricardo, D., 10, 51, 112  
 Ricardo I Corazón de León, rey de Inglaterra, 167  
 Ricci, G. de', 53  
 Ricci, M., 226  
 Riccobono, S., 125 n.  
 Rice Holmes, T., 37  
 Richelieu, cardenal, 174, 229  
 Ripley, J., 19  
 Rockinger, L., 206  
 Romani, M., 234 n.  
 Romano, R., 176 y n.  
 Roscher, W. G. F., 112  
 Rosen, G., 234 n.  
 Rosenthal, J. A., 185  
 Roseveare, H., 217  
 Rothschild, familia, 223  
 Ruddick, E. E., 11  
 Ruiz, compañía, 221  
 Ruiz-Martín, F., 142 n., 217  
 Russell, J. C., 141  
 Rustichello de Pisa, 227
- Sabbe, E., 42  
 Salomon, N., 171 n.  
 Salvati, M., 105, 106

- Salviati, 221  
 Samaran, 35  
 Santoro, C., 62  
 Sanudo, M., 66  
 Sanz Serrano, A., 177 n.  
 Saporí, A., 46, 207, 212, 214  
 Saporí, G., 53 y n., 66, 86  
 Savary, J. de, 218  
 Scriba, G., 209  
 Schechter, S., 239 n.  
 Schiavone, A., 95  
 Schiffle, J., 228 y n.  
 Schliemann, H., 119  
 Schlotte, W., 175 n.  
 Schmolter, G. von, 112  
 Schnapper, M. B., 19  
 Schneider, R. I., 59  
 Schofield, R. S., 198, 202  
 Schumpeter, E. B., 175 n.  
 Schumpeter, J., 93, 107, 108, 183, 236  
 Schwarz, M., 214, 216  
 Schweitzer, C., 226  
 Sealey, R., 11  
 Seignobos, 35, 47  
 Sella, D., 240 n.  
 Séneca, 68  
 Severina, 77  
 Shadwell, T., 172  
 Shannon, H. A., 162  
 Shaxton, F., 72  
 Sherard, W., 127  
 Sieveking, H., 164 n.  
 Silvestre, papa, 54  
 Smith, A., 112, 192  
 Smith, J., 162  
 Sobk, 39  
 Sócrates, 122  
 Sófocles, 122  
 Solmi, A., 58  
 Sombart, W., 65, 66, 85, 87  
 Spallanzani, M., 11  
 Stanford, M., 105  
 Starr, 76 n.  
 Stengers, J., 75, 76, 100, 184, 186  
 Stigler, 183 n.  
 Stockhausen, S., 233 n.  
 Strieder, J., 225  
 Stuart Hughes, H., 95  
 Swierenga, R. P., 75  
 Tácito, 41, 45  
 Tagasim, al-Maqaddasi Ashan al-, 226  
 Talleyrand, C. M., 189  
 Tarlé, E. V., 178  
 Tawney, R. H., 98  
 Thackrah, C. T., 234  
 Thorold Rogers, J. E., 112  
 Tiberio, Claudio Nerón, 42 n., 67  
 Tilling, L., 183  
 Tito Livio, 41  
 Tucci, V., 217  
 Tucídides, 50, 118, 121, 122, 123  
 Tufte, E. R., 183  
 Valla, L., 54 y n.  
 Varrón, M. T., 118  
 Varthema, L. de, 226  
 Vázquez de Prada, V., 217  
 Veblen, T. B., 112  
 Ventris, M., 52, 119  
 Veratius, L., 90  
 Vercauteren, F., 139 n., 211 n.  
 Verri, A., 178  
 Verri, P., 178  
 Vettoni, F., 113 n.  
 Veyne, P., 32, 83, 84, 102, 109  
 Vigo, G., 11  
 Vila Vilar, E., 70  
 Villani, G., 48, 66  
 Villermé, L. R., 234, 235, 236  
 Vincent, J. M., 232  
 Viñas y Mey, C., 171 n.  
 Violante, C., 58, 59, 133  
 Visconti, A., 90  
 Volpe, G., 131 n., 133 n.  
 Wade-Gery, H. T., 123  
 Walker, H. M., 183  
 Warmington, E. H., 42 n., 67, 68  
 Wasserman O'Brien, J., 238 n.  
 Wasserman, S. R., 238 n.

- Weitnauer, A., 214, 216  
Wellis, C. M., 45  
Westergaard, H., 183 n.  
White, L., 45 n.  
Wilde, O., 56  
Wilson, R. G., 73 n., 74  
Will, E., 42 n.  
Williams, N. J., 72, 147-148  
Wirt, D. W., 11  
Woodward, D., 72, 73 n., 74, 147,  
175  
Woolf, S. Y., 67, 178, 182 n.  
Wright, W. C., 234 n.  
Wrigley, E. A., 198, 202  
Wyngaerde, A. van den, 171 n.  
Young, A., 227  
Zanetti, D., 11  
Zaninelli, S., 180 n.

## ÍNDICE TOPONÍMICO

- África, 37, 39, 100, 153  
Agra, 220  
Ajaccio, 189 n.  
Alejandría, 37  
Alemania, 31 n., 43, 66, 88, 141, 174,  
    182 y n., 190, 192, 221, 223, 226  
Alpes, 133, 178, 214, 218  
Amalfi, 136  
Amberes, 217, 229  
América, 100, 153, 154, 155, 156, 157,  
    159 n., 171; del Sur, 153 n.  
Amsterdam, 221  
Ancira, 125 n.  
Ancona, 189 n.  
Andalucía, 191  
Arabia, 68  
Aragón, 140  
Arezzo, 143  
Arica, 157  
Asia, 37, 159, 218  
Asia Menor, 125 n., 127, 129  
Atenas, 103, 121, 122, 123, 124  
Atlántico, océano, 156  
Augsburgo, 216, 228, 229  
Austria, 179  
Aviñón, 195
- Bahamas, 159  
Báltico, mar, 149, 150, 151  
Bastia, 189 n.  
Batavia, 221  
Baviera, 179  
Beaujolais, 240 n.  
Bélgica, 179
- Belt, estrechos de, 149  
Bengala, 220  
Berlín, 125 n., 149  
Bermudas, 159  
Berri, 240 n.  
Bizancio, 226  
Blois, 240 n.  
Bobbio, 133  
Bolonia, 168  
Bombay, 220  
Boston, 72, 147  
Bourbonnais, 240 n.  
Bourges, 240 n.  
Brandeburgo, 67, 149, 176, 177 n.  
Brasil, 153 n., 156  
Brescia, 133  
Bridport (Dorset), 206  
Bristol, 73 n., 182 n.  
Bruselas, 183 n.
- Cabo Verde, islas de, 153 y n.  
Cádiz, 156  
Cagliari, 189 n.  
Cairo, El, 39, 239 y n.  
Calvi, 189 n.  
Cambrais, 139 n.  
Cambridge, 202, 203, 239 n.  
Canadá, 75, 96  
Canarias, islas, 154  
Caria, 127  
Castilla, 99, 140, 142, 171  
Cataluña, 209  
Cerdeña, 189  
Cirenaica, 129

- Ciudad del Vaticano, 196  
 Civitavecchia, 189 n.  
 Cnosos, 52, 119  
 Como, lago, 133  
 Congo Belga, 75 n.  
 Corea, 190  
 Corinto, 130  
 Creta, 75, 119  
 Cuba, 159
- Champagne, 38, 210, 240 n.  
 Chesire, 141  
 China, 26, 68, 190, 225, 226  
 Chipre, 195, 212
- Dakar, 153  
 Dalmacia, 180  
 Danzig, 149  
 Delos, 121, 122  
 Dinamarca, 149, 150, 152, 153  
 Douai, 240 y n.  
 Dreros, 121  
 Durham, 141
- Egeo, mar, 124  
 Egina, 67  
 Egipto, 39, 117, 119, 129, 130, 139 n.  
 Eider, 151  
 Elba, río, 151  
 Escania, 149, 150, 151, 152  
 Escocia, 147  
 Escorial, El, 171 y n.  
 Esmirna, 127  
 España, 69, 141, 153, 154, 156, 157, 170, 174, 176, 177 y n., 182, 192, 200  
 Essex, 136 n.  
 Estados Unidos, 31 n., 32, 34, 48, 65, 75, 90, 91, 177, 223, 224, 234  
 Estonia, 201  
 Europa, 10, 32, 39, 41, 47, 66, 67, 80, 86, 90, 91, 131, 139 y n., 143, 144, 146, 151, 156, 157, 159 y n., 170, 173, 185, 187, 192, 193, 196, 197, 201, 206, 211, 212, 218, 222, 226, 228, 236; me-
- ridional, 207; occidental, 87, 139, 184; septentrional, 153, 210
- Faistos, 119  
 Faversham, 79  
 Finale, 189 n.  
 Flandes, 139 n., 166, 210  
 Florencia, 48, 52, 53, 142, 143 y n., 163, 164 y n., 169, 189 n., 217, 224  
 Folkestone, 79  
 Fontainebleau, 223  
 Francia, 75, 85, 140, 141, 142, 170, 174, 175, 176, 178, 182 y n., 185, 188, 189, 190, 192, 198, 200, 201, 207, 223, 224, 227, 229, 234, 240 y n., 241 n.; meridional, 209  
 Frankfurt, 229  
 Füne (Fonia), 149
- Gaeta, 136  
 Gales, 162, 206, 227  
 Génova, 55, 85, 163, 164 y n., 189 n., 216, 221, 227  
 Glasgow, 182 n., 226, 227  
 Gran Bretaña, 111, 112, 162, 180, 191, 224  
 Granada, 142 n.  
 Grecia, 10, 16, 103, 119, 121, 129
- Hälsingborg, 149, 150, 151  
 Hamburgo, 149, 150, 151  
 Harvard, 223  
 Hastings, 43  
 Haya, La, 183 n., 221  
 Helsingör, 149, 150, 151, 152  
 Holanda, 201, 218, 226, 229  
 Hull, 73 y n., 146 n.  
 Huy, 139 n.  
 Hythe, 79
- India, 42 n., 68, 153, 154, 156, 220  
 Indias Occidentales, 154  
 Indias Orientales, 218, 220, 221

- Índico, océano, 39, 239 n.  
 Inglaterra, 43, 58, 75, 88, 136, 140, 141,  
   142, 144, 145 n., 146, 162, 166, 170,  
   173, 176, 177, 178, 180, 181, 182 y n.,  
   184, 185, 192, 198, 202, 204, 205, 206,  
   210, 221, 222, 227, 234  
 Irlanda, 147, 227  
 Islandia, 195  
 Italia, 20, 65, 77, 79, 85, 127, 129, 133,  
   141, 166, 170, 177, 178, 180 n., 185,  
   186, 189 n., 192, 198, 201, 206, 209,  
   214, 216, 223, 224, 225, 226, 227, 229;  
   centro-septentrional, 142; septentrional,  
   58, 166, 170  
 Japón, 108, 190  
 Jutlandia, 149, 150, 151  
 Königsberg, 70  
 Kronborg, 151, 152, 153  
 Laiazzo, 227  
 Langres, 240 n.  
 Lille, 235  
 Limonta, 133  
 Lincolnshire, 147  
 Lisboa, 37  
 Livorno, 74, 189 n., 229  
 Loira, 240 n.  
 Lombardía, 64, 179, 206  
 Londres, 38, 41, 72, 73, 146 y n., 147,  
   166, 173, 175 n., 180, 182 n., 183,  
   206, 212, 218, 220, 221, 225, 229, 232  
 Lübeck, 149, 150, 151  
 Luca, 133  
 Lyon, 72, 207, 235, 240 n.  
 Madrás, 220  
 Madrid, 155  
 Malia, 119  
 Malta, 75, 189 n.  
 Mantua, 170  
 Maratón, 121  
 Marsella, 188 n., 240 n.  
 Mecklemburgo, 149  
 Medina del Campo, 217, 221  
 Mediterráneo, 74, 210  
 Mesina, 74, 189 n.  
 México, 157, 159  
 Micenas, 119  
 Milán, 60, 61 n., 62, 64, 89, 90, 136,  
   143, 170, 216, 240 y n.  
 Mileto, 102 n.  
 Módena, 233  
 Montpellier, 240 n.  
 Montreal, 96  
 Mulhouse, 235  
 Munich, 238  
 Nantes, 198  
 Nápoles, 38, 189 n., 232  
 Negro, mar, 102 n.  
 Newcastle, 73  
 New Romney, 79  
 Niño, 232  
 Niza, 189 n.  
 Norfolk, 136 n.  
 Norte, mar del, 149, 150, 151  
 Noruega, 149  
 Nueva España, 156  
 Nueva York, 80  
 Olbia, 102 n.  
 Orleans, 240 n.  
 Oxford, 226  
 Padua, 233  
 Países Bajos, 241 y n.  
 Palermo, 189 n.  
 Panamá, 70, 157  
 París, 132, 178, 223, 229, 234, 240 n.,  
   241 n.  
 Pavia, 57, 136, 143, 223, 225  
 Pekín, 226  
 Peloponeso, 50  
 Perú, 156  
 Pesaro, 189 n.  
 Piemonte, 189  
 Pisa, 143

- Pistoya, 143  
 Platea, 121  
 Polonia, 195, 201  
 Pompeya, 210, 211  
 Portobelo, 70, 157, 159  
 Potosí, 157  
 Portugal, 88, 153 y n., 156, 195  
 Prato, 212, 214  
 Prusia, 177 n., 179  
 Puisage, 240 n.  
 Punjab, 220
- Reichenau, 133  
 Reims, 32  
 Renania, 166  
 Riga, 149  
 Rin, 45  
 Rochelle, La, 240 n.  
 Ródano, 240 n.  
 Roma, 41, 42, 53, 90, 117, 118, 127, 164  
     n., 189 n.  
 Rostock, 149  
 Rouen, 240 n.  
 Rubicón, río, 92, 96  
 Rusia, 179, 204; véase también Unión Soviética
- Saboya, 189  
 Saint-Germain-des-Prés, 132  
 Saint Omer, 139 n.  
 Salamina, 212  
 Salerno, 136  
 Sankt Gallen, 133  
 Sanlúcar, 69  
 San Paolo Belsito, 37  
 San Petersburgo, 74  
 Sedán, 235  
 Sena, 240 n.  
 Sevilla, 69, 70, 144, 154, 155, 156, 159  
 Siam, 190  
 Siena, 142, 170  
 Simancas, 155, 156  
 Sjaelland (Seeland), 149, 150, 151, 152  
 Stacknitz, 150  
 Stia, 224
- Stralsund, 149  
 Suecia, 149, 152, 201  
 Suffolk, 136 n.  
 Suiza, 226  
 Sund ( $\varnothing$ resund), 70, 73, 144, 149, 150,  
     151, 152, 153, 154  
 Surat, 39
- Tebtunis, 39  
 Tirinto, 112  
 Tivoli, 133  
 Tordesillas, 153  
 Toscana, 84, 142, 143, 170, 198, 206,  
     221, 225  
 Tours, 240 n.  
 Trave, río, 150  
 Trento, 201  
 Trieste, 189 n.  
 Trípoli, 74, 75  
 Turín, 189 n.  
 Turquía, 226
- Umm el Baragat, 39  
 Unión Soviética, 31 n.; véase también Rusia
- Venecia, 37, 136, 163, 164 y n., 169,  
     170, 187, 188, 189 n., 216, 225  
 Veracruz, 159  
 Viena, 64, 179  
 Vorarlberg, 180
- Washington, 63  
 Waukesha, 224  
 Winchester, 210  
 Wisconsin, 224  
 Wismar, 149
- Yorkshire, 59
- Zacatecas, 157, 159

## ÍNDICE DE CUADROS

|  |         |
|--|---------|
| 1. Revistas de historia social y económica . . . . .   | 17      |
| 2. Importaciones de oro y plata a España desde América . . . . .   | 157     |
| 3. Colecciones de estadísticas históricas . . . . .  | 184     |
| 4. Fecha de comienzo de los registros de bautizos, matrimonios y entierros en algunas diócesis italianas . . . . . | 199-200 |
| 5. Selección de las principales organizaciones internacionales . . . . .   | 237     |

## ÍNDICE DE FIGURAS

|   |         |
|---|---------|
| 1. Población de Turquía por sexo y por edad en 1945 . . . . .   | 66      |
| 2. Tablilla micénica con escritura de tipo lineal B . . . . .   | 120     |
| 3. El <i>Monumentum Ancyranum</i> : muro del templo de Ancira que reproduce el texto latino de las <i>Acta Divi Augusti</i> . . . . . | 126     |
| 4. Rutas marítimas entre el mar del Norte y el Báltico . . . . .  | 150     |
| 5. Costa de América del Sur y ruta seguida por la Armada del Sur . . . . .  | 158     |
| 6. Rutas seguidas por las flotas españolas hacia y desde América (siglos XVI-XVIII) . . . . .   | 160-161 |
| 7. Primera página del número 1 (1 de enero de 1785) de <i>The Daily Universal Register</i> . . . . .                                  | 230     |
| 8. Primera página de <i>The Times</i> (1 de enero de 1788) . . . . .  | 231     |

## ÍNDICE DE LÁMINAS

|     |  |         |
|-----|--|---------|
| 1.  | Fotografía aérea de un «pueblo perdido» inglés . . . . .   | 44      |
| 2.  | Antoniniano con la efigie de Severina . . . . .  | 78      |
| 3.  | Fragmento del <i>Edicto de precios</i> de Diocleciano . . . . .  | 128     |
| 4.  | Detalle del fragmento reproducido en la lámina 3 . . . . .   | 129     |
| 5.  | Plano llamado de Sankt Gallen . . . . .  | 134-135 |
| 6.  | Una página del <i>Domesday Book</i> . . . . .  | 137     |
| 7.  | Una página de un <i>Port Book</i> de Londres, 1565 . . . . .   | 148     |
| 8.  | La oficina de la deuda pública de la República de Venecia . . . . .                                      | 163     |
| 9.  | Archivo de la Casa di San Giorgio, Génova . . . . .  | 165     |
| 10. | Protocolo del notario genovés Oberto Scriba de Mercato . . . . .   | 208     |
| 11. | Página de un libro de cuentas de los Peruzzi . . . . .   | 213     |
| 12. | Retrato de Matthäus Schwarz, por Christoph Amberger . . . . .  | 215     |
| 13. | Retrato de los directores de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, por Jan de Baen . . . . . | 219     |

# ÍNDICE

|                    |   |
|--------------------|---|
| Prefacio . . . . . | 9 |
|--------------------|---|

## PRIMERA PARTE

### HISTORIA ECONÓMICA: NATURALEZA Y MÉTODO

|  |     |
|--|-----|
| 1. <i>¿Qué es la historia económica?</i> . . . . . | 15  |
| 2. <i>La problemática</i> . . . . .                | 30  |
| 3. <i>Las fuentes</i> . . . . .                    | 35  |
| Recopilación de fuentes . . . . .                  | 36  |
| Fuentes primarias y fuentes secundarias . . . . .  | 46  |
| 4. <i>La crítica de las fuentes</i> . . . . .      | 50  |
| Fuentes «verdaderas» y fuentes «falsas» . . . . .  | 53  |
| Errores de transcripción . . . . .                 | 59  |
| La inexactitud de la estadística . . . . .         | 63  |
| Interpretación del contenido . . . . .             | 76  |
| 5. <i>La reconstrucción del pasado</i> . . . . .   | 82  |
| La importancia de la teoría . . . . .              | 85  |
| Trampas para los desprevenidos . . . . .           | 90  |
| Historia basada en modelos económicos . . . . .    | 105 |
| «Algo más» . . . . .                               | 106 |
| La comunicación . . . . .                          | 108 |
| 6. <i>Conclusión</i> . . . . .                     | 111 |

## SEGUNDA PARTE

LAS FUENTES DE LA HISTORIA  
ECONÓMICA EUROPEA

|    |   |     |
|----|---|-----|
| 1. | <i>En el principio</i>                                | 117 |
|    | La Grecia antigua                                     | 119 |
|    | El imperio romano                                     | 125 |
|    | Los valores de la Antigüedad clásica                  | 130 |
|    | La Alta Edad Media                                    | 131 |
| 2. | <i>Fuentes fiscales y legislativas</i>                | 139 |
|    | La Baja Edad Media                                    | 139 |
|    | Los registros aduaneros                               | 144 |
|    | Otras fuentes fiscales                                | 159 |
|    | Fuentes legislativas                                  | 167 |
| 3. | <i>Las estadísticas y sus precursores</i>             | 169 |
|    | La curiosidad del gobierno                            | 169 |
|    | Aritmética política y protoestadística                | 172 |
|    | Las estadísticas modernas                             | 182 |
| 4. | <i>Los informes del «espionaje» en el extranjero</i>  | 187 |
| 5. | <i>Fuentes «semipúblicas» y fuentes eclesiásticas</i> | 192 |
|    | Fuentes «semipúblicas»                                | 192 |
|    | La documentación eclesiástica                         | 194 |
| 6. | <i>Fuentes privadas</i>                               | 204 |
|    | Fuentes familiares                                    | 205 |
|    | Fuentes notariales                                    | 206 |
|    | Fuentes empresariales                                 | 210 |
|    | Crónicas de viajes                                    | 225 |
|    | Gacetas y periódicos                                  | 227 |
|    | Fuentes diversas                                      | 232 |
| 7. | <i>Las organizaciones internacionales</i>             | 236 |
| 8. | <i>Conclusión</i>                                     | 239 |

ÍNDICE 279

|                              |     |
|------------------------------|-----|
| Bibliografía . . . . .       | 242 |
| Índice onomástico . . . . .  | 263 |
| Índice topográfico . . . . . | 271 |
| Índice de cuadros . . . . .  | 275 |
| Índice de figuras . . . . .  | 275 |
| Índice de láminas . . . . .  | 276 |